VIDA, PENSAMIENTO Y OBRA
DE JOSÉ TAPIA BUJALANCE

Un maestro singular

Fernando Jiménez Mier y Terán

MÉXICO, 1996

Primera edición, 1989
Segunda edición, con revisión de tipografía, 1994
Tercera edición, ilustrada y revisada, conmemorativa del centenario del nacimiento de José de Tapia Bujalance, 1996.

Fotografía de la portada: Niños de primer grado en clase geometría con Pepe. Curso escolar 1985-1986.

 Fernando Jiménez Mier y Terán
Cantera 51-E
Tlalpan, 14420
México, D.F.
Tel. y fax: 6 55 82 74

Impreso y hecho en México
ISBN 968-499-676-4

En recuerdo de los obreros esperanto–anarquistas de Pueblo Nuevo del Terrible, en la Cuenca Minera de Peñarroya, España, quienes apoyaron a Pepe en su lucha, en momentos críticos, allá por los años de 1914 a 1918.

Hay hombres que luchan un día
y son buenos
hay quienes luchan un año
y son mejores
quienes luchan muchos años
y son muy buenos
pero hay quienes luchan toda la vida
esos son los imprescindibles.

Bertolt Brecht

El contenido de este libro forma parte de una investigación mayor sobre la educación Freinet en México y España. El proyecto se realiza desde 1986 en tierras españolas y mexicanas. Para la búsqueda y recolección de las ilustraciones, relativas a la parte de España, se contó con el apoyo financiero de la Universidad Nacional Autónoma de México (Dirección General de Asuntos del Personal Académico), así como del Ministerio de Educación y Ciencia de España (Dirección General de Investigación Científica y Técnica).

Fernando Jiménez Mier y Terán es profesor en las carreras de Sociología y Pedagogía en las facultades de Ciencias Políticas y Sociales y Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México.

Siete años después

Pepe, hay quienes sostienen que el 7 es un número cargado de suerte, una especie de trazo mágico. Dudo que siempre lo sea, pero en este caso sí. Casi siete años separan tu muerte de la fecha en que se conmemora el centenario de tu nacimiento. Lo sé, el 27 de febrero de 1996, ha llegado fatalmente con el simple transcurso del tiempo. Sin embargo estos últimos siete años transcurridos, para mí, han sido venturosos y plenos por los logros obtenidos en investigación. Me produce una inmensa dicha llegar a tu centenario con la edición ilustrada de nuestro libro. Alegría que es producto de una gran aventura por donde se atravesaron muchos esfuerzos, obstáculos, logros y fuertes emociones.

Hay coincidencias en la vida que merecen hacerse notar. En 1996 también se comemorará el centenario del nacimiento de Célestin Freinet, quien vio la luz en Francia el 15 de octubre de ese año. En su momento lo festejaremos.

Las andanzas para la ilustración del libro comenzaron en noviembre de 1989. Me desplacé, con mujer e hijos, a la España que te vio nacer y crecer. Tuvimos una fructífera y larga estancia. Fue especialmente importante conseguir una escuela Freinet para continuar con la formación de los chicos. La **Escola Nabí**, en Barcelona, permitió alcanzar el objetivo con satisfacción.

Fui en busca de tus raíces y de los frutos que diste en España. Encontré bastante. Una enorme riqueza fue tomando cuerpo con la suma de documentos, fotografías, testimonios, recuerdos, vivencias y opiniones que dan cuenta de tu persona.

Un educador anarquista, compañero tuyo, llegó a decirme que yo había llegado a España a buscar información sobre José de Tapia hasta por debajo de las piedras. En realidad faltó poco. No paré, te lo puedo asegurar. Lo que no encontré es porque no supe buscarlo o porque no existe. Durante la Guerra Civil se destruyeron tantas cosas... No obstante, todavía

sigo en la búsqueda de ciertos materiales, pues pienso que pueden existir. Me rehuso a darlos por perdidos. De existir, estoy convencido de que llegaré a ellos si persevero y tengo paciencia. La paciencia —me enseñaron mis padres parafraseando a Santa Teresa de Jesús— todo lo alcanza.

Amigo Pepe, tú no me encargaste que fuera en busca de los materiales que sirven para ilustrar esta obra. Ni siquiera lo insinuaste. Seguramente ni lo imaginaste. Nunca tratamos el punto. No hubo acuerdo previo. Entonces, ¿de dónde surgió la idea para buscar ilustraciones?

Con toda precisión no tengo la respuesta. Sería un embustero si afirmara que me desplacé de México a España con la idea muy clara y un plan de trabajo preconcebido para obtener esta edición ilustrada. La idea la tenía latente, estaba presente, no lo puedo negar. Recuerdo haber cavilado al respecto. Hubo, sin embargo, un momento en que se produjo el *clic* y, a partir de ese instante, me puse a trabajar sobre el particular. Dio principio la historia de la ilustración de este volumen, ilustración que me gustaría poder perfeccionar en el futuro.

Llegó a mí, procedente de fuente anarquista, un folleto publicado en Francia. Tú recordabas haberlo escrito y que te lo editaron las Juventudes Libertarias de Francia. Su título es *Ensayos sobre organización de la educación nacional*. Hice una fotografía de la portada. La presenté en una página de nuestro libro cuando apenas estaba recién publicado por primera vez. Me gustó mucho como se veía. Quedé atrapado por la idea. Emprendí la búsqueda de otras ilustraciones que acompañaran esa foto. Lentamente las conseguí.

Pepe, cada fotografía y cada documento tienen su historia propia. Con frecuencia los localizaba en los sitios más inesperados. Saltaban, como lo hace la liebre, en cualquier momento, cuando el cazador no lo aguarda. Como resultado aquí tienes un conjunto de imágenes en las que tú eres el centro.

Pepe, no es el momento ni el lugar adecuado para narrar la historia de cada ilustración. Lo que sí necesito decir es que te sentía muy cerca, a mi lado, en cada búsqueda y nuevo hallazgo. Lo mismo me sucedía mientras entrevistaba a la gente que te conoció. Sentirte copartícipe espiritual en la búsqueda fue muy, pero muy reconfortante.

La parte de España del libro ha quedado ilustrada con las fotografías y documentos más significativos que pude hallar en Andalucía, Cataluña y Salamanca.

Nos instalamos en Barcelona. De ahí salía, a recorrer las ciudades y pueblos en donde viviste y fuiste educador, para después regresar al reencuentro con la familia. Fue una odisea. En todas las localidades estuve cuando menos dos veces distintas, pero en algunas mucho más. En ocasiones encontraba nuevas pistas y a veces, desesperado, sentía que no avanzaba.

En Barcelona acudí, en múltiples ocasiones, al barrio de San Andrés. Contemplé el edificio en donde viviste. El **Bar Versalles**, instalado en los bajos del inmueble, era frecuentado por ti. El dueño te recuerda aunque era un niño. Jugaba con tus hijos en la calle. Su padre te atendía cuando llegabas a tomar el café. Conocí también el edificio en donde se albergaba el grupo **Bonaventura Carles Aribau** del Patronato Escolar de Barcelona. De la casa a la escuela hay un trayecto que yo pienso realizabas a pie, como buen caminador que eras, durante unos quince o veinte minutos.

Pepe, indagué que tus alumnos de Barcelona confeccionaban en la prensa Freinet el cuaderno ***Vilabesós***, nombre escogido por la cercanía del río, así llamado, con la escuela. Pude consultar dos números de tal revista escolar, al parecer los únicos que se publicaron en 1935 y 1935. Los cuadernos eran bilingües, con textos en castellano y en catalán.

De una forma que yo mismo no imaginaba que se pudiera avanzar en una investigación, fui a dar con un apacible hombre quien de niño fue alumno tuyo en grupo escolar aquél. Con él me entrevisté. También me facilitó la fotografía en donde apareces con tus niños de esa escuela. Igualmente puso a mi alcance los cuadernos de apuntes que él tomaba en tus clases.

De tu paso por Barcelona, encontré huellas en la colección completa del **Boletín de la Cooperativa española de la técnica Freinet**. Su título completo es ***Colaboración/La imprenta en la escuela*** . Como bien me lo anticipaste, fuiste el administrador de la Cooperativa y de su publicación. Los miembros de aquella Cooperativa eran bastantes. Alrededor de setenta maestros trabajaban en su escuela con la prensa Freinet. En breve aparecerá publicada, en Barcelona, una edición facsimilar de ***Colaboración...*** con un estudio introductorio que hice, pues tuve el honor de que me lo encomendaran.

Amigo mío, en Barcelona indagué que a quien sustituiste, como director del Grup Bonaventura Carles Aribau, fue al maestro Lorenzo Jou Olió. El ocupó el cargo de nueva cuenta en esa escuela una vez instaurado el franquismo, cuando tú ya estabas en Francia. En Barcelona también localicé alguna que otra fotografía en donde apareces tú, ciertos documentos de carácter administrativo-escolar en donde consta tu nombre, así como los artículos que firmaste como **Tapia, maestro** y fueron publicados en la página **escuela rural** del periódico semanal *¡¡¡Campo!!!*

Pepe, Lérida fue un lugar muy visitado por mí. En la capital encontré información escolar relativa a ti e hice una cuidadosa revisión en el diario **El Ideal** para localizar tus artículos periodísticos. Fue una gran sorpresa encontrar algunos firmados por **J. de Tapia** y ninguno por **TABU**.

He de confesarte que tu seudónimo TABU se ha convertido en un enorme tabú. No he logrado dar con él, me ha estado prohibido, pero no descarto hallarlo en el futuro.

En cambio fueron apareciendo artículos firmados por la pluma de un tal **ETCÉTERA**. Los leí detenidamente y no tardé en darme cuenta de que te estaba leyendo a ti. Los temas, el estilo... Estoy completamente seguro. Utilizaste ese seudónimo, aunque ignoro el significado del mismo. No recuerdo que me lo mencionaras. Escribiste sobre cooperativismo, educación y otros asuntos. En el **El Ideal** di con algún comentario acerca de tus propuestas de practicar el cooperativismo en tierras leridanas.

Igualmente escribiste, como **José de Tapia** y como **ETCÉTERA**, en las páginas del semanario **Acracia**, en donde ya hacías referencia a la educación Freinet, y en la revista quincenal **Escola**, en cuyas páginas se da cuenta de la existencia del **Grupo Batec** y de algunas de sus actividades. Ambas eran también publicaciones de Lérida.

En el diario vespertino leridano, **El País**, encontré cierta referencia a la Misión Pedagógica que encabezaste en la prisión leridana. Busqué por toda España la documentación, que quizá todavía exista, sobre las Misiones Pedagógicas. No se conoce su paradero. Es una pena. En Lérida fue imposible dar con la documentación policiaca relativa a tu detención como "anarquista peligroso" Lo que sí pude conseguir fue una tarjeta postal, de tu época, en donde aparece retratada con toda claridad la prisión en donde te encerraron.

Después de mucho batallar, logré que quedara atrapada en mis manos una fotocopia de la novela *El y ella*. Efectivamente fuiste coautor de la novela junto con **Paco Itir**. Este último era el seudónimo con el cual firmaba sus escritos Patricio Redondo. Fue una gran sorpresa localizar la novela, sin embargo fue mayor sorpresa leerla y enterarme de que está basada en la pesadilla que viviste junto con Cata, tu primera compañera, con motivo del noviazgo al que se oponía tu madre.

Pepe, fue especialmente emotivo el tiempo que pasé entre la gente de Montolíu de Lérida. Me instalé en el café y acudió mucha gente a hablar conmigo. Los veía desfilar. Unos a otros corrían la voz y se invitaban a participar en el encuentro. "Vengo a atestiguar" llegó a decir más de una persona. Hubo lágrimas, abrazos e incluso alguien confundida acudió muy

decidida y emocionada a verte. Hube de explicarle tu ausencia. La gente de Montolíu te recuerda y te quiere bien. Dos familias conservan fotografías de tu grupo escolar y un cuaderno impreso por tus niños. Me los facilitaron.

Pude entrar por la puerta de la construcción de la que fue tu escuela en Montolíu. En la planta baja trabajabas con los críos y arriba vivías con tu numerosa familia. En la misma edificación, pero estrictamente separada mediante una pared, se localizaba la escuela de niñas, atendida en aquellos momentos por la maestra Margarita Solé. Efectivamente encontré la escuela completamente abandonada y en muy malas condiciones. Quedo satisfecho de haberla conocido por dentro y por fuera.

Del maestro Manresa también logré indagar algo. Era unos seis años mayor que tú. Su nombre completo es Juan Manresa Martínez. Reingresó a la escuela de Alfés en octubre de 1920 y se fue del pueblo, trasladado a Vimbodí (Tarragona), a finales de 1927. Fue por eso que le perdiste la pista y no participó en la introducción de la educación Freinet leridana.

También tuve acceso a un cuaderno escolar impreso por tus alumnos de Montolíu, aunque incompleto. Supe que llevaba el nombre de ***Libros vividos (colección de)***. Hasta el momento no he podido acceder al texto de las **lagartijas panchudas** con el cual inició la imprenta Freinet en Montolíu y, al parecer, en toda España. Tengo la esperanza de localizarlo más adelante en Francia. Me han anunciado que están por sistematizar un archivo contenedor de gran cantidad de cuadernos. Los fue guardando el maestro Alziary, encargado de la correspondencia interescolar, a quien llegaban los ejemplares de todas las escuelas formalmente adheridas al movimiento Freinet. Dentro de ellas estaba la tuya.

Pepe, cuando todo parecía indicar que las pesetas no me alcanzarían para llegar a Córdoba decidí escribir. Envié una misiva a la escuela que hace las veces de la que antaño fue la Normal de Córdoba para pedir información sobre ti. Aquélla parecía una carta dirigida a los Reyes Magos por un niño que deseaba saciarse de documentación que diera cuenta de su entrañable amigo.

Finalmente pude acercarme a Córdoba. Las pesetas se estiraron. Pude pasear por la calle Lope de Hoces. El nº 42 lo ocupó la casa de tus padres, en donde naciste. Estuve en la Iglesia de la Trinidad. Ahí localicé tu fe de bautismo. Afuera del templo está la plazuela de la Trinidad, lugar en el cual sin duda de pequeñito jugaste.

En las averiguaciones encontré que tu tío, el Inspector Escolar de Córdoba, fue José del Río y de la Bandera. Por lo que respecta a don Anto-

nio, tu querido maestro de primaria, no he podido dejar nada claro. Pensé que sería sencillo obtener más datos sobre él. Cuando menos su nombre completo ¿no te parece? Sin embargo todo se complicó. Sabía yo que, además de regentar una escuela privada, había sido sacerdote.

Acudí al Obispado de Córdoba en donde me dieron toda clase de facilidades para la búsqueda. No pude avanzar gran cosa. Además la indagación se tornaría más complicada si don Antonio no hubiese formado parte del Clero Secular, sino del Regular, pues existían varias órdenes religiosas en la Córdoba de aquellos años.

Ya antes había intentado localizar al maestro don Antonio por medio de un rastreo en la documentación de las escuelas privadas de Córdoba. Después de revisar muchos legajos llegó a mis manos la copia de un Real decreto de 1902 relativo a la inspección de la enseñanza no oficial. Conforme a tal disposición todas las escuelas privadas tenían que reunir ciertos requisitos por escrito. La documentación anterior la pude consultar. No eran muchas escuelas, no más de diez. Para mis adentros, jubiloso dije: "esta es la mía" y me puse a revisar uno por uno los expedientes de dichas escuelas. En cuanto llegué al segundo me enteré que el director de la escuela era un tal Antonio Córdoba y Navajas. Pensé que el asunto estaba resuelto. Antes de concluir tenía que descartar los expedientes restantes. Ello habría sido fácil si no se hubieran atravesado otras dos escuelas cuyos directores también se llamaban Antonio: Del Toro y Solé, uno y Moreno Vargas-Machuca, el otro. No pude indagar más. Por ahora seguiré haciendo referencia al célebre maestro don Antonio a secas. Así es, a veces, esto de la investigación.

Pepe, entré por la puerta del inmueble que fue la Escuela Normal en tu época de estudiante. Esa escuela ya no existe como tal pero, en la que hace las veces de formadora de maestros en Córdoba, localicé tu expediente de estudiante normalista. Se notaba que habían pasado muchos años sin que nadie lo hubiera consultado.

En el expediente encontré algunos de los documentos buscados y otros no. También localicé ciertos originales en los cuales ni siquiera había pensado. Baste señalar el hallazgo de los exámenes que presentaste, con tu hermosa letra enlazada, para ingresar a la Normal y para revalidar ciertas asignaturas.

Indagué, también en tu expediente, los nombres de tus profesores en la normal, incluidos tres suplentes, así como los distintos domicilios en donde viviste cuando estudiabas para maestro: Santa Clara nº 2 y Judería nº 13. En este último, hoy día convertido en una tienda en donde se venden

recuerdos a los turistas, fue seguramente en donde quedó instalada tu primera escuela. Conforme a la descripción que me fue hecha por el dueño del inmueble, acerca de la forma en que estaba construido el mismo cuando lo adquirió, todo parece indicar que ahí te iniciaste como maestro.

Pepe, no pude aclarar lo de tu compañero Arturo quien iba contigo cuando conociste a Cata. Dentro de la matrícula, en la Normal de Córdoba de aquellos años, no figura ningún Arturo. Considero que lo anterior no tiene mayor relevancia, pero lo quiero señalar.

Por lo que respecta a tu aprendizaje del esperanto logré indagar que quien en Córdoba difundía ese lenguaje universal era el francés Paul Linares. El fue quien seguramente te enseñó el esperanto y también a tus familiares. Igualmente pude saber que tu padre, además de ser masón del grado tercero dentro de la logia **Estrella Flamigera** de Córdoba, también destacó, a finales del Siglo XIX, como radical republicano: en España fue uno de los fundadores, impulsores y dirigentes del Partido Republicano Progresista.

En Córdoba también me valí de la guía telefónica y di con dos sobrinos tuyos por el lado familiar de Cata. En el encuentro hubo momentos de confusión y emoción. Tu sobrina me hizo saber que muy posiblemente, cuando aludes a la viejecita que acompañaba a Cata, te refieres a María de la Paz, quien vivía en la misma casa. Tu sobrino me llevó hasta la calle Alta de Santa Ana. Nos colocamos cerca de una ventana y me informó que ese era el sitio en donde tú y Catalina "pelaban la pava". Muy cerca de ahí está la Parroquia de Santa Ana. Aunque estaba cerrada y no pudimos entrar, me puso al tanto de que ese es el templo a donde acudías los domingos a misa y le tomabas la mano a Cata durante la celebración. Tengo la satisfacción de haber sido el enlace entre estos sobrinos tuyos y algunos de tus hijos de Francia. Supe que se reencontraron.

Recordabas el Tren de la Sierra, que te llevaba de Córdoba a Peñarroya, y la estación de Cercadilla en donde lo abordabas. De la estación puedo decirte que ya no existe, pero que la conocí en 1990 antes de que la derrumbaran. Pude ver una modesta construcción completamente abandonada. Del Tren de la Sierra no logré encontrar gran información. Eso sí, di con la fotografía de tres locomotoras distintas que lo arrastraban. En tus viajes te habrán tocado en movimiento.

Pepe, ya que estuve en Córdoba no pude resistir la tentación de conocer Pueblo Nuevo del Terrible y Montemayor. A los dos poblados fui a parar.

En Pueblo Nuevo del Terrible esperaba poder encontrar a alguno de los obreros esperanto-anarquistas a quienes les dedicaste este libro. Deseaba charlar con ellos y entregarles un ejemplar de la primera edición del

mismo. Desafortunadamente ya no localicé a ninguno. Lo que si encontré fue un pueblo de esos que en las películas se parecen a un fantasma. Del emporio minero que se desarrolló en ese poblado casi no queda nada. Entre la gente del pueblo alguien me llegó a decir: "si hubieras llegado tres años atrás te habrías encontrado al abuelo Amado. El hablaba mucho de Tapia". Supe que a quien conocían como el abuelo Amado había muerto y que se apellidaba Gallardo Moya. Era el último de aquellos hombres que había quedado. No tuve forma de compensar esa ausencia. Simple-mente entregué un ejemplar del libro para los usuarios de la biblioteca pública del pueblo. Pedí que lo recibieran simbólicamente a nombre de los obreros a quienes está dedicado.

En Pueblo Nuevo pude conocer las fachadas de las que fueron tu casa habitación y la Escuela de la Compañía Minera y Metalúrgica de Peñarroya. Las calles conservan los nombres de antaño. En Umbría nº 67 estaba la escuela y habitaste en Alfonso XII nº 20, esquina con Umbría.

Pude consultar la convocatoria, conforme a la cual concursaste para hacerte maestro nacional, así como los resultados de la misma. Obtuviste el tercer lugar en el concurso de un total de catorce participantes. Pasaste a encargarte de la Escuela nº 1 de Montemayor, conocida popularmente entones como la "escuela de abajo". Estaba ubicada muy cerca del Ayuntamiento que está totalmente reconstruido en la actualidad.

En Montemayor localicé a escasos discípulos tuyos. Se pueden contar con los dedos de una mano. Consulté documentos escolares, algunos firmados por ti y otros relativos a tu persona. Destaca el inventario escolar que levantaste en 1918 cuando llegaste a esa escuela. Averigüé que la permuta de Montemayor a Montolíu la hiciste con el maestro José Zafra Castro y que el Alcalde con quien te enfrentaste y después llegaste a hacer cierta amistad, se llamaba Salvador Varona Jiménez. Por más que he buscado una fotografía escolar con tus alumnos de esa localidad, hasta el momento no la he encontrado. Tampoco he dado con el reportaje de la Sanmiguelada que recordabas haber escrito en el *Diario de Córdoba*.

Pepe, tuve oportunidad de visitar Salamanca. Estabas preocupado por el paradero de tu título de maestro. Se quedó colgado, en la pared de tu casa en Barcelona, cuando entraron a la ciudad los fascistas Nacionales. Lo busqué incansablemente por todas partes. Supe que en Salamanca, en la sección **Guerra Civil** del **Archivo Histórico Nacional** se había concentrado todo lo que los franquistas saquearon al invadir las poblaciones. Pensé que ahí podía estar el título extraviado, pero me equivoqué. Pienso que es de las cosas que hay que dar por perdidas. En cambio puedo

decirte que en tu expediente de estudiante normalista, ya referido, se encuentra un documento del 10 de junio de 1913 en donde el Ministerio de Instrucción Pública y Bellas Artes de España ordena que se te expida el título de maestro.

Aproveché mi paso por ese archivo de Salamanca y localicé algunos documentos que sirvieron al dictador para ficharte como enemigo. Tu participación, como Secretario de la Federación Anarquista Ibérica (FAI) y como seguidor de la educación Freinet, serían utilizadas en tu contra en el supuesto de que te localizaran en territorio español. Afortunadamente ya estabas en Francia.

De tu estancia en este último país citado también he podido conseguir ilustraciones de un campo de concentración, del reencuentro con tu familia en 1940 y su posterior crecimiento con tus dos primeros nietos, cada uno nacido de tus respectivas hijas de Francia.

Uno de los grandes temas que ya ha comenzado a estudiarse es el relativo a la vida de los exiliados españoles dentro de los campos de concentración franceses y durante la Segunda Guerra Mundial. Entre ellos estás tú, Pepe. Espero conocer los resultados pues pienso que habrá nueva información sobre el amigo.

Localicé el folleto sobre la educación nacional ya mencionado páginas atrás. De esa época también tuve acceso a la copia de un documento manuscrito. Se titula *¿Soy yo anarco-sindicalista? Reflexiones de un hombre de cincuenta años que siempre vivió al margen de los partidos políticos*. Está fechado el 26 de agosto de 1945 en Entrains-sur-Nohaim (Nièvre). Todo parece indicar que fue publicado, en varias entregas, en *Solidad Obrera*, periódico español en el exilio francés. Por ahora no cuento con más datos.

Pepe, llegó el tiempo de regresar a México después de una rica y prolongada estancia en España. Quedaron pendientes algunas cosas. Hice buenos amigos y en lo que pueden me ayudan desde allá.

Ya en México me puse a buscar ilustraciones acerca de tu vida en tu segunda patria. Encontré bastante aunque supongo que debe haber mucho más. El tiempo permitirá completar y mejorar los materiales. Invito a los lectores que cuenten con ilustraciones de tu vida a que me lo comuniquen para tenerlas presentes en una próxima edición.

Tengo pendiente visitar cada uno de los poblados por donde pasaste al servicio de los indígenas mexicanos: Cuenca del Papaloapan, Desemboque, Huautla de Jiménez, San Cristóbal de las Casas. Quiero hacer el

recorrido de manera parecida a como lo realicé en España. Tal vez consiga nuevas ilustraciones para el libro.

De la Ciudad de México conviene precisar algo sobre dos de tus actividades. Recordabas haber escrito en una de las revistas en donde colaboraba Ramón Costa. Quiero decir que esa revista se llamaba *Amenidades e Intimidades*. Ahí escribías quincenalmente una columna editorial bajo el título **Ideas sobre la educación**. Fue en el año 1951. En ese mismo año también participaste en el **Congreso Español de la Paz**, ahí pronunciaste un elocuente discurso. Fuiste elegido como uno de los miembros del **Consejo Español de la Paz**, resultante de dicho Congreso. Esta es otra veta tuya que queda para ser indagada en el futuro.

Pepe, tú amabas al indígena mexicano. Conocías cómo sufría pues fuiste testigo de cómo lo engañan y explotan. Estabas preocupado por el futuro de México. Manifestabas estar horrorizado por el mundo que los adultos les hemos dejado a los niños. Desde que tú ya no estás entre nosotros han pasado tantas cosas. En México las cosas han empeorado. Afortunadamente los indígenas han dicho ¡basta! Tuvieron que organizarse y tomar las armas. Nos han dado una lección de dignidad formidable. Te hubiera gustado presenciar lo que ha pasado y lo que acontecerá. Este país ya no será el mismo de antes. Lo sabemos en México y en el extranjero. ¡Cuánto me alegra! Hay mucho por hacer y cada quien tiene que asumir su propia responsabilidad, dirías tú, singular maestro.

Quiero hacer tres consideraciones finales pues me parecen pertinentes. La primera se refiere a tu familia y tu escuela; la segunda al texto de este libro y la tercera a sus ilustraciones.

De tu familia puedo decirte que todos tus hijos viven y se encuentran bien. Lo digo conforme a las últimas noticias que recibí. En México tienes dos preciosas nietecitas más. Son hijas de Elisa, quien finalmente se casó con su novio de toda la vida Se despejan así las dudas que tuviste, en su momento, sobre la formalización de su relación. Elisa trabaja en la escuela como maestra y he escuchado que lo hace bien. Tiene de dónde heredarlo por partida doble. De Chela poco puedo agregar, tú mejor que nadie la conoces. Sigue al frente de la escuela y trabaja con el corazón.

Sobre el texto escrito quiero aclarar lo siguiente. En la remembranza que escribí en 1989 hice referencia a que la confección de este libro fue para mí como jugar con el rompecabezas de tu vida, Pepe. Lo anterior es cierto. Lo impreciso es que el rompecabezas no quedó bien terminado. Faltaron piezas y seguramente ya no aparecerán. Igualmente, como suele ocurrir en el armado de este tipo de acertijos, varias piezas quedaron mal

encajadas. Debido a ello, en esta edición, aparecen las correcciones de las fallas que descubrí. Se trata de errores de los cuales soy el único responsable. Sé que persistirán algunas fallas todavía no detectadas. Me faltó tiempo para revisar con cuidado las grabaciones que hicimos de todo lo conservado. No procedo a la revisión ahora pues tu centenario ha llegado y el tiempo, inflexible, me ha dicho: ¡hasta aquí!

Pepe, acerca de las ilustraciones, tú conservabas ciertos documentos y fotografías muy valiosos para ilustrar tu propio libro. Los he podido ocupar. Lo demás apareció por doquier. Hasta el momento no he dado nombres concretos de las personas que me auxiliaron, de muchísimas formas, para llegar a los materiales con los cuales queda ilustrado este libro. Son tantos nombres que prefiero no citarlos aquí pues sería espantoso omitir alguno. Todas las personas que me ayudaron en esta ardua tarea, tanto en México como en España, fueron muy generosas y estoy seguro de que sabrán comprender mi decisión de no mencionarlos. A todas esas personas mis más sinceros agradecimientos. De cualquier forma, al pie de cada ilustración, aparecen los créditos de la misma o cuando menos la fuente de donde fue localizada.

Santa Úrsula Xitla, Tlalpan, 27 de febrero de 1996.

F. J. M. y T.

Remembranza

Existen muchas posibles maneras de comenzar a narrar tu historia, maestro y amigo Pepe. Lo haré por el final, por lo que ya no te tocó contarme sino verlo a mí, por el momento de tu muerte.

Después relataré tus recuerdos, tus vivencias, tus anhelos, tus desencantos. De todo me enteré por boca tuya. Tú fuiste el protagonista y el relator. Por eso escribiré en primera persona, siempre en singular, para tratar de narrar tu historia como de viva voz.

Aquella tarde del jueves 4 de mayo terminó tu vida. No padeciste alguna enfermedad incurable. Fue el peso de los años de vida plena, el peso de los años de lucha intensa, el peso de los años de trabajo fecundo, el que marcó el hasta aquí.

Durante los últimos meses deseaste la muerte. Hasta el último momento fuiste sincero, no ocultaste tu antojo. Pocos días antes de irte, a pregunta mía: "Pepe, ¿qué quieres, se te ofrece algo, qué necesitas?" "Morirme y no molestar", fue tu respuesta franca.

Algunos días antes, la tarde del 17 de abril, se dio el momento propicio para nuestra despedida. Cada vez pasabas más tiempo en la cama, muy débil dormitabas. Casi ya no hablabas, te faltaban fuerzas. Ese lunes te incorporaste. Te encontré muy lúcido, aunque también muy decaído, sentado en el sillón de siempre.

Pepe, yo necesitaba ese momento, lo ansiaba. Tenía que hablar a solas contigo. Sabía que el fin estaba próximo, que era algo inminente. Tú mismo me lo habías comunicado. En el transcurso de esa plática, nuestra última conversación, me enteré de que tú también querías despedirte. Con gran serenidad me dijiste, lo recuerdo muy bien, lo tengo grabado: "Fernando, se te va un amigo más pronto de lo que imaginas. Ya no vengas, hijo, no quiero que sufras". Aunque fue muy doloroso ver como te ibas, me cabe la satisfacción de haberte acompañado hasta el final.

Ya, a principios de febrero, me habías avisado: "En poco tiempo cumplo los noventa y tres años, viene mi hijo de Francia a visitarme durante un par de meses y, después, ya". Fuiste contundente y cumpliste. A los ocho días de que tu hijo emprendió el regreso a su casa, tú partiste para siempre.

Esa misma tarde en que expiraste, llegó a visitarte un amigo. Sí, Carlos Santos. El chico de las divisiones al revés, quien después fue maestro en tu escuela hasta optar por la música, quien te frecuentaba con cierta periodicidad durante los últimos meses. Nadie le avisó el acontecimiento. Apareció como si tú lo hubieras convidado, como si desearas su compañía en aquel momento. Estuvo presente.

Diez meses antes, en junio de 1988, tomaste una decisión muy dolorosa. Tuviste que dejar la escuela. Tu organismo ya no te permitió volver a trabajar con los niños. Encontraste la ocasión propicia para despedirte de ellos, de sus padres y de sus maestros. Fue un adiós irremediable.

Lo manifestaste hasta el cansancio: "Vivir sin atender la escuela, sin trabajar con los críos, es como no vivir". Tus alumnos fueron, durante muchísimos años, la razón de tu existencia. ¡Qué honor para tus hijos, para los míos y para todos a quienes les diste clases!

Pepe, el desprendimiento, para mí, fue muy amargo. De veras te extraño. Te marchaste pero dejaste una inmensa fortuna repartida entre quienes te conocimos y convivimos contigo. A mí me tocó ser uno de los más agraciados.

Tuve la inmensa suerte de estar muy cerca de ti los cuatro últimos años. Ese breve lapso fue suficiente para conocernos, para comprendernos, para identificarnos, para compenetrarnos, para estrecharnos, para querernos... El tiempo alcanzó para conversar y trabajar arduamente en lo que por fin toma cuerpo de libro.

Me correspondió en suerte participar de tu conmovedora confidencia. Fui enormemente curioso y tú muy complaciente. Aceptaste charlar conmigo frente a una grabadora. Pregunté insaciablemente. A cada interrogante le diste respuesta precisa. Abriste tu corazón, me tuviste confianza. Gracias, querido amigo.

Removí tu pasado. Te hice recordar muchas vivencias, unas chuscas y alegres, otras duras y dolorosas. En ciertos momentos sufrimos juntos, tú por recordar y yo por verte sufrir. No lo ocultamos. También se dieron ocasiones para reir y gozar juntos. Puedo asegurar que disfrutamos muchísimo la conversación y la confección de estas páginas.

Lo grabado hube de transcribirlo. Me llevó un largo tiempo esa tarea. Mientras así procedí, saltaron nuevas dudas. Me las aclaraste conforme brincaron. En esa etapa fue cuando me percaté de cómo lo que grabamos brotó, poco a poco, de manera muy espontánea. Más de una vez mi indagación

ocasionó que de tus contestaciones saliera nuevo material para formular interrogantes que de otra manera no se me hubieran ocurrido.

La información quedó dispersa a lo largo de más de veinte cintas. Una vez que estuvieron transcritas vino, quizá, lo más laborioso para mí. La faena consistió en ensamblar tus pensamientos y episodios con esa información tan rica, amplia y dispersa. Fue muy entretenido. Tú no me viste hacerlo. Parecía, y yo mismo me sentía, como un niño que jugaba con el gran rompecabezas de tu vida del cual, indudablemente, soy una pieza.

A veces avanzaba pronto, en otras ocasiones me atoré e incluso llegué a desesperarme. Una piececita por acá, la otra por allá y, lentamente, le di cuerpo al rompecabezas. Tuve que poner mucha atención para encajar la información en el lugar justo. Quiero decirte que en todo momento traté de conservar tus expresiones peculiares, tus palabras claves y de no desvirtuar por algún motivo el sentir de tus pensamientos y vivencias.

Cuando me faltaban datos, ya me podías ver llegar con la grabadora en la mano para obtener nueva información. La grabadora estuvo casi siempre al acecho. Cuando, por diversos factores, no fue posible tenerla al alcance, usé lápiz y papel para recabar los datos.

Finalmente terminó la aventura y el rompecabezas, nuestro libro quedó listo. Misión cumplida. Todo el tiempo empleado para su hechura, desde que comenzamos a grabar hasta la última palabra que escribí, fue muy, pero muy gratificante.

Nuestro quehacer duró muchas horas esparcidas a lo largo de semanas y meses. Tú conociste la primera versión del libro. Estuviste de acuerdo en presentarlo como una ristra de episodios breves mezclados con páginas de tu pensar educativo. Leímos juntos el borrador. Detectaste algunas imprecisiones y las corregiste con gran paciencia y esmero.

La versión final, la contenida en este volumen, ya no la alcanzaste. Me faltaba muy poco. Te adelantaste. ¡Cómo lo lamento! La dedicatoria del libro tú mismo la decidiste por ser la única forma a tu alcance para rendir un merecido homenaje a los obreros esperanto—anarquistas, de Pueblo Nuevo del Terrible en España, quienes tanto, tanto te ayudaron en las primeras adversidades de tu intensa vida magisterial.

Pepe, este libro no es una biografía que trate de parecerse a esas grandes biografías que escribía Romain Rolland. La intención es presentarle al lector algo sencillo, ameno, directo y profundo —como siempre fuiste tú— sin correr el riesgo de adentrarme por veredas y recovecos que no domino.

El texto es solamente la historia de tus principales ideales y de tu lucha por alcanzarlos. No aparecen en estas páginas tus defectos y debilidades no porque no los hayas tenido o porque tú mismo —verdadero autor de este libro—

hubieras querido ocultarlos o minimizarlos. Como narrador me he tomado la libertad de escoger —obligado por razones prácticas— los momentos y facetas de tu vida que me parecen más estimulantes, aleccionadores y representativos de lo que fuiste e hiciste.

Con el correr del tiempo, a partir de 1979 en que te vi por primera vez, llegué a interesarme y saber mucho de tu persona. Fui conociendo la vida, obra y pensamientos principales de un hombre, de un maestro.

Pronto comprendí tus andanzas quijotescas, tu postura anarquista y tus desventuras; tu perseverancia, tu energía y tus dudas; tu sencillez, tu cariño y tus antojos; tus anhelos, tus esperanzas y tus desencantos; tu congruencia, tu sinceridad y tu coraje; tu ternura, tu paciencia y tu impaciencia; tu seguridad, tu confianza y tu desconfianza; tu veracidad, tu profundidad y tu responsabilidad ejercida con toda libertad; tu amor por la vida especialmente por los niños, los campesinos y los indígenas; tu aborrecimiento a los serviles, a los embusteros y a los fanáticos.

Encontré en ti lo que rarísimas veces he hallado: un maestro consecuente que en todo momento puso en acción su palabra, es decir, un maestro digno de ejemplo quien luchó constantemente contra toda clase de hostilidades hasta su muerte.

Tus ideas y vivencias son tan ricas y profundas como la intensidad de tus noventa y tres años de vida y setenta y cinco de maestro. Son tan amenas como agradable y llena de ingenio fue tu vida entera, vida muy parecida a la del Caballero de la Triste Figura. Me atrevo a afirmar que tú y el Quijote tienen mucho en común. Pepe, como el Quijote fuiste un caballero andante, un hombre sincero. Siempre hablaste de frente, siempre en lenguaje directo, siempre fuiste al grano. Jamás dudaste en denunciar al mentiroso y al cobarde, en señalar al canalla y al engreído. Nunca te dejaste intimidar por nada ni por nadie. Después de cada caída te levantaste tambaleante para continuar la lucha denodadamente.

Amigo, debes estar muy orgulloso porque tu lucha no fue inútil, no fue estéril. Por el contrario, tu lucha siempre tuvo un significado y un contenido muy hondos: la contribución de la educación a la liberación del hombre. Si no, ¿para qué fuiste maestro?

Pepe, la suma de esas características tuyas es la que me autoriza a hablar de ti como de un hombre, de un maestro singular. Supiste aprovechar con vehemencia cada segundo de tu vida. ¡Sufriste y gozaste horrores, eres envidiable! Tu originalidad estuvo presente en cada momento. Hasta podría decirse que fuiste original en tu propia muerte. ¡Tú, mejor que nadie, lo sabes!

Las páginas de tu vida están mezcladas de buen humor y sentido común, de nostalgia y dolor, de alegría y esperanza, de energía y amor por la vida, de un meditar y filosofar constantes. En cada instante predomina lo educativo. Y así es porque tú fuiste un genuino maestro, de esos que hacen mucha, pero muchísima falta. Tuviste fe en la escuela, lugar en donde se nutren espiritualmente los niños para, el día de mañana, tranformar el mundo.

La mayor parte de tus años la dedicaste a laborar con y para las criaturas. Pusiste especial interés para formarlos, hombres y mujeres responsables, a través del pleno uso de su libertad. Es fácil decirlo, pero muy pocos lo han logrado. Entre ellos, tú.

Fuiste educador en México y España, en el campo y la ciudad. Perteneciste a una gran generación de maestros preocupados y, lo que es mucho más importante aún, ocupados por una educación que dignifica. Figuras al lado de Célestin Freinet, de Herminio Almendros, de Patricio Redondo...

Pepe, cuando te conocí eras un roble, pero con el paso de los años te fuiste minando hasta que dejaste de estar aferrado a la vida cuando te venció *tanatos*. Era impresionante verte trabajar con los niños en los salones de clase, en el salón de actos, en San Andrés... tus clases de ciencias naturales, de geometría, de ajedrez, de carpintería... hicieron mella. Estaban cargadas de grandes valores. Fueron hermosísimas aventuras y lecciones vitales para ti, para tus alumnos y hasta para quienes sin serlo, fungimos alguna vez como simples observadores, como testigos presenciales.

Nuestro libro lo trabajamos en tu casa, en la mía, en tu escuela. Con cierta frecuencia compartimos los alimentos. Nunca podré olvidar tu generosidad y cariño. Eso de que a los noventa años te pararas en la cocina a preparar la comida o la cena, me dice todo de ti.

Preparabas la butifarra, o lo que nos obsequiabas, con el esmero y cariño propios de cuanta actividad emprendiste. Para muestra valga un detalle, no se me borrará nunca de la mente. Me refiero a la forma cuidadosa y solícita con que —según tú mismo solías decir— liabas tu servilleta de tela para acomodarla en su arillo de madera. Hasta en esas insignificancias encontré una manifestación tuya de amor hacia la vida.

Pepe, entrañable amigo, podría continuar y decir tantas cosas importantes de ti que harían interminable esta remembranza. Unicamente agregaré que el año escolar de 1989 resultó muy significativo. Hace cincuenta años llegaron a México los primeros exiliados políticos españoles. Tú cumpliste setenta y cinco años de maestro y cuarenta de haber arribado a esta tu segunda patria, procedente de Francia. Por si eso fuera poco, tu primaria, la *Escuela Manuel Bartolomé Cossío*, cumplió venticinco años de existencia. Tu partida vino a coronar este año lleno de aniversarios importantes.

Por último tengo que decir a ti y a nuestros lectores algunas palabras aclaratorias y otras de agradecimiento. Las primeras se refieren a tus recuer-

dos de la etapa más reciente, sí, de los últimos venticinco años. Repetiste muchas veces que tu memoria de esos años no era muy buena. Las segundas complementan y amplían las anteriores palabras. Agradezco a Chela las facilidades dadas para hacerme de cierta información, contenida en los archivos y en la biblioteca de la escuela, con el fin de pulir y hacer más precisos algunos aspectos de tus relatos sin quitarles su contenido. Ella, quien también tiene un buen archivo llamado memoria, me proporcionó nombres de personas, de lugares, fechas... para permitirme reconstruir lo más fielmente posible la última parte del rompecabezas. Igualmente fue valiosa la ayuda personal que Chela me prestó en la reconstrucción de algunas anécdotas. A ella le agradezco también la idea de trabajar el libro a través de tus episodios y pensamientos cortos y amenos como tú sabías contarlos, buen conversador que eras. Sin habérmelo propuesto desde un principio, y sin pretensiones de emularlo, el libro en su estructura tomó cierta semejanza con *Los dichos de Mateo* escritos por Freinet. Finalmente, la lectura cuidadosa que Chela hizo de todo el material y sus atinadas observaciones, son invaluables.

Santa Ursula Xitla, Tlalpan, 16 de junio de 1989.

F. J. M. y T.



Pepe y Fernando el día que iniciaron la grabación de las entrevistas en las cuales se sustenta el libro que el lector tiene en sus manos. Tlalpan, Ciudad de México, 9 de julio de 1987.

Hombre rebelde

En Córdoba, cuando pequeño, aprendí a convivir con todo tipo de personas. Me desenvolví en un clima de gran respeto y tolerancia a la diversidad del pensamiento.

Laureano —mi padre— fue librepensador, Gran Maestre de la masonería y republicano federal. Elisa —mi madre— era ferviente católica, cumplidora de sus deberes religiosos. Jamás vi que ellos se opusieran entre sí respecto a las actitudes que sus hijos pudiéramos tomar frente a la vida. Este ambiente familiar fue decisivo y me marcó para el resto de mi vida.

Niño aún, recibí los primeros sacramentos y seguí las prácticas religiosas de mamá. Un día supo comprender que ya no fuera a misa. De nada le servía que le dijera el color de la casulla que vestía el celebrante. No me costaba pasar por la puerta del templo, ver el color y hacer creer a mamá que había asistido a la celebración.

Al ser mayor, tomé la postura filosófica de papá. Sus ideas y forma de vida fueron un ejemplo a seguir, me enseñaron a luchar a diario.

En mi juventud, los masones me invitaron a formar parte de la logia. No ingresé. Pensaron que mi padre, al dejar de ser masón, me había predispuesto contra la organización. Ofrecieron que una vez yo adentro, corregirían las deficiencias organizativas de las que les pusiese al tanto. Ante tal propuesta intervine:

—¡Cuidado! Se equivocan. No veo por qué piensen así de mi padre. El jamás me ha hablado mal de la masonería. Simplemente se separó de la agrupación, por convicción, cuando se percató que algunos de sus compañeros abusaban de la posición masónica para obtener privilegios. Por mi parte respeto la masonería y a sus miembros, pero no tengo ningún interés por incorporarme.

Librepensador, desde muy joven, me incliné por el anarquismo. Salvo los fanáticos, con todos he podido hablar y a todos he sabido escuchar. Estoy esperanzado, creo en el hombre y confío plenamente en la niñez.

Hay ciertos valores, ideas y principios por los cuales he luchado y lo continuaré haciendo hasta el final. Siempre he estado a favor de la libertad, la responsabilidad, el compromiso, la dignidad, la sinceridad, el respeto, la originalidad, el trabajo, la verdad, la creatividad, el amor, la sencillez y la confianza. Hacen crecer al hombre.

Aborrezco el abuso de la libertad, la opresión, la mentira, el fanatismo, la soberbia, el anonimato, la prepotencia, la simulación, la arrogancia, la inconstancia, la impuntualidad y el desorden. Denigran al hombre y no le permiten ser.

Soy un viejo, pero muy viejo maestro cargado de años. Terminé de patear los noventa y tres. He sido, soy y seré un hombre inquieto y rebelde. El contexto de mi lucha principalmente ha sido la escuela primaria. He dedicado la mayor parte de la vida a los niños. Mi tarea fundamental ha consistido en enseñar a los chicos a vivir con plenitud. Indudablemente, de ellos he aprendido todos los días. ¡Qué cosa tan hermosa!

Ese soy yo, mejor ni moverle. ¡Genio y figura hasta la sepultura!

De familia

Papá era el hijo mayor de una familia de nobles. Le correspondía heredar el título nobiliario. Llegado el momento, renunció. Fue consecuente. Sus convicciones de republicano federal le impidieron participar de ese ridículo ritual. No estuvo dispuesto a acudir, con traje de gala y espadín, a recibir el espaldarazo del rey.

Mamá fue descendiente del inquisidor Torquemada. Mi abuelo en plan de broma, le decía a la abuela:

—No puedes ser buena, eres descendiente de Torquemada.

Mi abuelo materno llegó a Córdoba vistiendo humilde trajecito y calzando alpargatas. Logró colocarse como trabajador de limpia en la casa de banca más importante de la ciudad. Después fue cobrador y así fue subiendo poco a poco. En un momento dado la casa de banca estuvo a punto de ir a la quiebra, pero mi abuelo la salvó. Esto le valió para ascender todavía más. Cuando murió era Gerente General jubilado de la Casa de Banca Pedro López e Hijos.

Durante mi infancia, la vida en casa era feliz, tranquila y con posibilidades económicas. Estas últimas, un día, se derrumbaron. Mi padre trató de salvar de la quiebra a quien consideraba un amigo. La quiebra fue fraudulenta y el tal "amigo" se levantó con su capital y el de mi papá. Mi familia quedó en la pobreza para nunca más reponerse.

Mi padre fue un hombre de excesiva bondad, de gran corazón. Mientras tuvo capital ayudó a cuanto amigo lo necesitó. Entre muchos, le llegaron a deber una fortuna. Un día se puso a ordenar sus papeles. Encontró documentos firmados que le adeudaban. Decidió romperlos pues pensó que nunca los cobraría. Inmediatamente se dejaron escuchar los reclamos de mi madre.

Al poco tiempo, en el café, se encontró con uno de los deudores. Supo que estaba en buenas condiciones económicas y le dijo:

—Oye, recuerdas que me debes una cantidad que te presté.

—Hombre, por supuesto. Lo recuerdo muy bien. Pásame el recibo y te lo liquido inmediatamente.

—El documento ya no está en mi poder, lo destruí. Pero recuerdo el monto de la deuda. Espero no tendrás inconveniente en...

—Te equivocas, si no tienes el recibo olvida el débito, ya no hay como probarlo.

Después de este incidente, papá llegó a casa hecho polvo. ¡Qué clase de amigo era ese!

Fuimos tres hermanos, yo el menor. De chicos jugamos y reñimos juntos. Con el tiempo tomamos derroteros muy distintos que nos separaron tajantemente. Llegamos a pensar y vivir en formas muy encontradas. Durante el exilio francés, me enteré de la muerte de mi hermana Laura. Perdió la vida en un accidente cuando se descarriló un ferrocarril en España. A mi hermano Rafael le perdí la pista para siempre cuando me trasladé a México.

Donde estudié

La primera escuela a la que asistí fue unitaria, privada y religiosa. La dirigía un maestro viejecito. A las once del día, el hombre comía unos gajos de naranja agria por prescripción médica.

Si nos portábamos mal, el castigo que nos imponía consistía en ponernos a mirarlo mientras tomaba sus alimentos. Bendecía la mesa antes de comer; y todos los sábados nos hacía rezar el rosario.

En esa escuela aprendí las primeras letras y los conocimientos iniciales. No pude continuar mis estudios ahí por falta de recursos económicos.

Tío Pepe, cuñado de mi madre, era inspector escolar en la Provincia de Córdoba. Insistió a mis padres para que me llevaran a la escuela pública anexa a la Normal. Acudí a ese lugar por poco tiempo.

Tenía un maestro que, a la hora de clase, nos indicaba la elaboración de algún trabajo y se ponía a leer su periódico. Cuando oía ruido en el salón, hacía volar un borrador y listo. Controlaba la situación.

Uno de esos días el borrador dio en mi pecho. Impulsivamente respondí. Tomé de la banca el tintero de plomo. Lo lancé y di con él al maestro. No esperé a ver el resultado. Inmediatamente salté por la ventana y corrí a casa a contar a mis padres lo sucedido.

Al día siguiente acudí con papá a la escuela para aclarar los hechos. El director nos vio entrar. Observó a mi padre dirigirse muy seguro rumbo al salón. Decidió acompañarnos. Ya en el lugar, papá pidió al maestro su versión sobre los acontecimientos. El maestro se quejó de la tinta y aceptó lo del

borrador pretextando mi supuesto desorden en aquel momento. Mis compañeros no quisieron callar:

— ¡No es cierto! ¡Falso! ¡Miente! ¡Pepe trabajaba cuando le cayó el borrador!, fueron algunos de los comentarios que se escucharon en el salón.

Mi padre se indignó mucho y decidió retirarme de la escuela en aquel mismo momento. Con energía dijo al director en presencia del maestro y de los niños:

—Como tengo dignidad doy de baja a mi hijo de esta escuela. Si usted tuviera dignidad, haría lo propio con el maestro. ¡Ese es cuento suyo!

Inmediatamente y sin más, salimos de esa escuela para siempre. De ahí pasé a otra escuela unitaria privada dirigida por don Antonio, un ex—sacerdote. En la escuela de este gran hombre terminé de estudiar la primaria. Con él me formé y le debo mucho de lo que he sido.

"El Gato"

Durante mi vida escolar fui un niño muy inquieto. Hice travesuras por doquier y me llevé castigos y golpes a granel. Un escolar travieso era reprimido. Generalmente no se aprovechaban ni se canalizaban sus inquietudes en el proceso educativo.

A los niños nos daban en la escuela un trato verdaderamente criminal. Los castigos eran brutales. Había bofetadas, nalgadas, correazos, varazos y demás. A veces nos ponían de rodillas en el piso sobre garbanzos, con los brazos abiertos y deteniendo libros sobre las palmas de las manos. Nos teníamos que ingeniar para, con disimulo, deshacernos poco a poco de los garbanzos. Lograr eso ya era un ligero alivio.

Don Antonio era duro en los castigos. Tiraba unas buenas bofetadas, había que sentirlas. En una ocasión vi venir un golpe muy duro y mejor agaché la cabeza ocasionando que el maestro golpeara su mano contra el marco de la puerta. Hasta a mí me dolió aquello. Dejó pasar el momento, no chistó.

Me gustaba pillar lagartijas, las llevaba a la escuela y las soltaba en el salón. ¡Cundía el desorden! Con algunos de mis compañeros atrapaba avispas. Les sacábamos el aguijón dejando su vientre vacío. Colocábamos en ese sitio un papelito a la manera de carta y a volar. En más de una ocasión las avispas fueron a dar al brazo, al hombro y hasta a la cabeza de don Antonio.

Trastadas hice muchas y me divertí enormemente. Durante el recreo, al correr y saltar como cabra por todos los rincones del patio, me fracturé una pierna. ¡No sabía estar quieto, no podía estar tranquilo!

Me gustaba el estudio, pero mi inquietud y mis nervios podían más, eran superiores. Cuando nadie lo esperaba, ahí estaba Pepe con alguna barrabasada. Inmediatamente, aparejado, un castigo no se dejaba esperar. En casa me decían "El Gato" porque con mi manera de ser —afirmaban mis padres— anunciaba las tormentas.

El esposo de mi tía Dolores era muy aficionado a la cacería. La practicaba en los grandes cotos de conejo de los alrededores de Córdoba. Un buen día, tempranito, como en ocasiones anteriores fui al paseo con ellos. Como siempre llevaban bestias para cargar los alimentos y trepar a los niños. Aunque me insistieron, no quise montar.

Cuando llegamos al coto me dediqué toda la mañana, junto con el resto de los chicos, a atrapar pajaritos en el riachuelo. En el río colocábamos espartos untados con una sustancia pegajosa preparada por mi tío. Los pajaritos llegaban a beber agua, se llenaban las alas con aquello, y no podían volar más. Eran nuestros. Llegada la hora de regresar, tampoco quise montar en ninguna de las bestias.

Ya en casa, comí y salí a la plaza a jugar con los niños del lugar. Corrí y brincotié buena parte de la tarde. De repente caí y no pude levantarme. Algún chico dio aviso en casa. Fueron por mí. Me trasladaron a la cama a descansar. Al día siguiente, para sorpresa de todos, no tuve fuerzas para levantarme.

—Traigamos a un médico— dijeron. Después de una revisión cuidadosa, el doctor se expresó así:

—Si este muchacho hubiera brincado y jugado otra media hora, habría caído reventado como caballo y no se levantaría más. Para recuperarse necesita descanso, tranquilidad total.

Durante más de un mes guardé reposo absoluto en cama. Llegado el tiempo de incorporarme, traté de hacerlo. No pude. ¡Se me había olvidado caminar, qué desgracia! Tuve que aprender a andar de nueva cuenta a los nueve ó diez años de edad.

A pesar de ser muy inquieto y gastar muchas energías, mi constitución física era muy débil. En casa era también conocido por el triste mote de "El Tísico". Por tal motivo mi padre me envió a hacer ejercicios a un gimnasio de un buen amigo suyo. Los ejercicios en las argollas y en las barras paralelas fueron mi salvación. Nadie hubiera imaginado en aquel tiempo que el niño Pepe iba a tener una vida tan longeva como llena de salud.

De militar a maestro

Tenía trece años y una gran ilusión: estudiar la carrera de las armas. Los uniformes son muy bonitos y vistosos. Me desenvolvía en una familia de tradición marina y militar. El tío Eduardo, hermano menor de mi padre, había prometido llevarme a estudiar a la Academia Militar de Toledo. Ahí enseñaba matemáticas. Prácticamente se haría cargo de mi educación militar.

Faltaba esperar a que su hijo concluyera los estudios militares en la propia Academia. Mi tío no podía costearnos simultáneamente, a los dos, la carrera. ¡Pero qué va! Mi primo murió de bala dentro de la Academia y su padre pidió ser trasladado al servicio activo en Ceuta. Nunca se aclaró si lo asesinaron o se le disparó el arma imprudencialmente. El caso es que mi carrera militar quedó en el aire.

El célebre don Antonio recomendó a mi padre me pusiera a estudiar para maestro en la Normal de Córdoba. Una hermana de mamá, mi tía Dolores, se haría cargo de costearme la formación magisterial. La puritita verdad: yo no me resignaba. Le sugerí me ayudase mejor a estudiar para veterinario. Detrás de esa petición había una intención muy clara: incorporarme posteriormente al cuerpo de veterinarios militares.

—No, Pepe —me decía afligida. No estoy en posibilidades de sostenerte una carrera larga que requiere el bachillerato. Estudia para maestro. En cuatro años habrás concluido y podrás trabajar. Te pueden servir los libros de tu hermano.

No me quedó más remedio y me matriculé en la Normal, pero con la firme esperanza de vincular algún día la enseñanza con la milicia. En España por aquel entonces se hablaba de la creación de un cuerpo de maestros militares. En el ejército había muchos analfabetas y, en los cuarteles, los sargentos les enseñaban a leer y a escribir, así como ciertos conocimientos elementales. En manos de maestros militares la obra hubiera sido superior. Pero el proyecto no se realizó y la escuela cuartelera continuó encargada a los sargentos. Mi propósito de ser maestro militar se desvaneció. Mi última esperanza de vincular el estudio con la milicia se perdió.

¡Ni hablar! Me tuve que dedicar a la educación de niños. Lo hice bien pronto, cada vez con más interés, entrega, cariño y pasión. ¡Quedé felizmente atrapado en la escuela para el resto de mi vida!

Arranque magisterial

Con catorce años justos, me examiné para ingresar a la Normal. Al mismo tiempo solicité el examen libre de las materias del primer año de la carrera. Me preparé y aprobé todo.

Visité a don Antonio con las calificaciones en la mano. Me dijo:

—Qué gusto me da, Pepe. ¿Sabes? No tengo maestro para mi parvulario. Si conoces a alguien para hacerse cargo de él, avísame.

—Mire maestro, si usted quiere yo atiendo el grupo. Unicamente le pido quedar bajo su guía.

Así fue. Con sus enseñanzas y ejemplo, ese buen hombre me mostró el significado del magisterio. En su parvulario me inculcó el amor y la entrega por la educación de los niños. Esta experiencia fue durante un verano.

Al terminar este último, iniciarían los cursos en la Normal. De continuar en el parvulario no podría presentarme a estudiar regularmente el segundo año. Me enfrentaba a un dilema. Al principio pensé continuar en el parvulario y seguir los estudios de la Normal, por la libre, presentando los exámenes sin asistir a clases. En cuanto el maestro Antonio se enteró de mi pretensión, no tardó en hablar.

—Pepe, no seas tonto. Déjate de ideas. Desiste del parvulario y estudia en la Normal, asiste con regularidad a los cursos. Hay un sinnúmero de conocimientos para los cuales se necesita contar con buenos laboratorios e instrumental y, por la libre, no tendrás acceso a ellos. Necesitarás acudir a las instalaciones del plantel.

—Pero maestro, y el trabajo con los niños...

—¡Nada muchacho, no hay pero que valga, hazme caso!

Ante tan sabio consejo —acompañado de cierta dosis de presión— no me quedó otra y dejé el parvulario para continuar mi carrera de maestro.

Me faltaba alrededor de un año para terminar la carrera. No hacía mucho había formalizado mi noviazgo con Cata. Para separarme de ella, mi padre, incitado por mamá, me hizo abandonar Córdoba para trasladarme a Madrid. Por ser menor de edad obedecí. En aquel lugar tuve mi primer contacto con el trabajo contable. Fue en el Banco Alemán Trasatlántico. La estancia en Madrid, sin embargo, fue muy breve. Me las ingenié y regresé a mi ciudad natal para concluir los estudios faltantes y reunirme con mi novia.

Contaba con 17 años cuando arranqué como maestro en Córdoba. Fue en septiembre de 1913. Mi tía Dolores procuró lo necesario.

—Pepe, yo te ayudo cuanto esté a mi alcance y podrás poner tu propia escuela.

Y así se hizo. En la casa de mis padres comencé con cincuenta alumnos mi primera escuela primaria unitaria. Además contaba con una lista de espera de niños para ingresar a estudiar.

Desde ésta, mi primera escuela, concebí y practiqué la enseñanza como un diálogo permanente con mis alumnos. A partir del primer momento tuve la costumbre de charlar abiertamente en clase de todo cuanto interesaba o molestaba a los críos. Era como una especie de asamblea.

Transcurrido el tiempo, todo en la escuela marchaba bien. Inicié la búsqueda de otra casa con la finalidad de ampliarme. Incluiría un internado para chicos que lo necesitaran.

Antes de conseguir local, me vi acorralado por mi padres para cerrar la escuela. Pretextos no faltaron. El motivo de fondo, ¡pues qué caramba, continuaba con mi novia! Cada vez estábamos más compenetrados el uno del otro. Por segunda ocasión me separaron de ella, abusaron de mi corta edad. Francamente, ¡qué necedad la de mamá! No se daba cuenta pero entre más se empeñaba en separarme de Cata, más me acercaba a ella.

Escuela unitaria

¡El maestro incapaz de trabajar una escuela unitaria, no es maestro! Siempre he pensado esto y lo sostendré.

En los pequeños poblados españoles en donde fui maestro, no siempre había alumnos suficientes para crear primarias graduadas. Por lo mismo, no existía la necesidad de contar mínimamente con seis maestros como en la escuela rigurosamente escalonada. La mejor solución es la escuela unitaria. Como alumno asistí a escuelas unitarias y como maestro las atendí. También pasé como estudiante y como docente por primarias graduadas. Siempre me he inclinado por el sistema unitario.

La escuela unitaria se caracteriza, ante todo, por el estudio, convivencia y formación de todos los niños de primaria juntos en un mismo salón con un solo maestro durante la jornada escolar completa.

Antes de ingresar a la primaria los chicos, por lo general, no asistían a ninguna escuela. Esa era la costumbre salvo cuando había algún parvulario. Sin embargo propicié que a mis escuelas acudieran niños pequeñitos de cinco años de edad. Lo único era decir y convencer a sus padres:

—Mándenlos, no estorban. Aunque no aprendan grandes conocimientos, poco a poco se irán ambientando al trabajo escolar.

—Está bien, está bien, allá irán.

¡Y allá iban! Rodeado de niños de cinco a doce años de edad pasé y disfruté en España muchos años ocupado en su educación. Se necesita hacer un esfuerzo mayor y tener una dedicación permanente en la escuela unitaria, pero vale la pena trabajar así. Para poder hacerlo es menester conocer, comprender y amar el significado y funcionamiento de la escuela unitaria.

La escuela unitaria demanda del maestro todo su tiempo y dedicación. Le exige desarrollar en el niño el gusto por el trabajo colectivo. El primer paso a dar en este tipo de escuelas consistía en formar pequeños equipos de niños quienes trabajaban según su avance escolar. Este nunca lo determiné por la edad de los críos o por el resultado de calificaciones escolares. Invariablemente detectaba el adelanto por el interés puesto en el trabajo dentro del aula y fuera de ella.

En la escuela unitaria había chicos que destacaban por ser más rápidos y bien hechos en el trabajo escolar. A estos niños los interesaba en el desarrollo individual y grupal de sus compañeritos. Les daba una mayor responsabilidad, encargándoles que fungieran como monitores en el grupo. Repasaban problemas, temas y demás con los compañeros necesitados de ayuda.

Los monitores podían realizar un trabajo escolar intensivo y muy agradable que los hacía responsables y solidarios. Se ocupaban de ayudarme, auxiliaban a sus compañeros, contribuían con el grupo y, para ellos, era muy formativo. Tenían la oportunidad de vivir, en carne propia, algo muy significativo: no es lo mismo aprender una lección, una fórmula, un texto, un dato, un problema..., que llevar a otro chico a comprender lo que ellos ya conocían.

Pero ¡cuidado!, mucho cuidado al seleccionar a los monitores. Uno podía equivocarse y echar a perder el asunto. El problema no era detectar a los chicos sobresalientes. El riesgo consistía en darle alas a un monitor y que éste se sintiera superior a los demás. Entonces ¿qué hacer? Lo aconsejable, que los monitores se fueran rotando y dejaran de serlo en determinados momentos, según las circunstancias. Era fundamental dar igualdad de oportunidades, a todos los alumnos, en esto de los monitores.

En la escuela unitaria se trabajaban muchos temas a la vez y el conocimiento se manejaba en diferentes niveles. Se requería saber distribuir el tiempo para no dejar de atender a un solo alumno. En este tipo de escuela cada niño avanzaba según sus posibilidades, conforme a su maduración. No había presiones, exámenes ni programas de cursos rígidos. No existía selección ni reprobación. Un chico podía pasar de una sección a otra más avanzada en cuestión de días. Otros podían permanecer en idéntica sección incluso por meses. Algunos críos llegaban a superar a compañeros, quienes antes perte-

necían a sectores más avanzados del grupo. Nadie se oponía, a nadie le molestaba, nadie se preocupaba de algo tan natural.

En mis escuelas unitarias combiné el trabajo literario y gramatical con los números; la solución de problemas aritméticos con el estudio de los avances científicos; la agilidad mental con el desarrollo físico; el dibujo y la geometría, con la formación moral y social.

En la escuela unitaria descubrí y gocé el avance de unos alumnos gracias al apoyo dado por otros. ¡Cómo no iba a ser así! Dando saltos trabajaba en voz alta con todos los sectores del grupo. Los chicos se enteraban de todo cuanto pasaba y se estudiaba en el salón. El niño tiene, a la vez, una gran capacidad de dispersión y concentración envidiable. Mientras revisaban con el monitor, o solos, su tema, estudiaban lo que se discutía en otros sectores y aprendían muchísimo. Estaban en varios aspectos a la vez.

A la escuela unitaria española debo buena parte de mi formación. Me brindó agilidad y experiencia para trabajar con niños de cualquier año en la escuela graduada. ¡Esto ha sido fundamental!

¡A la calle!

Asistía a la Normal. Aunque estudioso, continuaba siendo muy inquieto. Con frecuencia tuve necesidad de empeñar mis libros. Todo por jugar carambola en el billar cercano a la Normal. El dueño nos fiaba la ronda. Yo juntaba dinero, regresaba al lugar y rescataba lo empeñado. Al poco tiempo la historia se repetía.

Teníamos un maestro suplente intolerable, no sabía nada de nada y, de pilón, era muy impuntual. Cuando por algún motivo nos tocaba una clase con él, mejor hubiera sido no estar en el salón. Pero como la mayoría asistíamos, pues no faltaba quién iniciara el desorden.

En varias ocasiones, el tal maestro había llegado muy tarde. Esto motivó el surgimiento de un acuerdo del grupo. Un día esperamos un tiempo razonable y como no llegó, pues nos salimos. El matadito del salón metió la pata, nos falló. Se había comprometido con el grupo, pero le dio miedo y regresó al salón. Fue el único alumno a quien se encontró el maestro aquel. Como resultado tuve una bronca con ese compañero. Llegamos a los golpes, pero pronto nos pararon.

Otro día estábamos en clase con ese maestro. Cierto compañero imitaba muy bien los maullidos de un gato. En cuanto veía la oportunidad hacía ¡miau–u! El maestro escuchaba pero no lograba descubrir de dónde provenía el ruido y se desesperaba. En una de tantas ocasiones se oyó el miau–u

acostumbrado. Con gran satisfacción, el maestro pudo percibir el maullido proveniente del cuarto pupitre. Molesto ordenó:

—A ver, el cuarto banco ¡a la calle!

Sin darle tiempo de reaccionar a mi compañero, intrépidamente me puse de pie y dije:

—Ale, carga el banco para echarlo a la calle.

Ibamos de salida con el pupitre a cuestas, cuando el maestro alzó la mirada y la voz:

—¿A dónde van ustedes, qué les sucede, qué es lo que hacen?

—Pues nada —dije— ejecutamos su orden de llevarnos el cuarto banco a la calle.

En un ataque de furia, nos envió a la dirección. El director nos interrogó. En un primer momento fingimos haber entendido mal la orden. No se tragó nuestro embuste. Nos desmintió. Reconocí la trastada.

—Sí, nos hemos burlado del maestro. Ya nos tocaba. No lo aguantamos. En realidad, él es quien se mofa de los alumnos y también de la Normal. No nos enseña absolutamente nada de nada. No sabe ser maestro. Por si fuera poco es un impuntual. Debería estar muy lejos de aquí.

El director vio en mí a un respondón e inmediatamente quiso amedrentarnos:

—¡Mucho cuidado con lo que dicen! ¡Los puedo enviar al Consejo de Disciplina!

—Eso me alegraría mucho — no pude contenerme y tomé de nueva cuenta la palabra — señor director. Así habría revuelo y de una buena vez todo mundo se enteraría bien de cómo andan las cosas con ese maestro aquí en la Normal.

—¿Me está usted desafiando jovencito? Fíjese bien con quién está hablando— insistió.

—No tengo por qué desafiarlo. Unicamente quiero que tenga muy presente el problema que representa para todos ese maestro pues nos hace perder vilmente el tiempo cuando tenemos la desgracia de tolerarlo como suplente — fue lo que contesté.

El director vio mi firmeza, escuchó mi argumentación y comprendió mi razón. No se animó a hacer nada para suspender al maestro pero, cuando menos, nos dejó ir en paz a mí y al del maullido.

Catalina

Comenzaba a estudiar el segundo año en la Normal. Un día salía de ahí, con mi buen compañero Arturo, y pasamos junto a una hermosa joven. Caminaba por la acera custodiada por una viejecita.

—¡Anda guapa, qué flor más hermosa!— dije.

La joven respondió al piropo con una sonrisa muy discreta apenas perceptible. Recorrimos cuarenta metros y sugerí a Arturo:

—Oye, regresemos a indagar en dónde vive esa muchacha porque me voy a casar con ella.

—¡Estás loco! Pero vamos si quieres.

Con toda discreción la seguimos hasta su casa. Pude darme cuenta, vivíamos cerca. En realidad ¡qué locura! aquel amor a primera vista. Al poco tiempo comencé a pretenderla. Supe se llamaba Catalina, hija de la familia García Dorado.

Le escribí varias cartas e intenté entregárselas en persona. No las aceptaba. Traté de hacérselas llegar por medio de la viejecita, quien la acompañaba siempre. Tampoco quiso tomar mis mensajes.

El que persevera alcanza, me decía insistentemente a mí mismo. Me pasé todo el año escolar tratando de relacionarme con esa joven, pero no me echaba ni un lazo. Todo era inútil, no lo conseguía.

Un día, como siempre, pasé delante de su ventana y la vi. En esa ocasión no se retiró del lugar como lo había hecho siempre. No se ocultaba de mí. ¡Qué grata sorpresa! Di dos pasos para atrás, me acerqué a ella.

—¡Hola, qué tal!, Ya no te retiras, ¿verdad?

—No, ya no.

—¡Qué bueno! Eres muy hermosa. Esperé tanto este momento...

Seguimos intercambiando algunas palabras y, ¿quién lo iba a imaginar?, aquella misma noche nos hicimos novios. A partir de entonces "pelábamos la pava" en su ventana.

El padre de Cata había muerto no hacía mucho tiempo. La madre de ella aceptó lo de nuestro noviazgo con naturalidad. Nos veíamos los domingos a la entrada de la iglesia para asistir a misa. Lo que me importaba no era la celebración, sino poder tomar de la mano a Cata durante el tiempo que duraba aquélla.

En una cuenca minera

Cerré mi escuela de Córdoba. Viajé en el Tren de la Sierra. Lo abordé en la Estación de Cercadilla, en un lugar apartado dentro de Córdoba. Después de unas cuantas horas de recorrido, bajé del tren algo cansado del viaje cargando mi pequeña maleta.

Por primera vez estaba en Pueblo Nuevo del Terrible, en la cuenca minera de Peñarroya. La escuela privada del Patronato Minero me había contratado

como maestro para trabajar el tercer grado de primaria. Desafíos, respuestas y vivencias inolvidables aguardaban mi llegada.

El nombre del pueblecito al cual arribaba tuvo su origen en una curiosa leyenda. Unos cazadores llevaban consigo un perro llamado "Terrible". Se detuvieron a tomar sus alimentos. Mientras comían, el perro se entretuvo escarbando. Descubrió carbón mineral. Desde entonces, aquel lugar se convirtió en territorio propicio para una nueva población que se dedicaría a la minería. Todo gracias al "Terrible", perro escarbador.

En la escuela de Peñarroya trabajé un solo año. Por la mañana lo hice con los niños hijos de los obreros y empleados de la compañía minera. Por las noches con los obreros. Me encomendaron les diera a estos últimos clase de matemáticas aplicadas a los oficios. Había mecánicos, torneros, ajustadores y caldereros.

La escuela tenía buenas instalaciones. Contaba con buen material y equipo para la experimentación. En esta escuela jugaron un lugar preponderante los números y los trazos geométricos. El trabajo de clase con los obreros me puso a reflexionar acerca de la enseñanza de las matemáticas. Comprendí la importancia de que éstas no se enseñen con abstracciones.

Para comprender las matemáticas se necesita palpar la relación que guardan con la vida cotidiana de quien las estudia. Si no sirven, mejor ni intentar aprenderlas. Me puse a enseñar las matemáticas a los obreros a través de la geometría y los números aplicados a sus trabajos concretos. Me propuse que el calderero supiera en dónde estaban las matemáticas en su trabajo diario. Lo mismo con el tornero, el ajustador y el mecánico. Que todos se dieran cuenta que en sus oficios estaban presentes los números, las operaciones, las incógnitas, los trazos, las distancias, las velocidades, los ángulos, los puntos de apoyo, las fuerzas, las superficies, los volúmenes...

Cuando había iniciado los estudios de normalista, mi padre me había dado un consejo del cual cobré plena conciencia en mi trabajo con los obreros. Me había dicho:

—Mira hijo, si quieres conocer a fondo la geometría es necesario te adentres en el estudio de la teoría de los triángulos, porque los triángulos son la base de toda la geometría.

Al impartir las clases a los obreros, seguí ese sabio consejo. Junto con todos ellos descubrí cómo gran cantidad de los problemas presentados en los diversos oficios, encontraban una solución geométrica basada en los triángulos. Desde entonces mi geometría escolar se basó en el triángulo.

Tortura

En casa, lo de mi noviazgo con Cata se convirtió en una tortura. A mi madre le dio un gran disgusto cuando lo supo, e hizo toda clase de peripecias para separarnos. Pensaba que el origen social de mi novia era inferior al nuestro. ¡A mí qué!

Consiguió el apoyo de papá para tratar de hacerme desistir de mi noviazgo, pero se equivocó. Cuantas veces me separaron de Cata, cada vez me aferraba más a ella. Llegamos a encargar nuestra primera hija antes de casarnos. Se enteraron casi hasta su nacimiento. No conseguíamos autorización para matrimoniarnos. Mamá, furiosa, se oponía.

Un día mi papá quiso hablar conmigo acerca de algo que supo por conducto de un amigo suyo que, coincidentemente, era el médico de Cata.

— Oye hijo, el doctor me ha explicado que tu novia está enferma de gravedad, tiene tisis, y pronto morirá. Pienso que mejor será la dejes de inmediato pues...

— Mira papá —interrumpí— si a esa criatura no la he abandonado sana —como quisiera mi madre— menos la dejaré enferma. O ¿acaso quieres que tu hijo se comporte como un criminal? No, papá, de esto mejor ni hablar.

Al escuchar mis palabras, papá quedó mudo. Se dio cuenta que mi relación iba muy en serio. Que mi amor a Catalina era muy grande. El tiempo le aclaró cómo la supuesta tisis de Cata desapareció en cuanto nació nuestra pequeña Elisa. Hablé a mis padres con toda claridad:

— He tenido una hija que lleva tu nombre, mamá. La reconozco gustoso. En la casa de Cata no se oponen. Ustedes dicen si autorizan nuestra boda o no. Somos menores de edad, lo sé. Pero si no permiten el casamiento, me voy con ellas de todas formas. Son mi mujer y mi hija. Me las llevo conmigo a Pueblo Nuevo. A ese lugar a donde me enviaron a trabajar pensando que me separarían de Cata.

Como no consintieron, nos fuimos a Peñarroya. Fue muy arriesgado haberlo comentado a mis padres. Pudieron haber pedido a la guardia se nos detuviera en el camino. No lo hicieron, ¡menos mal!

En Pueblo Nuevo tenía muchos amigos y estaban al tanto de todo. Me esperaban de regreso con mi mujer y mi hija pues tenía el compromiso de continuar mi trabajo en la escuela del Patronato Minero.

En Pueblo Nuevo encontré a unos viejos amigos de la familia. Se enteraron de lo de Cata y la criatura, se dieron cuenta de nuestro amor. Lo comunicaron a mis padres sin que nadie lo solicitara. Intervinieron para que accedieran a nuestro matrimonio.

Como los hechos estaban consumados, y tuvieron esa buena referencia, a mis padres no les quedó otro remedio y autorizaron nuestro casamiento. Fue por las dos leyes: la civil y la religiosa. La celebración fue el 1° de julio de 1914, mismo día del estallido de la Primera Guerra Mundial. Para entonces ya esperábamos el segundo hijo.

Dolor y alegría

En diciembre de 1914 aconteció un hecho muy doloroso. Nuestra pequeña Elisa tenía trece meses de nacida. Cayó enferma y a las dos de la tarde del día trece murió. Catalina estaba a punto de dar a luz a nuestro segundo hijo. Laureano, cariñosamente conocido como Lauro, nació el día catorce.

De esta manera me encontré en casa ante dos habitaciones, una frente a la otra. En la recámara, mi esposa recién parida. En el despacho, sobre la mesa de trabajo, el ataúd con la niña de cuerpo presente.

Por la tarde, a eso de las cinco, llegó bastante gente a casa. Iba acompañada de un sacerdote. Sin pronunciar una palabra, sin hacer el menor ruido, los niños de mi escuela sacaron el féretro y lo llevaron cargando hasta el panteón del pueblo.

Cata no se percató de aquel momento. Todos fueron muy discretos al acompañarnos en ese momento de dolor. ¡Cómo se los agradezco! Cuando mi mujer me preguntó más tarde:

—Pepe, no se han llevado a la niña, ¿verdad?

—Ya lo han hecho, corazón —fue lo que tuve que contestarle con lágrimas en los ojos.

Además del recién nacido, posteriormente tuvimos otros seis hijos. Una segunda Elisa, José, Amelia, Jesús, Agustín y Rafael. Tengo la fortuna y alegría de que los siete vivan. Algunos ya estaban jubilados cuando yo continuaba trabajando en la escuela mi jornada completa.

Con el tiempo la familia proliferó. Para 1989, además de los siete hijos de mi primer matrimonio, cuento con ventiún nietos y ventidós bisnietos en mi haber. De los últimos viven veinte, dos murieron pequeñitos. También tengo una hija de mi segundo matrimonio, quien se llama Elisa.

Con Cata aprendí muchas cosas. Viví muchas experiencias a su lado. Siempre supo comprenderme. En ella encontré apoyo en todo momento. Puedo decir que esta gran mujer, mi compañera hasta su muerte, influyó decisivamente en mi destino de hombre y maestro. A cada momento la recuerdo con

agrado y nostalgia. Cata era mayor que yo por unos meses. Nació en noviembre de 1895. Cuando llegaba su cumpleaños aprovechaba y, de broma, le decía "vieja", hasta cuando era febrero y la alcanzaba.

¡Cómo que no!

Un capataz de las minas tenía una hija escolarmente muy atrasada, especialmente en cuestiones numéricas. Fue conmigo.

—Maestro he venido a pedirle me ayude a regularizar a mi niña.

—Está bien, está bien, lo haré con gusto.

Emprendí el compromiso y poco a poco logramos avances considerables en matemáticas. Llegamos a la multiplicación. Fuimos de lo simple a lo complejo. El razonamiento fue fundamental, porque al razonar con la chiquita me di cuenta que no estaba atrasada como se pensaba, más bien asumía una actitud abúlica y se oponía a trabajar.

Cuando comprendí que dominaba las multiplicaciones, decidí ponernos a prueba. Me interesó que la niña se diera cuenta de su avance al poder resolver estas operaciones sin mayor complicación. Anoté en el pizarrón una multiplicación, de esas largas y laboriosas, y le pedí la resolviera. La muchachita, contemplativa, no hizo ningún esfuerzo por resolverla. Esto fue como a las diez de la mañana.

A eso de la una de la tarde, irrumpió en la escuela la madre de la chica. Estaba preocupada, La jornada de trabajo había concluido hacía un buen rato y no tenía noticia de su hija. Pensó que algo le podía haber pasado y acudió en su búsqueda. ¡Fue grande su sorpresa al verla de pie frente al pizarrón!

—¿Qué es lo que sucede con la niña?, maestro.

—Pues mire, señora. He puesto un ejercicio de multiplicar a su hija para que lo resuelva. De esta manera quedaremos convencidos de que domina las tablas y podremos pasar al estudio de otros aspectos de las matemáticas. Pero la niña ha asumido una postura de pasividad absoluta. No ha hecho ningún intento por resolverla. No ha escrito un sólo número. ¡Se ve que no quiere trabajar! Le he prometido que no le pondré a resolver más de estas multiplicaciones. También le he dicho que ésta la tiene que resolver aquí antes de irse a casa aunque nos den las diez de la noche. Ahora, si usted quiere, puede llevársela, pero entonces no cuente más conmigo.

Aunque la madre hubiera querido llevársela, se dio cuenta de la importancia de su decisión y me apoyó. Dijo a su hija:

—El maestro ha dicho algo y eso se hace por tu bien. Aquí te quedas hasta resolver la operación. Estás en un sitio seguro. ¡Más vale que te apures! Tu padre te va a matar si se entera de tu capricho.

A petición mía abandonamos el salón de clase y pasamos a esperar a la niña a una salita adjunta. A los pocos minutos se nos presentó la chica.

—Maestro, ya terminé.

Me puse a revisar su trabajo y no encontré un sola equivocación. Era impecable.

—Muy bien, muy bien. La respuesta es correcta. Ahora todos estamos seguros, ya puedes multiplicar. Cuando llegue tu papá, dile de mi parte que has avanzado mucho. Que hoy demostraste a todos que sabes resolver multiplicaciones complicadas. Debes estar muy satisfecha por tu esfuerzo.

Desde el principio comprendí lo que podría pasar si cedía ante el berrinche de la niña, o si la madre me hubiera desautorizado. En casos como éste siempre he sido muy duro en la escuela. Si me doy cuenta que se puede exigir, exijo y no cedo. Soy firme y nadie me detiene. También sé reconocer el trabajo de los alumnos y acostumbro hacerlo. ¡Cómo que no! Claro, cuando veo que alguno tiene limitaciones, las tomo muy en cuenta y pongo más interés para que salga adelante.

Esperanto

En cierta ocasión, al terminar la clase nocturna de matemáticas, dos jóvenes obreros del grupo se pusieron a conversar en esperanto mientras recogían sus útiles de trabajo. Al escucharlos, instantáneamente giré, levanté la cabeza y participé de su conversación. Sorprendidos, se alegraron de que conociera ese lenguaje. Curiosos me preguntaron cómo era que lo sabía.

—Cómo no lo voy a conocer. Soy miembro de la Asociación Internacional Esperantista con residencia en Ginebra y cónsul esperantista de estudiantes de mi localidad. En mi paso por la Normal aprendí el esperanto junto con mis hermanos y mi padre. Mi papá siempre estuvo inquieto por la unión de las naciones. Experimentaba todo cuanto, a su parecer, conducía a fortalecer esa inquietud. Por eso nos fomentó el aprendizaje del esperanto o lenguaje universal. El curso lo tomamos en Córdoba y lo impartía un ingeniero francés quien, además de no cobrar un céntimo por la clase, obsequiaba los libros del curso.

Como se percataron de mi interés y pasión por el esperanto, me sugirieron y solicitaron la impartición de un curso de esperanto destinado a los obreros y empleados de la compañía minera que lo desearan tomar. Accedí gustoso.

Conseguí prestado un salón de la escuela y comencé a impartir el curso en forma gratuita.

Inició el curso con una grata sorpresa: el número de asistentes superaba al de las bancas del salón. Acudimos a la utilización de bancas del salón contiguo y, antes de marcharnos, las regresábamos a su sitio. Desgraciadamente este vaivén de traer y regresar, poner y quitar las bancas, duró poco, disminuyó con rapidez.

Una noche, mientras levantábamos las cosas para salir, tuve la ocurrencia de hacer un comentario.

—Me extraña —dije— que ningún obrero haya abandonado el curso, mientras apenas si asiste alguno de los muchos empleados que acudían al principio.

Se levantó a responderme uno de los participantes. Era un hombre de más de 50 años con el pelo encanecido por completo.

—Usted es muy joven maestro. Los empleados no se van, se los llevan los patrones. Yo soy anarquista, he sido dirigente del sindicato y he pasado por la cárcel. No lo oculto, ni me da vergüenza. Aquel que está allá —señaló con el índice a alguien quien asintió— es otro más o menos como yo. Total somos cuatro o cinco quienes nos encontramos en la misma situación. A los dirigentes de la empresa no les agrada, no les conviene que sus empleados tengan contacto con nosotros. Por eso los alejan. Es más, desde ahora me atrevo a asegurarle que acabarán por pedirle que cierre el grupo, que no nos dé la clase de esperanto. Lo van a presionar, ya lo verá usted. Así son. Incluso se meterán en su trabajo con los niños.

Realmente aquella intervención me dejó confundido. Sin embargo contesté categóricamente:

—Eso sí no puede ser. A nadie perjudicamos con nuestras clases.

¡Cuán equivocado estuve! Apenas transcurridos unos quince días de esa conversación, recibí un oficio de los dirigentes de la escuela. Se me indicaba que suspendiera el curso de esperanto pues el salón sería utilizado para otras actividades de la escuela. ¿En quién estarían pensando que se tragaría semejante embuste?

En la sesión de esa noche di al grupo lectura del oficio recibido. Para nadie fue novedad.

—Ya ve usted como pasó lo que le anunciamos —me decían.

No nos quedó más remedio y regresamos el salón a su dueño. Pero ¿acaso era ese el único lugar en el pueblo en el cual podríamos reunirnos? No... Diez mil veces no.

En lugar de suprimir el curso de esperanto acordamos continuarlo en algún sitio ajeno a la escuela. Propuse y decidimos crear el Centro Esperantista de Pueblo Nuevo del Terrible. Bajo esa modalidad continuamos con nuestro curso en aquella población.

Con los inolvidables obreros de Peñarroya, además de estudiar matemáticas y esperanto, leí y discutí algunos libros de importantes autores anarquistas como Bakunin, Kropotkin y Malatesta.

Cuando concluyó mi estancia en Pueblo Nuevo del Terrible, terminó para siempre la práctica del esperanto en mí. Nunca más se repitieron las condiciones propicias para enseñarlo. Con la falta de práctica vino el olvido. No recuerdo nada de aquel importante idioma.

Salí sobrando

Terminado el año escolar, se procedió a examinar a los niños de mi grupo. La costumbre de la escuela era que los exámenes los practicase, junto con el maestro encargado del grupo, el Patronato de la escuela. Dentro de este último figuraba un sacerdote católico.

Preguntaron a los niños sobre el origen de los ríos. Respondieron correctamente conforme a los conocimietos de geografía que habíamos estudiado en el curso. Sin embargo, las respuestas eran rechazadas por uno de los miembros del tribunal examinador. Este último, en un momento dado, le sopló al más pequeñito de los niños del salón la respuesta, según él, correcta. Entonces el niño respondió: ¡Dios!

—¡Eso, eso! —dijo el examinador mientras palmoteaba alegremente.

A la siguiente pregunta, ¿quién hizo las montañas?, la respuesta inmediata fue ¡Dios! ¿Y la lluvia?, ¡Dios!...

Al ver lo que pasaba, no pude contenerme. Indiqué a los chicos que se sentaran. Entonces me dirigí a los miembros del Patronato y les pedí:

—Dejen que los niños contesten conforme a los conocimientos que tienen. Si después ustedes quieren llegar a la conclusión religiosa de que la primera causa de todo es Dios, yo no me opondré. Pero permitan primero que los niños expresen lo que han aprendido en clase. De lo contrario en esta escuela, o sobra Dios, o sobro yo.

—No maestro —dijo uno de los examinadores— no hace falta seguir con el examen. Se ve que los chicos están bien preparados. El interrogatorio ha sido suficiente.

Por supuesto que salí sobrando. Me fui de la escuela y, a la media hora, tenía en casa la carta de despido.

Después de esto, quedé señalado y en la calle. Parecía que estuviera apestado. No conseguí que alguien me contratara en el pueblo. Ni siquiera me permitieron bajar a la mina para ganarme la vida.

Respuesta

Al tiempo que me despidieron de la escuela, las cosas se dificultaban. Hacía ya un par de meses que desesperadamente buscaba trabajo sin conseguirlo. Cata y yo vivíamos prácticamente a expensas de mi hermano quien trabajaba en la sección de contabilidad de la compañía minera. La situación era totalmente insostenible.

Mi madre nos visitó en el pueblo. Sugirió que regresáramos a Córdoba donde yo podría dar clases particulares que nos permitiesen vivir con independencia y decoro. Podría volver a organizar otra escuela. La idea era buena. Seguimos su consejo.

Salí de casa a comprar cajas para embalar nuestras pertenencias. En el camino me encontré con un grupo de obreros esperantistas vestidos con traje dominguero, cosa muy rara en día de trabajo. Pensé que había muerto alguien. Me dirigí a ellos para preguntar si pasaba algo.

—Estamos trabajando por tí —fue la respuesta.

Quedé muy extrañado. Ellos a su vez me preguntaron qué hacía. Les comuniqué mi intención de comprar cajas para empacar y marcharnos del pueblo. Me pidieron que no las comprara, y regresara a casa a esperarlos ahí a las ocho de la noche para conversar. Acepté.

Llegaron puntuales a la cita. Primero tuvimos un rato de charla informal, para después entrar de lleno al problema. El grupo de obreros había nombrado un representante que llevaría la voz cantante. Inició diciendo:

—Vamos al grano. Si quitáramos estos dos chineros y juntáramos las dos habitaciones, ¿cuántos niños podrías tener aquí como alumnos?

Instintivamente miré la capacidad del salón, hice cálculos y respondí.

—Yo pienso que aquí, bien organizados, tendría unos cincuenta alumnos.

—Bien —prosiguió mi interlocutor— ¿con cincuenta alumnos podrías vivir?

—Por supuesto —afirmé. Al tener cincuenta alumnos niños de día, y el mismo número de adultos por la noche, obtendría un ingreso suficiente para vivir con decoro.

—Siendo así, mañana venimos a comenzar la adaptación del salón.

—Poco a poco —intervine. No soy dueño de la casa. ¿Cómo creen ustedes que les voy a permitir tirar los chineros y...

—No te preocupes —me interrumpió. Todo está arreglado. Nos hemos puesto de acuerdo con el dueño de la casa. Ha autorizado la instalación de la escuela conservando la misma cantidad que ahora pagan por el alquiler de la casa. No hay impedimento para que se hagan las adaptaciones que sean necesarias. Lo único que pidió fue un fiador puesto que tú ya no eres empleado de la mina. Ya nosotros nos hemos encargado del fiador y ha firmado el contrato. En realidad la única firma faltante para formalizar el arrendamiento es la tuya. El dueño te espera en su casa para reunir ese requisito.

Después de esta conversación, no sabía qué decidir. Estaba profundamente conmovido. La situación era muy violenta. No tenía en mi poder un céntimo. Miré a mi madre para conocer su opinión. La respuesta fue que hiciera lo que yo quisiera. Procedí de igual manera con Cata.

—Mira Pepe, lo que tú hagas para mí siempre está bien.

Estas palabras tan alentadoras de mi mujer me animaron por completo y acepté el ofrecimiento de los obreros anarquistas.

Con respecto al mobiliario de la escuela no habría problema alguno. Ya habían hablado con un carpintero del pueblo quien me conocía y haría los muebles a mi gusto. Me esperaba para recibir indicaciones.

—Le pagarás conforme vayas pudiendo —me aclararon. El día que puedas darle diez duros pues se los das; si tan sólo puedes pagarle cinco, se los entregas; si un mes no le puedes pagar nada, no te preocupes, le pagarás después. Lo importante es que en poco tiempo tu escuela quede instalada.

Concluida la charla, los obreros se despidieron. Para salir era necesario ir por un pasillo que conducía a la puerta. Estando ahí, el que había llevado la voz cantante me empujó hacia mi despacho. Me entregó una carta pidiéndome que la leyera después. Dijo que se tenía que ir, que el grupo no lo esperaría y que no quería separarse de él. Salió apresurado a alcanzar a sus compañeros, quienes ya habían partido.

Total, abro la carta y encuentro una nota acompañada de trescientas pesetas. Estaba escrito algo como lo siguiente:

"Esto no es un préstamo, te lo regalamos para que vayas tirando mientras funciona la escuela. Si no tienes suficiente, nos pides lo que falte. Tú nos has ayudado con tus consejos, con tus enseñanzas, con tu ejemplo. A nosotros nos toca auxiliarte ahora."

Desalojo

Con entusiasmo comencé a trabajar en la escuela que me ayudaron a instalar los obreros de Peñarroya. Paralelamente continué con el Círculo Esperantista.

Apenas había transcurrido un mes desde el arranque de la escuela, cuando un día llegó mi hermano a casa y me dio una mala noticia. Por su trabajo estaba bien informado de cuanto sucedía en la compañía minera.

—Pepe, ahí tienes ya la solución —fue el comentario que hizo en tono burlón.

La verdad es que no entendí el mensaje de sus palabras, aunque el tono no me dio buena espina.

—¿Qué solución, a qué te refieres? —inquirí.

—Pues nada, hombre. Que se ha pasado un oficio por todas las dependencias de la empresa para que los empleados, quienes tengan a sus hijos estudiando contigo, los retiren inmediatamente de tu escuela. Quienes no procedan así, serán expulsados de su trabajo.

Ante tal bajeza, reflexioné para mis adentros: ¡Miserables! Me quieren arruinar y de paso fastidian a los empleados y a sus hijos. Veamos qué sucede. No hubo necesidad de esperar mucho tiempo. Inmediatamente los empleados de la mina fueron retirando a sus hijos de la escuela. Llegó un momento en que únicamente quedaron dos pequeñitos que eran hermanos. Esta situación dio oportunidad para que mi hermano me advirtiera.

—A fulano, el empleado que se resiste a sacar de tu escuela a dos hijos, le van a quitar la plaza si continúa en esa posición. Es jefe de una sección en la compañía. Tiene treinta y tantos años de servicio en la empresa y corre el riego de quedarse en la calle.

¡Eso sí que no! No pude resistir más. Prácticamente dejé a mi hermano hablando solo. Me puse una gabardina y salí presuroso rumbo al hogar de la familia amenazada. Me encontré con ese hombre e iniciamos una discusión acalorada.

—Haga caso y retire a los chicos de la escuela. Me duele mucho lo que está pasando y le agradezco su total apoyo. Pero no tienen por qué perjudicarse usted y su familia. La empresa es muy poderosa. No contamos con ningún recurso para defendernos.

—No maestro, no lo haré. No, no y no. Me resisto a obedecer un mandato tan irracional e injusto. No puedo aceptar que me pisoteen de esa manera. No veo por qué han de meterse con la educación de mis hijos. Yo los mando a la escuela que me da la gana y punto.

—Reflexione por favor. No se deje cegar. Lo echarán de su trabajo y se quedará en la calle. Es toda una vida la que ha dedicado a la empresa.

En esas estábamos, cuando entró su esposa al cuarto. Con lágrimas en los ojos intervino.

—Hazle caso al maestro. El sabe lo que te dice. Los conoce bien. No es la primera vez que se enfrenta con ellos. Anda, por favor, te lo pido por tus hijos. Nada bueno sacarás si no lo haces.

Bañado de indignación e impotencia, mezcladas con sudor, el hombre accedió a los ruegos de su mujer que, por lo visto, había escuchado toda nuestra discusión detrás de la puerta del cuarto que había permanecido cerrado hasta antes de su entrada. La señora me agradeció en forma efusiva que hubiera intervenido oportunamente. Los dos pequeños fueron retirados de la escuela y su padre conservó el trabajo.

Con este nuevo golpe que me asestaron, se acabaron los hijos de empleados de la mina en mi escuela. En lo sucesivo continuaron estudiando conmigo exclusivamente chicos hijos de obreros de la mina e hijos de algunos comerciantes de Pueblo Nuevo del Terrible.

Religión en la escuela

En España, la enseñanza de la religión católica en la escuela era cosa obligada. Así lo disponía la Ley de Instrucción.

La clase de religión se impartía en cada escuela por el maestro encargado. Sin embargo un precepto de la ley establecía que, en caso necesario y con acuerdo de las partes (escuela e iglesia), el cura de la localidad sería el encargado de enseñar la religión dentro de la escuela.

Durante casi toda mi práctica magisterial en España, di la clase de religión a los niños de mis grupos. Lo hice con todo respeto y seriedad. Esta tarea no era nada sencilla para un librepensador.

La religión tiene muchas facetas. La educación del niño también. Pienso que, en lo fundamental, los aspectos morales y humanos propagados por las religiones —cosa distinta son las iglesias— son aceptables para cualquier librepensador. Tal es el caso del amor al prójimo tan pregonado y tan poco practicado. El problema está en los dogmas de fe.

En la enseñanza de la religión tuve que sortear algunos obstáculos. No podía —y no lo hice— negar ciertas cosas, ciertos principios científicos, ciertas verdades, para afirmar que, por ejemplo, Dios es el origen de todas las cosas.

Me gusta razonar las cosas. En religión se puede y es muy interesante razonar. El riesgo es llegar a resultados opuestos a los propuestos por el dogma. Había que enseñar religión, no cuestionarla. Por eso en la clase no me metía en cuestiones de fe.

Quienes creen en dichos dogmas no pueden dar explicaciones razonadas de los mismos. Para ellos se trata de verdades que hay que creer con fe. Quien no cree así, cuenta con menos elementos y posibilidades para convencer de la supuesta veracidad de dichos dogmas.

La única escuela española en la cual me negué categóricamente a impartir personalmente la clase de religión, fue aquella surgida en Pueblo Nuevo gracias al impulso dado por los esperantistas. Como respuesta natural a los frecuentes ataques recibidos, no acepté dar la clase. ¡Francamente estaba irritado!

Recibí en la escuela un recordatorio escrito. La enseñanza de la religión en la escuela era obligatoria por ley. ¡Ya lo sabía! No hice caso. Al poco tiempo me visitó un sacerdote del pueblo.

—Vengo por encargo de mi superior. Quiere saber cómo es eso de que usted no enseña religión en su escuela.

—Hombre, dígale a quien lo mandó, que conforme a la ley puedo sugerirle que ustedes se hagan cargo de impartir esa clase. No tengo inconveniente en que lo hagan. Les doy todas las facilidades. La clase será los días y a la hora en que la quieran dar —respondí.

—Eso no, maestro. Usted tiene que dar la clase —insistió el cura.

—¡Valiente interés por enseñar religión a los chicos! Más me parece que lo que desean es provocarme. Lo siento, la ley me protege. No los entiendo. Ustedes sí tienen la obligación de enseñar religión puesto que afirman creerla. En fin, su proceder no es cosa mía. Allá ustedes y su religión —fue mi respuesta contundente.

No les quedó más remedio y respetaron mi decisión. En vez de enseñar la religión prefirieron abstenerse y callar. ¡Inconsecuentes!

Quinto del diecisiete

En la España de mi juventud había lo que se llamaban las "quintas". Eran agrupaciones generacionales de carácter militar. Al cumplir los ventiún años nos sorteaban para cumplir el servicio de las armas durante tres años en el cuartel. Me correspondió formar parte de la quinta sorteada en 1917. Fui quinto del diecisiete.

Al momento del sorteo residía en Pueblo Nuevo. Tenía mujer, varios hijos y una escuela por atender. No quería ni imaginarme el caos que se daría si resultaba sorteado para ir a parar al cuartel.

Para entonces también padecía ya una gran miopía. ¡Qué de algo me sirviera! Me valdría de ella para no quedar encuartelado. Me examinó una

comisión mixta compuesta por un oculista civil y otro militar. Conjuntamente me declararon inútil para el servicio de las armas. Me eximieron de él en caso de salir sorteado.

No fue necesario hacer valer lo de la miopía. La generación era muy numerosa y salir sorteado para ir al cuartel era una odisea. No me tocó ir.

Nunca llegué a imaginar que me sucedería una cosa aparentemente tan contradictoria. Tuve la gran ilusión de estudiar la carrera de las armas. No se me hizo. A unos años de distancia me vi en la necesidad de estar preparado para argumentar incapacidad para ir al cuartel en el supuesto de salir sorteado. Mi vida, mis intereses, mis necesidades y mis responsabilidades habían dado un giro de 180°. De la milicia a la educación ¡y ya! Ni loco hubiera dejado las responsabilidades que tenía para irme a encerrar a un cuartel.

Traspaso

En 1917 estalló una huelga general e indefinida en toda España. Se encargaron de realizarla las organizaciones sindicales y sus obreros agremiados. La huelga tuvo una modalidad muy peculiar: el propio gobierno provocó el estallamiento anticipado de esa huelga para controlarla inmediatamente por medio de una represión brutal.

En Pueblo Nuevo del Terrible, los sindicatos eran fuertes. Aparentemente el triunfo era suyo . Pero ¡qué va!, la represión en su contra fue mayor. El movimiento huelguístico salió derrotado. Los soldados apoyaron a la Guardia Civil. Las prisiones del pueblo se llenaron de obreros.

Obreros esperantistas, padres de chicos de la escuela y amigos míos —las tres cosas a la vez— cayeron en prisión al ser pisoteada la huelga. Moralmente estuve obligado a apoyarlos y lo hice. ¡Qué caray!

No tomé parte activa en la huelga, No pertenecía a ningún sindicato ni organización política. Trabajaba en la escuela por mi propia cuenta. Sin embargo apoyé a los huelguistas en todo cuanto pude, no escatimé esfuerzos.

Como amigo y partidario de los trabajadores, anduve por el sindicato y ofrecí mi ayuda. Cualquier momento era oportuno para preguntar qué se ofrecía y en qué podía contribuir, para actuar de inmediato. Puse mucha atención en los detenidos y buscaba canales adecuados para que entablaran comunicación con sus familiares. Lo lograba.

Al final se perdió la huelga. Las consecuencias fueron desastrosas para los obreros y para mí. Fui amenazado. Recibí un mensaje anónimo. ¡Cobardes!

"Tiene que cerrar voluntariamente su escuela e irse para siempre de Pueblo Nuevo. No queremos verlo más por aquí. De lo contrario aténgase a las

consecuencias. Lo podremos detener cerca de la escuela e irá a parar a la cárcel. Allá usted", más o menos era lo que decía el mensaje.

Cité a una reunión urgente a los obreros padres de los niños de la escuela. Les leí el anónimo y pedí su parecer. Opinaron que se trataba de una canallada que amenazaba poner fin a mi actividad magisterial en el pueblo. Asentí. Reflexionamos y concluimos que no era la escuela la que molestaba, sino su maestro, es decir, yo.

Comprendí que se acercaba mi final en aquel pueblo minero. Me costó trabajo aceptarlo. Tuve que razonar y proponerles una solución para conservar la escuela sin ser detenido ni encarcelado.

—Qué les parece —les dije— si le traspaso la escuela al joven maestro que acaba de salir de la Normal. Ha mostrado interés por la educación del pueblo. No tiene trabajo. Todos lo conocemos bien. Cuenta con una gran ventaja a su favor para ser aceptado como nuevo maestro de la escuela: no lo identifican políticamente conmigo ni con ustedes.

—No —se dejó escuchar.

—Piénsenlo bien. No veo otra salida posible. De lo contrario me detendrán y cerrarán la escuela. Son capaces de eso y de muchas cosas más. ¡Perderemos todo!

Se discutió ampliamente el asunto. Hubo quienes querían dar la pelea hasta el último. Finalmente los convenció mi propuesta. El joven maestro aceptó encargarse y el trabajo continuó en la escuela.

Durante estos difíciles momentos tuve presente una idea fija: la escuela, aunque mía, había surgido por la idea y gracias a los esfuerzos de los obreros anarquistas que me impulsaron a trabajarla. Era pues una escuela para sus hijos. La escuela, por lo tanto, debería continuar funcionando aunque cambiase de maestro.

Con el traspaso de la escuela concluyó mi estancia en Pueblo Nuevo del Terrible. Finalizó mi contacto con los obreros esperantistas. Terminó así la primera fase de mi larga vida magisterial. Apenas cumpliría los veintidós años de edad y ya había trabajado en cuatro escuelas, incluido el parvulario de don Antonio. Me restaba mucho, pero mucho por hacer.

Maestro oficial

Al acercarse mi final en Pueblo Nuevo del Terrible, hice el propósito de convertirme en maestro oficial. Decidí concursar por una plaza de escuela pública en Córdoba. El maestro, quien se quedaría con la escuela en Pueblo

Nuevo, me sustituyó desde unos quince o veinte días antes de la fecha del concurso al cual estaba inscrito.

Durante ese tiempo me dediqué a repasar y prepararme para la oposición libre. Junto conmigo lo hicieron dos maestros más. Uno era íntimo amigo. Nos pusimos de acuerdo y ofrecí ayudarlo en la preparación. El segundo fue un muchacho, quien llegó a mí a través de tío Pepe, el inspector escolar. Algún conocido suyo le había pedido que lo preparara para el concurso. Mi tío pensó que yo lo haría bien. Me lo presentó diciendo:

—Mira Pepe. Este joven concursará, igual que tú, por una plaza de maestro oficial. Ahí te lo encargo, dale una mano por favor. Como tienes experiencia en esto de ser maestro, estoy convencido de que podrás ayudarlo. Hazlo por mí.

Los tres nos reunimos a estudiar. Discutimos, los apoyé cuanto pude. El día fijado nos presentamos al examen. El jurado nos examinó. Los tres obtuvimos la plaza de maestro oficial. Me sentí muy satisfecho de haber alcanzado mi propósito y ayudado a los dos maestros. Ingresé así, por oposición libre, al cuerpo de maestros oficiales de España. Fue en 1918.

El destino inmediato, una escuela unitaria. Fui a dar a un pueblo campesino latifundista llamado Montemayor. Por las mañanas impartía clases a los niños de la escuela. Por las noches hacía lo propio con algunos adultos, quienes lo necesitaban y querían. A la vez formé un círculo de estudio. Con los campesinos del pueblo me reunía en el café a discutir temas diversos.

Los pobladores del lugar eran campesinos muy generosos. De cuando en cuando organizaban comidas campiranas. Bastaba llevar un plato para disfrutar un delicioso guiso. Lo preparaban con habas tiernas, con todo y vaina, recién obtenidas de la tierra. Aquello era un manjar para chuparse los dedos.

Sanmiguelada

En Montemayor festejaban a San Miguel. El 29 de septiembre había una celebración muy peculiar. Para mí fue toda una novedad. Llegué a ese poblado precisamente en septiembre de 1918.

La escuela estaba localizada en la plaza mayor del pueblo. Comencé mi trabajo docente del día 29, cuando bien pronto me percaté de que algo fuera de lo común sucedía. ¡Nunca había visto a tanta gente reunida en el poblado!

En el mismo salón de clases pedí a los chicos una explicación de lo que pasaba.

—¡Es la sanmiguelada!, maestro —señaló algún crío.

Me quedé en las mismas. Les sugerí que ampliaran la información pues desconocía las costumbres del lugar.

—En el pueblo —dijo uno de los niños— hoy se celebran los contratos entre los trabajadores y los capataces de los cortijos, para las labores de todo el año.

El asunto me fue interesando más, poco a poco. Era corresponsal del Diario de Córdoba. Decidí elaborar una nota sobre el acontecimiento. Me puse de acuerdo con los alumnos. Ellos harían algún trabajo mientras yo me ausentaba de la escuela una media hora para poder conocer de cerca lo de aquellos cortijos.

En la plaza me encontré con un conocido. Confirmó lo que ya me habían explicado los niños.

—Vea usted, el que está hablando es el capataz del cortijo "Dos Hermanos". Mire, seguramente ya han celebrado el contrato. Se están despidiendo muy sonrientes —me dijo.

No aguanté la curiosidad y me acerqué al grupo que se desintegraba. Lo hice para preguntar y obtener más elementos.

—Ya han pactado el contrato para ir a trabajar al cortijo ¿verdad?

—Sí, ya lo hemos hecho.

—Oigan, y ¿cuál será su jornal, cuánto les van a pagar?

—Aún no lo sabemos, no nos lo han dicho.

Más que sorprendido quedé estupefacto ante su última respuesta. Seguramente me vieron tan confundido que decidieron añadir:

—Se ve inmediatamente, usted no es de aquí ni conoce la costumbre de la Sanmiguelada de Montemayor. Resulta que nos vamos a trabajar en un par de días. En navidad nos dan tres días de vacaciones para venir al pueblo a reunirnos con la familia, nos pagan un anticipo, y nos dicen con exactitud lo que vamos a ganar el resto del año.

Con lo que observé, y la información recabada, tuve material suficiente para elaborar mi nota periodística. Regresé rápidamente a la escuela y continué el trabajo con mis alumnos.

Me quedó claro como funcionaba la contratación. Lo que nunca pude entender fue por qué la gente aceptaba trabajar en esas condiciones. Seguramente la necesidad de los hombres marcaba la pauta. ¡Vaya costumbre la de la Sanmiguelada!

"Maestro Centella"

Aunque estaba abierta, de par en par, llamaron a la puerta del salón de clase. Se trataba de un pequeño grupo de campesinos.

—Pasen ustedes —les dije.

—Mejor salga un momento, por favor.

Accedí a su petición, y uno de ellos me habló en los siguientes términos:

—Usted es el nuevo maestro y tiene poco tiempo de haber llegado al pueblo, ¿no es verdad?

—Cierto. Y ¿quiénes son ustedes? ¿A qué debo su visita?

—Somos del sindicato de campesinos del pueblo. Hemos venido a pedirle que nos dé una plática en el local del sindicato. Si accede será esta misma noche en la celebración de la Sanmiguelada. Primero usted nos hablará y después vendrán las preguntas, los comentarios y sus respuestas. ¿Qué nos dice?

—Pues hombre, por supuesto. Les daré la plática con gusto. Pero con una aclaración. No hablaré para nada de política ni de religión. Unicamente me referiré a temas y aspectos educativos.

—Muy bien maestro, nos gusta su idea.

—Bueno, entonces regresen a la salida de clases, estaré desocupado y podremos ponernos bien de acuerdo sobre el asunto.

Se acababan de marchar los campesinos cuando se presentó en la escuela el alcalde del pueblo, un tal don Salvador. Tocó la puerta del salón aunque continuaba abierta. Lo vi, me pidió que saliera. Accedí y escuché como en un tono muy insolente se expresó así:

—¿A qué han venido esos?

—Se refiere a los campesinos ¿verdad? Pues han venido a solicitarme que les dé una charla esta noche.

—Les habrá usted dicho que no —afirmó rápidamente.

—Hombre señor alcalde, ¿por qué supone que iba a contestar negativamente? Por supuesto les he dicho que sí. No me cuesta trabajo alguno. Al contrario, me da gusto que me inviten. Será una plática sencilla sobre educación y listo.

—He dicho que no lo va a dar —manifestó contrariado.

—Bueno, eso dirá usted. Pero yo he dicho que sí, y la daré. Ahora si usted quiere prohibirla, pues hágalo y ya veremos qué es lo...

—¡Qué prohibir, ni qué prohibir! Eso sí no me conviene. Maestro, es usted quien tiene que decirles no. Se lo ordeno.

Fracamente molesto por la actitud de ese hombre, contesté definitivamente.

—Mire don Salvador, soy joven pero no tengo más que una palabra. Cuando digo sí, es sí. Dentro de media hora espero a los campesinos para precisar algunos aspectos. No piense usted que me negaré a participar cuando ya les ofrecí mi colaboración.

El alcalde se retiró furioso. Yo terminé mis clases y esperé la llegada de los campesinos.

A la hora convenida di mi charla educativa durante más de una hora. Hablé desde uno de los balcones del sindicato. Quienes me escuchaban estaban concentrados en el patio. Vinieron las preguntas, las contestaciones y los comentarios. Al final todos salimos en perfecto orden.

El jefe de la policía del lugar asistió al acto. Lo conocía bien. Fue enviado por el alcalde. Se concretó a anotar todo cuanto le pareció importante de lo que pronuncié.

A los pocos días me enteré de la venganza del alcalde. Puso una denuncia en contra mía. Quiso falsear la realidad de mi charla. Me acusó de haber hablado en contra de la monarquía y la religión.

Ante una denuncia, la costumbre era mandar el pliego de cargos al acusado para que contestara por escrito. Después, si había lugar, se abría un proceso. Respondí la infundada acusación. El pueblo estaba dispuesto a testificar que mi plática había versado exclusivamente sobre educación. Como era de esperarse, el expediente fue sobreseído por falta de pruebas en mi contra.

A cambio, el alcalde coincidentemente recibió una orden para acatar la Ley de Instrucción y darme una habitación decorosa como nuevo maestro de Montemayor.

Para cumplir con la orden, don Salvador acudió a mi casa a buscarme. Al ver a mi mujer le preguntó:

—Oiga señora, ¿dónde está el "maestro centella"?

Cata no entendía de lo que le hablaba el alcalde quien, al darse cuenta, agregó:

—Sí, así llamo ahora a su marido porque responde a una velocidad sorprendente. Su actuación ha sido tan fugaz como la de un rayo.

En esas estaban cuando salí y, según lo acordado, nos fuimos en busca de vivienda a mi entera satisfacción. Después de todo, las cosas salieron bien. Con el tiempo hice cierta amistad con el alcalde. Llegué a encargarme de llevarle la contabilidad de unos cortijos que tenía en copropiedad con sus dos hermanos. Lo de "Maestro Centella" quedó entre el alcalde, Cata y yo. No se propaló entre el pueblo este mote para mí.

Permuta

En Montemayor tan sólo fui maestro por dos años. En 1920 pasé a Cataluña. Llegué al pueblo campesino minifundista de Montolíu, en la provincia de Lérida. Ahí me establecí por poco más de trece años.

El motivo del traslado fue sencillo. Permuté la plaza para beneficiar a un joven maestro quien había quedado viudo en Montolíu. Este hombre podría rehacer su vida de pareja si conseguía trabajo en Montemayor. Al tiempo de haber enviudado tuvo un encuentro con su antigua novia, le propuso matrimonio y ésta aceptó. Sin embargo le puso como principal condición vivir en Montemayor. El maestro se movió. No había plaza disponible. Le sugirieron consiguiera una permuta. Con gusto se la di.

En ferrocarril viajamos de Córdoba a Lérida. Atravesamos de sur a norte España. Lo hice con toda la familia y nuestras pertenencias.

En Montolíu me encargué de la escuela unitaria de varones. Fui maestro de niños durante el día y de adultos por la noche. Durante los meses que van de noviembre a marzo la actividad magisterial crecía. Los campesinos contaban con tiempo libre que les dejaban sus tierras y los maestros teníamos el grato deber de enseñarles. En Montolíu rescaté las vivencias de escuelas anteriores. Formé un grupo cultural de estudio y discusión que tuvo mucha aceptación entre los adultos del pueblo.

En Montolíu viví un período largo y formativo de afianzamiento magisterial. La Primera Guerra Mundial había sembrado en mí un gran número de inquietudes. La posguerra se convirtió en un espacio ideal para indagar y reflexionar en materia educativa. En esta etapa de mi vida estudié y me preparé mucho. Procuré hacerme del mayor número posible de libros para contar con información actualizada en el trabajo escolar. Poco a poco mi biblioteca crecía.

Las vacaciones largas de fin de curso eran para los niños. Los maestros únicamente disfrutábamos parcialmente de ellas. Aproximadamente durante un mes, los maestros de las escuelas cercanas nos reuníamos con el inspector de la zona. Realizábamos trabajo colectivo. Teníamos discusiones educativas muy ricas, compartíamos experiencias, preparábamos el curso venidero, elaborábamos material didáctico. ¡Aquello era muy bonito y formativo!

Experimentar en la práctica nuevas formas de enseñar, fue una de mis inquietudes favoritas. Cada día me convencía más de la importancia de indagar en la vida. Más que por las teorías, me incliné tenazmente por el razonamiento de los problemas vitales.

Fortalecí la idea del trabajo escolar en un ambiente de libertad con responsabilidad. Buscaba estimular a mis alumnos con todos los medios a mi alcance para incrementar su curiosidad. Comprendí desde entonces cómo un chico estimulado no agota su ansia por conocer.

En la escuela, junto con los chicos, se localizaban las respuestas a las interrogantes que iban surgiendo de la curiosidad. Detecté pronto cómo la curiosidad y el interés nacen de la vida diaria. No de lo que los libros de texto dicen para cubrir programas escolares. Desde muy joven me pronuncié en contra de estos últimos. ¡Los detesto! Por regla general están mal hechos, son

esquemáticos y no responden a la realidad de los escolares. Llegan a matar todo espíritu de búsqueda e indagación.

Un inspector de Montolíu se dio cuenta de que no me gustaba utilizar el libro de texto. Que, en cambio, hacía dictados y ponía a los niños a buscar datos y respuestas en los libros de la biblioteca, pero sobre todo en la propia realidad. Que junto con ellos hacía lo mismo. Me felicitó y, algo preocupado, dijo:

—Maestro, esta forma de trabajar suya requiere mucho esfuerzo de su parte. Ahora está usted muy joven y no lo siente. Va y viene hasta conseguir lo que se propone. Conforme pase el tiempo lo va a sentir. No le gusta usar libro de texto y lo respeto. Le recomiendo auxiliarse en la escuela de una buena enciclopedia.

Tomé en cuenta la opinión. Me hice de una buena enciclopedia e incrementé el inventario escolar. La utilizamos mucho para resolver dudas y ampliar conocimientos. Me di cuenta de cómo la enciclopedia supera en mucho al texto escolar. Auxilia en la indagación, disipa inquietudes, resuelve dudas y plantea nuevas interrogantes.

Los años de Montolíu me traen gratos recuerdos. Mi estancia en ese lugar me permitió entrar en contacto con grandes educadores con quienes trabé amistad para el resto de nuestras vidas: Patricio Redondo, Herminio Almendros y, tiempo después, Ramón Costa Jou y otros. Junto con estos maestros conocí, estudié, discutí y experimenté la propuesta educativa de Célestin Freinet. ¡Qué bien por lo de la permuta, sin proponérmelo, salí muy beneficiado!

Comisiones y contabilidades

Mi vida ha tenido una constante: el trabajo intenso. Con familia numerosa y un magisterio mal remunerado no podría ser de otra manera. La carga familiar me impuso deberes. El trabajo escolar, por sí solo, no me permitía satisfacerlos con desahogo.

Prácticamente todos los momentos libres que me dejaba la escuela española, los invertí en el desempeño de algún otro trabajo. Hice de todo, vendí de todo para dar de comer y vestir a mi mujer e hijos. Principalmente llevé contabilidades y fui comisionista.

En Pueblo Nuevo del Terrible tuve muchas comisiones. Vendí dulces, aguardiente y pimentón molido para la matanza del cerdo. En Lérida tuve la representación de unas máquinas de coser alemanas muy resistentes.

Mi hija Elisa trabajaba para nuestra representación en la capital. Tenía instalado un taller de costura y bordado en donde enseñaba el manejo de las

máquinas. Mi hijo Lauro tenía facilidad para la mecánica. También se dedicaba a lo de las máquinas. Las reparaba cuando los clientes acudían a él.

Yo me dedicaba a la venta. En todas partes ya me conocían como el maestro de Montolíu. Tenía una camionetita para trasladar las máquinas. Los jueves por la tarde y los domingos en la mañana correteaba los pueblos de los alrededores para mostrar y vender máquinas. Había aprendido a manejarlas bien, sabía coser al derecho y al revés.

Llegaba a un pueblo y sacaba la máquina. La gente se iba acercando a mi demostración. Pedía que me facilitaran pedazos de tela e incluso de lona resistente para toldos de carro y me ponía a trabajar. Ahí tenían al maestro Pepe dando una exhibición de la máquina en plena plaza pública.

Para las ventas de las máquinas me auxiliaba de los consejos de los maestros quienes, en los diversos poblados, conocían a las familias.

—Pienso que fulanita necesita una máquina, exhíbesela. Menganita me pidió que cuando vengas al pueblo con máquinas le lleves una a su casa, te la quiere comprar.

Realicé buenas operaciones de venta. Me hice de varios clientes quienes después acudían a donde mi hija quien les enseñaba a coser y bordar con la máquina. Lauro, por su parte, hacía las reparaciones en caso de descomposturas.

En cuestión contable me afiancé durante mi estancia en Montolíu. La cercanía con la capital me permitía ir y venir todos los días sin mayor problema a realizar trabajos contables por horas. Primero tuve una bicicleta para trasladarme, después pude hacerme de una moto. Esta última tuvo incluso aplicación en mi labor magisterial. Los chicos de la escuela aprendieron en un dos por tres a desarmarla, lavarla, engrasarla y hacerle ligeras composturas para después armarla de nuevo. Cuantas veces lo hacían, los supervisaba y al final daba un apretón a las tuercas. El vehículo quedaba listo para transportarme. En cierta ocasión me volqué en la moto con mi hijo José. No pasó nada más allá de los raspones.

Como era muy puntual, cuando viajaba por la carretera, los campesinos al verme pasar en la moto entre sí decían:

—Ya falta muy poco para las seis, el maestro va de regreso a su casa.

Mi inicio en la contabilidad lo había tenido años antes durante una corta temporada en Madrid. Primero en el Banco Alemán Trasatlántico y después en la fábrica de dulces "La Mezquita". Debo confesar que el trabajo contable siempre me fue útil.

Dictados

El manejo de la imprenta llegó, después, con Freinet. Durante mis primeros años de maestro fundamentalmente me basaba en el manejo de los dictados. El dictado tenía su chiste. Como era totalmente improvisado, requería ciertos conocimientos del maestro pues el dictado se basaba en los temas sugeridos y escogidos por los alumnos y no en algún tema preparado con anticipación por el maestro.

El dictado tenía un significado muy especial. Nos servía para encontrar nuevos elementos en el avance gramatical y también lo empleábamos para trabajar la globalización del conocimiento.

En el texto de un mismo dictado les incluía aspectos de historia, de geografía, de física, de biología, de ética, de química... Buscaba que todos tuviéramos un conocimiento global, ya que los conocimientos en el mundo no están cercenados. Invariablemente unos conocimientos se afianzan con otros.

En un mismo texto les dictaba cómo los animales tienen vida, y se componen de elementos químicos; cómo hay un pasado en ellos y su desarrollo depende de aspectos geográficos; cómo sus movimientos no escapan de las leyes de la física; cuán importante es para el hombre saberlos tratar bien en beneficio propio y de los demás... En los dictados, incluso, encontrábamos datos y elementos para plantear problemas matemáticos y geométricos. ¡Estudiar de esta manera es algo muy vivo, muy rico, cobra un gran sentido!

Para la gramática, el dictado era fundamental. Incluía algunas palabras nuevas y otras no tanto pero de difícil escritura. Después hacíamos una lista y la anotábamos en el pizarrón. Revisaba con los chicos el significado de cada palabra apuntada en la lista. Lo mismo se hacía con la ortografía. Desde siempre fui partidario de que los alumnos no memorizaran las reglas ortográficas. El uso correcto de la gramática lo aprendían en la práctica de manera razonada con la idea, siempre presente, de que hay muchas reglas de ortografía. Algunas son fáciles y precisas; otras son complejas y admiten excepciones. Lo peor es exigir de los escolares se las aprendan como periquitos.

El diccionario es un auxiliar insustituible para el avance gramatical y ortográfico. Desde mi primer contacto como maestro de escuela comprendí cómo el primer libro que hay que pedir al estudiante de primaria es el diccionario. Algunos campesinos protestaban, tenían que hacer un gasto.

—¿Para qué diccionario si mi hijo no sabe leer ni escribir todavía?

En la pregunta estaba la respuesta. Daban pie a mi contestación.

—Precisamente como un buen auxiliar para el aprendizaje de la lectura y la escritura. Para eso les pido el diccionario pues será muy útil. Confíen en mí, ya verán como avanzan sus chicos.

¡No me equivocaba!

Encuentro casual

Al poco tiempo de mi llegada a Montolíu, se celebró una de las fiestas mayores en Puigvert. Ambos pueblos de Lérida estaban comunicados y uno podía desplazarse entre ellos a pie o en bicicleta. Los separaban tan sólo doce kilómetros.

El padre de uno de los chicos de mi escuela me invitó a ir, junto con su familia, a la fiesta.

—¿Y qué con la comida?

—No se preocupe maestro. Llegaremos a casa de unos amigos. Es costumbre de nuestros pueblos que, en sus fiestas mayores, mientras más asistentes mejor. Hay comida para quienes lleguen. Es más, si usted quiere puede invitar a algún acompañante. Allá lo espero, la va a pasar bien, no se arrepentirá.

—Está bien, seguramente iré.

Llevé a un amigo y fuimos bien recibidos. Llegó la hora de la mesa. A mi lado se sentó un chiquito de ese pueblo. El niño se enteró de oídas que yo era el nuevo maestro de Montolíu. Durante toda la comida no hizo otra cosa sino hablarme de su maestro. Su maestro era bueno y muy exigente, su maestro le enseñaba, su maestro hacía esto y aquello...

Al terminar la comida me llevé una sorpresa por parte del chiquillo aquel. Me hizo la siguiente invitación:

—Oiga, acompáñeme. Vamos a casa de mi maestro, quiero que lo conozca.

— Vamos —le dije al verlo tan interesado.

Pensé cuan satisfactorio e interesante sería saludar y conocer a un compañero maestro de la región a la que acababa de arribar.

Partimos y llegamos a la casa de su maestro, un tal Patricio. En la misma casa estaba su escuela. Tocamos y salió una señora.

—¿Qué se les ofrece?

—Saludar al maestro Patricio —fue mi respuesta.

—Mire usted, yo soy la madre del maestro. El salió de compras a la capital. Regresará dentro de algunas horas en el tren de la tarde. Entonces lo podrán ver.

Volví con el chico a donde continuaba la fiesta. Estuvimos hasta un poco antes de oscurecer. Mi amigo y yo recogimos las bicicletas para em-

prender el regreso a Montolíu. En esas estábamos cuando se apareció de nuevo el niño.

—Mi maestro ya ha regresado y está en su casa. ¿Podemos ir ahora?

—Me temo que tendrá que ser en otra ocasión cuando lo conozca. Mi amigo y yo estamos por marcharnos y...

—Vaya con el chico —me dijo mi compañero— no importa si se hace un poco tarde. Aquí lo esperaré.

Ante semejante empujón, nadie paró la inquietud del muchacho. Nos fuimos a ver a su maestro.

—Pasen ustedes —nos dijo la señora al abrir de nuevo la puerta.

Nos introdujo a la casa y señaló un despachito para que nos instaláramos. A la vez nos explicó:

—El maestro está tomando un bocadillo. Acaba de llegar. Voy a avisarle que aquí están.

Efectivamente lo hizo. Nos anunció. La respuesta la dio una voz muy fuerte y seca que ordenó.

—¡Que esperen!

Total nos tuvo una media hora esperando. Francamente me puse de mal humor. Estuve a punto de salirme. No lo hice por el chico. Finalmente se apareció el maestro. Por lo que pude apreciar, él tampoco estaba de buenas. Tuvimos un encuentro cortante.

—¿Qué quieren?

—Soy —me presenté— un compañero, maestro de Montolíu. Este alumno suyo me ha hablado mucho de usted insistiendo en que lo conociera. Ahora tengo el gusto de saludarlo.

—Muy bien —fue todo lo que contestó.

Con una gran necesidad de salir de aquel lugar lo más pronto posible, proseguí:

—Ya nos hemos conocido. Ahora nos tenemos que marchar pues me espera un amigo para regresar a Montolíu.

Así terminó ese encuentro casual. Me retiré sin ganas de volver a verlo, ni saber nada de él. Por la forma en que nos conocimos, figuré que jamás nos podríamos entender los dos. Afortunadamente me equivoqué. Nos encontramos en reuniones posteriores de maestros al ir a cobrar nuestro jornal a Lérida. Platicamos y comprendimos cómo teníamos muchos ideales en común. Patricio Redondo y yo nos hicimos entrañables amigos. A partir de entonces fuimos más que hermanos.

Entre jesuitas te veas

Muy al principio de mi estancia en Montolíu, de nueva cuenta se cuestionó mi postura de maestro librepensador. Nombraron a un tal Roset como inspector escolar de la zona. Pidió que pasara a verle a la inspección escolar. Hicimos una cita y asistí puntualmente.

Una vez ahí, sin consultarme, nos fuimos a su domicilio particular. En su despacho señaló: "en las fondas y bares de los pueblos de Lérida he escuchado que usted, aparte de ser un buen maestro, tiene ideas muy raras". Entonces, sorpresivamente, preguntó:

—Maestro Tapia, ¿cree usted en Dios?

—Sí, creo en Dios, pero no en el de usted. Respondí sin tapujos.

—¿Cuál es su Dios entonces?, dígamelo.

—Pues verá, mi Dios es muy comprensivo, está en el hombre, manda amar a todos, verlos como hermanos; prohibe la lucha, el asesinato y la humillación...

—¿Y el Dios de la iglesia, maestro?

—Mire usted, el Dios de la iglesia será el suyo pero no es el mío.

Ahí comenzó una polémica que a nada nos conducía. Finalmente confesó no tener elementos suficientes para discutir conmigo. Sugirió llevarme con un sacerdote y como me negué me llamó cobarde. ¡No pude contenerme! Como estábamos sentados frente a frente, le di un manotazo en las piernas y a la vez lo desafié.

—¡Salgamos a la calle e intente decirme cobarde de nuevo!

Se dio cuenta de su error. Trató de suavizar las cosas. Insistió en su idea de llevarme a charlar con un sacerdote. Acabé por aceptar para ver si así me lo quitaba de encima de una buena vez. Antes de ir, le aclaré:

—Es ridículo que como inspector lleve a un maestro a discutir con un sacerdote, pero vamos. Usted confunde la iglesia con la escuela. Tengo seguridad y firmeza de mis ideas y convicciones. Pienso que el sacerdote puede dudar y titubear de las suyas al discutir conmigo. No deseo poner en peligro su tranquilidad, pero allá usted, señor inspector.

Salimos y pensé que me llevaba rumbo al episcopado. Me equivoqué. Para mi sorpresa, cuando me di cuenta, estábamos en las puertas de la casa jesuítica de Lérida.

Así que tuve que vérmelas con un jesuita y, por supuesto, no nos pusimos de acuerdo. Al concluir una larga conversación afirmó:

—Maestro, reconozco que está muy preparado en estas cuestiones. No encuentro argumentos para convencerlo y rebatir su pensamiento. Le pido que regrese mañana a hablar con otro compañero que está especializado en cuestiones de dogma.

Argumenté que no me interesaba la charla, ni tenía necesidad de ella. Que sin tener la verdad absoluta —nadie la tiene— no había duda en mi pensa-

miento. Sin embargo, ante la insistencia, acepté volver para ver si así me dejaban en paz.

Cuando regresé a casa, expliqué a Cata lo acontecido. Estaba con nosotros un campesino llamado Ramón. Era padre de un chico de la escuela. Al escuchar lo referido me pidió:

—Oiga maestro, ¿podría ir con usted a esa entrevista que va a tener?

A mi mujer le gustó mucho la idea de que fuese acompañado. De tantas que me habían hecho, le tenía miedo a los curas. Así fue como apoyó la petición de Ramón, y dijo:

—Anda Pepe, deja que vaya contigo.

Mi primera respuesta fue negativa. ¿Para qué arriesgar a que se enredaran más las cosas?

—Pero estás loco Ramón ¿Qué vas a hacer tu ahí?

—Ande maestro, déjeme acompañarlo. La cosa se va a poner buena —insistió.

Como Catalina se empeñó, no me quedó otra y accedí. Pero le puse una condición.

—Mira Ramón, que si hablas...

Y para asegurar su silencio conseguí que prometiera simular no conocer el castellano y por lo mismo no entender ni tomar parte en la discusión. Acudimos juntos a la cita. Ramón conversó un momento en catalán con el sacerdote quien le pidió se sentara en una esquina del salón.

El jesuita y yo discutimos ampliamente. Llegó un momento en que lo percibí muy nervioso. Se movía en su asiento de un lado a otro, se levantaba y volvía a sentar. Ramón, en cambio, en su silla era de piedra.

La discusión seguía y el jesuita se manifestaba más y más violento. Llegamos a un momento en que el pobre hombre se irritó muchísimo. Se levantó y dijo:

—¡Es imposible con usted, lo está llamando Dios y se niega a escucharlo!

Ante esta afirmación, de manera un cuanto irrespetuosa, me levanté y empecé a mirar por todos los rincones del cuarto, como si algo hubiera perdido. El jesuita, impaciente, preguntó de nuevo:

—Oiga, oiga ¿qué está usted haciendo?

—Pues estoy buscando a Dios que me está llamando. ¡No lo encuentro!

Más furioso que indignado, el jesuita quiso llamarme la atención.

—Es que lo está llamando por boca de su ministro, o sea yo.

—¡Ah caramba! Un ministro de Dios no se impacienta como usted ante quien piensa de manera diferente. Un ministro de Dios está perfectamente convencido de la bondad de los principios que representa. Usted, en cambio se ha puesto rojo, verde, amarillo, de todos colores. No ha roto la silla por pura casualidad. Si aquí hubiera ministro de Dios, ése sería yo. A pesar de que estoy aquí obligado por el inspector escolar, no me he violentado. He contestado pacientemente todas las preguntas que ustedes me han formulado. Mejor aquí cortamos.

—Espere un momento, maestro. Le propongo que asista a unos ejercicios espirituales de encierro en Barcelona. Yo me encargo de hacerle los trámites.

—No señor, no los necesito. Y aunque quisiera ir, no podría abandonar el trabajo de la escuela. A cambio le hago una contrapropuesta. Mejor venga usted a hacer unos ejercicios espirituales en mi casa. Charlaremos de lo que quiera. Observará mi trabajo escolar y mi comportamiento familiar. Comerá con nosotros en casa. Además, no tendrá usted que estar encerrado, podrá salir a pasear cuando quiera.

—De ninguna manera puedo aceptar su propuesta. ¡Esos no son ejercicios espirituales! —dijo.

—Entonces dejemos las cosas como están —añadí por último y salí del lugar seguido por Ramón quien había cumplido su palabra.

Saber aprovechar

El tiempo y el trabajo son oro. Lo aprendí de mi padre. Me lo reforzaron los campesinos en España. El campesino es un hombre muy trabajador, nunca falla, nunca falta. Trabaja arduamente de sol a sol. No conoce la impuntualidad.

Ser inpuntual ante esa gente hubiera sido una falta de respeto total. Un campesino por trabajar todo el día tiene derecho a que el maestro de sus hijos sea cumplido, trabajador y puntual. No hay razón de peso por la cual tenga que tolerar que el maestro falte a la escuela, llegue impuntual, o no trabaje cuando ya esté ahí.

La puntualidad en el trabajo escolar tiene un significado muy, pero muy profundo. Permite respetar el trabajo y el tiempo de los demás. En la escuela, el ejemplo de puntualidad a los niños ha de darlo el maestro.

Desde siempre aprendí a ser el primero en aparecerme en la escuela por las mañanas. Había que abrir la puerta y aguardar gustoso la llegada de los chicos, Mis alumnos nunca tuvieron que esperar.

En Montolíu avanzaba con los chicos en el trabajo escolar. Los hacía madurar. Les fomentaba la responsabilidad basada en la libertad. Cuando sentía al grupo sólido me animaba a dejarlos trabajar solitos. Eventualmente me tenía que ausentar. Los ponía a hacer algo en la escuela, y a mi regreso, tenía magníficos resultados. Los campesinos vecinos de la escuela me dijeron en más de una ocasión:

—Maestro, hoy no estuvo usted en la escuela, ¿verdad?

—Así es. Pero ¿cómo lo saben ustedes? ¿Acaso han molestado los niños? —les preguntaba.

—De ninguna manera, maestro. Al contrario, los chicos han estado como nunca. El silencio y el orden han sido sorprendentes. El resultado en el trabajo usted lo sabrá.

¡Cuánta razón tenían! La verdad es que los críos podían trabajar sin mí igual o mejor que cuando los acompañaba en el salón mientras hacían sus actividades. ¡Eso era formidable!, era saber aprovechar.

Campaña alimenticia

En Montolíu me encontré con una población escolar que atravesaba por condiciones económicas muy adversas. Los niños llegaban a la escuela descalzos, mal vestidos y deficientemente alimentados. Sus viviendas eran insalubres, carecían de sanitarios.

Poco tardé en descubrir cómo prácticamente todos los chicos del pueblo tenían sus cabecitas plagadas de costras supurosas muy repugnantes. Conversé con el doctor del lugar para indagar el origen del padecimiento y su posible curación. Un tanto cuanto despreocupado el médico refirió:

—El mal que padecen los chicos es algo natural aquí. Se corregirá cuando sean mayorcitos y cambien su régimen alimenticio.

A la vez que me preocupaba, aquello me interesó. Seguí preguntando y supe que las costras provenían de una pésima dieta acostumbrada en su alimentación.

Los niños tomaban tres alimentos al día. Desayunaban pan con arenque seco y salado. Al mediodía repetían la dieta matutina. Por la noche ya probaban otros alimentos: chocolate en agua con pan y verduras o lo que hubiera en casa. Siempre eran alimentos muy sencillos.

La situación me pareció grave y me puse, de plano, en campaña alimenticia. Me aproximé a los padres de los niños.

—La salud de sus hijos depende en buena medida de la alimentación que reciban. No es posible que continúen a base de pan con arenque salado. Les sugiero que, en lugar de vender toda la leche producida por sus vacas, conserven una porción suficiente para darla de beber a los niños. Necesitan con urgencia cambiar su dieta. No escatimen.

—Así lo haremos, maestro, así lo haremos.

Cumplieron y conforme se fue balanceando la alimentación de los críos, como por arte de magia, fueron desapareciendo las costras de sus cabezas. Esta labor fue muy educativa y benéfica para los niños y para el pueblo en general.

Arrozadas

En la escuela de Montolíu montaba con los chicos algunas obras de teatro. Lo hacíamos al llegar la Navidad o alguna otra fiesta importante. Los padres de los niños se empeñaron, desde la primera vez, en que se cobrara la entrada a la función.

Acepté y tuvimos algunos ingresos que sumamos a las pequeñas ganancias que arrojaba la cooperativa escolar. Había que dar destino a ese dinero y consultaba a los chicos.

—¿Qué hacemos con las ganancias? Podemos repartirlas por partes iguales o ir de paseo —les daba a escoger.

—Hagamos una arrozada, ¿qué le parece maestro? —proponía alguien.

—Está bien, siempre y cuando la mayoría esté de acuerdo.

Invariablemente los niños escogían salir de excursión. Pronto se hicieron famosas las arrozadas. Aprovechábamos para conocer algo nuevo del medio ambiente. Solía llevarme a Cata y a los hijos. Ponía a los chicos a juntar leña en el campo y después jugaban. Prendía un fogón y les guisaba un arroz tipo paella el cual les gustaba mucho. No faltó vez en que alguno de mis pequeños alumnos permaneciera cerca de mí para auxiliarme en lo del guiso. Mi mujer me ayudaba mucho en estas faenas.

Antes de salir a uno de esos paseos, una señora visitó la escuela. Me avisó que a su hijo no le gustaba el arroz. Estaba preocupada pues pensaba en la posibilidad de que su muchacho se quedara en ayunas.

—No se preocupe usted señora, el arroz no lo guiso solo. Va acompañado de carne y muchos otros ingredientes más. Una vez que esté preparado el platillo, su hijo tendrá la oportunidad de escoger. Le serviré lo que le guste, sin nada de arroz, y listo.

—Ya veremos, como le va maestro.

Al parecer, al muchacho se le olvidó que no le gustaba el arroz. Cuando menos el que yo preparaba, con tropezones de carne y demás, le gustó. Sin remilgos lo comió. Le serví, a petición suya, un plato muy abundante, y repitió dos veces más.

De regreso, cuando la madre se enteró de lo bien que había comido su hijo, no lo podía creer.

—Ya verá muchacho remilgoso. De ahora en adelante comerá arroz en la casa, y todo lo demás —dijo al crío a regañadientes.

—Es frecuente que esto pase entre los chicos, señora. Los adultos lo debemos combatir. ¡Que cuando menos prueben antes de afirmar que no les gusta algún alimento!

Por una bicicleta

En mis ires y venires de trabajo diario de Montolíu a Lérida y de ésta a aquélla, aprovechaba para ayudar a mi mujer.

—Cata voy a la capital, ¿se te ofrece algo?

—Sí, se necesita ésto, hace falta aquello —me decía.

¡Hasta telas para que confeccionara vestidos de ella y de nuestras hijas le llegué a comprar!

Pensé que no era lo mismo si Catalina escogía a su gusto lo que se necesitaba. Por eso un buen día me dio por conseguir y comprarle una bicicleta de señora. Le enseñé a conducir y comencé a llevarla conmigo a Lérida. Mientras trabajaba mis contabilidades en la capital, Cata hacía sus compras y demás. Después regresábamos juntos a casa. Cada quien en su bicicleta.

Los domingos, por la tarde, teníamos la costumbre de salir a caminar con los hijos y dar un paseo. A la salida de Montolíu había varias eras en donde se desgranaba el trigo y la cebáda cosechada por los campesinos. Las eras estaban bien aplanadas.

Uno de tantos domingos, encontramos en nuestro andar algo novedoso en el pueblo. Nunca antes se había visto ahí. Para nuestra sorpresa dos de las eras, muy cercanas entre sí, estaban ocupadas por muchachas andando en bicicleta. Daban y daban vueltas.

Uno de los chicos mayores de la escuela nos vio por ahí, se acercó y después de saludarnos con toda frescura habló.

—Oiga maestro, a que no sabe por qué están montando las muchachas en bicicleta.

—No, pues no lo sé. Si tú conoces el motivo explícamelo —le pedí.

—Todo es cuestión del cura. En el sermón de la misa de hoy habló muy mal de su señora, lo hizo en el púlpito —expresó el muchacho.

—¿Y qué fue lo que dijo?, anda dímelo —le solicité.

—Pues verá, dijo que la bicicleta es un medio de transporte para hombres y que hay en el pueblo una mujer a quien le ha dado por andar en bicicleta. Que su esposo, o sea usted, la complace y que con todo esto sólo se logra un comportamiento dudoso, provocativo, inmoral y pecaminoso.

—¡Epale! ¿Y qué más? —seguí interrogando.

—Pues nada maestro, aquí tiene usted la respuesta del pueblo quien lo conoce muy bien —finalizó.

Efectivamente la respuesta era contundente. Las chicas se dieron cuenta del embuste del cura aquel. El que una mujer condujera una bicicleta no tenía absolutamente nada de malo. En el caso de mi esposa era una necesidad. En protesta a lo dicho por el eclesiástico, se solidarizaron con mi mujer y conmigo. Pensaron que la mejor forma de hacerlo era montar en bicicleta todas juntas esa misma tarde en un lugar público. Consiguieron las bicicletas de donde pudieron y lograron su propósito.

La indignación que me provocó lo del sermón se diluyó por el ingenio y firmeza de la protesta. Quedamos conmovidos. Cata comentó:

—Pepe, ahí tienes una respuesta del pueblo al maestro. Con tu ejemplo les enseñas. Estoy orgullosa de ti. Le están dando su merecido al cura, bien ganado se lo tiene.

No pudo ser maestro

Sebastián fue mi alumno en Montolíu. Me hizo recordar mucho al maestro Antonio y a tía Dolores. Era un muchacho inteligente, capaz y trabajador. Se trataba del hijo de una de las familias más pobres del lugar.

Seguí cuidadosamente su trayectoria en la escuela. Le gustaba mucho ayudar a sus compañeros en desventaja escolar. Lo hacía bien.

En un momento dado se acercó y platicamos.

—Oiga, me gustaría ser maestro como usted —confesó el muchacho.

—Muy bien. ¿Ya lo has comentado en casa?

—No. Somos muy pobres y tengo que ayudar a mi padre en el campo. El no permitirá que siga como estudiante —aseguró.

Como en realidad el muchacho tenía inclinación y facilidad para ser maestro, le sugerí hablara con su padre.

—Anda, inténtalo. Dile a tu padre que yo te costeo los estudios en la Normal. Que los libros y materiales necesarios para que te hagas maestro correrán por mi cuenta. Que después podrás trabajar conmigo en la escuela, y con lo que ganes le ayudarás. Dile que el ofrecimiento te lo hago con todo mi corazón. Veamos cuál es su punto de vista.

Pero Sebastián tenía razón. Su padre se opuso rotundamente a que continuara con el estudio. Rechazó mi ofrecimiento.

—¿Quién se cree usted para hacerme tal proposición?— me mandó decir con el muchacho. Mi hijo no va a continuar estudiando. Usted no tiene por qué meterse en su vida. Nació en una familia campesina y trabajará en el campo como sus antepasados.

Aunque insistí, todo fue inútil. Sebastián no pudo ser maestro. Me sentí triste y apenado. Además de quererlo bien, estaba seguro que podría ser un buen maestro. ¡Ni hablar, el caso escapó de mis manos!

Pasaron unos cuatro años. Me encontré con Sebastián en el café del pueblo. Después de saludarnos me dijo:

—Si mi padre no se hubiera opuesto, en estos momentos sería maestro como usted. Practicaría a su lado siguiendo sus enseñanzas y su ejemplo. Pero ni modo.

No pude más que callar.

Maestro de mis hijos

Soy un hombre satisfecho de haber educado personalmente en la escuela a mis hijos. Salvo el más pequeño quien terminó la primaria durante el exilio en Francia, los demás la concluyeron conmigo.

Era costumbre en España, mientras fui maestro, que los niños estuvieran separados de las niñas en diferentes escuelas. De modo que a mis hijos varones los pude tener como algo muy natural en mi escuela. No así, en cambio, con mis hijas por quienes tuve que librar una batalla.

La maestra de la escuela de niñas en Montolíu era hija de una especie de sacristán quien atendía al obispo de Lérida. Este le brindaba toda su protección a ese hombre, incluido el apoyo dado a la tal maestra.

La pobre mujer estaba ubicada dentro del grupo de maestros conocidos como "de derechos limitados". Por cumplir un determinado número de años de servicio como maestros oficiales interinos, se les encomendaba el manejo de una escuela.

¡Espanto! Se trataba de una persona muy mal preparada. ¡Era una mala bestia! Me percaté enseguida de cómo ni las tablas de multiplicar sabía. ¡Vamos, era incapaz de resolver una división! Me rebelé. No acepté que mis hijas estudiaran con esa maestra. Llevé a mis dos pequeñas a trabajar conmigo en la escuela. Admití también a una de sus amiguitas para que se prepara bien y se hicieran compañía las tres.

Era de esperarse. La maestra no tardó en quejarse de mi decisión ante el inspector. Este convocó a una reunión al Consejo del Pueblo para ventilar el asunto. Una vez reunidos, la maestra me increpó.

—Es incorrecto que a una escuela de varones acudan niñas a estudiar por el simple hecho de que su padre sea el maestro.

—Un momento —aclaré— es verdad, a la escuela que atiendo acuden mis dos hijas y una compañerita de ellas. Las he aceptado no por capricho, sino por tristes circunstancias. No me gustaría tener que señalarlas aquí.

—¡Ande maestro, ande! Diga cuales son sus motivos. A ver si son tan poderosos —me desafió. Yo tendré manera de rebatirlo.

—Muy bien. Si así lo quiere la maestra, me van ustedes a perdonar lo que voy a decir. Decidí tener a las niñas en la escuela porque la maestra aquí

presente no sabe dividir. Ni siquiera conoce las tablas de multiplicar. Eso me indica cómo en los demás aspectos escolares también está muy mal. Todos sabemos que la maestra es de derechos limitados, pero eso no debe confundirse para autorizarle un grupo de trabajo a una persona escolarmente limitada de todo a todo.

Como reacciones, hubo de todo un poco. Silencio acompañado de tenues risitas nerviosas de alguno de los concurrentes. También brotó la ira de la maestra. El inspector intervino para mediar.

—Maestro, ¿puede usted probar que la maestra no sabe multiplicar ni dividir?

—Claro. Bastará pasarla al pizarrón y ponerla a resolver algunos ejercicios —sugerí.

Por supuesto, proceder así hubiera sido denigrante para la interesada quien ya no volvió a decir para nada esta boca es mía. Lo mejor para todos fue dejar las cosas hasta ahí. Unicamente añadí:

—No he querido molestar a la maestra ni tengo nada personal en su contra. Espero haber justificado por qué tengo a las chicas en la escuela conmigo.

Ante tan penosa situación, el Consejo deliberó durante unos instantes que se volvieron eternos. Resolvió autorizar que mis dos hijas continuaran en la escuela de varones. Así fue durante toda la primaria. Su compañerita tuvo que regresar con el resto de las niñas. No pude hacer nada por ella. La resolución estaba tomada. Quedó reconocido tácitamente: ¡Era un verdadero escándalo lo ocurrido en la escuela de niñas de Montolíu!

Tener a los propios hijos en la escuela de uno es un compromiso muy grande. En cierta ocasión mi hija mayor se expresó así mientras comíamos:

—Papá, te voy a decir algo sobre la escuela. No estoy molesta, pero siento y me doy cuenta que eres más exigente con tus hijos que con el resto de los niños del grupo. ¿Por qué, papá?

—Hija mía, tienes mucha razón —supe conceder— y así tiene que ser. Si a un niño de la escuela le tolero ciertas faltas, muy bien, es un niño cualquiera y pasa. Pero si a mis hijos les permito que fallen en el trabajo escolar, inmediatamente vendrá la crítica. ¡Claro!, dirán los compañeritos y sus padres, "es un hijo del maestro y por eso se lo permite". Eso ¡no, no y no! De ninguna manera podría proceder así. Les haría un grave daño.

—Está bien papá, me queda muy claro.

Nunca más se volvió a tocar el asunto. Continué siendo muy exigente con los míos.

¡Lo más sagrado!

Durante mi estancia en Montolíu, hubo otro enfrentamiento con el clero. Al cura le molestaba que no fuera a misa, ¡vamos!, que ni siquiera fueran mi mujer y mis hijos. Por lo mismo buscaba cualquier oportunidad para provocarme.

Como a mi escuela acudían a estudiar mis hijas, el cura aprovechó para reprocharme.

—Maestro, ¿cómo es que se atreve a tener niñas en su escuela si hay escuela para niñas en el pueblo? ¿No se da cuenta que es muy riesgoso tener a los dos sexos juntos?.

—¡Mire quien lo dice! Efectivamente tengo reunidos en mi escuela a chicos y chicas, pero da la casualidad de que estoy frente a ellos durante toda la jornada. Usted, en cambio, reúne en la iglesia juntos a niños, niñas, hombres y mujeres adultos y los tiene a sus espaldas. Si fuera grave reunir a los dos sexos, como usted dice, entonces las reuniones en la iglesia serían mucho muy peligrosas.

Por supuesto, el cura no esperaba recibir esa respuesta. Intentó rebatirme.

—Mire maestro —dijo enojado— lo que pasa es que la misa es sagrada y pueden estar tranquilamente hombres y mujeres juntos sin que pase nada. Pero...

—Nada de pero —interrumpí con ironía. ¡Sepa bien, y que le quede muy claro, que para mí la escuela es lo más sagrado!

Lo dejé sin habla y muy iracundo.

Pueblo dadivoso

Los campesinos de Montolíu siempre compartieron con mi familia sus alimentos. Como maestro del pueblo me conocían bien. Enviaban a casa todo cuanto tenían: verduras, frutos, semillas, animalitos...

En el pueblo había un horno de pan—cocer. Era del municipio para ser usado por todos los habitantes. Preparaban la masa en casa. Después, por turno, lo iban a cocer al horno aquel. El pueblo entero comía del mismo pan, muy sabroso y calientito. Invariablemente me mandaban bollos para acompañar la comida.

Llegó un momento en el cual recibía tantas frutas y legumbres, que en casa no las podíamos consumir. Se lo comenté a los campesinos. Les pedí que no me mandasen más. A cambio les sugerí me autorizaran a enviar a mis hijos a sus huertos cuando requiriera alguna verdura o fruta. Naturalmente aceptaron.

Por el pueblo pasa el río Segre. Estaba instalada una compañía eléctrica canadiense. Tenía construido un canal industrial que dividía al río. Contaba con compuertas.

Desde la ventana de la escuela dominaba el canal. Un día observé cómo los campesinos lo limpiaban. Las compuertas estaban cerradas y el agua estancada. A la salida de clases decidí bajar con los campesinos. Uno de ellos arrojó violentamente a tierra un animal sacado del agua, espantado gritaba:

—¡Cuidado, es un alacrán de río!

—¿Qué...cómo...? —preguntaban los demás.

Al poco rato ya eran un montón de esos animales verde-parduscos. Me acerqué a los animalillos. Pude darme cuenta del error del hombre. Recogí unos cuantos y los llevé a casa. Le pedí a Cata que los cociera al natural.

Por la tarde me encontré con los campesinos en el café. Sobre la mesa puse los animalitos preparados.

—Miren, aquí tienen sus alacranes. Están cocinados. Pruébenlos —les sugerí.

En un primer momento, se mostraron desconfiados. Pero como me vieron comer uno, decidieron imitarme. Pudieron saborear la riqueza de aquellos cangrejos de río.

Tardó algún tiempo para que esos animales formaran parte de la dieta campesina. Les daba cierto horror tomarlos. Como sabían que me gustaban, preferían regalármelos. Poco a poco fueron escaseando en mi mesa. Ya no me los enviaban. Comprendí que, finalmente, aprendieron a disfrutarlos: ¡Eso me pareció mejor!

Alejamiento

Cata fue católica. Durante un tiempo de nuestro matrimonio acudió a la iglesia y practicó la religión. Acostumbrado a respetar el pensamiento y práctica de todas las ideas y creencias, jamás interferí en su vida religiosa. ¡Motivos no hubieran faltado!

En los diversos poblados por donde pasamos, a cada momento los curas se metieron conmigo. Decían y pensaban que un maestro, al no asistir con su familia a la iglesia, no podía dar buen ejemplo a sus alumnos ni al pueblo. Trataron infructuosamente de acercarme al templo.

En Montolíu, después de uno de los últimos choques, un cura afirmaba a los cuatros vientos refiriéndose a mí:

—Bueno, que no vaya él a la iglesia si no le da la gana, pero que cuando menos mande a su mujer y a sus hijos.

¡Lástima de comentario! Mi mujer, preocupada, reflexionaba conmigo cuestiones como las siguientes:

—Pepe, ¿por qué, si no te metes con el clero ni con las ideas religiosas de nadie, te atacan tanto? ¿Por qué insisten en que acudas a la iglesia si estás convencido de tus ideas? ¿Por qué has de mandarnos a la iglesia a mí y a los hijos? ¿Por qué no te respetan y dejan en paz? ¿En dónde está su catolicismo?

—Mira mujer —trataba de tranquilizarla— pues son cosas de ellos. Les interesa la forma, no el contenido. Les importa que la gente vaya al templo. Que asista a misa. Que se confiese, comulgue y rece. Esa es la manera de pensar y vivir de ellos. Los respeto. No los culpo, pero tampoco los puedo aplaudir.

Fueron tantos los ataques clericales recibidos en España, que poco a poco hicieron mella en Catalina. Los enfrentamientos con el inspector Roset, lo de los jesuitas, lo de la bicicleta, lo de mis hijas en una escuela de varones y otros incidentes, hicieron que Cata se irritara y se alejara por completo de la iglesia y de las prácticas religiosas por incongruentes. El clero predicaba en el púlpito una cosa y su práctica diaria en la calle era muy distinta y hasta contradictoria.

Expulsado

En la vida escolar, no todos los chicos se comportan bien. Mis travesuras de alumno lo demuestran. El maestro necesita saber tratar estos casos para evitar que los niños se le trepen a la cabeza. Los chicos están en una etapa de plena formación. Requieren de un consejo, una llamada de atención y, en casos extremos ¿por qué no?, de una expulsión.

En Montolíu tuve alumnos guerrosos. Pero éste fue un caso muy especial. El chico hizo alguna trastada. Lo reprendí.

—Para poder regresar a la escuela tendrás que venir acompañado de tu padre. Vamos a ver qué piensa él de lo que has hecho. Si no vienes con él mejor ni te pares por aquí.

—Pero maestro... Yo no tengo la culpa... Ni crea, no le diré a mi papá lo que usted dice de mi comportamiento —me desafió.

El crío desvirtuó los acontecimientos ante su padre. Yo lo había expulsado injustamente, le traía ganas. El señor picó el anzuelo y quedó atrapado por la mentira de su hijo. Fue y puso una denuncia en mi contra.

Me enteré de las barbaridades a las que había llegado el muchacho. Busqué la forma de acercarme a su padre para pedirle que fuera a la escuela. Era fundamental aclarar los sucesos.

Llegó el señor a la escuela. Iba acompañado de su hijo, charlamos sobre el asunto.

—Mire señor, ha habido un malentendido. Su hijo se ha dedicado al desorden. No trabaja pero molesta a sus compañeros. Interrumpe las actividades en el salón y ¡eso no lo puedo tolerar de ninguna manera!

—¡Ah, caramba!... Mi muchacho me ha explicado las cosas de otra manera y ahora resulta que el culpable es él. ¡Me lo tendrá que demostrar usted!

Ante este predicamento me quedaban dos opciones. O el niño reconocía por sí ante su padre la verdad tal cual, o sus propios compañeros lo desenmascararían. Escogí la primera opción. Preferí que el chico hablara.

—Está bien, muchacho. Conque te traigo ganas. ¿Puedes demostrárselo a tu padre? Yo sí le puedo comprobar tu mal comportamiento. Mejor será sí hablas con la verdad. Bien sabes su significado. De ella hemos hablado mucho en clase.

Mientras me escuchaba, el alumno estuvo pensativo. Su respuesta fue muy sincera y sencilla.

—Está bien, maestro. Usted tiene la razón. Engañé a mi padre. Le pido me disculpe.

Al ver aquello, el padre más que asombrado le llamó la atención con gran energía.

—Mira, hijo. ¡Eso no se hace, es la última vez que dejo pasar una cosa así. Ni con el maestro ni conmigo juegas...!

—Ya no se preocupe, señor. Todo ha quedado aclarado, eso es lo importante. Su hijo ha reconocido el abuso que hizo de la libertad molestando en la escuela. Queda levantado el castigo. Tú —le dije al niño— te puedes quedar en la escuela pero conste, vienes a trabajar.

La denuncia en mi contra estaba puesta y ya era muy tarde para retirarla. El Director de Primera Enseñanza la conoció. Se hizo de la información pertinente. El asunto estaba aclarado, el niño en la escuela y la denuncia sin sentido. La tuvo que sobreseer.

Finaliza la persecución

Pasó un buen tiempo desde la polémica sostenida con el jesuita. Vino de nuevo el ataque. El inspector Roset visitó mi escuela. En su reporte asentó que casi todo funcionaba bien en la escuela, pero faltaba el rezo de las oraciones. Al mismo tiempo insinuó que yo no practicaba la religión. Poco antes de escribir el reporte de su visita me había sugerido:

—Maestro, no enseñe tanta religión a los niños. La razona muchísimo y no la entienden bien. Basta con que la memoricen para saber bien las contestaciones del catecismo y nada más.

—Mire, señor. Esos razonamientos son los que la iglesia no es capaz de hacer. Si quiere que no razone mi clase de religión, anótelo en sus instrucciones y advertencias, aquí en mi libreta. ¡Andele!

Al mismo tiempo de contestarle, le extendía la libreta. Se la entregaba para que hiciera la anotación tal cual. Por supuesto, no aceptó. Mi propuesta era muy comprometedora. Roset no tenía un pelo de tonto.

A través de sus presiones como inspector, no pudo lograr acercarme a las prácticas religiosas. Como no tuvo éxito por las buenas, violentó las cosas. Decidió denunciarme a las autoridades por no practicar la religión, aunque la enseñaba reglamentariamente en la escuela. Este incidente fue durante la dictadura de Berenguer. Se abrió un expediente. Contesté los cargos. Hube de esperar resolución. Al poco tiempo se dio. Para sorpresa del inspector, y mía también, el veredicto me fue favorable.

Roset mismo me lo comunicó. El Director de Primera Enseñanza ordenó sobreseer el expediente. El razonamiento fue sencillo. Los maestros teníamos obligación legal de enseñar religión en la escuela. Yo cumplía. No teníamos, en cambio, obligación de practicarla. Observación al canto: no estaba infringiendo ninguna disposición.

Este último hecho puso fina a la que siempre he considerado mi persecución religiosa. A esto contribuyó, según me enteré después, un sacerdote de Montolíu quien rindió un informe al obispo de Lérida en donde clara y categóricamente le aconsejaba:

—Con el maestro no es necesario meterse más. Tiene sus ideas muy peculiares pero, ante todo, respeta las de los demás. Trabaja en la escuela y lo hace bien. No solamente lo quieren sus alumnos y los habitantes de Montolíu. En toda Lérida se le respeta y admira. A pesar de sus ideas religiosas, su conducta es intachable. Le sugiero respetarlo.

Este buen hombre fue el tercer sacerdote puesto por el obispo en Montolíu para tratar de acercarme a su redil. Los dos primeros, torpemente, complicaron las cosas. El tercero fue un cura sensato, honesto y abierto. Con él tuve varias charlas y paseos por Montolíu. Antes de violentarse, supo respetarme. Esto le valió mi aprecio.

Magnífico inspector

La tarea de inspector escolar es ardua. Hay de inspectores a inspectores. He conocido de todo tipo. En Montolíu traté con Herminio Almendros. ¡Pude apreciar a un magnífico inspector!

Primero lo tuve como inspector de zona. Después fungió como inspector jefe de toda la provincia de Lérida. Intimamos, fuimos grandes amigos, nos entendimos muy bien. Tuvimos mucho en común.

Como inspector, Almendros visitaba todas las escuelas de su zona, de su provincia. Tenía que desplazarse de un lugar a otro para ver trabajar al maestro con sus niños. Las distancias ocasionaban que avisara previamente su visita. Nunca sorprendía a nadie.

Cuando anunciaba su visita a mi escuela, lo esperaba contento. El amigo inspector llegaba campechano y sencillo a la escuela. Siempre muy afable y abierto en su trabajo. Ya en el grupo, se sentaba y decía:

—Ale, maestro, trabaje, haga lo que le toca hacer esta mañana.

Sentado observaba, escuchaba y me dejaba trabajar con absoluta libertad. Después de un tiempo razonable tomaba la batuta.

—Bueno, ahora me toca a mí. Va usted a ver como trabajo con su grupo.

Y se ponía a dar una clase para chuparse los dedos. Continuaba con el tema iniciado por mí. Su clase era una verdadera lección. Manejaba al grupo con gran agilidad y alegría. Entraba en contacto con los niños con una soltura sorprendente. Parecía como si fuera su maestro desde mucho tiempo atrás.

Su exposición tenía un significado muy especial. Orientaba la práctica escolar para mejorarla. Al trabajar directamente con los chicos se daba cuenta de la espontaneidad del trabajo del maestro, se percataba de la disposición del grupo para el trabajo.

Almendros era un gran maestro, un verdadero maestro. De no haber sido así, nunca hubiera podido llegar a tener un tamaño de inspector escolar tan grande.

Al concluir su visita, por lo general de tres días, el inspector Almendros levantaba el acta de inspección escolar obligada en España. Asentaba ahí todo cuanto había observado en el funcionamiento de la escuela. El mismo contenido del acta lo transcribía en el libro del maestro. De esta forma, lo manifestado por el inspector visitante quedaba por escrito en manos del maestro visitado. Las reglas del juego eran muy claras, el proceso de inspección transparente. Se evitaban al máximo los malos entendidos entre inspector y maestro.

Interescolares

En Lérida, las escuelas constantemente tenían intercambio de actividades. En la región había tres pueblos participantes de esta rica experiencia. Cada pueblo tenía su escuela unitaria y su maestro rural. Los tres pueblos formaban un triángulo. Manresa era maestro en Alfes, Patricio en Puigvert, yo en Montolíu.

Teníamos reuniones frecuentes de las tres escuelas y realizábamos trabajos en común. Una vez en Puigvert, otra en Alfes y más tarde en Montolíu. El día acordado, niños y maestros de las tres escuelas nos encontrábamos. La cita era en la escuela convenida, a la hora normal de entrada, por la mañana temprano. Era significativo tomarse el trabajo de desplazarse varios kilómetros a pie. Cada maestro iba al frente de su grupo.

El maestro del pueblo visitado hacía las veces de cabeza en la realización del trabajo de los tres grupos. Los otros dos maestros escuchaban, observaban, tomaban nota e intervenían cuando se necesitaba. El tema a trabajar era seleccionado, previamente, por los maestros visitantes. Como cada escuela tenía su museo propio, éste era visitado por las otras dos escuelas en estos intercambios.

Terminadas las clases los niños jugaban y comían juntos. Nosostros también tomábamos los alimentos. Reunidos aprovechábamos la ocasión para discutir y comentar la clase de ese día. Después nos congregábamos todos a jugar un poco de fútbol. Eramos aficionados a ese deporte. Cada escuela tenía su respectivo equipo. Finalmente, al atardecer, cada maestro se iba de regreso con sus chicos para su pueblo. Así terminaba el día, y hasta la próxima.

En una de las visitas que nos hicieron me ocupé de tratar el tema de los quebrados. Siempre he sido aficionado a las fracciones. A mis compañeros se les dificultaban un poco. No comprendían su total alcance. Como conocían mi dominio del tema, pidieron una clase de quebrados y la di. Trabajé con todos los chicos, sin embargo me apoyé más en los forasteros. Les hice razonar a base de preguntas. Manresa y Patricio estaban sorprendidos por las respuestas tan atinadas de sus alumnos. Quedaron convencidos del interés e importancia revestidos por las fracciones en la vida del campo.

Con el tiempo, Patricio y yo quedamos solos. Manresa desapareció pronto del escenario. Lo trasladaron de sitio. Le perdimos la pista. No participó del resto de nuestras experiencias educativas.

Vino una época llena de vivencias. Trabajamos la imprenta en nuestras escuelas. Fue una novedad estupenda. Contribuyó mucho al intercambio escolar. Los chicos redactaban sus textos libremente. Les daban lectura. Los comparábamos. Se sometían a votación para escoger el más gustado. Los

transcribíamos en el pizarrón. Revisábamos la redacción, corregíamos la ortografía y hacíamos análisis gramatical. ¡Lo fundamental era respetar el contenido y la forma del texto! Pasaban a imprimirlo con las prensas escolares Freinet. Finalmente lo ilustraban también. Hacían, de nueva cuenta, la elección de los dibujos por votación. Como resultado obteníamos cuadernos con la palabra de los niños ¡Qué sensacional!

Patricio tuvo la oportunidad de ir a Madrid a visitar al educador español don Manuel Bartolomé Cossío quien hizo mella en mí para el resto de mi vida. Un buen día, Patricio me pidió:

—Tapia, voy a verlo. Dame los cuadernos impresos que tengas. Se los quiero enseñar junto con los de mis muchachos.

—Aquí tienes, llévale éste, y éste... Mejor toma todos y se los muestras.

Don Manuel estaba enfermo en cama. Recibió a Patricio y revisó los cuadernos en su presencia. Se interesó mucho por las técnicas de impresión que usábamos. Indagó todo cuanto quiso acerca de la elaboración de los cuadernos. Patricio le relató la hechura. El visitado se entusiasmó mucho con el trabajo de los niños. Solicitó a mi amigo le enviáramos ejemplares de todos los materiales impresos en el futuro en ambas escuelas. Así lo hicimos en lo sucesivo.

¡Cómo me hubiera gustado haber hecho ese viaje con Patricio! Ni hablar, no conté con recursos. El contacto con don Manuel fue a través de los cuadernos y de Patricio quien le habló de mí.

Perdóneme...

A la escuela asistía un chico de la casa más rica de Montolíu. En el pueblo se sabía todo. Llegó a mis oídos que la madre de ese muchacho se quejaba amargamente de mí. Para ella, yo era un ingrato. Me enviaba víveres y yo trataba a su hijo como a los demás.

¡Me indigné profundamente, qué caray! Los regalos no me predisponen a beneficiar a un alumno sobre los demás. ¡Pobre de mí si así fuera!

Llegó el momento de responder. Acudió la sirvienta con la acostumbrada canasta de alimentos. Sin darle tiempo de nada le dije:

—¡Oiga! Hágame el favor de no sacar nada de lo que trae. Me he enterado que su patrona está molesta porque trato a su hijo igual que al resto de los niños de la escuela. Que lo que manda con usted no surte efectos para darle un trato preferencial. Vaya y dígale que tiene toda la razón. Quiero que le quede muy claro, para mí todos los chicos son iguales. Me regalen mucho, poco o nada, a todos los trato de la misma manera. Su señora puede estar

segura, sin los regalos continuaré dando exactamente el mismo trato a su muchacho.

—Está bien —contestó la mujer desconcertada.

La emisaria se retiró con los presentes. A los pocos días sacaron al chico de la escuela. Me enteré después, lo mandaron fuera a estudiar a un internado. ¡Allá sus padres!

Transcurrieron algunos años. No se había hablado más del asunto. Un día de fiesta mayor pasé por la plaza principal del pueblo. Al fondo de la plaza, sobre la punta más elevada, estaba ubicada la casa de esa rica familia. Vi a la madre de pie en la puerta. Continué mi marcha. Iba avanzando cuando, bruscamente, la señora arrancó rumbo a mí. Paré en seco para esperar su llegada. Algo se le ofrecía. Necesitaba decirme alguna cosa. Me alcanzó. Su rostro se veía angustiado. Sin más demora se soltó hablando.

—Perdóneme maestro, es lo único que tengo que decirle. Necesitaba hacerlo.

—Señora, ¿perdón de qué? No tengo nada que disculparle. Lo sé, se refiere a lo de su hijo. A usted se le fue un comentario. Me lastimó. Discrepamos. Sacó a su niño de la escuela. Estaba en su derecho. No me ofendí.

—Pero maestro —agregó adolorida— el costo por eso ha sido muy grande. Mi hijo es el más bruto del pueblo. No sabe nada de nada, más allá de lo que usted le enseñó. Cuando se fue no consiguió avanzar más. Cualquiera de los alumnos por usted preparados está mucho mejor que él. Nunca volvió a encontrarse en un ambiente propicio como el de su escuela. Aunque tarde, estoy muy arrepentida de haberlo sacado del pueblo.

—Me apena mucho, pero es algo por lo que pagamos los tres. Usted por haberse equivocado en sus apreciaciones, su hijo por el estancamiento y yo por haber perdido la posibilidad de continuar con su preparación. Lo siento. Lo único que debe preocuparle ahora es la formación futura de su hijo. Ponga todo cuanto esté de su parte y no se arrepentirá —fueron mis palabras antes de proseguir el camino.

Latido

En Cataluña me enfrenté con una práctica magisterial muy curiosa. Los maestros de la parte baja de Lérida se reunían a pasar alegremente el primer domingo de cada mes. La cita era en un pueblo catalán distinto en cada ocasión. Charlaban, comían y se divertían. Al atardecer regresaban a su lugar de residencia.

El maestro del poblado en donde tocaba la reunión se encargaba de la preparación de la comida para todos los asistentes. Una veintena aproximadamente. Dividía el gasto en parte iguales, y cada cual pagaba su cuota.

El grupo de maestros tenía su propio nombre en catalán. Era el grupo *Batec* cuyo significado literal es "latido". Un domingo invitaron a Patricio para reunirse con el grupo. Al mes siguiente el invitado fui yo. De nueva cuenta nos encontramos. Patricio y yo discutimos sobre el carécter de las reuniones del Batec. Pensamos en la necesidad de darle un contenido educativo. Sería fácil por la presencia de los maestros reunidos.

Hicimos una propuesta concreta a los integrantes del grupo: iniciar el convivio mensual con un mitin educativo. Se aceptó la idea y se marcó un nuevo rumbo al grupo. Unos días antes de la cita se indagaban los principales problemas educativos del pueblo en donde nos reuniríamos. La tarea era simple. El maestro del poblado formaba parte del grupo y nos ponía al tanto de la realidad escolar.

En la plaza principal, desde el balcón del ayuntamiento, se hablaba de esa problemática y sus posibles soluciones. Siempre se hacía referencia a la importancia de la educación. En más de una ocasión me tocó hablar. Era muy interesante. Generalmente las autoridades de los pueblos nos recibían bien. Después del mitin comían con el grupo.

En 1934 ya estaba constituida la Cooperativa Española de la Técnica Freinet. Su antecesor fue, sin lugar a dudas, el propio Grupo Batec. Almendros fungía como asesor pedagógico de la Cooperativa. Yo fui secretario de la misma desde su nacimiento y hasta que feneció durante la Guerra Civil.

Ramón Costa se incorporó a la Cooperativa. Se trataba de un maestro joven y entusiasta que trabajaba en un pueblo muy cercano a Barcelona. Estaba encargado de la redacción de la revista *Colaboración* a través de la cual difundimos el significado y los trabajos realizados por la Cooperativa y sus integrantes. Yo me ocupaba de los aspectos administrativos de nuestra publicación.

El número de maestros dentro de la Cooperativa crecía día con día en España. En Colaboración se publicaban sus experiencias. Los cuadernos escritos, impresos e ilustrados por los niños en las escuelas se multiplicaron. Se practicaba la correspondencia interescolar entre las propias escuelas españolas. A la vez se procedía de igual manera con algunas escuelas de Francia, Portugal y otros países.

La relación personal que tuve con Freinet se inició en 1933. Asistió a Barcelona en donde dictó dos exitosas conferencias sobre sus técnicas y postulados educativos. Tuve oportunidad de estar ahí. Ese contacto fortaleció mi interés creciente por las ideas y el trabajo de ese gran educador francés.

Nuestra Cooperativa y la de Francia se mantuvieron en contacto por carteo, así como por la asistencia común de maestros a diversas reuniones organizadas tanto en Francia como en España. Todo marchó bien hasta que la Guerra Civil estalló y los seguidores de Freinet nos tuvimos que dispersar.

Lagartijas panchudas

Era jueves. Y los jueves la escuela española tenía lo suyo. No se trabajaba en el salón de clases todo el día como el resto de la semana. Los jueves, a mediodía, los maestros salíamos con el grupo a reconocer el medio ambiente que rodeaba la escuela. Los sábados, en cambio, la escuela trabajaba todo el día. El descanso escolar sabatino fue muy posterior.

Por la tarde de ese jueves me esperaba Almendros en Lérida. Lo hacía en un lugar a donde yo tenía que llegar necesariamente por lo de mis contabilidades. En cuanto me vio hizo esta petición:

—Tapia, cuando termines hoy tu trabajo aquí, no vayas a ninguna otra parte. Te espero en casa, necesito charlar contigo de algo muy importante. Estoy segurísimo, te interesará. No te preocupes por el café. Ahí lo tomaremos, no te lo perderás.

—Está bien, nos veremos más tarde en tu casa— contesté espontáneamente.

Concluí la jornada contable y me dirigí a buscarlo. Me esperaba. Tomamos el café prometido y a la vez me explicaba.

—Quedé de encontrarme, dentro de unos minutos, con Jesús. Es un maestro amigo de la Normal. Te pido me acompañes a verle. ¿Qué dices?

—Hombre, claro, te acompaño. Así aprovechamos para charlar.

Al poco rato nos dirigíamos a la Normal para encontrarnos con su amigo. Esa reunión fue muy importante. El maestro aquél acababa de estar en Ginebra. Asistió a un Congreso y tuvo conocimiento de Freinet. Consiguió cuadernos escolares escritos, ilustrados e impresos, conforme a la técnica Freinet, por niños franceses. Nos puso al tanto de la prensa de madera, los componedores, los tipos, el rodillo y todo lo demás que Freinet utilizaba para imprimir los cuadernos de trabajo con sus alumnos. En un momento dado de la reunión, Almendros se dirigió a mí.

—Mira Tapia, el trabajo ideado por este maestro francés me está interesando muchísimo. Me gustaría probar sus técnicas de impresión en nuestro medio rural. Se necesitará hacer un ensayo y para ello estoy pensando en ti, tus alumnos y tu escuela. Te conozco bien y podrán realizar un trabajo

interesante. Después escribiré algo. Lo único que falta es tu consentimiento. ¿Qué me respondes?

¡Herminio me puso en un predicamento! Francanente no esperaba trabajar extra en aquellos momentos. Mi tiempo estaba muy apretado. Casi empezaban las vacaciones de fin de curso. Tenía pensado ocuparlas, como siempre, haciendo minuciosamente cierres contables.

En unos cuantos días no habría chicos en la escuela. Los mayorcitos ya se habían ido al campo para ayudar a sus padres en el trabajo. ¿Con quiénes haría entonces el experimento?

Todo parecía estar en contra de la realización del ensayo. A la vez, ninguno era un buen pretexto para no ejecutarlo. Mi buen amigo me lo pidió y yo me las apañaría para hacerlo realidad. Unicamente le expuse:

—Si quieres haré el ensayo. Tendrá que realizarse con los niños más pequeños de la escuela, con quienes se puede contar en vacaciones. Tu ya sabes por qué. Dame la prensa, los componedores y los demás materiales para imprimir. Los niños y yo nos encargaremos del resto.

Aceptó y se quedó viendo a su amigo, ahí presente, como pidiéndole auxilio. El hombre se dio cuenta y no tardó en comentar que la prensa ya no era suya pues la había vendido. Entonces me entrometí:

—Eso no va a detener la realización de nuestro propósito. Pidámosla prestada al comprador y mandamos elaborar una réplica.

No costó mucho trabajo y así se hizo. Le pedí a un amigo ebanista la construcción de dos prensas. Una se la obsequié a Patricio. La otra me la quedé para el experimento. Almendros, por su parte, obtuvo los componedores, los tipos, los rodillos y el resto del material necesario para la impresión.

No fue difícil conseguir que me enviaran a varios niños de la escuela y nos pusimos a trabajar. Desde el principio los muchachos se entusiasmaron mucho. Les expliqué nuestra meta. Indagaríamos y redactarían un texto sobre lo investigado. Al final todo quedaría impreso en un cuadernillo ilustrado por ellos mismos. Propusieron varios temas y al final decidieron trabajar sobre la vida de las lagartijas.

Algunos de los pequeños apenas comenzaban a leer y escribir. El experimento vacacional les permitió avanzar mucho. Como mi padre pasaba los veranos conmigo, le pedí y me echó una mano en el experimento. El trabajaba con los chicos mientras me tenía que ausentar. Lo hizo con gusto y se interesó junto conmigo y los niños.

Durante el día me iba a la capital a mis contabilidades. Los niños se quedaban en la escuela con mi padre y trabajaban con entusiasmo. Husmeaban todo cuanto podían acerca de las lagartijas. A mi regreso, por las noches, revisaba los adelantos.

Llegó el momento de investigar la reproducción de esos ovíparos. Consiguieron huevos para observar su nacimiento. No se daban por satisfechos de los resultados. Sólo obtenían salamanquesas. Uno de los chicos, con gran seguridad, dijo:

—Si queremos tener lagartijas no es necesario seguir trabajando con huevos. Hay que conseguir y traer lagartijas "panchudas".

Mi padre y yo saltamos de la impresión al oír aquello. ¡Cómo pensar siquiera en lagartijas preñadas! Hablé con Almendros; quedó tan sorprendido como yo. Revisamos alguna bibliografía, la razonamos y discutimos. Llegamos a la conclusión de ratificar que las lagartijas son animales ovíparos.

Los niños nos pusieron a investigar. Aquello iba cobrando un interés creciente para todos. Para nuestra sorpresa, los chicos consiguieron unas lagartijas que según ellos estaban preñadas y se pusieron a averiguar. Una tarde al regresar, papá me dijo:

—Pepe, los niños tienen cierta razón. Lo he podido observar con ellos. Estuve presente cuando gritaron jubilosos. Prácticamente se produjo lo que pudiera llamarse un parto. La lagartija madre expulsó al hijo asemejando un parto. A continuación salió algo parecido a la placenta. Lo observé con la lupa y el microscopio y he descubierto que es la membrana del huevo.

El asunto todavía cobró mayor interés para mí. Al día siguiente me dediqué a buscar, como desesperado, bibliografía. Por fin di con una historia natural recién publicada. Encontré un párrafo en donde se hacía referencia a unas "lacerta vivíparas propias de la Península Ibérica. Al romperse en el oviducto el huevo del cual nacen semejan un verdadero parto".

Aquel enigma quedó resuelto. Ahí estaba todo el misterio. Lo comenté con los chicos, con mi padre, con Almendros. Los muchachos explicaron y dibujaron el nacimiento de las lagartijas como lo veían. En realidad parecía un parto. Redactaron su texto. En unas cuantas páginas imprimieron un cuaderno ilustrado, tuvo un éxito tremendo.

Los resultados del experimento fueron superiores a los esperados por Almendros, quien se convenció más de la importancia de la imprenta en la escuela. Después escribió y publicó, en 1932, un libro sobre el tema. Dentro de él incluyó parte de una carta mía. Se la escribí a manera de reporte de esa inolvidable y rica experiencia. Desde entonces nunca dejé de trabajar en la escuela con la prensa Freinet. Es un instrumento extraordinario para la educación.

Detención

En toda España se preparaba un levantamiento militar contra la monaquía. Estallaría en diciembre de 1930. Muchos civiles contribuimos a los preparativos. El compromiso adquirido era incorporarnos al ejército en el momento en el cual se levantaran las tropas y salieran a la calle.

En Lérida esperábamos la llegada de la columna salida de Huesca para sumarnos a ella. Pero ¡qué caray!, un general traicionó el levantamiento y dio el soplo. El régimen detuvo a la columna cuando apenas había salido de Huesca. Tomaron prisioneros a los capitanes Galán y García Hernández y les dieron muerte en un fusilamiento dominguero. Violaron el concordato que prohibía terminantemente las ejecuciones ese día de la semana. La indignación del pueblo contra la monarquía aumentó por tal hecho.

A Lérida llegó la noticia. No entraría la columna de Huesca. Nos dispersamos. Vinieron las indagaciones y persecuciones. Se habían repartido armas y municiones. Desde el principio, Patricio y yo estuvimos muy involucrados en la preparación del levantamiento. Habíamos llevado al movimiento elementos de nuestros respectivos pueblos.

Incluso, Patricio, impulsivamente, había jalado a muchos jóvenes exalumnos suyos. Al ser interrogados, lo delataron. Confesaron que él era quien les había dado las armas. Dieron pie para que, inmediatamente, la Guardia Civil se lanzara en su búsqueda. Como éramos amigos, sospecharon también de mí.

Estábamos en plena vacación de Navidad. Patricio había ido a Barcelona por algún asunto. Yo permanecía en Lérida atendiendo la representación de las máquinas de coser.

La Guardia Civil buscó a Patricio en su casa. No lo encontró. Fueron entonces a Lérida tras él. Llegaron conmigo. Registraron el taller de bordado y costura de mi hija. No lo localizaron. Después revisaron la parte alta del inmueble. Yo se la rentaba, como habitación, a una señora conocida. Tampoco lo hallaron ahí. Salieron rumbo a Montolíu.

Aquello no me gustaba nada. Pedí a la inquilina que atendiera el taller de mi hija a quien me llevé en la moto a casa. Cuando arribamos, la Guardia Civil ya había registrado todo. Estaba todavía en casa. No encontró a Patricio, pero confiscó algunos de mis libros anarquistas, pues delataban mi manera de pensar. Tiempo después me los tuvieron que regresar.

Al ver lo acontecido, me dirigí al teniente quien estaba al frente de la operación.

—¿Qué sucede teniente?

—Buscamos a su amigote ese...

—¡Más cuidado con lo que dice! —lo interrumpí rápidamente. El maestro Patricio salió aprovechando la vacación. Los dos tenemos la costumbre de esperar juntos el año. Hoy es día último. Esta noche estará él por aquí. Se lo ofrezco, teniente, mañana temprano nos presentaremos en Lérida con usted.

Al parecer aceptó mi palabra. Cuando menos tácitamente. Más tarde llegó Patricio a pasar el año nuevo con mi familia. Como no sabía lo sucedido, comencé a ponerlo al tanto. En esas estábamos cuando...¡Qué barbaridad! De nuevo la Guardia Civil estaba presente. El teniente no tuvo paciencia para esperar la llegada de la mañana siguiente.

Durante la madrugada estuvieron en casa para proceder a su detención. Se personó un cabo de la Guardia. Era conocido mío. Traía órdenes de su sargento para proceder. A los guardias, quienes le acompañaban en la misión, los había dejado en las afueras del pueblo. Se dirigió a Patricio:

—Queda usted arrestado. Ahora mismo salimos rumbo a la capital.

—Si quieres, puedes acompañarlo —así me dijo a mí el cabo.

—Por supuesto —contesté. De ninguna manera lo dejaría solo en estas circunstancias —agregué.

Antes de nuestra salida, Cata puso tres vasos con leche en la mesa. El cabo, apenado, se resistía a tomar el alimento. Ya mi esposa se la había ofrecido varias veces y seguía rehusando. Entonces le dije:

—Hombre, ve la hora que es. El camino a Lérida se hace más largo de noche. Toma la leche. Te sentará bien. Tú no tienes la culpa de los sucesos.

Al fin la bebió. Después los tres partimos de casa. Al salir del pueblo se nos unieron dos parejas de guardias quienes esperaban en los alrededores. Los siete caminamos rumbo a Lérida. Ibamos platicando en total oscuridad. Como a la mitad del camino, de repente, el cabo se detuvo. Entonces, sin saber como empezar, se dirigió a mí:

—En tu casa no me atreví a decirlo... bueno, la verdad, no quise molestar a tu mujer... ¿sabes?... bueno, tengo que decirte... tú también vienes detenido.

Anarquista peligroso

Al alba entramos directo al cuartel de Lérida. De ahí nos pasaron al Gobierno Civil. En este último lugar, ¡sorpresa!, nos ficharon como "anarquistas peligrosos". Por fin, se apareció el teniente del día anterior. Le reclamé inmediatamente, no había cumplido su palabra. El hombre se apenó. Hizo ver cómo él también recibía órdenes.

En el acta de formal prisión aparecía redactado un párrafo que más o menos decía lo siguiente: "...Habiéndose encontrado al prófugo Patricio Redondo escondido en la casa de su amigo José de Tapia..."

Por supuesto, me negué a firmar en esos términos el acta. Insistí, en presencia del teniente, cómo a él en persona le había dicho que Patricio estaría en mi casa esa noche de fin de año, por lo que ni lo habían encontrado prófugo, ni estaba escondido. La discusión duró bastante tiempo hasta que firmé porque cambiaron la redacción del acta según mi propia afirmación.

Nos trasladaron a la cárcel. Un sargento ordenó a la pareja de guardias presente que nos llevara esposados, según los usos normales. El guardia jefe de la pareja me conocía bien y replicó al sargento:

—Lo siento, no puedo cumplir su orden tal cual. A los maestros los conduzco a prisión, pero de ninguna manera esposados. Conozco perfectamente bien al maestro Tapia. Tengo la plena seguridad, no intentarán escapar.

—Hágalo entonces como quiera, pero trasládelos a su destino. Si no es así, allá usted, es su responsabilidad, guardia.

Caminamos tranquilamente hacia la cárcel. Nos acompañaban los guardias. Sin embargo, la naturalidad de nuestro andar no permitió sospechar al pueblo el paradero de Patricio y mío.

Como a la una de la tarde de ese primer día del año entramos a prisión. Los dos fuimos a parar a celdas distintas. Quedamos totalmente incomunicados.

Los días que pasé ahí fueron difíciles. No podría salir al baño, me indicaron. Tendría que hacer mis necesidades fisiológicas en la celda, en el mismo lugar en que comería y dormiría. ¡Eso sí no lo acepté! Llegado el momento, llamé a la puerta y grité:

—Guardia, guardia. Necesito ir al baño.

No hubo respuesta. Insistí dos y tres veces. Obtuve silencio. Entonces amenacé.

—Guardia, vaya y dígale a sus superiores, o se me permite salir al baño ahora mismo y cuantas veces lo necesite, o iniciaré de inmediato una huelga de hambre.

Sabían que hablaba en serio. Conocían perfectamente cómo soy hombre de palabra. No les quedó otra; autorizaron mi salida cuantas veces lo requerí. Me acompañaba un guardia. Custodiaba la puerta del baño desde fuera, para impedir que intentase escapar.

A los dos días abandoné la prisión. No había pruebas en mi contra para detenerme por más tiempo. No corrió la misma suerte Patricio quien sí tenía una denuncia enfrente con pruebas y testigos. Por más intentos, no se pudo hacer nada por sacarlo. Lo visité cuantas veces me lo permitieron.

Por fin, quedó en libertad al proclamarse la República en abril de ese mismo año de 1931.

Misiones Pedagógicas

Al instaurarse la República Española, se crearon las Misiones Pedagógicas. Fueron ideadas por el célebre educador don Manuel Bartolomé Cossío.

Inicialmente participé en dos Misiones fundamentales. Ambas se verificaron en los Pirineos, en las provincias de Lérida y Huesca. En Lérida, cuatro personas más, participaron conmigo: un Inspector General Escolar de España; el Inspector Escolar de Madrid y célebre dramaturgo Alejandro Rodríguez —literariamente conocido como Alejandro Casona— y el Inspector Escolar de Lérida, Herminio Almendros. Este último iba acompañado por una maestra de su provincia. Fungió como jefe de la Misión el propio Almendros.

Concluyó esa primera Misión. Almendros, por cuestiones de trabajo, regresó junto con la maestra quien había subido con él. Me encomendó la jefatura de la segunda Misión. Pasé, junto con los otros dos inspectores, a la verificación de la Misión de Huesca. Duró aproximadamente un mes. Una vez finalizada, recogí el material para entregarlo a Herminio. Casona y el Inspector General se fueron rumbo a Madrid. Por mi parte regresé a Montolíu.

Lo de las Misiones me interesó con pasión. Posteriormente realicé varias en Lérida. Incluso organicé una dentro de la cárcel de la capital en donde tiempo atrás fui hecho prisionero junto con Patricio.

Las Misiones tuvieron una finalidad educativa muy especial encaminada a estimular al campesinado y al pueblo en general. Se verificaban en las ruralías más apartadas y en los pueblos olvidados y de más difícil acceso en España.

Toda Misión comenzaba con la lectura de una cuartilla elaborada por el que las ideó. La finalidad de este acto era presentar las Misiones, todavía desconocidas, a los pobladores.

Después se realizaba una serie de actividades. Nos hacíamos acompañar por libros de romances. Llevábamos proyector y gramófono, películas y discos tanto clásicos como folclóricos.

El trabajo era público. Por lo general se realizaba en la escuela del lugar. Se les daban explicaciones a los campesinos. Se leían romances, se escuchaba música y se exhibían películas.

En algunos de los pueblos visitados, no tenían idea del significado del cine, jamás habían visto una película. Cuando llegaba el momento de la función, cada quien llevaba su silla para tener en donde sentarse. Me tocaba proyectar las películas explicando su desarrollo. Era muy agradable.

En cierta ocasión estábamos en una aldea muy pequeñita de Lérida. Se pasó una película y aconteció algo inesperado. En una escena aparecía un ferrocarril en movimiento. A alta velocidad avanzaba en dirección de los espectadores. Estos se espantaron mucho. Más de uno gritó:

—¡Cuidado, háganse a un lado!

Al verse amenazados por el tren, varios se echaron hacia atrás. Cayeron al piso con todo y silla, unos encima de otros. Tuve necesidad de tranquilizarlos:

—No se espanten. No pasará nada. El cine tiene movimiento pero lo que acontece en la pantalla no puede salir a donde estamos. El ferrocarril no atropellará a nadie de los presentes. Tengan la seguridad plena.

Las misiones concluían de una manera especial. Asistían al acto de clausura las autoridades locales. Había una última charla muy breve de despedida. Se hacía la entrega de algunos libros destinados a la formación de la biblioteca del poblado en donde concluía la Misión, que no era sino el principio de ulteriores actividades educativas.

Escrito confidencial

Casi al final de mi estancia en Montolíu, después de una intensa visita de trabajo a la escuela, el inspector Almendros manifestó:

—A ver, ¿en dónde está su libreta? Voy a anotar mis observaciones.

Como de costumbre, la tenía preparada y la puse a su alcance. Inmediatamente comenzó a redactar en ella y después me la regresó. Con su puño anotó unas palabras de gran aliento en la libreta que guardo como tesoro. Mejor dicho, su escrito confidencial constituye el tesoro que conservo en mi libreta.

Se transcribe textualmente lo que Herminio Almendros apuntó el 5 de diciembre de 1932:

> He aquí una escuela, un maestro justamente engastado en la obra de educación del pueblo que persigue nuestra República.
>
> Quizás no haya visitado ninguna donde el trabajo se acompañe tan adecuadamente al espíritu de nuestra época y al aliento de renovación de la escuela como en ésta de Montolíu de Lérida.
>
> Si todos los maestros españoles tuvieran el emocionado sentido de la educación popular, y la clara visión que José de Tapia tiene de su responsabilidad en el destino de las nuevas generaciones, la obra y el destino de la España que nace alcanzarían la categoría de ejemplares.
>
> Es incomprensible que antes de ahora no se hayan advertido

y declarado la excelencia y la labor de esta escuela, y el mérito singular de este maestro.

Ante esta clase —niños y maestro entusiasmados con nuevas técnicas escolares en cooperación de motivadas actividades— he de declarar que es aquí donde he visto realizado un humilde, pero verdadero, ensayo de renovación de la escuela.

Por esto y por ofrecer al Sr. Tapia tan sólo sea la justicia del reconocimiento de su ejemplar obra de maestro, expreso aquí un sincero voto de gracias.

Las palabras lo dicen todo. Gracias a él por un reconocimiento tan emotivo.

Encuentro literario

Durante la Misión Pedagógica, al norte de la provincia de Lérida, aconteció algo muy bonito. Una de las noches fue muy especial. Me reuní con Almendros y con Casona. Ambos amigos se preparaban desde tiempo atrás para participar en un mismo certamen literario infantil. Curiosamente ninguno de los dos estaba enterado de la eventual competencia. El requisito para participar era la presentación de un libro de leyendas para la escuela primaria. Cada cual había escrito su propio volumen. Casona ya era un hombre famoso en el mundo de las letras. Almendros era un pionero.

Almendros me había pedido si ensayaba con los chicos de mi escuela la mayoría de sus leyendas. Los resultados fueron muy gratificantes. El autor estaba enterado y muy satisfecho. Llevó a la Misión su manuscrito. Tenía especial interés en que Casona conociera y opinara acerca de sus leyendas.

Sin imaginar siquiera la intención de Almendros, Casona nos invitó a su cuarto aquella noche a una velada literaria. Dio lectura a las leyendas preparadas para aquel concurso. Para Almendros fue toda una sorpresa. Tomó la decisión de no hablar nada de su propio libro.

Cuando Casona dio por terminada su lectura, no supe quedar callado. Dije algo que el propio Almendros no esperaba:

—Ahora te toca leer a ti, ándale.

—¡Cállate Tapia!, gritó Almendros enfurecido conmigo en cuanto propuse la lectura de su libro.

Entonces el enfadado fui yo.

—Mira, Herminio. No me importa si te enojas. Si quieres mátame a patadas. Digas lo que digas has traído el libro especialmente para que lo conozca Alejandro. Muéstraselo, no seas injusto contigo.

Aunque sin estar completamente al tanto del asunto, ni tardo ni perezoso, intervino Casona apoyando mi petición. Aproveché para explicarle:

—Alejandro, no estás enterado, pero resulta que Almendros tiene preparado un libro similar al tuyo. Piensa participar en el mismo certamen literario que tú. Con todo cariño lo trajo para enseñártelo y recabar tu opinión. Precisamente le estoy pidiendo nos lo lea y se niega. ¿Qué te parece?

Completamente al tanto, Casona insistió y Almendros no tuvo más remedio y nos obsequió con la lectura de sus leyendas.

Tuvimos un encuentro literario delicioso. Una vez leídos los dos libros, discutimos ampliamente. Revisamos el contenido y estilo de los textos. Concluimos que ambos valían por igual.

Almendros asumió una actitud muy generosa. Nos comunicó que no participaría en el concurso. No se opondría a Casona. Para la carrera literaria de este último, obtener el premio era muy importante. Herminio ya había logrado su propósito fundamental. En breve se publicarían sus leyendas en España. Llegarían a manos de los chicos en las escuelas. ¡Qué mejor!

En un Patronato Escolar

En España, los patronatos escolares resultaron de un pacto. Lo firmaron, con el gobierno español central, los ayuntamientos de Madrid, Valencia, Bilbao y Barcelona. Se acordó que cada Patronato seleccionaría libremente a sus maestros de entre quienes cumpliesen estos dos requisitos: presentar y ganar un concurso de oposición; y ser maestro nacional por oposición con antigüedad mínima de diez años de trabajo en la escuela.

Los maestros quienes ingresaran a los patronatos escolares gozarían de un privilegio. Conservarían su sueldo oficial de maestros nacionales y recibirían, del respectivo ayuntamiento, un sueldo adicional.

Esto a nadie le caería mal. Menos a un maestro jefe de familia numerosa. Estaba todavía en Montolíu y Almendros me presionó:

—Tapia, entra al concurso y gana una plaza de Patronato. Estoy seguro, podrás lograrlo. Así te ayudarás en tus gastos.

—Está bien, participaré porque me lo pides.

Tomé parte en uno de esos concursos y lo gané. Me convertí en maestro del Patronato Escolar de Barcelona. En 1934 dejé con nostalgia Montolíu. Pasé a ocupar una plaza en el *Grupo Escolar Bonaventura Carles Aribau* en donde permanecí hasta 1938. La escuela se localizaba en una barriada obrera limítrofe de Barcelona. Ahí continué y trabajé con los críos la impresión de textos ideada por Freinet. El sistema escolar de ahí no era unitario sino graduado.

Había una salvedad. Dentro de la escuela existía un pequeño grupo de tipo unitario con chicos de todos los grados. Fue el grupo que se me asignó durante el primer año de mi nueva estancia en San Andrés.

Lo llamaban "grupo de anormales". Se lo encomendaban al último maestro en llegar a la escuela. Era como una especie de noviciado. Lo acepté. Trabajé y me di cuenta de la realidad del grupo. ¡Qué va!, los chicos no tenían nada de anormales. Eran muy traviesos e inquietos. Causaban problemas en los salones. Se convertían en alumnos indeseables y los maestros de grado se los quitaban de encima enviándolos a ese grupo. Ciertamente había un niño, pero solamente uno, con un retraso mental agudo. Era un pequeño muy disciplinado con quien resultaba fácil trabajar. Durante mi segundo año dentro del Patronato me asignaron el tercer grado de primaria.

El Director del Patronato era un hombre de extrema derecha. Uno de sus hijos formó parte del bando franquista. Por mi parte establecí contacto con los obreros de la colonia. Les di varias pláticas. Esta relación le molestó mucho al director. En una reunión de directivos de los cuatro grupos escolares me denunció verbalmente como "anarquista peligroso". Por segunda vez en mi vida recibí la misma acusación. De ahí no pasó.

Después de su "descubrimiento" lo puse a prueba. Con cierta malicia le pedí una carta de recomendación pretextando que buscaría otro trabajo. Pensé que no me la daría, pero me equivoqué. Tardó poco tiempo en entregarme una carta con muy buenas referencias mías. Nunca la utilicé. Lo hice caer en la trampa. Mostró su inconsecuencia. Primero me acusó de ser un anarquista peligroso y después me recomendó como un buen maestro. Tal vez cuando firmó la carta pensó en la oportunidad preciosa de deshacerse de mí. En todo caso no se le hizo. Me quedé en el Patronato y para mejorar.

La Guerra Civil ocasionó un cambio en la dirección del Patronato. El director estaba contra los republicanos y se le reemplazó. ¡Eso ni qué! Me llevé una gran sorpresa, sin haberlo buscado me nombraron director. Fue en diciembre de 1936 y así permanecí casi dos años hasta cuando pasé al combate.

El director saliente se convirtió en maestro de grado del mismo Patronato. Pude haberlo fastidiado, pero eso a mí ¡no! Comprendí su postura incómoda. Ahora era subordinado de alguien a quien poco tiempo atrás había querido anular. Hablé con él.

—Supongo ha sido muy molesto para usted el cambio —comenté.

—Tiene razón —dijo sin dudar un instante— me gustaría cambiar de grupo escolar. Necesitaré su consentimiento y su apoyo. ¿No sé si me los dará?

—Cuente con ellos —dije, y al poco tiempo logró su cambio.

Durante la Guerra Civil, no abandoné la escuela sino hasta casi el final. Hice todo lo que estuvo de mi parte para que el Patronato Escolar continuara trabajando en plena guerra como en tiempos de paz.

Acabé con la tentación

En la España de mi juventud, para los maestros, había una disposición legal. El maestro al ingresar a una escuela recibía el inventario de los bienes y materiales propiedad de aquélla. De no ser así, no podía comenzar a ejercer su función. Al retirarse de la escuela tenía la obligación de entregar el inventario actualizado. Cualquier incumplimiento era sancionado.

Para mí, el inventario escolar se convirtió en algo mucho más importante y no en un trámite obligatorio. El inventario lo consideré como un documento activo, nunca pasivo. No era simplemente lo que me daban, conservaba y regresaba. Su significado era muy profundo. Consistía en el trabajo del maestro para hacer crecer la escuela. En el Patronato Escolar, por ejemplo, de unos cuantos cacharros recibidos en el inventario, entregué una amplia lista de materiales adquiridos para la escuela.

Afortunadamente había apoyo económico para incrementar el inventario. Junto con el salario los maestros recibíamos, mes por mes, una pequeña suma para ir adquiriendo lo que se necesitara. El único requisito posterior era poder comprobar el gasto. Poco a poco se podía enriquecer el equipo escolar comprando un globo terráqueo, adquiriendo un libro, consiguiendo un matraz...

En Montolíu necesité hacer modificaciones a los pupitres que formaban parte del inventario escolar. Un buen día escuché un ruidito. No dije absolutamente nada. Preferí esperar a volver a oirlo. Así fue.

—¡Eh!, parece que te gusta jugar, ¿no es verdad? —le dije a un chico.

—No maestro, lo que pasa es...

—Nada, nada. A mí no me vienes con cuentos. Estás jugando con el lápiz y nos distraes a todos.

El muchacho reconoció su acción. La tapa del pupitre estaba inclinada y hacía rodar el lápiz por ella. ¡Era divertido! Para evitar futuras tentaciones de los alumnos, decidí transformar las bancas. La hice de carpintero. Cambie de posición las tapas. Les quité la inclinación y las transformé en planas. Acabé con la tentación del juego.

Tabu

En los diversos poblados españoles por donde pasé, como actividad complementaria al magisterio, escribí como articulista en distintos periódicos de Córdoba, Lérida y Barcelona.

En Lérida publicaba mis reflexiones en *El Ideal.* En este diario más de una vez me referí a la importancia de la organización y el funcionamiento de las cooperativas de producción y consumo. A través de mi columna, invitaba a los campesinos a que emitieran su parecer.

—¿Has leído en el periódico lo que escribí?— le preguntaba a uno y a otro campesino.

—Sí, he leído— contestaba uno. No, todavía no— me decía el de más allá.

—¿Qué te pareció? Escribe al periódico tu opinión para que la publiquen. Es interesante que haya pronunciamientos a favor o en contra del cooperativismo— le solicitaba a quien ya lo conocía.

—Ya veré si lo puedo hacer— era la clásica respuesta.

Desilusionado, casi no obtuve respuesta. Tiempo después, en Barcelona, también la hice de articulista. Acostumbraba salir a dar un paseo con Cata por la ciudad. Observaba cuanto pasaba alrededor. Escuchaba opiniones, entablaba pláticas. Al terminar la caminata, le convidaba un café a mi mujer. Mientras lo tomábamos sacaba papel y pluma y me ponía a escribir. Redactaba mi artículo y del café lo llevaba a la oficina del diario. Era frecuente que el tema del artículo brincara en el mismo paseo previo a su hechura. En otras ocasiones el tema versaba sobre algún asunto por el cual estaba interesado tiempo atrás. Recuerdo que me publicaron una pequeña novela que llevaba por título *El y ella.* La escribí junto con Patricio Redondo.

En algunos de los artículos aparecía la palabra "Tabu". Hay quien podrá atribuirla a que me gustaba escribir de cosas prohibidas. ¡No, y mil veces no! Simplemente el dichoso Tabu era el seudónimo empleado para firmar mis notas periodísticas. Provenian de enlazar las dos primeras letras de cada uno de mis apellidos: Tapia Bujalance.

Enlace

Durante la Guerra Civil, desde el primer momento, apoyé a los combatientes republicanos. Lo hice paralelamente a la dirección del Patronato Escolar.

Mi participación fue más bien de contacto. Me hicieron responsable del parque de artillería en San Andrés, en el barrio mismo de la escuela. También fungí como Secretario General de la Federación Anarquista Ibérica.

El trabajo se centró en la visita de algunos frentes a los cuales llevé armamento y provisiones. Sin embargo, lo más importante fue el levantamiento moral de los combatientes. El frente más frecuentado por mí fue el de Zaragoza.

Me convertí en el enlace entre los combatientes voluntarios y sus sindicatos. En ocasiones se daban irregularidades y cierta indisciplina. Acudían a mí y me daba una vuelta por los sindicatos hasta aclarar los hechos.

En determinado momento se discutió acerca de la alimentación de los voluntarios. Hubo quien sostenía que en las filas republicanas, todos sus elementos, sin distinción de jerarquías, debían comer a la misma hora los mismos alimentos. Otros opinaban de diferente manera. Necesité intervenir.

—Sobre la calidad de los alimentos, ¡ni qué decir! Pero lo del horario me parece muy delicado. Por elemental táctica militar se requiere dividir. Mientras unos comen, otros deberán vigilar. Recuerden, el enemigo ataca sin avisar y lo hace en cualquier momento. ¡Valiente chiste si se encontrara a todos los combatientes comiendo! Los vencería sin gran problema —les argumentaba.

—Tiene razón el maestro, no por querer recibir el trato de igualdad cometamos torpezas de las que después nos arrepintamos. ¡Eso, si quedamos con vida! —acordaron.

Te los encargo

Durante la República Española, en plena Guerra Civil, libramos una lucha cruenta y compleja. En forma violenta los anarquistas nos enfrentamos constantemente con los comunistas. En más de una ocasión aquello pareció una guerra de exterminio recíproco entre ambos bandos, en vez de una lucha organizada contra el franquismo.

Quizá uno de los momentos más turbulentos del periodo revolucionario español transcurrió en Barcelona en mayo de 1936. Una vez instaurada la República, la mayoría de los españoles ricachos huyeron del país y abandonaron sus pertenencias cuando no las pudieron llevar consigo.

Fue así como los anarquistas, para luchar contra Franco, nos apoderamos de diversas propiedades: residencias, fábricas, industrias, terrenos..., y los pusimos a funcionar. La producción no paró sino unos cuantos días, los indispensables para reorganizar el trabajo. Prácticamente Barcelona fue controlada por nosotros.

Se logró un acuerdo: cada organización ocupante conservaría y daría uso, para combatir al franquismo, a las instalaciones en su poder. Los comunistas,

para su desgracia, llegaron tarde a las ocupaciones. Quisieron participar del control de la ciudad y lucharon en nuestra contra para tratar de apoderarse de bienes que ya habíamos ocupado.

Entre nuestras posesiones estaban el cuartel y el parque de artillería. Un día tuvimos indicios de que, por la noche, los comunistas nos atacarían, pues querían apoderarse del cuartel con todo el armamento y municiones existentes en el parque.

¡Eso no lo pude tolerar! Me fui al cuartel a esperar su llegada. Estaba dispuesto a todo menos a entregarlo. En caso de ataque pensé dinamitar el parque y volar con él.

Antes de irme hablé con Patricio. Estaba en casa de visita. Vivía muy cerca de Barcelona, en Villanueva y Geltrú. Ahí dirigía una escuela. Le comuniqué mis propósitos.

—Patricio, ahí te los encargo. Si algo grave sucede y ya no regreso te pido veas por Cata y los muchachos. Tal vez ya no los veré más.

Por fortuna no hubo ataque ni tuve necesidad de dinamitar el parque. En el transcurso de la tarde los dirigentes comunistas y anarquistas llegaron a un acuerdo de caballeros el cual se difundió por radio. Se acordó respetar las diversas posesiones ocupadas por cada organización para combatir al enemigo común. Así fue como pude regresar tranquilo a casa con los míos.

En las puertas de un cine

En plena Guerra Civil, la situación para nuestros correligionarios era muy difícil y, a veces, desesperante. Tenían que esperar la caída de algún combatiente para hacerse de un fusil.

Lázaro Cárdenas, desde México, nos ayudó. Por barco nos mandaba fusiles. Las armas nos llegaban con los cañones llenos de grasa. Se les retacaba para protegerlos de la humedad. Había que limpiarlos rápido. Era necesario dejarlos funcionando antes de enviarlos a la línea de fuego.

Esperábamos con ansiedad un cargamento de esos fusiles. Un buen sábado estuvieron en nuestro poder. La obligación de dejarlos servibles descansó en mí, como responsable del parque de artillería. Tuve que conseguir ayuda para limpiarlos.

Eché mano de una pareja de milicianos armados. Acercamos el camión con fusiles a un cine de Barcelona. Al parecer se proyectaba una buena cinta. La concurrencia era numerosa y hubo de donde escoger. Conforme veía la llegada de jóvenes a la película, no hacía otra cosa que decir:

—Oigan, sí, ustedes. Hagan el favor de subir al camión a limpiar unos cuantos fusiles para nuestros combatientes. En un par de horas, o menos, habremos acabado. Podrán entrar a la siguiente función.

—Está bien, está bien. Así las cosas será mejor cooperar —contestó alguno.

Con este proceder, aunque no de muy buen agrado en todos los casos, conseguí un número suficiente de ayudantes. Al vernos armados no tuvieron más remedio y cooperaron. Si no hubieran contribuido de buena manera se les habría podido forzar.

Funcionó muy bien aquello de "te lo pido por favor pero, si no quieres, hay que hacerlo de todos modos". El resultado fue estupendo. En una hora y minutos, entre bromas y risas, quedaron listos los fusiles para enviarse a la línea de Zaragoza.

Concluida la labor, los dejé ir. Di las gracias a nombre de nuestros correligionarios quienes usarían las armas, y me despedí deseándoles disfrutaran la película con sus novias, quienes ansiosas los esperaban.

Granadas rompedoras

Algunos dirigentes sindicales de Barcelona habían recibido una noticia espeluznante. Se decía que las granadas rompedoras lanzadas por el ejército franquista contra los republicanos eran cosa especial. Su metralla estaba configurada por cristos de plomo. Había quienes tomaban en serio la novedad. Otros bromeaban con ello. Yo ni qué decir.

Tuve necesidad de desplazarme al frente de Zaragoza. Ahí se encontraba la célebre columna de Durruti. Mi hijo Lauro, voluntariamente, combatía en esta columna que tenía una avanzadilla a orillas del Ebro. Del otro lado del río estaba el enemigo.

Me llevaba un chofer a cumplir la encomienda. En el camino el vehículo comenzó a fallar, finalmente se paró. Me impacienté.

—¿Qué acaso no te enseñaron que un vehículo debe ser revisado antes de un viaje? —reprendí al conductor mientras desarmé parte del carburador.

El hombre mejor ni me contestó. Con los ojos bien abiertos observó como saqué del carburador una mosca ahogada en la gasolina. Armé el carburador y el transporte quedó como nuevo. Nos permitió llegar a la línea en donde Durruti nos indicó:

—Tengan mucho cuidado al pasar por la entrada del poblado. Los franquistas tienen una batería apuntando sobre la capilla que se ve allá en la carretera —nos señaló con el dedo índice a la vez que agregó. Al pasar cerca

de ahí aceleren todo. De lo contrario los puede alcanzar el fuego. Les deseo buena suerte.

—Gracias y hasta la vista —fue nuestra respuesta.

Seguimos las instrucciones y llegamos ilesos al pueblo de mi misión. Me puse a trabajar con los oficiales el asunto encomendado, cuando... ¡caramba!, los franquistas lanzaron una serie de granadas rompedoras en contra de la población. Nos protegimos.

Al terminar el ataque salí del refugio en donde me había metido. Con gran sorpresa pude recoger un puñado de cristos de plomo de los que habían salido de las granadas rompedoras al estallar.

Salí de la duda. Jamás hubiera creído que aquello era verídico de no haberlo presenciado. Quedé indignado ante la manipulación del sentimiento religioso por parte del futuro dictador.

Combatiente voluntario

Subí, a patita, a la frontera con Francia. Caminé dos días sin parar. Me sumé a la División Republicana instalada en los Pirineos. Esto fue a finales de 1938. La División, en su mayor parte, se integraba por anarquistas españoles. Muchos me conocían. Algunos se extrañaron por mi llegada imprevista. Me hacían trabajando en el Grupo Escolar. Con los desconocidos entré pronto en contacto.

Llegué ahí por puro gusto. Nadie me mandó. No estaban facultados para hacerlo. Tenía incapacidad para el servicio de las armas. No formaba parte de la reserva activa del ejército.

Empezaron las movilizaciones de la República para nutrir sus filas de combatientes. Se necesitaba reponer las bajas acaecidas. Se siguió un doble procedimiento. Primero movilizaron a dos quintas, pero no estaban suficientemente preparadas para contender. Sus integrantes tan sólo tenían dieciocho y diecinueve años de edad. Así fue a dar a la línea de fuego mi hijo José. Esta medida del gobierno fue muy criticada. Se calificó como un error mandar a combate a las "quintas de biberón".

Se escucharon las críticas y mejor optaron, en lo sucesivo, por una segunda medida. Movilizaron a las quintas en reserva activa para fortalecer las filas en la línea de fuego. Se integraban por gente mayor con cierta experiencia en las armas. Pero ¡sorpresa!, como la confusión reinaba, muchos de los compañeros en reserva activa se negaron a ir al combate. Se escudaron en los cargos sindicales para no incorporarse al ejército. ¡Qué poco valor! Pretextos no les

faltaron. Aquello fue muy bajo. Me indigné. Fue entonces cuando reflexioné muy para mis adentros:

—Si convocan a mi quinta me incorporaré inmediatamente a la lucha. No importa lo de mi incapacidad militar. Seré un combatiente voluntario.

No necesité esperar mucho. Llamaron a la quinta del diecisiete y ahí estuve yo. Así fue como ingresé espontáneamente a aquella División. Se trató de una actitud quijotesca en mi vida. Me salió desde lo más profundo de mi ser. Todavía era director del Grupo Escolar, cuando partí derechito al campo de batalla.

República sin republicanos

En abril de 1931 se había instaurado la República Española. En 1936 estalló la Guerra Civil. Para 1938 la República estaba completamente dividida, se encontraba prácticamente muerta.

Franco encabezaba a los "nacionalistas". Conquistó el apoyo de Portugal, Italia y Alemania. Desde finales del año 36, poco a poco, fueron cayendo las ciudades y los pueblos, hasta ese momento en manos de los republicanos. Barcelona fue la última población importante que resistió la embestida franquista hasta el final.

Para entonces me encontraba en los Pirineos. Mis dos hijos mayores estaban en combate. Cata y nuestros hijos, Jesús, Elisa y Amelia salieron caminando de Barcelona rumbo al exilio en Francia. Los pequeños Agustín y Rafael habían sido trasladados a una colonia escolar organizada en Francia por la República Española. Ahí continuaron sus estudios.

Lo último que hizo mi mujer, antes de salir de casa, fue tomar mi carpetita con documentos personales. La llevó consigo a todas partes en tanto me la pudo entregar. Mi título de maestro se quedó clavado en una pared de la casa. Lo perdí para siempre. No lo pude recuperar aunque hice varios intentos.

Mamá había muerto tiempo atrás. Ella tuvo un padecimiento prolongado en cama. Su muerte se debió a un ataque cerebral.

En cuanto cayó enferma, Cata y yo acordamos pedirle a su hermana Paula, que atendiera a mi madre.

Mi cuñada aceptó el encargo. Con una dulzura pocas veces vista cuidó a la enferma hasta el momento de su muerte en 1928.

Papá murió ya viejo de un ataque de uremia, al poco tiempo de proclamada la República. Tuvo tiempo para decirme sabiamente:

—Mira, Pepe, llegó la República pero sin republicanos.

Aquella afirmación era una verdad contundente. No tardé en asimilarla. Había pocos republicanos convencidos. La República más bien se conservó gracias a los comunistas, los anarquistas y algunos monárquicos muy disgustados por la huída del Rey Alfonso XIII de España.

La República no funcionó. Esto se vio pronto. El Frente Popular, su gobierno, dio muchos golpes duros a los obreros y campesinos de España. No fue capaz de realizar la reforma agraria, ni la colectivización de la economía tan esperadas y prometidas.

Con la intervención de Franco, la República quedó prácticamente sin ejército. Este último se puso prontamente al servicio de aquél. El Frente Popular se apresuró y licenció a las tropas. Por la radio se dio esa orden. Fue muy tarde. Los soldados insurrectos ya estaban acuartelados por Franco.

Lo más absurdo de todo fue cómo, ante la insurrección, el Frente Popular se negó a dar las armas al pueblo español. Tal parecía que le tuviese miedo. Al tiempo no le quedó más remedio y lo armó. Aunque tarde, surgieron así las milicias, las columnas y las divisiones. La República ya no tenía ejército militar. Sus combatientes eran voluntarios. Los trabajadores sindicalizados fueron los primeros en agruparse en columnas. Participaron la Confederación Nacional de Trabajadores (CNT), la Unión General de Trabajadores (UGT) y la Federación Anarquista Ibérica (FAI).

Derrota

Era de esperarse. En 1939 fue el año de derrota para la República Española. La confusión y el desbarajuste del gobierno republicano llegaron a su final. Las dos últimas batallas con los franquistas se libraron y perdieron en el Ebro. Ahí cayeron heridos Lauro y José.

Me encontraba en la División Republicana de los Pirineos. Estaba destinado a trabajos administrativos de la División. No participé activamente en la línea de fuego, aunque acudí a visitarla en varios momentos. Siempre estuve armado con una pistola, pero jamás tuve necesidad de disparar al enemigo.

Al aproximarse el triunfo del enemigo, y ante el peligro de caer en poder de Franco, muchísimos civiles españoles acudieron a la frontera pirineica con la finalidad de emigrar como refugiados a Francia.

Las autoridades francesas, desde la frontera, enviaron un mensaje a nuestra División. Solicitaron ayuda de mecanografía para facilitar la entrada de los españoles civiles y también los combatientes, pero ya desarmados, a Francia.

Junto con otro compañero, en calidad de mecanógrafo, allá fui a dar. La tarea consistió en elaborar las listas de los emigrantes. Lo hicimos bajo las

órdenes de la policía francesa. Aunque a los pocos días pasó por ahí nuestra División, mi compañero y yo permanecimos en ese lugar hasta concluir la relación de los expatriados.

Una vez terminada la faena tuve la esperanza de quedar en libertad por haber auxiliado a la policía. Me encontraba muy delicado de salud. Apenas si podía caminar. ¡Pero que va! Ingenuo de mí, no lo logré. En pago por mis servicios emprendí una larga y dolorosa caminata cargando mi maleta. Mi compañero y yo fuimos custodiados a regañadientes por una pareja de gendarmes franceses. Nuestro destino: los campos de concentración.

Campos de concentración

Con grandes dificultades llegué al Campo de Argelès. Ahí comenzó mi transitar como prisionero, durante ocho meses, por tres campos de concentración. De Argelès pasé a Barcarès y de ahí a Saint—Cyprien. Los tres lugares tuvieron algo en común que se convirtió en patrimonio de los exiliados: nostalgia, hambre, enfermedad, alambradas, soledad, piojos, maltrato de los soldados senegaleses, incertidumbre...

Llegué muy enfermo a enfrentarme con esa horrible realidad. Mi primer contacto con el campo fue el total abandono. Pasé las primeras noches tendido en la arena húmeda sin ninguna protección.

Tuve conocimiento de la existencia de una barraca habitada por maestros. Acudí a ellos.

—¿Podría permanecer a su lado aquí, soy maestro?

—Lo sentimos —dijo uno— estamos completamente apiñados. No hay espacio para alguien más.

Me retiré mientras reflexionaba en la pérdida de valores y el egoísmo propiciados por la guerra. Permanecí muchos días más tendido sobre la arena hasta cuando poco a poco se compuso mi salud.

Pero no todo era egoísmo. Al tiempo caí con dos compañeros maestros, hasta entonces desconocidos. Compartieron sus mantas conmigo al darse cuenta de mi soledad y mi enfermedad.

—Hombre, no te preocupes ya. Eramos dos, cada cual con su manta. A partir de hoy seremos tres con dos mantas. Ya nos las ingeniaremos.

—Pues muchas gracias —les manifesté de corazón.

Al principio del exilio los franceses no estaban preparados para recibir a tantos miles de españoles expatriados. El campo de Argelès comenzó a funcionar con gran improvisación. De ahí la escasez de barracas y la ausencia de

letrinas. Con el tiempo se fue adecuando, hubo cama para todos y se construyeron retretes colectivos de madera.

La comida era la propia de un campo de concentración. Nunca esperé una dieta balanceada y menos un manjar. Medio comíamos, existía agua potable y tomábamos café.

Cada campo de concentración tenía su cancha de fútbol, chabola en donde se expendían alimentos e intendencia en donde se nos proveía de cierta ropa. Al ingresar me dotaron de un uniforme, con pantalón corto, del ejército inglés.

En Argelès colaboré en el despacho de alimentos. Junto con otros dos viví y atendí en la chabola en donde se expendían algunos víveres. Mi llegada ahí no fue casual. En el campo estaba un camarero de Barcelona a quien encargaron la jefatura de la venta y entrega de grasa comestible. Era un buen amigo. Al recibir el encargo de esa chabola me llevó con él como ayudante. Lo hizo con la finalidad de sacarme de la deprimente vida de las barracas del campo. Fui afortunado.

Contrario a lo que pudiera pensarse, en los campos de concentración franceses no había trabajos forzados ni faenas agobiadoras. ¡Ojalá hubiera habido trabajo! Si algo sobraba en esos campos era el tiempo libre. Nos pasábamos los días en constante charla para tratar de arreglar el mundo con la lengua.

Al disponer de tiempo, dediqué buena parte de él a dar clases de cultura general a algunos compañeros. Formé un grupo de estudio. ¡No abandoné la enseñanza ni en esas tristes circunstancias de los campos! Me distraía así, y pasaba ratos agradables. Por las noches participaba en reuniones donde se revisaban y discutían los problemas candentes del mundo.

Al principio del exilio gozamos de franquicia postal y el correo era accesible. Después se suspendió la gratuidad de este servicio y la correspondencia se complicó. Por medio del correo conocí el paradero de mi familia. Tardé mucho tiempo pero lo logré. El contacto fue mi hermano. Agustín y Rafael estudiaban durante la semana en la colonia escolar, y pasaban los fines de semana en casa de su tío quien vivía en París casado con una francesa. Todos conocíamos la dirección a la cual debíamos escribir. Lo hacíamos y recibíamos contestación. Papá está en tal lado; mamá con Jesús, Elisa y Amelia en tal sitio; Lauro y José en tal lugar.

La información del mundo nos llegaba. Escuchábamos radio. El periódico circulaba. Nos enterábamos de todo cuanto pasaba. Era inminente el estallido de la Segunda Guerra Mundial. Cárdenas, desde México, abría las puertas a los refugiados españoles. Franco ofrecía a los republicanos el regreso a España; quienes no estuviesen implicados en hechos de sangre, no tenían por

qué temer el retorno. Muchos acudieron al llamado y, engañados, encontraron prisión, condena a muerte y fusilamiento. Para los republicanos la vida era más segura en los campos de concentración que en España.

En los campos no se autorizaban visitas salvo las de carácter oficial. Sin embargo, a cierta distancia, detrás de las alambradas, había una zona en donde se permitía hablar a los exiliados con elementos externos a los campos. De esta manera se obtenían noticias y paquetes con ropa, alimentos, cigarros, dinero u objetos donados. En Argelès los maestros exiliados recibíamos muestras de solidaridad de los maestros franceses de la región. Nos enviaban paquetes de comida y pequeñas cantidades de dinero para repartirlas equitativamente y poder solventar algunas de nuestras necesidades.

En los campos había de todo. Junto al dolor aparecía la diversión y hasta la frivolidad. Se compraba, vendía, intercambiaba y robaba de todo. Al haber dinero se podía comer, beber y tener todo cuanto se pudiera pagar. Durante mi estancia en los campos casi no pasó dinero por mis manos.

Cerca de cada campo de concentración había varias instalaciones. Estaba un campo civil en donde tenían la suerte de vivir algunas familias y matrimonios de refugiados. Existía un campo de castigo para los indeseables. Cuando al parecer de los gendarmes alguien fallaba, lo conducían allá y le imponían reprimendas canallescas. Uno de los castigos consistía en arrancarle todos los botones del pantalón a los exiliados a la vez que se les quitaba el cinturón y los tirantes. En tales condiciones, al sujeto sancionado no le quedaba más remedio y andaba en todo momento cuidando que los pantalones no se le fueran para abajo. El castigo tenía su complemento. A los sujetos en esas condiciones los encerraban en un lugar a la vista de todos. Aquel tormento debió haber sido muy incómodo después de varias horas o días.

En cada campo de concentración también había un hospital para atender a los enfermos y heridos. Estos servicios estaban repletos. Usualmente los enfermos tenían que esperar hasta cuando algún moribundo les cediera el lugar. En los primeros tiempos de exilio en Argelès fungí como enfermero en el hospital auxiliando a un joven médico conocido. Era hijo del veterinario de un pueblo inmediato a Montolíu.

Finalmente, los campos contaban con sus respectivos cuerpos de bomberos localizados en las afueras. En Barcarès tuve la suerte de encontrarme con mis hijos mayores. Completamente curados de las heridas, formaban parte del cuerpo de bomberos de ese campo de concentración. Me las ingenié para salir a visitarlos. También ellos tuvieron acceso a donde yo estaba. Pudimos pasar momentos muy reconfortantes juntos. Fue mi primer contacto personal, durante el exilio, con miembros de mi familia.

El traslado de un campo de concentración a otro obedecía a razones muy sencillas: cupo y condiciones de los campos. Quienes salieron a México u otro lugar, quienes se fueron a trabajar para el gobierno francés, y quienes retornaron a España, sumaban una buena cantidad. Los exiliados disminuíamos en número y los franceses pudieron ir clausurando los campos. Barcarès y Saint—Cyprien fueron mejor acondicionados que Argelès, razón por la cual este último fue el primero en desaparecer.

Salir libre de los campos era difícil, más no imposible. Podía conseguirse un salvóconducto a México u otro país. No fue mi caso. También hubo quienes corrieron con otro tipo de buena suerte. Formaron parte de alguna corporación de trabajo para realizar actividades remuneradas requeridas por el gobierno francés. Nunca se dio el caso de que necesitaran los servicios de un maestro y permanecí en los campos de concentración hasta su final. Al estallar la Sugunda Guerra Mundial salí del Campo de Saint-Cyprien mismo que, en lo sucesivo, quedó para alojar a los prisioneros de guerra.

Invitación

Estaba en el Campo de Barcarès. Recibí un aviso. Tenía una visita oficial. Había acudido a verme un capitán francés. Fui a su encuentro. Mi hijo José estaba conmigo en ese momento. Le pedí me acompañara a la entrevista por si necesitaba auxilio en caso de no entender bien el francés.

Ya en el lugar, nos saludamos con el capitán aquél Me percaté, el hombre estaba bien informado acerca de quién era yo. Conocía algunos antecedentes familiares míos.

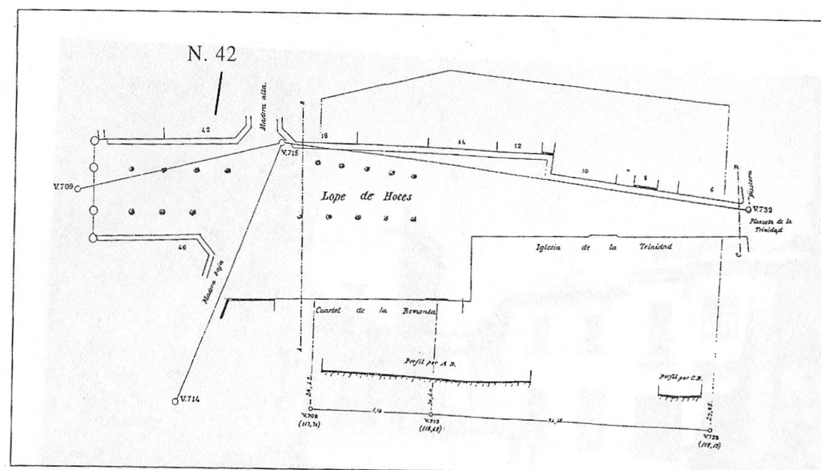
—Soy miembro de la Hermandad de Masones de esta región —se presentó.

—Bien. ¿Y cuál es el motivo de su visita por acá, capitán?

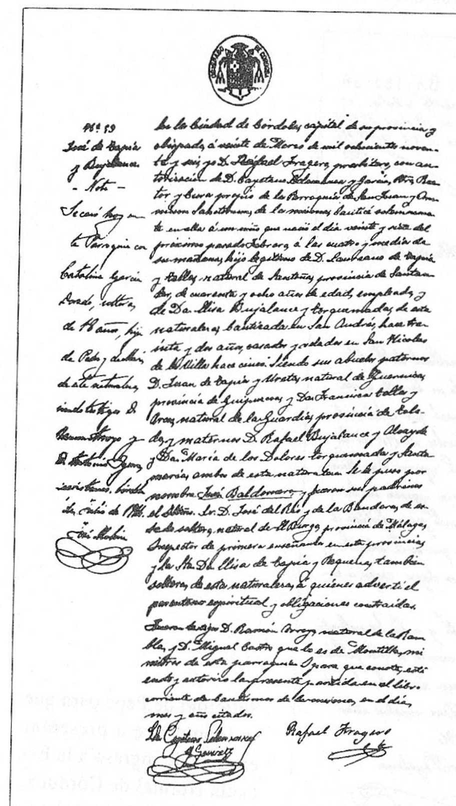
—Pues nada maestro, le traigo una propuesta. Si usted acepta ingresar a la Hermandad Masónica de esta zona, inmediatamente podrá abandonar el campo de concentración y obtener un trabajo decoroso. Por supuesto, podrá reunirse con todos los miembros de su familia.

Como se puede ver, el hombre fue directo al grano. Me propuso algo muy tentador. Yo nunca hubiera imaginado tal cosa. Mi respuesta fue inmediata y categórica:

—Me va usted a perdonar, pero no, por ningún motivo lo haré. Usted seguramente lo sabe. Mi padre fue masón. En mi juventud yo me negué a serlo. Ahora con más razón rehuso. No puedo aceptar siquiera imaginarme que el día de mañana se piense, y se me eche en cara, haber abrazado la masonería para comprar mi libertad. Esto hablaría muy mal de mí y también



Plano de la calle Lope de Hoces, en la capital de Córdoba. En el nº 42 nació Pepe y vivió sus primeros años. (Levantamiento topográfico de las calles de Córdoba, 1884. Ayuntamiento de Córdoba)



Fe de bautismo de Pepe. (Iglesia de la Trinidad. Libro de nacimientos, 1896, 34 vuelta.)

Plazuela de la Trinidad. Ahí jugaba Pepe con los niños del barrio.

B.8.218.538*

Presentó cédula personal de 11ª clase, nº 7662 expedida en 18 de Noviembre 1909

Registro gral. nº 17

Sr. Director de la Escuela Normal Superior de Maestros de Córdoba.

José de Tapia y Bujalance, natural de Córdoba, de 14 años de edad, domiciliado en la calle Santa Clara nº 2 según cédula personal que exhibe, nº 7.662 expedida en 18 de Noviembre de 1.909 de la clase 11ª, á V.S. respetuosamente expone: Que, teniendo la edad reglamentaria para ingresar en las Normales y creyendose dispuesto para efectuar el examen de ingreso, desearía que se le admitiera á ese fin en esa Escuela de su digno cargo; á cuyo fin

Suplica á V.S. que, atento á lo expuesto y vistos los antecedentes que acompaña, se digne acceder á ésta petición.

Es gracia que espera merecer de la bondad de V.S., cuya vida guarde Dios muchos años.

Córdoba, 9 de Mayo de 1.910.

José de Tapia y Bujalance

Admítasele si reune los requisitos legales.
Córdoba 10 Mayo 1910
El Director,
E. Díaz

Los reune.
El Secretario.
Antº Rubio Martín

ESCUELA NORMAL ... DE MAESTROS * CÓRDOBA *

Solicitud de Pepe para que se le autorice a presentar examen de ingreso a la Escuela Normal de Córdoba. (Expediente personal como alumno.)

ESCUELA NORMAL SUPERIOR DE MAESTROS * CÓRDOBA *

(3)

Examen de ingreso

Nombre: Divisiones principales del nombre.
Genero y número de los nombres.

Nombre es aquella parte variable de la oracion que sirve para designar á las substancias.

El nombre se divide en comun y propio: El nombre comun el que sirve para designar á todas las substancia de una misma especie y propio aquel solo sirve para designar á una substancia.

Genero es la forma que toma el nombre para designar si la substancia pertenece al sexo masculino ó al femenino.

Número es la forma tomada por el nombre para expresar si la substancia es una ó más de una.

Los generos de los nombres son masculino, femenino, epiceno, comun y ambiguo.

Pertenecen al genero masculino os nombres de varones de animales machos y de cosas que el uso á aplicado a este genero.

Página del examen presentado por Pepe para ingresar a la escuela Normal de Córdoba, 1º de junio de 1910. (Expediente personal como alumno.)



Fachada de la Escuela Normal de Córdoba . Edificio San Felipe en la Plaza de San Nicolás.

Acta del examen de ingreso de Pepe a la Escuela Normal de Córdoba. (Expediente personal como alumno.).

ESCUELA NORMAL SUPERIOR DE MAESTROS DE CÓRDOBA

Curso de 1909 á 1910.

ACTA DE EXAMEN DE INGRESO

D. José de Tapia y Bujalance natural de Córdoba provincia de Córdoba que nació el día 27 de febrero de 1.896, ha practicado los tres ejercicios, escrito, oral y práctico exigidos para el ingreso en esta Escuela, el día 1.º de Junio de 1910, ante los Jueces que suscriben y en la forma que previene el Reglamento de exámenes de diez de Mayo de mil novecientos uno, habiendo obtenido la calificación definitiva de Aprobado

Córdoba primero de Junio de mil novecientos diez

El Presidente, El Vocal, El Vocal-Secretario,



Tema 35.

Cilindro circular recto.- Su base, altura, eje y lado. Generación de un cilindro. Area lateral y total de un cilindro recto. Desarrollo de una superficie cilíndrica.

Cilindro es un cuerpo de superficie ~~esférica~~ curva que se supone engendrado por la rotación de un rectángulo sobre uno de sus lados.- Por ejemplo: formemos el rectángulo a b c d y hagámosle girar sobre uno de sus lados, el b d; los lados adyacentes a él o sean los a b y c d al girar describirán dos circunferencias, pues como están fijos por uno de sus extremos, que son b en b y en d, la linea descrita por la sucesión de puntos que marquen los extremos a y c será una circunferencia pues todos los puntos marcados por el extremo a distarán del b.

Es decir que todo cilindro tiene su base que son los círculos comprendidos dentro de las circunferencias descritas por los extremos a y c; su altura o sea la linea que marca la distancia entre las dos bases; su eje que es la linea sobre que gira el rectángulo generador o que une los extremos centros de los círculos bases y por último lado que es el lado a c del rectángulo generador en cualquiera de las diferentes posiciones que puede tomar durante el giro.

El cilindro se representa en la forma siguiente



Fragmento del examen de geometría presentado por Pepe en la Escuela Normal de Córdoba. La calificación fue sobresaliente. Está fechado y firmado el 20 de mayo de 1913. (Expediente personal como alumno.)

MINISTERIO
DE
INSTRUCCIÓN PÚBLICA
Y
BELLAS ARTES
SUBSECRETARÍA
TÍTULOS

818

NACIÓ el 27 febrero 1896

EL RECTOR *de la Universidad de* Sevilla *con fecha* 7 del corriente *remite el acta del examen de reválida de Maestro de 1.ª enseñanza* superior *verificado por D.* José de Tapia y Bujalance *natural de* Córdoba *provincia de* ídem *de edad de* 17 *años en la Escuela Normal de* Córdoba en 31 Mayo 1913 con nota de sobresaliente

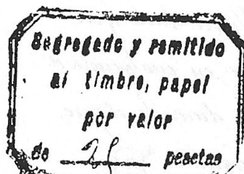
10 JUN 1913
Expídase.

NOTA

Examinado el expediente resulta: que interesad reune los estudios necesarios, ha hecho los correspondientes ejercicios y pagado en papel de pagos al Estado lo que determina la legislación vigente, por lo cual se está en el caso de expedirle el oportuno título.

Madrid 10 JUN 1913
de 19..

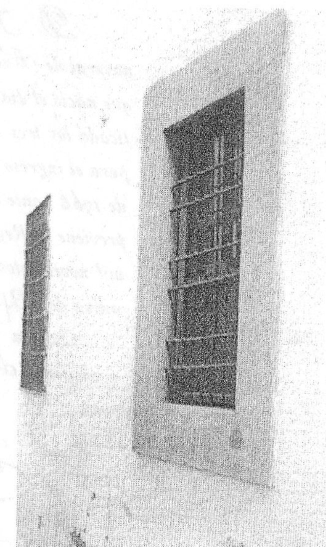
La Sección conforme


Segregado y remitido al timbre, papel por valor de 25 pesetas

Orden de expedición a Pepe del título de maestro. Fue dada por el rector de la Universidad de Sevilla. (Expediente personal como alumno de la Escuela Normal de Córdoba.)



Catalina en la época de noviazgo con Pepe.



Ventana en donde Cata y Pepe "pelaban la pava". Calle Alta de Santa Ana en la ciudad de Córdoba.

Una de las tres locomotoras que arrastraban el Tren de la Sierra: Cercadilla-Peñarroya, ida y vuelta. Entre 1863 y 1866 se construyeron veintidós unidades. Una de ellas llevaba por nombre "Terrible" y otra "Peñarroya"

Pueblo Nuevo del Terrible. Vista general del Pozo nº 3. (Tarjeta postal de la época.)

Sección administrativa de Primera enseñanza DE CORDOBA

Núm. 2.498

Relación de Maestros opositores á plazas del Escalafón general del Magisterio, categoría décima, que han sido aprobados en esta provincia:

Número de orden.—Nombres y apellidos.—Plazas que eligen é interinidades que desean servir.

1 » Don José García Magariño, Auxiliar de la Escuela práctica graduada de la capital.

2 » Don Joaquín Gisbert Alonso, Escuela número 2 de Villa del Río.

3 » Don José de Tapia Bojalance, idem idem 1 de Montemayor.

4 1 Don José R. González Riera, solo en la capital y poblaciones de más de 2.000 habitantes.

5 2 Don Modoaldo Garrido Díez, no determina preferencia alguna.

6 3 Don Aurelio López Gálvez, solo en la capital y poblaciones de más de 2.000 habitantes.

7 4 Don Manuel Palma de la Rosa, idem idem idem idem.

9 5 Don Manuel Ruiz Calvo, no determina preferencia alguna.

8 6 Don Sancho Martínez Espinar, idem idem idem.

10 7 Don Francisco M. Tallón Cantero, idem idem idem.

11 8 Don Francisco Rodríguez Márquez, idem idem.

12 9 Don Antonio Moreno Carretero, solo en la capital y poblaciones de más de 2.000 habitantes.

13 10 Don Rafael Ruiz Guijarro, no determina preferencia alguna.

14 11 Don Manuel Montero Gavilán, solo en la capital y poblaciones de más de 2.000 habitantes.

Lo que se hace público de conformidad con lo dispuesto en los artículos 34 y 106 del Estatuto general del Magisterio.

Córdoba 22 de Julio de 1918.—El Jefe de la Sección, Vicente Narbona.

Resultado del concurso de oposición. Pepe ocupó el tercer lugar. Ganó la plaza de la Escuela nº 1 en Montemayor. (*Boletín Oficial de la Provincia de Córdoba*, 30 de Julio de 1918, p. 1.)

Inventario escolar hecho por Pepe en 1918 al tomar posesión de la Escuela nº 1 de Montemayor. (Archivo del Ayuntamiento de Montemayor.)

AÑO 1918

Provincia de Córdoba

Partido judicial de La Rambla — Ayuntamiento de Montemayor

Escuela pública nacional de niños

INVENTARIO detallado de los enseres y útiles de enseñanza que se custodian en dicha Escuela, con expresión de su número y estado de conservación en que se hallen.

Número de objetos	DESIGNACIÓN DE LOS OBJETOS	ESTADO DE CONSERVACIÓN: Nuevo	Buen uso	Deteriorado	Inservible
1	[illegible]				"
1	Mesa escritorio		"		
1	Escribanía de cristal dorado		"		
1	Ideal con crucifijo pintado			"	
12	Mesas [illegible]			"	
5	Bancos pequeños		"		
1	Mesa [illegible] sin asiento				"
20	Láminas de Hª Sagrada			"	
10	Láminas de Agricultura			4	6
1	Mapa pesas y medidas			"	
4	Pizarras grandes		"		
1	Armario		"		
3	Perchas		"		
2	Cuadros de cristales pª [illegible]		"		
7	Muestras escritura con marcos			"	
1	Mapa de España	"			
1	Id. de Europa	"			
1	Id. de Córdoba	"			
1	Reloj de pesas		"		
1	Colección carteles			"	
4	Medidas de madera pª áridos		"		
1	Estampa de S. M. el Rey	"			
4	Láminas de escritura				"
1	Tinaja pª el agua		"		
1	Asta de bandera		"		
1	Pizarra con rayado [illegible]		"		
1	Paño bandera con escudo	"			
1	Juego medidas de latón	"			
1	Balanza con platillos	"			
1	Juego pesas de metal	"			
1	Mapa España en piezas		"		
1	Juego figuras geométricas	"			
8	Láminas de Anatomía	"			
6	Tinteros porcelana	"			
9	Id. plomo	"	"		
1	Botella pª tinta		"		
12	Pizarras manuales			"	
1	Cromo S. C. de Jesús		"		
	Libros reglamentarios				
1	Sillón pª el maestro		"		
1	Libro de matrícula y clasificación, Solana	"			
	Libros de 1ª enseñanza, papel, clarión y demás material no existe nada.				

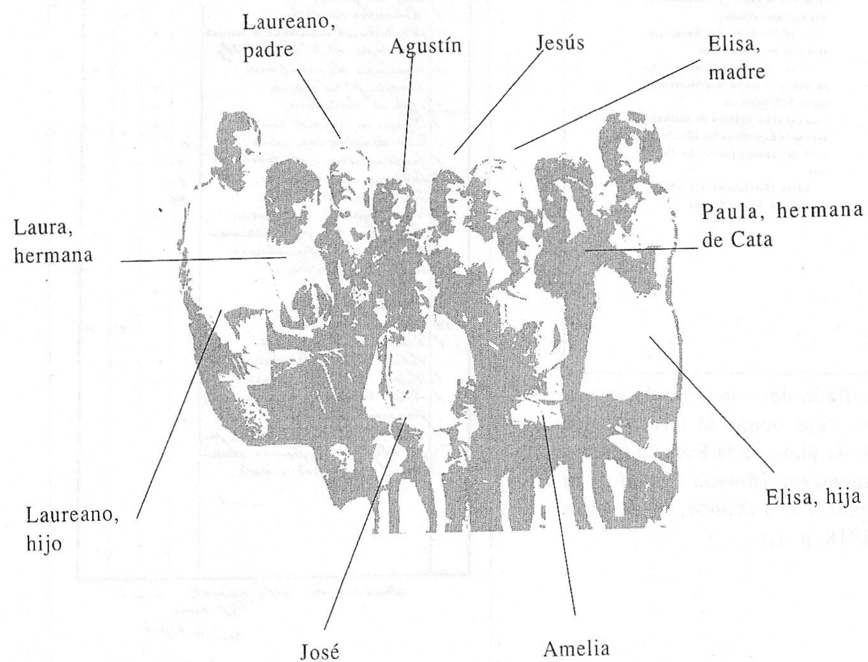
Montemayor a 19 de agosto de 1918

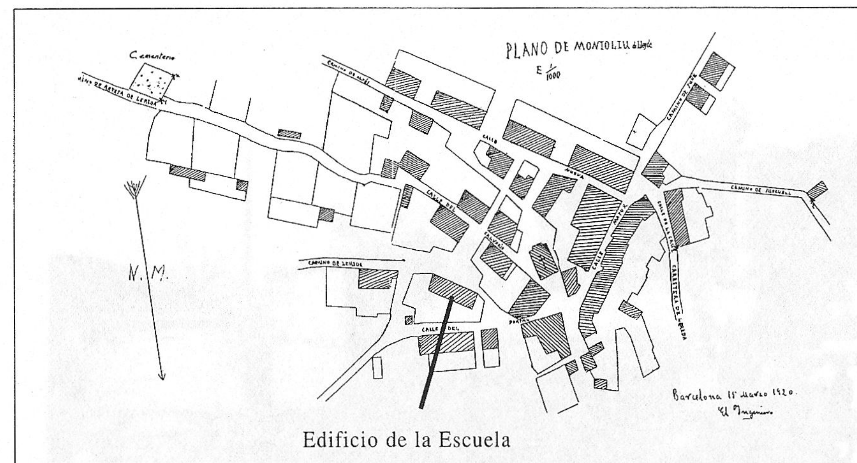
El Maestro,

José de Tapia



La familia de Pepe durante un verano en Salou, Tarragona, España, ca. 1925.





Plano de Montolíu, 1920. (Cartoteca de Cataluña, Diputación de Barcelona.)

Visto el expediente de permuta incoado a instancias de don José Zafra Castro, Maestro de Montolín (Lérida), y D. José de Tapia Pujalanco, Maestro de Montemayor (Córdoba);

Teniendo en cuenta que reunen las condiciones exigidas por el art. 102 del Estatuto general del Magisterio,

Esta Dirección general ha acordado acceder a la permuta solicitada.

Lo digo a V. S. para su conocimiento y demás efectos. Dios guarde a V. S. muchos años. Madrid 9 de Septiembre de 1920. *El Director general*, POGGIO.

SEÑORES JEFES DE LAS SECCIONES ADMINISTRATIVAS DE PRIMERA ENSEÑANZA DE LÉRIDA Y CÓRDOBA.

Autorización de la permuta a Montolíu. (*Boletín Oficial del Ministerio de Instrucción Pública y Bellas Artes*, 21 de septiembre de 1920, p.12.)



Pepe con sus alumnos de Montolíu en alguno de los cursos.

Por una vez

He vivido muchos años apartado de la vida del campo, del movimiento agrícola. Obligado más tarde, por mis ocupaciones, a residir en dos pueblos puramente agrícolas, la fuerza de las cosas obligóme a fijar mi atención en las formas particulares de desarrollarse esta vida, observando que en España la inmensa mayoría de las asociaciones agrícolas quieren llamarse desligadas de la vida política, cosa hoy, para mi, imposible donde quiera que se halle un cerebro normalmente organizado. ¿Será ésta la causa del poco relativo desarrollo de estas sociedades en comparación con sus homogéneas de otras naciones?

Para nadie es hoy un secreto el enorme aumento del número de las asociaciones agrícolas belgas, asociaciones que comprenden todas las actividades del campesino belga, sindicatos agrícolas, sindicatos para la cría del ganado, cajas rurales de socorros y crédito agrícola, cooperativas lecheras, de compra venta, de seguros del ganado, etc,

Todas estas organizaciones tienen un nacimiento idéntico, la buena voluntad de una hombre bueno; y, un mismo desarrollo, la federación con las sociedades provinciales o nacionales que persiguen el mismo fin.

Pero en Belgica el ideal político no es ajeno a este progreso y desarrollo de las asociaciones agrícolas si no que, por el contrario lo alienta e impulsa.

«En Bélgica, dice Mr. Varlez en su obra *Les Associations rurales en Belgique*, el ideal no es verdaderamente simpático sino a condición de marchar a la par con el bienestar práctico.»

«No hay, dice Max Turmann, instituciones económicas ni agrupaciones rurales que no tengan carácter político o religioso; los belgas no comprenden la neutralidad en tales materias.»

Por qué, pues, «Joventut Republicana» no ha de poder extender su brazo a todas las agrupaciones republicanas de la comarca leridana, formar una federación aún cuando queden, como es lógico, cada una de las federadas con la suficiente autonomía en su administración propia y al mismo tiempo que desenvuelve en una atmósfera mas amplia sus ideales políticos, ayudar al resurgimiento de la principal fuente de riqueza?

ETCÉTERA.

Las fiestas del trabajo

¡Hermoso viernes! Día espléndido en el que nuestros corazones latieron fuertemente impulsados por los de otros compañeros. Día vital en el que nuestros cuerpos se bañaron en las aromáticas emanaciones de la fecunda primavera y nuestras almas se saturaron de efluvios de bondad desprendidos de la aún más fecunda primavera de la vida, nuestra querida infancia.

A las siete y media salíamos de nuestra escuela, *escuela material*, para entrar de lleno en la otra nuestra escuela, más grande, más universal y más llena de maravillas que hablaban cordialmente a mis pequeños acompañantes, tomando la dirección del vecino y simpático pueblo de Alfés.

El sol, con sus cascadas fecundantes de fuego, nos calentaba rudamente en su caricia abrasadora a su esposa naturaleza, haciéndonos desear el pronto arribo al definitivo punto de nuestras ansias en anhelos de goces que adivinaban nuestras almas. Por fin, a las nueve próximamente, triunfantes y alegres como torrente de vida, entramos en la sala de clase de la escuela de Alfés sorprendiendo a aquella parte de nuestro yo escolar en su lección de aritmética, la cual, después del natural y espontáneo desborde de alegrías, fué reanudada formando todos, ellos y nosotros, un solo grupo dirigido por los áridos senderos de la ciencia matemática por el ilustrado maestro de aquella localidad Sr. Manresa.

Una vez más me convencí de las envidiables prendas y condiciones pedagógicas de ten querido compañero, pues supo dar a tan árida materia un encanto infinito, interesando fuertemente a los pequeños oyentes en los distintos puntos que fué tocando haciéndoles tomar parte activísima en la solución de las diversas cuestiones presentadas.

Terminada esta lección y después de un descanso que motivó nuevas y más ardientes manifestaciones de cariño entre los escolares, fué proyectándonos y explicando las características zoológicas, costumbres. etc. de varios géneros de monos, cautivándonos nuevamente con su verbo fácil y atrayènte, terminando esta sesión con la proyección de algunos episodios históricos y algunas vistas arquitectónicas del Monasterio de Poblet.

Terminada la que pudiéramos llamar clase de la mañana fueron repartidos casi todos los niños que me acompañaban entre los escolares de Alfés, siendo, después de la comida, expléndidamente obsequiados con café y refrescos por el señor Manresa siendo un momento de loca alegría entre los setenta y tantos niños que se encontraban reunidos. Acto seguido y nuevamente en el gran salón-escuela dí una explicación sobre el barómetro, su historia, funcionamiento y aplicaciones.

Proximamente las cuatro y media de la tarde nos dirigimos al campo de foot-ball de aquella localidad jugándose un partido entre ambos equipos infantiles dando el resultado de 2 a 0 a favor de nuestros simpáticos contendientes y demostrando algunos sus buenas disposiciones para tan varonil y sano esport,

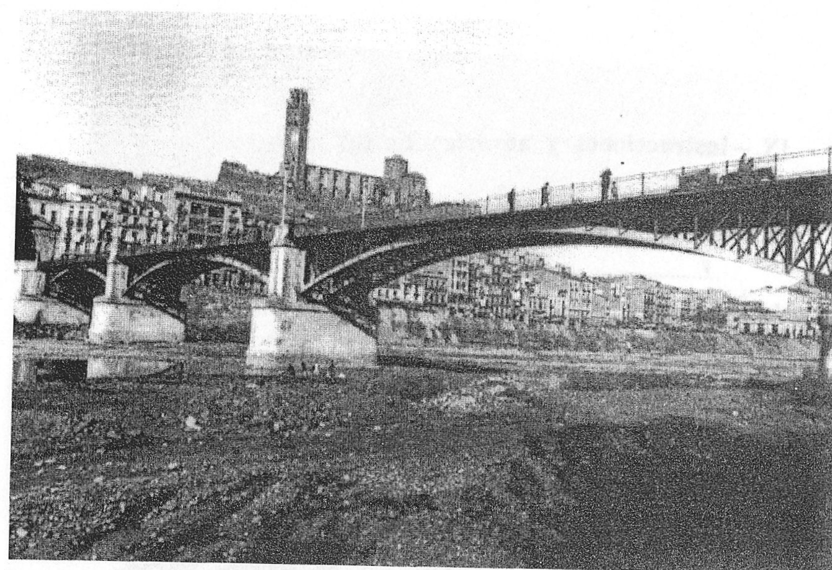
Bien entrada la tarde emprendimos el regreso, acompañados, hasta la salida del pueblo. por los que tan buenas sensaciones habían sabido producirnos siendo el momento de la separación final una nueva explosión de alegrías, abrazos y saludos entre los que también se habían compenetrado en tan pocas horas, llegando nosotros a nuestros lares ya oculto el dorado astro, pero dejándonos la sensación de su regreso alumbrando una nueva vida de amor y trabajo.

Renuncio a estampar frases de agradecimiento que serían pálido reflejo de la estimación que conservamos hacia los que tantas atenciones nos tuvieron, tanto el digno señor Manresa, como sus educandos, completo reflejo y objeto palpitante de la obra pedagógica de tan culto maestro.

J. DE TAPIA.

Montoliu y mayo de 1923.

Dos maneras en las que Pepe firmaba sus artículos publicados en el diario *El Ideal* de Lérida. A la izq. con el seudónimo ETCÉTERA y a la der. con su nombre.



Puente de Fierro. por donde Pepe entraba y salía de Lérida en bicicleta o motocicleta (Tarjeta postal de la época.)



Portada de la novela *Él y ella* escrita por Pepe y Patricio. Fue publicada en Barcelona en 1927. *La novela ideal* era una publicación de la *Revista Blanca*.

IX.—Instrucciones y advertencias del Inspector

He aquí una escuela, un maestro, justamente engastados en la obra de educación del pueblo que persigue nuestra República. Quizás no haya visitado ninguna otra donde el trabajo se acompase tan adecuadamente al espíritu de nuestra época y al aliento de renovación de la escuela como en esta de Montolín de Lérida. Si todos los maestros españoles tuvieran el emocionado sentido de la educación popular, y la clara visión q. José de Tapia tiene de su responsabilidad en el destino de las nuevas generaciones, la obra y el destino de la España que nace alcanzarían la categoría de ejemplares.

Es incomprensible que antes de ahora no se hayan advertido y declarado la excelencia de la labor de esta escuela, y el mérito singular de este maestro.

Ante esta clase — niños y maestro entusiasmados con nuevas técnicas escolares, en cooperación de motivadas actividades — he de declarar q. es aquí donde he visto realizado un humilde, pero verdadero, ensayo de renovación de la escuela.

Por esto, y por ofrecer al Sr. Tapia tan sólo sea la justicia del reconocimiento de su ejemplar obra de maestro, le expreso aquí mi sincero voto de gracias.

Montolín a 5 de diciembre de 1932

El Inspector,



Reporte de la visita escolar hecha por el inspector Herminio Almendros, en donde hace un reconocimiento a la labor educativa de Pepe, en Montolíu, 1932.

PUIGVERT DE LLEIDA 15

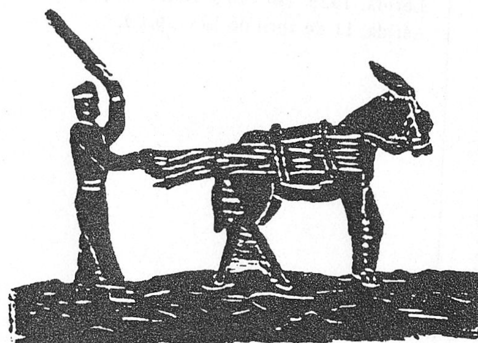
LA TÉCNICA FREINET EN ESPAÑA

—o=

Escuelas que la ensayan. PUBLICACIONES

"LIBROS VIVIDOS" (Colección de). Montoliu de Lérida. Escuela nacional de niños. JOSÉ de TAPIA; primero que la ensayó y difundió en España.

Testimonio impreso, de que Pepe fue el primer maestro en ensayar en España la técnica Freinet de impresión escolar. (*L'afany* nº 6, Puigvert de Lérida, 1933, p.15)



— EN EL RÍO SET —

Un jueves por la tarde fuí con mi padre y la burra al río Set a cortar cañas.

Cerca de nosotros, en el tèrmino de Tabach, un hombre de Suñè con una burra que pasaba cañas del término de Montolíu al de Suñé, pasando por dentro del río Set le cayó la burra cargada de cañas.

Todas las cañas se le mojaron y pesaban mucho, fué mi padre a ayudarle a sacar la burra de dentro y cargar más bién las cañas.

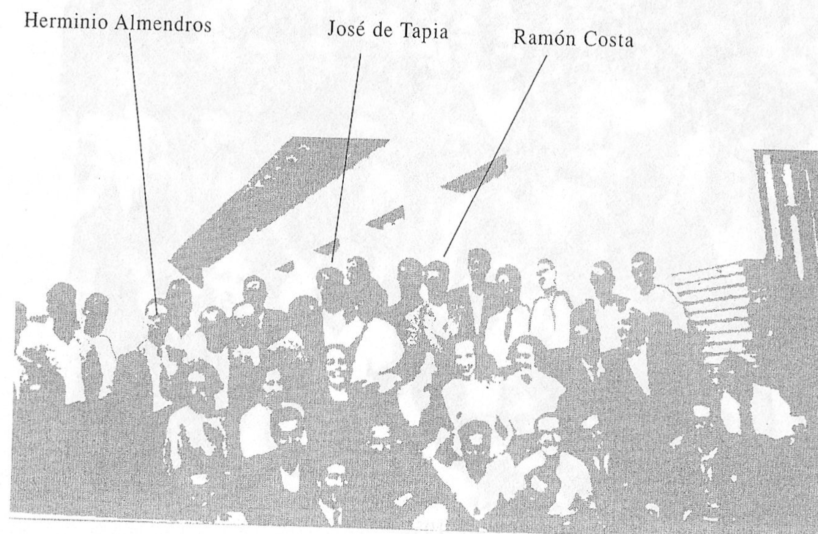
Cuando vino mi padre ligó los haces de las cañas; los cargamos en la burra y marchamos a casa.

Magín FARRÉ CARDET (13 años)

Texto libre. *Libros vividos.* Montolíu.



Congresistas de Huesca. Segundo Congreso de la Cooperativa Española de la Técnica Freinet. Verano de 1935.



El Grupo Batec

¿Qué es el «grupo Batec»? El «Grupo Batec» es un grupo de maestros que tienen a la Pedagogía por algo más que por un *medio de vida.*

Los maestros que forman esta agrupación no aspiran más que a una cosa: convertir la escuela en «ESCUELA». Esto puede parecer una perogrullada pero es todo un programa revolucionario.

Estos maestros, sin protecciones oficiales ni bombos de prensa van laborando para la consecución de su ideal.

A ellos se les debe la introducción de la «*técina Freinet*» en las escuelas españolas. Los componentes del «Grupo Batec» no se contentan con actuar en la escuela; ellos saben que para que esta sea lo que debe ser necesitan la colaboración del pueblo y a él se dirigen.

En verdadera peregrinación pedagógica van de pueblo en pueblo planteando los transcendentales problemas de la escuela y el niño. Cada mes se reunen en un pueblo distinto residencia de algunos de sus colaboradores. Después de la reunión en la que se discuten temas de organización escolar celebran un mitin de divulgación pedagógica.

El domingo pasado tocó el turno a Puigvert de Lérida, residencia del maestro y querido compañero nuestro Patricio Redondo.

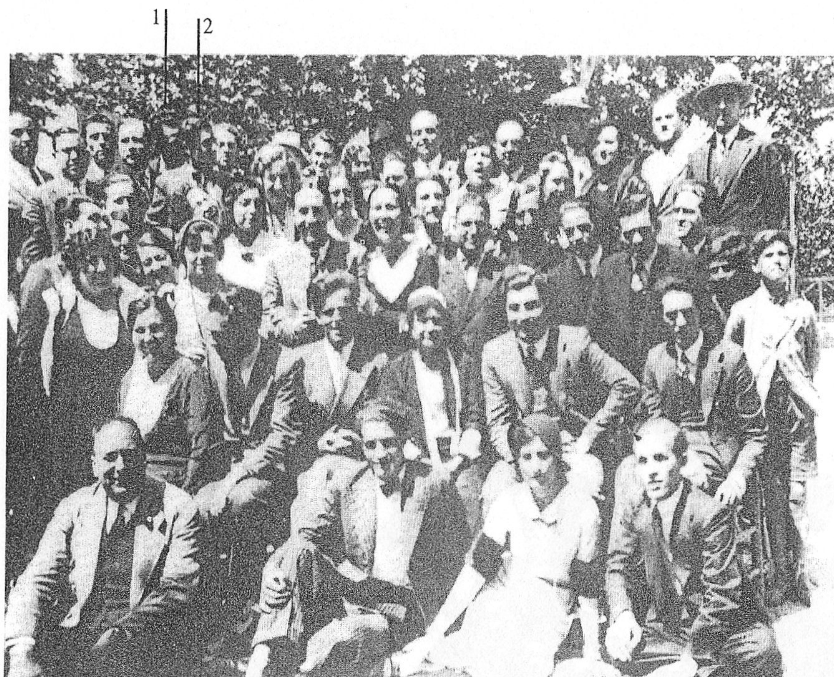
Entre los acuerdos que se tomaron cabe destacar la constitución definitiva de la «COOPERATIVA ESPAÑOLA DE LA TECNICA FREINET» y la celebración en Lérida, de un mitin de afirmación pedagógica.

Por la tarde se celebró el correspondiente mitin en el que hicieron uso de la palabra los maestros Luis Aige, Jacinto Pallejá, Luis Esteve, Dolores Piera, José de Tapia y Patricio Redondo. El acto fué un éxito como todos los celebrados.

Hermosa labor, que ACRACIA no puede dejar de aplaudirla y desear a estos renovadores de la Humanidad una pronta realización de sus ideales que compartimos integramente.

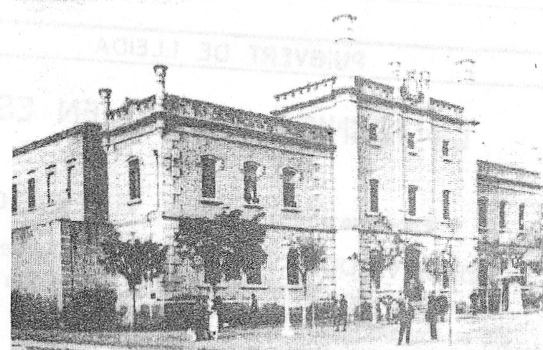
Grupo Batec, introductor colectivo de la educación Freinet en España. (Nota publicada en el semanario anarquista *Acracia*, nº 5, p.4, Lérida, 14 de octubre de 1933.)

1 2



Reunión del Grupo Batec en Juneda, Lérida, 1932.
1. José de Tapia; 2. Patricio Redondo.

Fachada principal de la prisión de Lérida en donde Pepe estuvo preso al comenzar el año 1931. (Tarjeta postal de la época.)



Les Misións Pedagògiques a la Presó de Lleida

Gracies als precs reiterats del culte mestre de Montoliu de Lleida En Josep Tapia, director de les Misions Pedagògiques d'aquesta provincia, les referides Misions han visitat la nostra presó trobant per part del senyor director de la mateixa, les màximes atencions i facilitats, cosa que devem elogiar.

El senyor director de l'establiment fa la presentació de les Misions en una peroració que és un cant d'amor a la cultura i al progrès.

A continuació comença la sessió amb unes paraules del mestre Tapia.

Es projecta «l'amificación», comentada i explicada pel jove mestre Plensa.

Es toca unes plaques de música popular, cançons regionals, comentades pel mestre Tapia.

Es projecten «Borneo» i «Lucha entre la langosta y la cobra», que comenta el mestre de Puigvert de Lleida Patrici Redondo.

I es llegeixen Romances antics amb explicacions d'En Tapia.

El fi de la festa és una cinta còmica d'En Xarlot. Durant la projeccio de les pelicules anomenades s'han tocat plaques de música selecta.

Aquesta festa cultural de la presó s'ha celebrat en l'aula de l'escola de l'establiment amb assistència dels oficials i població penal—politics i d'altres delictes—. Com a nota interessant a part la satisfacció dels misioners i dels empresonats, direm que el senyor director de la Presó ha quedat tant content de l'acte que ha promés repetir-lo altres vegades cosa de la qual el felicitem sincerament puix amb actes com aquests hom donaria una alegria moral que fa molta falta als establiments penals.

L'Estudiant Repòrter.

—

JUNTA DE MISIONES PEDAGOGICAS DE LA PROVINCIA DE LERIDA

Ha sido aprobado por la superioridad, un plan de misiones pedagógicas, que se desarrollará en distintos pueblos de esta provincia, a petición de los mismos.

Las solicitudes deberán dirigirse, por conducto de los Consejos Locales o de los maestros, dentro del mes actual, a la presidente de dicha Junta, Escuela Normal del Magisterio primario de Lérida.

Reconocimiento público a Pepe por su desempeño en la Misión Pedagógica en la prisión de Lérida, 1933. (*El País*, diario vespertino de Lérida, 11 de abril de 1933, p.1.)



Edificio en donde vivió Pepe con su familia en San Andrés, Barcelona. Calle Pons y Gallarza nº1-4º. Ahí mismo era el domicilio de la Administración de la Cooperativa Española de la Técnica Freinet. (Tarjeta postal anterior a la estancia de Pepe.)

REPÚBLICA ESPAÑOLA
MINISTERIO DE INSTRUCCIÓN PÚBLICA
PROVINCIA DE BARCELONA

Carácter Propº N.º Escaf. 5.043 Partido judicial Barcelona

FICHA PERSONAL

Tapia Bujalance José

nació en Córdoba el día 27 de febrero de 1896

Título Maestro Superior

ESCUELA QUE SIRVE Localidad	Provincia	Motivo nombramiento	Fecha nombramiento	Fecha de posesión	Fecha cese	Causa cese	SUELDO	SERVICIOS Parciales	Totales
Barcelona "Enrique Rebull"	id	Conc Pto		1 3 34			5000		

Premios y castigos

Permisos

OBSERVACIONES

Fué suspenso de sueldo por la Jefatura del Servicio Nacional de 1ª Enseñanza Orden 10 de marzo de 1939.

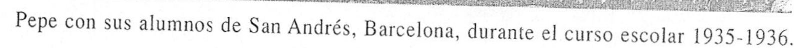
Ficha personal de Pepe como maestro en Barcelona, anverso y reverso.

PATRONAT ESCOLAR DE BARCELONA

Escudo del Patronato Escolar de Barcelona.

Poliedros regulares
Los poliedros regulares tienen todos sus elementos iguales.
Los poliedros regulares son cinco: tetraedro, exaedro, octaedro, dodecaedro e icosaedro.
Tres poliedros regulares tienen sus caras formadas por triángulos equiláteros: el tetraedro con 4 caras, el octaedro con 8 caras, y el icosaedro con 20 caras.
El exaedro está formado por 6 cuadrados iguales, también se llama cubo.
El dodecaedro tiene 12 caras que son pentágonos regulares.
Para hallar la superficie total de un poliedro regular se halla el área de una de sus caras y se multiplica por el número de ellas.
11-1-35

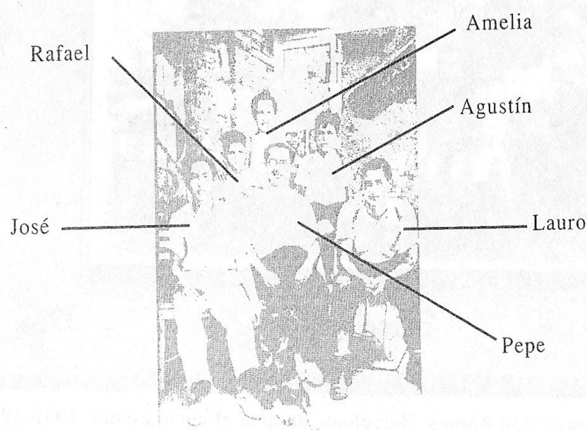
Página de un cuaderno de apuntes trazados por un niño en las clases impartidas por Pepe en San Andrés en Barcelona.



Pepe con sus alumnos de San Andrés, Barcelona, durante el curso escolar 1935-1936.



Un día de paseo familiar en el Tibidabo, parte alta de Barcelona, 8 de agosto de 1935.





Año I — Boletín de la Cooperativa de la técnica Freinet — Núm. 1

ADMINISTRACIÓN	MARZO	REDACCIÓN
Calle Paz y Gallarza, n.º 1 - 4.º - Barcelona (S. A.)	1 9 3 5	14 de abril, 1 - 2.º - Vilafranca del Penedès (Barcelona)

PROPÓSITOS

No abrigábamos una ilusión vana. Sabemos lo que queremos hacer. Por lo pronto apuntábamos a una realidad humilde.

Unos cuantos maestros diseminados por España pretenden llevar a sus escuelas nuevas técnicas de trabajo. Con una orientación y una finalidad que se irán concretando poco a poco. Estos maestros, animados de un fervoroso espíritu de colaboración, necesitaban un medio que pudiera mantenerlos unidos haciendo posible una cooperación eficaz. Este boletín que ahora nace viene a realizar nuestros deseos; en su humildad caben latentes esperanzas amplias

No pretendemos hacer una nueva revista pedagógica. Eso no nos interesa. Sabemos cómo se hacen esas revistas al uso. Las más, se nutren casi en su totalidad de artículos que sus autores se sacan de la cabeza en ratos de mejor o peor humor o en momentos de inspiración. Bien adobados, eso sí, y con bellos adornos. ¿Qué iban a tener sino adorno tantos escritos sobre variaciones de un mismo tema? Todo eso nos parece trabajo ilusivo; mero entretenimiento al margen de la realidad escolar.

Repetimos que ese no es nuestro objeto. Queremos que este boletín se escriba desde la escuela misma, en las encrucijadas del diario camino, frente a la escuela real, no frente a la ideal escuela de tantas lucubraciones. Nuestro boletín lo harán los mismos maestros interesados en el trabajo de renovación escolar en



Año I — Boletín de la Cooperativa española de la técnica Frienet — Núm. 4

ADMINISTRACIÓN	JUNIO	REDACCIÓN
Calle Paz y Gallarza, n.º 1 - 4.º - Barcelona (S. A.)	1 9 3 5	14 de abril, 8 - 2.º - Vilafranca del Penedès (Barcelona)

POSTULADOS

El valor de la "Técnica"

> Los productos de la Escuela no son lo importante, lo importante es cómo se obtienen tales productos. Aprender a leer. ¿Cómo se aprende a leer? Esto es la cuestión.
>
> COSSIO

Seguramente gran número de maestros y maestras, antes de aceptar de lleno «nuestra técnica» desean saber cual es su valor y cual es su eficacia: su valor pedagógico y su eficacia escolar.

A satisfacer tal deseo, hemos de consagrar muchas páginas de nuestro Boletín, aparte de las que en el mismo se dediquen a las comprobaciones experimentales de cuantos compañeros maestros la realizan ya y sucesivamente la vayan realizando, toda vez que ellas contribuiran siempre de modo poderoso al esclarecimiento de la eficacia escolar de «nuestra técnica».

Por eso, al empezar, nos parece mejor decir primero lo que no es, lo que no debe ser la «técnica» para poder concluir con mayor precisión y claridad lo que es, ya que aquí precisamente es donde radica la médula de un auténtico valor pedagógico.

Imprimir; el producto impreso es lo que entusiasma a los maestros; el veneno de la letra de molde del que hay que librar a los niños, justamente familiari-

Colaboración

La Imprenta en la Escuela

Número dedicado al II Congreso de la Técnica Freinet
Huesca, 20 y 21 de julio de 1935

Sumario :

Nuevo contacto. - Un Congreso y unos congresistas, por Ramón Acín. - El Congreso de Huesca, por Tomás Coecollueta. Plus ultra, por M. Sánchez de Castro. - ¡Huesca!, por José de Tapia. - Impresiones, por A. Gavín. - El Fichero escolar general, por A. - Evolución pedagógica de "Nuestra Técnica".

Año II — *Agosto de 1935* — *Núm 6*

colaboración

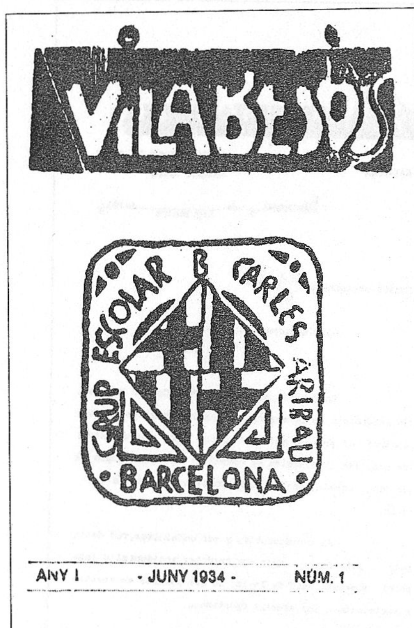
la imprenta en la escuela

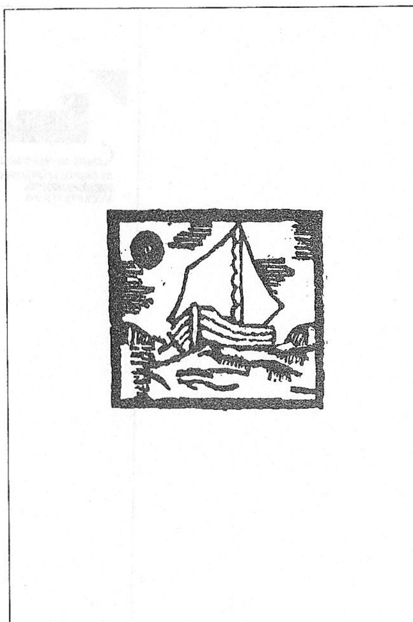
SUMARIO:

Un año de trabajo. — A nuestros asociados. — Hacia la escuela moralmente sana, por C. Freinet. — Una excursión por algunas escuelas con imprenta, por Félix Carrasquer. — Rayas. Como hemos logrado una ayuda, por Antonio Benaiges y Nogués. — Notas de un intercambio bisemanal, por Miguel Vigatá. — Lo que dice un aspirante a la escuela nacional, por José Marsal. — Problemas de la escuela primaria, por J. Vigatá. — De nuestra correspondencia. — Ecos de la Imprenta.

Año II — JUNIO-JULIO DE 1936 — Núm. 15

Cuatro diversos modelos de la portada del boletín *Colaboración / La imprenta en la Escuela*, números 1, 4, 6 y 15. (Barcelona, marzo, junio, agosto de 1935 y junio-julio de 1936.)





Imágenes de la portada y contraportada del cuaderno escolar *Vilabesós* impreso por los alumnos de Pepe en San Andrés, Barcelona. Año 1, nº 1, junio de 1934.

Salimos de la escuela a las nueve en punto, camino de Barcelona.

Allí entramos en los talleres de la casa Neufville.

Primero entramos en un sitio en que había muchas máquinas que hacían letras.

Las máquinas las hacía ir el gas.

En un crisol ponían un metal que allí se fundía, y salían muchas letras.

Entramos en otra sala, que allí estaban las letras envueltas en papeles; pasamos una esquina y había muy pocas máquinas; había una que hacía números.

Más allá un hombre cortaba estaño, luego fuimos a ver los rodillos y había algunos más altos que yo. Pasamos arriba y allí había dos máquinas que hacían la faena de un hombre, poner el papel, e impreso, lo sacaban.

Luego pasamos por un corredor y en un departamento había una imprenta.

Cuando la hubimos visto nos fuimos a comer.

Ellos mismos nos dieron de comer; comimos luego bebimos, bajamos a un subterráneo, donde cogimos muchas letras, se despidieron muy amablemente y subimos al auto, camino del Parque.

La casa Neufville pagó el auto.

Juan Fargas Sangüesa.

(III grado de niños)

Texto impreso en el cuaderno escolar *Vilabesós*, año 2, nº 2, junio de 1935

COOPERATIVA ESPAÑOLA
DE LA TÉCNICA FREINET

PONS Y GALLARZA, 27
BARCELONA - S. A

15 junio de 1936.

Para los compañeros accionistas

Distinguido compañero: De acuerdo con el art.º 24 de nuestros Estatutos me permito convocar a Vd., por la presente carta circular a la Asamblea General y III Congreso de la Imprenta en la Escuela, que ha de celebrarse en Manresa (Barcelona) durante los días 20, 21 y 22 del presente mes de julio con arreglo al orden del día que verá publicado en el número 15 de «Colaboración».

Al propio tiempo me permito llamarle la atención sobre los art.os 23 y 28 para que los tenga muy en cuenta al tomar determinaciones en relación con esta convocatoria.

Sin otro particular aprovecha la ocasión para reiterársele su más afmo. s. s. y compañero

El Administrador-Delegado,
José de Tapia

Art.º 23. - Cada año, en el mes de julio, los accionistas se reunirán en Asamblea General. El accionista que deje de asistir personalmente o sin representación a tres Asambleas consecutivas pierde sus derechos como asociado pasando sus acciones al fondo de reserva.

Art.º 28. - El voto en las Asambleas es personal y no se puede delegar.

Carta de Pepe, Administrador Delegado, a los accionistas de la Cooperativa Española de la Técnica Freinet. (Publicada en *Colaboración* nº15, junio-julio de 1936.)



Un alumno frente al jurado examinador del cual formaba parte Pepe (primero a la derecha). El niño tiene puesta su vista en él. Barcelona , 1937.

CERTIFICAT DE TREBALL

GENERALITAT DE CATALUNYA — UNA PESSETA

Nom i cognoms del treballador Josep de Tapia Bujelance

Natural d'e Córdoba

Comarca o província Córdoba

Adreça actual Pons i Gallarza 27

Edat ... anys Estat C Sexe M

Ofici o professió Mestre. Director propietari

Especialitat

Salari 5.000 ptes. anuals

Empresa on treballa Grup E. Carles Aribau

Adreça C. I, del 2 Grup de Cases Barates

Treballa continuament o no? Si

Barcelona, 21 d' octubre del 1936

Signatura del responsable de l'empresa i segell d'aquesta.

Signatura o marques digitals de l'interessat.

Certificado de trabajo de Pepe como maestro y Director propietario del Grupo Escolar Bonaventura Carles Aribau.

FEDERACIÓN ANARQUISTA IBÉRICA

COMITÉ DE RELACIONES DE GRUPOS ANARQUISTAS DE CATALUÑA

SECRETARIADO

Avenida B. Durruti, 32 - 34, 4.º
Secretaría 76
Teléfono 10930

BARCELONA 7 de Septiembre de 1937

Al Comité Regional de JJ.LL.

Distinguidos compañeros.

Salud.

En reunión plenaria de éste Comité Regional con asistencia de la mayoría de las delegaciones de Zona celebrada el próximo pasado viernes, 3 del mes en curso, fúe admitida la dimisión al compañero Severino Campos al que como, sabeis, venía desempeñando la Secretaría del mismo.

En consecuencia, y por unanimidad, fué designado para desempeñarlo con carácter accidental o interino el compañero José de Tapia, lo que ponemos en vuestro conocimiento a los efectos oportunos.

Vuestros y de la Causa.

Por el Comité Regional

El Secretario accidental.

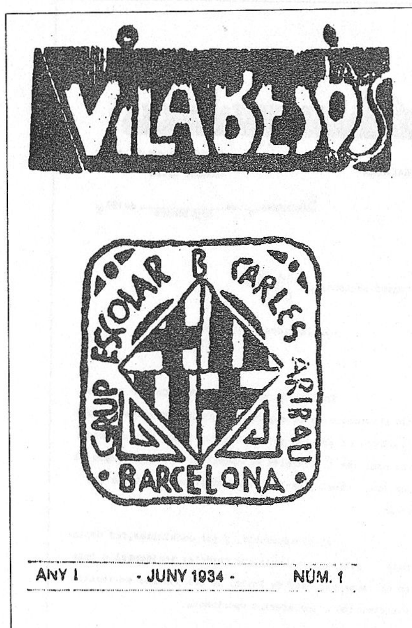
Comunicado que da a conocer el nombramiento de Pepe como Secretario accidental o suplente del Comité Regional de la FAI en Barcelona, 1937.

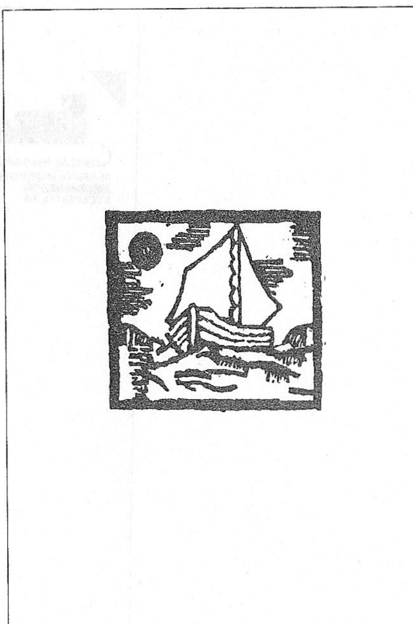


Cabeza de la página del periódico semanal *¡¡¡Campo!!!* en el cual Pepe escribía sus artículos en Barcelona.



En el campo de concentración de Barcarès, 1939. De izquierda a derecha: Lauro, Pedro el esposos de Elisa, Pepe y José.





Imágenes de la portada y contraportada del cuaderno escolar *Vilabesós* impreso por los alumnos de Pepe en San Andrés, Barcelona. Año 1, nº 1, junio de 1934.

Salimos de la escuela a las nueve en punto, camino de Barcelona.

Allí entramos en los talleres de la casa Neufville.

Primero entramos en un sitio en que había muchas máquinas que hacían letras.

Las máquinas las hacía ir el gas.

En un crisol ponían un metal que allí se fundía, y salían muchas letras.

Entramos en otra sala, que allí estaban las letras envueltas en papeles; pasamos una esquina y había muy pocas máquinas; había una que hacía números.

Más allá un hombre cortaba estaño, luego fuimos a ver los rodillos y había algunos más altos que yo. Pasamos arriba y allí había dos máquinas que hacían la faena de un hombre, poner el papel, e impreso, lo sacaban.

Luego pasamos por un corredor y en un departamento había una imprenta.

Cuando la hubimos visto nos fuimos a comer.

Ellos mismos nos dieron de comer; comimos luego bebimos, bajamos a un subterráneo, don de cogimos muchas letras, se despidieron muy amablemente y subimos al auto, camino del Parque.

La casa Neufville pagó el auto.

Juan Fargas Sangüesa.

(III grado de niños)

Texto impreso en el cuaderno escolar *Vilabesós*, año 2, nº 2, junio de 1935

COOPERATIVA ESPANOLA
DE LA TÉCNICA FREINET
PONS Y GALLARZA, 77
BARCELONA - S. A

15 junio de 1936.

Para los compañeros accionistas

Distinguido compañero: De acuerdo con el art.º 24 de nuestros Estatutos me permito convocar a Vd., por la presente carta circular a la Asamblea General y III Congreso de la Imprenta en la Escuela, que ha de celebrarse en Manresa (Barcelona) durante los días 20, 21 y 22 del presente mes de julio con arreglo al orden del día qúe verá publicado en el número 15 de «Colaboración».

Al propio tiempo me permito llamarle la atención sobre los art.os 23 y 28 para que los tenga muy en cuenta al tomar determinaciones en relación con esta convocatoria.

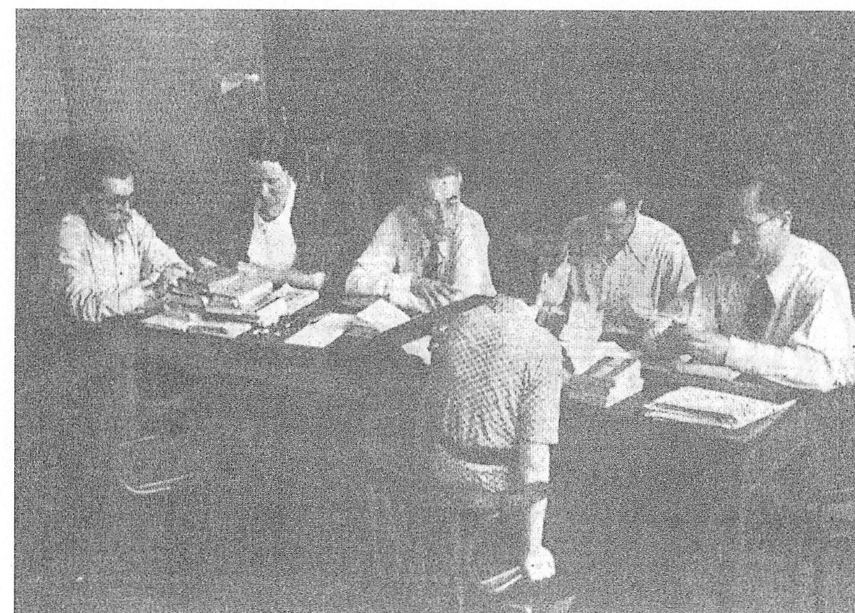
Sin otro particular aprovecha la ocasión para reiterársele su más afmo. s. s. y compañero

El Administrador-Delegado,
José de Tapia

Art.º 23. - Cada año, en el mes de julio, los accionistas se reunirán en Asamblea General. El accionista que deje de asistir personalmente o sin representación a tres Asambleas consecutivas pierde sus derechos como asociado pasando sus acciones al fondo de reserva.

Art.º 28. - El voto en las Asambleas es personal y no se puede delegar.

Carta de Pepe, Administrador Delegado, a los accionistas de la Cooperativa Española de la Técnica Freinet. (Publicada en *Colaboración* nº15, junio-julio de 1936.)



Un alumno frente al jurado examinador del cual formaba parte Pepe (primero a la derecha). El niño tiene puesta su vista en él. Barcelona , 1937.



José de Tapia Bujalance en Francia. Años 40.

Ensayos

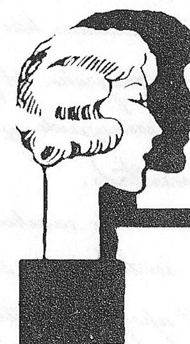
sobre

Organizacion

de la

EDUCACION NACIONAL

por : **José de Tapia**



Coleccion

Pedagogica

Nº 8 **1945** Precio : **10** fcs

Portada de un artículo de Pepe publicado por Ediciones Tierra y Libertad, Francia, 1945.

¿Soy yo anarco-sindicalista?

Reflexiones de un hombre de cincuenta años que siempre vivió al margen de los partidos políticos.

Introducción

Estas páginas, querido lector, son la consecuencia inmediata de una conversación íntima pero real, y que sólo he tenido que ordenar ligeramente y trasladar al papel por considerarla de gran interés en los momentos actuales, momentos o instantes de nuestra existencia en que todos dudamos algo y hacemos esfuerzos para situarnos honradamente en la verdadera ruta de nuestras actuaciones y posibilidades ideológicas, puestas a prueba por la hecatombe moral y material a que nos condujo el imperio de la fuerza y el desprecio de la más elemental ética humana.

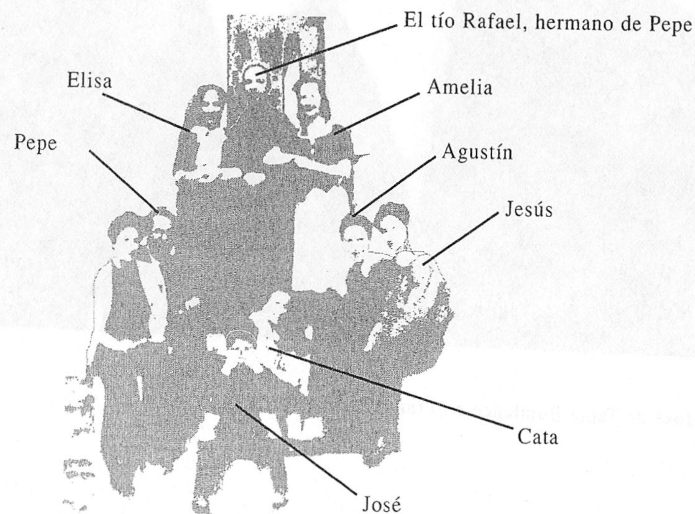
Si al final de estas reflexiones has sacado conclusiones suficientes para dar contestación categórica al problema que ellas suscitan, nuestra intención será conseguida y nuestro trabajo compensado ampliamente por el resultado.

Terminada la guerra serán cambiadas profundamente las relaciones humanas, las instituciones, la economía, el valor de las llamadas clases por el apoyo constante que los políticos y el Capital han pedido al proletariado, pero ¿se ha pensado echar las bases de la nueva moral?

Manuscrito de Pepe elaborado en Entrains-sur-Nohain (Nièvre), 24 de agosto de 1945.

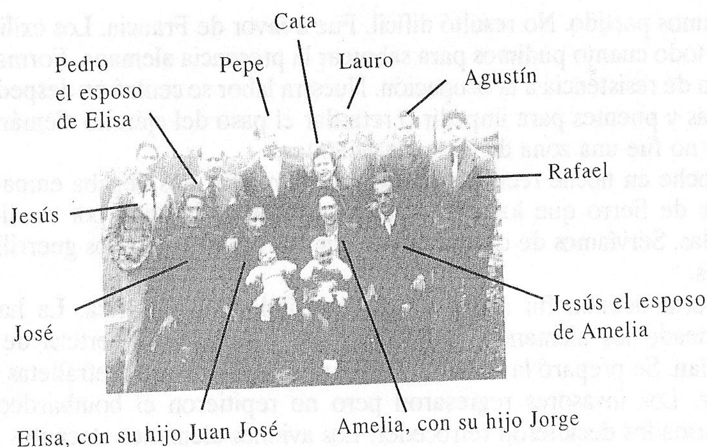


La familia se vuelve a encontrar completa en Francia en 1940.





La familia reunida crece en el exilio Francés. Entrains-sur-Nohain (Nièvre), ca.1943.



de su organización. No estoy en contra de la masonería. Tiene aspectos con los cuales me identifico o acepto. Hay otros aspectos con los que francamente no. Compréndame, si en condiciones normales no acepté ser masón, ahora menos que nunca puedo pasar a formar parte de su hermandad. Su oferta es muy atractiva, pero lo siento. No, y no.

Recuerdo muy bien la respuesta de aquel francés. Me estrechó con un fraternal abrazo y aseguró:

—Señor Tapia, ahora sí lamento profundamente que no se una a nosotros. Lo entiendo, lo admiro y lo felicito. Es usted un hombre consecuente de gran valor. Hasta pronto, señor.

Nos despedimos y se marchó. Mi hijo confesó cómo, durante un momento, no había entendido mi rechazo a una oferta tan tentadora. Me dijo:

—Sin embargo, papá, conforme se fue dando la charla con el capitán masón, he quedado convencido de la fuerza y rectitud de tus principios. Tu postura es ejemplar.

—Que bueno hijo mío, has sabido comprender. Me daría mucha vergüenza si más adelante me echaras en cara haber vendido mi forma de pensar a cambio de una aparente libertad que, en realidad, no sería sino mi eterna esclavitud.

Allez... allez... allez...

La gendarmería francesa era auxiliada en la custodia de los campos de concentración por soldados senegaleses. Estos hombres se comportaban como brutos, como verdaderos animales. Gozaban humillándonos. Tal vez así vengaban el desprecio del cual eran víctimas por parte de los colonizadores franceses de tez blanca.

Al grito de *allez... allez... allez,* estos guardias africanos abusaron todo cuanto pudieron de los exiliados en los diversos aspectos de la vida de los campos. Se burlaban y reían, robaban, insultaban y golpeaban. ¡Su presencia era una verdadera calamidad a tolerar!

Al principio no había servicios sanitarios. El Campo de Argelès carecía de retretes. Nuestras necesidades las hacíamos en la playa, a la orilla del mar.

Por la playa patrullaban a caballo esos negros y robustos soldados. Con el sable en mano molestaban a todo el que hacía sus necesidades. *Allez... allez... allez* gritaban repartiendo sablazos, propiciando que nos metiéramos a toda prisa a las profundidades del mar. Había que verles las caras de sadismo y sorna que ponían cuando nos veían salir del agua completamente empapados.

Apuéstele y gane

En cualquier lugar de la tierra, en donde habiten conglomerados importantes, puede suceder. Me tocó vivirlo en la costa, en los campos de concentración.

Las condiciones de salud e higiene no eran buenas. Quienes así vivíamos nos empiojábamos con facilidad. Había agua, teníamos posibilidad de bañarnos y lavar la ropa. Los piojos morían. Pero como había de tenderse la ropa para su secado, el resultado era deplorable. Cuando la recogíamos, ¡oh terrible sorpresa! Nuevamente estaba invadida de piojos llegados por medio del viento. Ni hablar, así nos la poníamos. Cuando nos dábamos cuenta ya circulaban por nuestro cuerpo esos incómodos animales.

Por supuesto, estas molestias son insignificantes cuando se padece un campo de concentración. Incluso había quienes llegaban a tomarlo a la ligera y a la broma. ¿Por qué no habría de ser así?

Algunos compañeros organizaban competencias al son de apuéstele y gane. Los contendientes tranquilamente se quitaban un piojo del cuerpo. ¡De preferencia alguno de respetable tamaño! Lo ponían sobre la mesa, y a competir con el piojo de otro sujeto quien había procedido de idéntica manera.

Había apuestas. Al concluir la carrera, pues nada. Los dueños tomaban su piojito, lo volvían a colocar en su cuerpo, y hasta la próxima. Con mayor razón cuando el animal había resultado triunfador. En este último supuesto, resultaba un orgullo ser el portador del piojo.

No participé de esas carreras, aunque pude haberlo hecho. A pesar de padecer los piojos, siempre me repugnaron mucho. Los combatí en mi persona y mis pocas pertenencias hasta donde fue posible.

Resistencia

Concluyó mi estancia en los campos de concentración. Había iniciado la Segunda Guerra Mundial. El peligro de una invasión alemana a territorio francés era inminente. No tuve necesidad de hacer ningún trámite ni petición para salir del Campo de Saint—Cyprien. El gobierno francés decidió aprovechar la fuerza de trabajo de los exiliados para preparar la defensa de Francia.

Poco antes de dejar el campo de concentración logré enterarme. Cata se encontraba en Francia, en un refugio—hogar, con los cinco hijos menores. Las autoridades francesas permitieron mi traslado al sitio en donde estaba mi familia. Por fin nos reunimos casi todos. Lauro y José tardaron un tiempo más en estar con nosotros. Al final toda la familia quedó congregada en París.

Pero antes fui trasladado, con mi mujer y los cinco hijos ya reunidos a Montbard, población a donde me destinaron a trabajar como hornero en una fábrica de tubos de acero para el armamento de la marina francesa. En la fábrica trabajaron conmigo Jesús y Agustín.

La zona norte de Francia fue ocupada por los alemanes. La fábrica de tubos suspendió su producción. Cayeron algunas nevadas. El Ayuntamiento se encargó de quitar la nieve de las carreteras y permitir el paso de los alemanes quienes ya dominaban Francia. Me había quedado sin trabajo y fui contratado durante algunos días como barrendero de carreteras.

Poco después fuimos a parar al poblado de St. Remy. Junto con mis hijos trabajé primero como leñador y después como carbonero. El alcalde del lugar nos quiso negar a los exiliados la posibilidad de continuar en Francia. Trató de repatriarnos a la frontera española. No nos dejamos. Hicimos que nos escuchara un comandante alemán. Este ordenó al alcalde que nos permitiera continuar en Francia.

Realizábamos trabajos muy apreciados para los invasores alemanes. No autorizaron se molestase a algún leñador o carbonero trabajador en los bosques franceses ocupados. En plena guerra, los alemanes necesitaban leña y carbón para los transportes. No eran de gasolina. Fue la época de los gasógenos de leña y carbón. En esas condiciones permanecimos hasta el final de la guerra. Poco a poco fuimos subiendo rumbo a París. Trabajamos durante algún tiempo en los departamentos de Niévre y Côte D'Or. La familia quedó completa.

Tomamos partido. No resultó difícil. Fue a favor de Francia. Los exiliados hicimos todo cuanto pudimos para sabotear la presencia alemana. Formamos una zona de resistencia a la ocupación. Nuestra labor se centró en despedazar carreteras y puentes para impedir o retardar el paso del ejército alemán. En realidad no fue una zona de choques violentos.

De noche en noche recibíamos algún armamento. Nos llegaba empacado en tubos de fierro que los aliados dejaban caer en la zona por medio de paracaídas. Servíamos de conducto y el armamento llegaba a los guerrilleros franceses.

En cierta ocasión fui a dar a una zona industrial eléctrica. La habían bombardeado los alemanes. Hubo destrozos y se tenía la certeza de que regresarían. Se preparó la defensa. Estábamos armados con metralletas para combatir. Los invasores regresaron pero no repitieron el bombardeo. Al vernos armados decidieron retroceder. Los aviones alemanes atacantes giraron y el peligro del momento pasó.

Durante el periodo de resistencia francesa a la ocupación alemana, tampoco me vi obligado a disparar al enemigo. Fue una gran suerte. Otra fortuna

mía es la de no haber perdido a alguno de mis familiares durante estos años de beligerancia. Afligido e incierto llegué a pensar con frecuencia: "alguno de los míos morirá durante este sombrío periodo de guerra civil y mundial". Especiales riesgos corrieron Lauro y José. Yo lo sabía y me preocupaba mucho.

Durante la etapa de resistencia a la ocupación alemana, tuve una actividad muy confortable. Mi desahogo educativo, filosófico y moral consistió en escribir por las noches diversos textos. La mayoría de esos escritos se perdieron por las condiciones de vida. Algunos fueron publicados por las Juventudes Libertarias de Francia. Recuerdo haber trabajado cuando menos cuatro documentos: uno de educación sexual; otro sobre la escuela y los valores nacionales; uno más acerca de la escuela y la producción; y un cuarto escrito sobre mi postura ante el anarco-sindicalismo.

Liberación

Había terminado la Segunda Guerra Mundial. En 1945 Francia quedó liberada de los nazis. Los exiliados también quedamos en total libertad. Resuelta la incertidumbre de la guerra, subsistió en mí la duda ante el futuro. Hice lo necesario y me trasladé a París con Cata y los siete hijos. Mi hermano le dejó a mi hija Elisa un departamento. Fue la primera que se nos casó. Con ella vivieron un tiempo sus hermanos. Cata y yo nos hospedamos cerca, en donde pudimos. Juntos, todos en familia, compartíamos los alimentos.

Tuve la esperanza de trabajar en alguna escuela. Vino el desencanto, con tristeza vi que era imposible.

Traté, entonces, de incorporarme al trabajo industrial. En un primer momento no pudo ser. En la Francia de esa época había reglas muy rígidas en la organización del trabajo. A quien trabajaba en la industria le daban una tarjeta de trabajador industrial. A quien lo hacía en el campo, se la entregaban de trabajador agrícola. Era casi imposible cambiar de trabajo y respectiva tarjeta. Mucho más difícil aún era cuando se quería pasar del campo a la industria. Como leñador y carbonero había trabajado en el campo. Me correspondía continuar realizando trabajo agrícola.

Para subsistir en la ciudad me puse al servicio de una causa común de la policía francesa y un Comité Cuáquero. Este último existía para ayudar a los supervivientes exiliados, quienes llegaban a Francia procedentes de los llamados "campos de concentración de la muerte" alemanes. Me tocó auxiliar a quienes habían pasado por el Campo de Mauthausen. El trabajo consistió en la elaboración de un listado de quienes llegaban. Fue así como descubrí la

presencia de un primo hermano de mi mujer. Me puse en contacto con él. Una vez que me contó algunos de los horrores presenciados en Alemania, quedé muy impresionado y me percaté de la suerte de haber permanecido en Francia durante ese tiempo.

Los servicios aludidos prestados me dieron acceso al cambio de tarjeta para el trabajo industrial. Uno de los agentes gubernamentales me ayudó a lograrlo. Pude así desempeñarme en distintos oficios como bruñidor, maletero, maestro de español...

No todo se limitó a conseguir trabajo. Se necesitaba continuar con la escolarización de los hijos. Por las calamidades de las guerras y por el exilio, su formación media y profesional fueron algo más que imposibles. Por eso mismo, todos aprendieron algún oficio. Lauro se hizo fundidor, José ajustador, Jesús tornero, Agustín carpintero y Rafael técnico en radio y televisión.

El Comité Cuáquero me puso en contacto con la Organización de Reconstrucción y Trabajo (ORT). Se trataba de un organismo judío creado exprofeso para dar formación a los jóvenes judíos provenientes de los campos de concentración alemanes. La Organización tenía fincas y talleres muy completos en donde les daba preparación técnica. Ahí se formó cuando menos el menor de mis hijos. Aunque su situación no era precisamente la encomendada a esa Organización, recibimos todo el apoyo para continuar sus estudios.

Gajes del oficio

El trabajo remunerado me esperaba fuera de los campos de concentración. Realicé varias actividades y en casi todas fui bien tratado por los patrones. Tuve experiencias y gajes del oficio inolvidables.

Como hornero, fabriqué tubos de acero. Manejaba un horno eléctrico de recocido y temple con el cual sufrí una quemadura de gravedad. Había un contramaestre en aquel lugar. Se percató de mi desgracia y presto acudió.

—A ver, que es lo que le ha sucedido. No hombre, no es nada de gravedad. He visto señores accidentes. Mañana mismo usted estará bien. Ya lo verá...

Mientras decía eso, y otras cosas más, observaba mi brazo y me empujaba poco a poco a no sabía yo dónde. Cuando me di cuenta no me quedó más que aullar de dolor. Estábamos frente a una tina llena de aceite hirviendo en donde echábamos los tubos en algún momento del procesamiento. No me consultó ni me dio tiempo de pensar. Unicamente escuché cuando dijo:

—¡Valor, necesita aguantar! —y al mismo tiempo sumergía mi brazo en el aceite.

Aquello fue poco menos que un asado. El se quemó también. Para mi sorpresa, el baño de aceite me curó rápidamente. A los pocos días del accidente pude trabajar como si nada hubiera pasado. El contramaestre se recuperó también. Indudablemente tenía experiencia en quemaduras y supo qué hacer.

Como leñador cortaba con mi pareja un gran tronco a la medida ordenada. De repente sentí un dolor terrible, a manera de punzada, en la espalda. Se me cayó la sierra de las manos, perdí el control y no la pude sostener. Al intentar recogerla me sentí sin fuerzas. Me encontraba muy cerca de la casita que habitábamos en el mismo bosque. Les dije a mis hijos quienes presenciaron aquello:

—Ustedes sigan trabajando, no se despeguen de aquí. Iré un momento a la casa.

Inicié el camino. Prácticamente arrastré los pies y avancé muy despacito. Con muchos esfuerzos pude llegar a casa. Subí los escalones con gran dificultad. Salió Cata, preocupada en cuanto me vio llegar. Se dispuso a ayudarme y preguntó:

—¿Qué te ha pasado, Pepe? Anda, dímelo pues estoy muy preocupada.

El dolor me hizo permanecer completamente callado. Entré al dormitorio y entonces le dije a mi mujer:

—Por favor salte y déjame solo.

No le permití otra alternativa y salió. La cama era muy baja. Estaba atravesada por tablas debajo del colchón. La había construido yo mismo, la conocía bien. Me coloqué al pie de la cama y me dejé caer. Lo hice dispuesto a lo que pasara. Resistí y el mueble aguantó. Ahí quedé tirado durante más de un mes. Fui atendido por el médico rural y auxiliado por mi mujer y mis hijos. Con el tiempo me reincorporé al corte de leña y lo hice bien.

El dueño de la fábrica era un hombre simpático. A pregunta suya tuve que contestarle sinceramente:

—No señor, no soy bruñidor ni se bruñir. Soy maestro. Pero si me hace una prueba...

Aceptó, y cuando me di cuenta ya estaba bruñiendo. El trabajo consistía en pulir casquillos para envases de perfumería y en la confección de joyería de fantasía. Pronto me di cuenta, bruñir no es cosa del otro mundo. Se requiere tacto, cuidado y gusto. La prueba duró todo un día. Uno de los trabajadores de la fábrica, mientras hacía mi trabajo, afirmó:

—Ya te puedes ir considerando trabajador de la fábrica. Tu bruñido es de buena calidad y lo realizas a muy buen ritmo. Al patrón le gustará. Lo conozco bien. Ya verás.

Efectivamente aquellas palabras parecieron de profeta. A partir de ese día me convertí en bruñidor.

La fábrica era de maletas de ínfima calidad. De esas de madera y cartón. Pacté trabajar claveteando y en la realización de algunos encargos. Pasé a ser el novato de la fábrica con menos derechos que los demás. Fui a un mandado. Me enviaron con una carretilla de mano a recoger madera a una carpintería localizada a unas cuantas calles del lugar. Lo hice sin contratiempos. A los pocos días el patrón ordenó:

—Oiga, se necesita entregar estas maletas en un lugar un poco retirado. Hay que hacerlo en un solo viaje. Utilice el carro, está en la bodega.

—Está bien, señor —contesté.

Fui a la bodega y me encontré ante un carro con dos lanzas, una salida de cada rueda. Tenía además una correa enganchada en la parte delantera. Después de observarla detenidamente, ¡horror!, comprendí que habría de pasar la correa por mi pecho, tomar una lanza con cada mano y tirar el carro como bestia por las calles de París. Aquello me pareció humillante. Fui a donde estaba el patrón.

—Señor, este tipo de encomienda no la pactamos. No soy mula de carga.

—Si no lo quiere hacer, pues ya puede irse. Ya vendrá otro sin remilgos. El último en entrar a mi negocio es a quien le toca hacer ese trabajo. Ahora tenía el turno usted pero, si no está dispuesto, mejor se va.

—Claro, me voy. En cuanto me pague lo haré.

Al momento de liquidarme, la encargada de la caja susurraba:

—El jefe es un bruto, un verdadero animal. No sabe tratar a sus empleados. Mejor que se retire de aquí. Ya encontrará algo mejor.

Como maestro de español la experiencia fue breve y a la vez triste. Trabajé alrededor de diez días en una escuela de jóvenes y señoritas de clase acomodada. Estudiaban idiomas en una de las colonias más ricas de París. Me contrataron para impartirles la clase de español con el compromiso de no hablarles una sola palabra en francés.

Uno de los estudiantes trató de tomarme el pelo. Le pedí que abandonara el salón durante el resto de la sesión. No accedió y me desafió. Violento me acerqué a su lugar, lo levanté, lo llevé a la puerta y lo eché del salón.

En cuanto cerré la puerta, escuché claramente afuera del salón el sonido de dos bofetadas tremendas. Los de adentro reaccionaron con un ¡Ay! A la vez, yo preguntaba abiertamente:

—¿Qué es lo que pasa?

—Fue el director —dijo alguien.

—¿Cómo, qué es lo que dice? —interrogué de nuevo.

—Sí —repuso otro— el director de la escuela tiene la costumbre de andar cerca de los salones y supervisar lo que sucede dentro. Se ha enterado de lo que ha pasado aquí y por eso le pegó a nuestro compañero en cuanto usted lo sacó.

Aquello me causó irritación. Durante mi experiencia docente de años aprendí que los chicos no se les pega. Molesto exclamé:

—¡Cómo es posible que ustedes permitan se les trate así! ¿Acaso no tienen dignidad para exigir les respeten y traten como humanos?

La respuesta fue de total indiferencia y silencio profundo. A fin de cuentas esa era la costumbre y no había nada por hacer. Cuando menos ese fue el mensaje que recibí.

Tan pronto como terminó el horario de esa clase, me dirigí a la administración a presentar mi renuncia. Lo hice por decoro y convicción. Cuando el director se enteró del motivo no daba crédito. No podía siquiera imaginar como en el mundo hay una gran diferencia entre educar y amaestrar. Tuvo la ocasión propicia para aprenderlo.

Gran incertidumbre

Del año 39 al 45 perdí todo contacto con Patricio Redondo. Cuando lo dejé de ver su salud era delicada. Estuvo en Francia pero no conoció los campos de concentración. Las autoridades francesas, durante ese periodo, le brindaron asistencia. Permitieron que algún maestro francés lo recogiera en su casa para darle la atención necesitada.

Durante todos esos años de lucha, en mí estuvo latente una inquietud, una grandísima duda: ¿Cómo pasaría Patricio esos momentos? ¿Estaría vivo, o habría muerto? En caso de vivir, ¿cuál sería su estado de salud y dónde su paradero?

En recuerdo del amigo escribí un artículo. Lo hice durante el periodo de la resistencia francesa a la ocupación alemana. El escrito se refería a experiencias educativas vividas junto con Patricio en nuestras respectivas escuelas de España. Expresé las principales ideas educativas que los dos amábamos extrañablemente. El artículo fue publicado en Francia, como folleto, por las Juventudes Libertarias. Con gran incertidumbre lo dediqué con unas palabras parecidas a estas: "Vivo o muerto, a Patricio Redondo".

Al tiempo se aclaró el panorama. Felizmente mi amigo estaba vivo. En 1940 había llegado a México, al puerto de Coatzacoalcos. Entró en calidad de refugiado. Originalmente su destino era otro. Las puertas de México ya se

habían cerrado para los exiliados españoles. Habían entrado muchos y no se tenía capacidad para más. Patricio viajaba con muchos otros refugiados en un barco rumbo a Santo Domingo. Una vez ahí, la embarcación ancló fuera del puerto. No dejaron entrar a ningún exiliado.

El capitán del navío logró entablar comunicación con elementos de la República Española exiliados en México. Por tal conducto se consiguió que Cárdenas abriera una vez más las puertas del territorio mexicano. Puso una condición: el desembarco sería en Coatzacoalcos y los refugiados quedarían distribuidos en Veracruz. Ninguno radicaría en la capital del país. Fue así como Patricio llegó a San Andrés Tuxtla, donde tardó poco en abrir la Escuela Experimental Freinet. Con este importante paso, Patricio introdujo en México el pensamiento y las técnicas educativas de Freinet. Al principio enseñó a la sombra de un árbol.

Invitación, preparativos y viaje

Patricio obtuvo mi dirección de París y comenzó el carteo. Se dio una gran comunicación. Unas de nuestras cartas prácticamente se cruzaron en el camino.

—Tapia, ¿te quieres venir a México?

—Oye Patricio, ¿podría ir a México?

Patricio se puso a trabajar inmediatamente por mi causa. Fue auxiliado por el abogado Carlos de la Maza con quien poco tiempo después trabé profunda amistad. Patricio consiguió mi entrada al país. El gobierno mexicano puso una condición. Nos otorgaría el ingreso como visitantes por tiempo indefinido, a mí y a dos de los míos. A cambio adquiríamos la obligación de radicar en San Andrés, al lado de Patricio. Este, a su vez, respondería por nosotros ante el gobierno mexicano.

Ni loco podía desperdiciar una oferta tan generosa como la anterior. En México me esperaba un gran amigo y un territorio en donde habría de continuar mi labor magisterial. De inmediato me puse a preparar para emprender el viaje a esas nuevas e intensas vivencias.

Platiqué con Cata lo de la invitación a México. Decidimos ir con nuestro hijo Rafael quien contaba entonces con diecisiete años. Se encontraba en plena formación y no estaba atado por algún compromiso insalvable para permanecer en Francia.

Aunque hubiera querido cargar con toda la familia, no lo hubiera logrado por una simple razón. Patricio no podía conseguir documentación para la

entrada de un regimiento a México. El tenía la responsabilidad por nosotros. ¡Con tres era más que suficiente!

Para entonces los seis hijos que se quedaban en Francia tenían su camino trazado. Las hijas ya estaban casadas. Los demás habían echado raíces en sus trabajos. Algunos estaban en pleno noviazgo. Todos vislumbraban buenos horizontes. Los seis estaban jóvenes. Yo no. En Francia hubiera necesitado revalidar mis estudios de normalista y aprender bien el francés. La tarea implicaba comenzar de nuevo, pero tarde. Prácticamente era imposible. No estaba en edad ni en condiciones para esos trotes.

En cambio, veía en México una segunda patria generosa. Con el mismo idioma y costumbres parecidas, podría trabajar de nueva cuenta en el magisterio.

No recuerdo en qué trabajaba en esos momentos, pero lo hacía intensamente para ahorrar todo cuanto se pudiera y salir para México. Por fin llegó el ansiado día. Fue en diciembre de 1948.

A la alegría de partir a la nueva patria se sumaban la tristeza y las lágrimas de despedida. En todos estaba latente una incógnita: ¿Nos volveríamos a reunir todos juntos en alguna ocasión? Incluso en estos momentos tan duros encontré gran apoyo en Cata. Adolorida y triste, dejó a sus seis hijos para continuar a mi lado la lucha en tierras lejanas.

Zarpamos en el puerto de Havre, en un barco de vapor norteamericano. Nuestro destino, después de seis días de viaje, sería la ciudad de Nueva York. Viajamos en una embarcación utilizada por las tropas durante la guerra. Estaba en muy malas condiciones. Era el último recorrido que hacía antes de entrar a un dique de reparación.

Desembarcamos en Nueva York justo para la Navidad. Estuvimos ahí un par de días antes de abordar el ferrocarril norteamericano que nos conduciría a territorio mexicano.

Azarosa entrada

Llegamos a Nuevo Laredo procedentes de Nueva York. Necesitamos transbordar del ferrocarril norteamericano a uno mexicano. Fue necesario pasar por migración. Presenté la documentación en regla. El vista aseguró:

—Por el momento no pueden viajar a la capital. Hoy han entrado muchos extranjeros a México. Esperarán aquí... Tal vez mañana —el hombre hizo una pausa y continuó con una pregunta— ¿En caso de que se les permita viajar ahora, cenarán en el carro del ferrocarril?

—Por supuesto, tenemos hambre —contesté.

—Entonces suban, les deseo un buen viaje.

El ferrocarril inició la marcha. Francamente yo no hilaba todo lo sucedido. Estaba confundido. Al poco tiempo pasamos a cenar. En cuanto terminamos pedí la cuenta al camarero. ¡Caramba! Al revisarla me espanté de lo que cobraban. Prácticamente era el equivalente de una buena parte del dinero que llevaba conmigo. El monto del cobro no coincidía ni remotamente con los precios anunciados en la carta. Pensé habría un error. Lo comenté discretamente con Cata y Rafael.

-¿Qué hacemos?

—Mira, Pepe, para como están las cosas será mejor no remover.

—Sí, papá, mi mamá tiene razón. Paga y listo.

Así procedí. En cuanto salíamos del carro comedor, el camarero le avisó a uno de los vistas, quien viajaba en le ferrocarril, que ya habíamos pagado la cena.

Los acontecimientos no me gustaban nadita. Durante buena parte de la noche estuve muy inquieto y temeroso de que nos bajaran del ferrocarril antes de llegar a nuestro destino. No fue así. En la madrugada del 28 de diciembre del 48, el ferrocarril aquel arribó a la Estación de Buenavista, en la Ciudad de México. Felizmente aquello no era una inocentada.

La duda acerca del costo de la cena aquella se aclaró pronto. Fue una clásica "mordida".

Esperábamos poder pasar el año nuevo en compañía de Patricio y así revivir nuestra vieja costumbre. Estuvimos tres días en la capital sin poder anunciarle nuestra llegada. Al no localizarlo ni obtener respuesta, decidimos trasladarnos a su encuentro en San Andrés Tuxtla. Nos fuimos el último día del año por la mañana.

En la estación del ferrocarril, mientras esperábamos la salida, casualmente supimos que Patricio se encontraba en la Ciudad de México. Ni pensar en quedarnos. Era tarde para posponer el viaje y localizar al amigo en la capital. Nada más le dejamos dicho, con quien nos había puesto al tanto, que lo esperábamos en San Andrés.

El viaje fue pesado. El ferrocarril no era directo. Hubo que hacer varias conexiones y traslados. De la capital a Veracruz y de ese puerto al cercano pueblo de Rodríguez Clara. Ahí tomamos el último trenecito con destino a San Andrés. En la estación de Rodríguez Clara nos tocó pasar el año nuevo y esperar prácticamente todo el día primero la llegada del tren para abordarlo. Ahí casi no había más vida que las ratas que paseaban por la estación. ¡Fue horrible el inicio del año 49! La noche del día primero salimos rumbo a nuestro destino para llegar en la madrugada a San Andrés.

En la estación nos esperaba alguien a nombre de Patricio quien, a los pocos días, estuvo con nosotros. Después de años de separación, el encuentro con el amigo fue muy profundo y emotivo. Había muchas novedades que platicar y otras tantas cosas para repasar.

Si la guerra nos había separado y colocado en la incertidumbre, el reencuentro nos uniría de nuevo estrechamente para avanzar en nuestro proyecto educativo. Había llegado el feliz momento de retomar juntos el camino.

El maestro Pepe resurgió en San Andrés. En 1949 me convertí en hijo de ese poblado gracias al cual nací a otra vida. Siempre he reconocido esta grata realidad. Como muestra de ello llevé puesta, durante parte de mi vida magisterial, la guayabera que conocí en esa tierra.

Volver a trabajar con niños

En San Andrés, pronto entré en contacto con la educación. Patricio había instalado ahí su escuela. Era una primaria sencilla establecida en una vieja casa del pueblo en donde, además de enseñar, mi amigo vivía.

Volver a trabajar con niños en el salón de clases fue motivo de alegría y realización personal. Lograrlo había sido uno de mis anhelos durante los diez años vividos marginado de la escuela.

Patricio me facilitó la impartición de las clases de ciencias naturales en todos los grados de su escuela. Hice la clase viva como en España. Un buen día llegó un chico acompañado por su padre.

—Maestro, mi hijo me ha pedido traer este tigrillo para que lo estudien. No tiene inconveniente en...

—No, hombre. Nada más faltaba. Encantado de que lo haya traído. Nos servirá mucho para el estudio de los felinos. En cuanto lo desocupemos se lo devolvemos sano y salvo.

El animal estaba precioso. Era del tamaño de un gato. Estudiamos todo cuanto pudimos de él. A los chicos se les ocurrieron inquietudes formidables. El tigrillo les proporcionó muchos conocimientos y los recibieron con gran entusiasmo. Permaneció libre en la escuela durante algunos días sin ningún riesgo para nadie. Se hizo una investigación estupenda sobre su anatomía, sus funciones, sus costumbres y qué sé más. Después lo regresamos a su dueño. El chico se sintió realizado por haber contribuido a la clase de ciencias naturales con su animalito.

Junto con Patricio planeamos algo. El proyecto consistía en ampliar la escuela con un internado. A la escuela acudían niños procedentes de los alrededores de San Andrés. Vivían dispersos como huéspedes en diversos

sitios. Nuestra meta era dar cabida a todos esos chicos en el internado para brindarles una educación más completa en un ambiente acogedor.

En el internado, Cata se encargaría del trabajo relacionado con la alimentación, el vestido y el albergue de los chicos. Los aspectos administrativos y la formación escolar correrían por cuenta de Patricio y mía.

No conseguimos un local apropiado, la escuela se quedó sin internado, y nuestro proyecto frustrado. Como consecuencia, mis planes de vida cambiaron. Me vi en la necesidad de aceptar el desempeño de un trabajo administrativo ajeno a la educación. Por supuesto, no me desvinculé de Patricio ni de su escuela.

Breve estancia

Unos meses después de nuestro arribo a San Andrés, me hice cargo de la gerencia del Hotel Colonial, recién inaugurado. Ahí viví con mi mujer y nuestro hijo hasta febrero de 1950. Veía por el funcionamiento del hotel. Atendía a los huéspedes y supervisaba todo. Cata me ayudaba en el restaurante y Rafael en lo administrativo.

En cierta ocasión, un huésped llevó como compañero de habitación a un chango. Al verlo llegar me preocupé.

—Mire usted, señor. No le voy a negar la habitación. Pero le pido tenga guardado al chango en el cuarto y no lo deje salir. Así todos estaremos tranquilos.

—No, hombre. No se inquiete. Es un animal muy pacífico y amigable. Se lo aseguro, no hará ningún desperfecto —quiso tranquilizarme.

El hombre aquel pasó varios días en el hotel y el chango, su compañero de cuarto, acabó paseando por todas partes sin molestar para nada a nadie. En cambio hizo varias amistades.

Los dueños del hotel vivían enfrente. Tenían caballos. Me prestaban uno. Fue así como conocí y recorrí la región. Después de la comida mi hijo se quedaba a atender el hotel. Yo montaba en el caballo y salía a dar diariamente un paseo. Fui por veredas, llanos y montes. Observé y disfruté paisajes y lugares extraordinarios.

Con gran frecuencia llegaba a donde había campesinos, a las puertas de sus hogares. Eran muy obsequiosos. Charlaba con ellos y descansaba así un poco. De esta manera se dio mi primer contacto con el campesinado mexicano del cual siempre recibí grandes lecciones.

La información obtenida en esos paseos la iba sumando. De esta forma conocí lo principal de San Andrés: su historia, sus costumbres, sus tradiciones, sus rincones y lugares de interés...

Por las noches, de regreso en el hotel, pasaba unas interesantes veladas con don Carlos de la Maza. Era un hombre culto. Fungía como maestro de matemáticas en la secundaria pero, sobre todo, era muy buen conversador. En dos mecedoras nos sentábamos, uno al lado del otro, y a charlar.

Hablábamos de la vida en México. De su economía, su política, sus costumbres, sus problemas, y muchos otros aspectos más. Reflexionábamos acerca del jornal del campesino. Ya entonces, no le alcanzaba para gran cosa. Discutíamos de la riqueza de las tierras de San Andrés y de la explotación de los indígenas por los caciques. Me puso al tanto de la organización política mexicana y de la triste realidad del partido oficial. Poco a poco fui conociendo la cruda realidad de mi segunda patria.

También hablábamos del mundo, de su historia, sus guerras, sus desigualdades y sus progresos. Yo le platiqué mucho de mis experiencias en Europa. De mi vida magisterial, de la Guerra Civil, de los campos de concentración y de la Segunda Guerra Mundial.

En la capital

Busqué la oportunidad y, en cuanto se pudo, me desenganché del Hotel Colonial y partí a la Ciudad de México. A principios de 1950 mi calidad migratoria cambió. De visitante pasé a inmigrante. Se me abrieron así las puertas para buscar y encontrar trabajo. A la vez, Patricio quedó liberado de la carga de responder por nosotros ante el gobierno.

En aquellos momentos, lo fundamental era conseguir trabajo para vivir. No me importó mucho que no fuera de tipo educativo. El primer trabajo obtenido en la capital fue muy sencillo. Fui vigilante de una obra. El arquitecto constructor era español refugiado y, en cuanto supo mi situación, me dio empleo. Duró poco tiempo.

De la construcción pasé a una casa editora: la Unión Tipográfica Editorial Hispano Americana. Ahí colaboré en la elaboración de los últimos tomos de la célebre Enciclopedia UTEHA. En la sección de geografía comencé mi quehacer cuando la obra se encontraba muy avanzada en la letra "R". Fui redactor y corrector.

El trabajo dentro de la editorial fue instructivo, bonito y alegre. Tenía mucha relación con la educación. Tuve una gran suerte. Dentro del equipo de colaboradores había varios exiliados españoles entre quienes destacaban Rioja, Gaos y Millares Carlo. Propiciaban un ambiente de trabajo magnífico. También me encontré con Miguel Santaló y Gabriel García Narezo.

Mi hijo no tenía trabajo. Salió un anuncio en el periódico solicitando personal. Fuimos a indagar. Requerían dos personas con experiencia en el manejo de principios de contabilidad. El dueño del negocio resultó ser una persona agradable y conversadora. Como Rafael tenía estudios de radio y televisión por la ORT lo canalizó con un judío amigo suyo propietario de un taller de reparación de radio y televisión. Ahí entró a trabajar mi hijo.

Yo todavía trabajaba en la UTEHA, cuando una tarde llegó Rafael a la casa y me dijo:

—Papá, mi patrón, el señor Reider, quiere hablar contigo. Te pide pases a verlo.

—Muy bien, ahí estaré mañana en cuanto salga de la editorial.

Como lo ofrecí, fui a visitarlo. Me invitó un café en su despacho. En un momento dado de la conversación señaló con el índice un lugar preciso y me preguntó:

—¿Ve usted esos papeles amontonados en el piso?

—Por supuesto, cómo no los voy a ver —le dije y a la vez le pregunté de qué eran tantos documentos.

—Pues fíjese usted, son facturas y papeles contables de la empresa correspondientes a varios años fiscales. Mi contador quiere que alguien se los sistematice en un borrador para poder asentar los datos en los libros de contabilidad. Tal vez usted, señor Tapia, pueda y quiera hacerme ese trabajo. ¿Qué me dice?

Me levanté para ver de cerca aquel cerro de papeles empolvados. Medité la propuesta y contesté:

—Tengo trabajo con horario. Sin embargo, por las tardes, podría ir haciéndolo poco a poco. Solamente le pongo una condición. Que alguno de sus trabajadores me acomode los papeles por fechas para poder hacer el borrador. Si le parece bien, comienzo el lunes.

Aceptó y pactamos mi remuneración. Unas cuantas semanas después le entregué terminado el borrador. Al recibirlo me dijo:

—Antes de pagarle por su trabajo quiero que tenga una entrevista con mi contador quien recibirá de conformidad. Podrá ser mañana mismo. Espero no le...

—No, no me molesta. Hablaré con su contador y aclararé todas las dudas que surjan —lo interrumpí.

El contador quedó muy satisfecho con mi borrador y yo recibí mi paga.

Algún tiempo después el tal Reider me propuso quedarme como contador y administrador de su negocio. Acepté pues aquel ofrecimiento coincidió con la terminación de mi trabajo contratado por la UTEHA.

Tenía mi vida bien organizada en la Ciudad de México. Recibí carta de San Andrés. Patricio me pedía regresar con él cuanto antes porque había posibilidades reales de ampliar la escuela con el internado y trabajar juntos. Comenté con Cata la propuesta de Patricio. Decidimos que por el momento nos quedaríamos en la capital. Le expliqué a Patricio mi situación laboral. El supo comprender.

Nunca más volvimos a hablar de trabajar juntos una escuela. Dado nuestro carácter, seguramente no lo hubieramos podido hacer por un tiempo prolongado. El permaneció en San Andrés y yo en varias regiones del país. No obstante la distancia física que nos separó, nuestros lazos espirituales se estrechaban cada día más y más.

Refunfuñeo

En el taller de reparación de radio y televisión me convertí en Jefe de la Sección de Administración. El dueño del negocio se quejó en varias ocasiones con el personal. Había varios compañeros que llegaban muy tarde y tenían la desfachatez de retirarse antes de la hora convenida.

El personal no reaccionó a las llamadas de atención y el señor Reider decidió instalar reloj checador. Cuando lo hizo pasó por todas las secciones y avisaba:

—A partir de mañana tendrán que checar su entrada y su salida en el reloj. Cada quien encontrará su tarjeta. No olviden hacerlo pues se les descontará el pago del día que no chequen.

A primera hora del día siguente llegué a trabajar siendo uno de los primeros, como de costumbre. Recordé lo de la checada. Acudí en busca de mi tarjeta y no estaba. No di mayor importancia a su ausencia y me puse a trabajar como si nada.

Pasado el tiempo, llegó hasta mi lugar una maestra española exiliada. La conocí ahí en la empresa. Fungía como jefe de la sección de comunicación existente entre la oficina y los transportes del negocio que prestaban servicios a domicilio.

Sin reflexionar, la mujer se dirigió a mí en un plan bastante altanero:

—¡Esto es el colmo! Parece mentira que el señor Reider haga esas diferencias tan marcadas entre los jefes de sección. Ya me enteré, a tí no te ha puesto tarjeta checadora y a mí sí.

—Mira —la paré en seco— será mejor que no te metas conmigo porque yo no sé nada de las tarjetas ni me interesan en lo más mínino. Me da lo mismo tener o no que checar tarjeta. Para mí lo importante es sacar el trabajo adelante, necesite el tiempo que necesite. Si el asunto te inquieta tanto, será mejor si lo tratas directamente con el jefe. ¡Anda, déjame en paz y no me quites el tiempo!

Llegó el dueño del negocio y enseguida entró la mujer a quejarse con él. Mi oficina colindaba con la jefatura y pude escuchar con claridad la conversación que sostuvieron.

Cuando la mujer aquella terminó de lamentarse, recibió una respuesta contundente:

—Mire señora, esto es algo que no tendría por qué explicarle, pero voy a hacerlo. Si le pongo tarjeta checadora al señor Tapia, le necesitaré pagar horas extras porque siempre llega a trabajar antes de la hora convenida y se va después de que le toca salir. ¡Es muy trabajador! Pero el resto del personal, y usted entre ellos, requieren se les controle el horario. A ver si así llegan a tiempo y dejan de ausentarse a la hora que les da la gana.

La mujer, muy molesta, no tuvo nada por agregar , y salió refunfuñando.

Mejor no

En la Ciudad de México tuve una primera expectativa de trabajo escolar.

El dueño de la escuela era el psiquiatra Leopoldo Salazar Viniegra. Estaba por iniciar un interesante proyecto educativo. Se trataba de una escuela primaria particular. Atendería a niños de pocos recursos económicos. La escuela se llamó Centro Psicopedagógico de Orientación, pero le decían "Casa sin Rejas".

Salazar Viniegra había entrado en contacto con Patricio. Estaba interesado en una educación abierta, participativa, libre y responsable parecida a la de la Escuela Experimental Freinet. Le llegó a pedir a mi amigo que se encargara de la dirección de la naciente escuela. Por supuesto, Patricio no aceptó. No estaba loco para abandonar su escuela de San Andrés y ponerse a dirigir una ajena.

Rechazó el ofrecimiento pero le ofreció al psiquiatra presentarle a un compañero con igual experiencia educativa y semejante formación freinetiana. Ese fui yo. El hombre aceptó y, al poco tiempo, Patricio nos puso en contacto. Platicamos ampliamente acerca de la educación y de su proyecto. Estuve muy cerca de él durante la organización de su escuela.

Invirtió toda una fortuna. La escuela era muy amplia y bien equipada. Sus instalaciones delimitaban un amplio patio decorado con un gran mapa de la República Mexicana. Una alberca hacía las veces de Golfo de México.

El plantel contó con espaciosos salones, cada cual con su prensa Freinet. Había talleres de carpintería, encuadernación e impresión. Tenía salón de actos, comedor, biblioteca, observatorio astronómico y meteorológico, jardín botánico, parque zoológico, acuario, terrario y el Centro Psicopedagógico de Orientación.

Un espacio de la escuela estaba destinado a la construcción de habitaciones para los maestros. Estos podrían vivir solos o acompañados por sus familiares, pero su arraigo permanente era indispensable pues formaba parte del proyecto. En pocas palabras, se trataba de una escuela fuera de lo común. Estaba rodeada por la naturaleza. Había sido pensada como un espacio abierto al mundo y a la vida.

La invitación recibida para dirigir aquello era muy tentadora. Medité muy bien los pros y los contras antes de tomar una decisión. Salazar Viniegra era una magnífica persona. Sin embargo algo me detuvo a aceptar. Comprendí que nuestro carácter y forma de ser eran incompatibles. Que chocaríamos en el trabajo. Que nuestras fricciones serían contraproducentes para la escuela y los niños. ¡Esto último no! Con cierto dolor dije, mejor no. Rechacé el ofrecimiento. No me arrepentí.

Preferí presentar y proponer, como director para esa escuela a Ramón Costa. También había llegado a México. Trabajaba para un editor de varias revistas. Colaboré en una de ellas con artículos de temática educativa. En esa misma época participé en unas jornadas por la paz de España.

A Ramón le cayó bien el trabajo. Fue el director de la Casa sin Rejas. Se entendió bien con el dueño durante algún tiempo. Posteriormente tuvieron un rompimiento definitivo. Se distanciaron y después Salazar Viniegra enfermó de gravedad. Llamó a Ramón y le ofreció disculpas por su comportamiento. Costa supo perdonarle. Al poco tiempo falleció el psiquiatra y, junto con él, también murió la Casa sin Rejas.

Educación indígena

Comenzaba 1955. Conocí a Ricardo Pozas y a su esposa Isabel. La presentación la hizo Patricio y fue intencionada. El matrimonio trabajaba para el Instituto Nacional Indigenista. Ricardo estaba al frente del Centro Coordinador Indigenista de Papaloapan. Su mujer fungía como directora de educación del propio Centro.

El problema, al cual se enfrentaban, era la alfabetización de los mazatecos. El Indigenista tenía por sistema alfabetizar a los indígenas, de las diferentes regiones, en su propio idioma. Después procedía a castellanizar.

Los mazatecos configuran un grupo étnico de idioma tonal con cinco tonos fundamentales. El significado de sus palabras cambia según el tono de pronunciamiento. Alfabetizar así sería complicadísimo. El idioma es muy difícil y no estaba bien estudiado.

Conocí a una lingüista norteamericana, llevaba diez años entre los mazatecos y no acababa de dominar el idioma. Constantemente le surgían dudas con el sonido de las palabras. Si esto le pasaba a una especialista, ¿qué no sucedería con los desconocedores de ese idioma?

El Instituto decidió proceder de otra manera en la alfabetización de los mazatecos. Se hizo la alfabetización directa al castellano. Para lograrlo, los Pozas le pidieron consejos a Patricio. El les sugirió que platicaran conmigo para encontrar una solución viable a la alfabetización de ese grupo.

Visité detenidamente la región a petición de los Pozas. Me di cuenta, se podrían poner en práctica con éxito las técnicas Freinet. La redacción e impresión de los cuadernos de trabajo darían a los niños una gran cantidad de oportunidades para aprender fácilmente el español.

Una vez concluida mi visita conversé ampliamente con Ricardo e Isabel. Se entusiasmaron por mi sugerencia y me pidieron les elaborara un programa de alfabetización, basado en Freinet, para esa región de la Cuenca del Papaloapan. Con gusto se los hice y se los presenté.

En el programa expliqué la procedencia y el significado de las técnicas Freint, en especial me referí a la prensa escolar. Indiqué su carácter económico. Para el Indigenista no sería gravoso manejar la imprenta escolar. Esta última sería un magnífico instrumento para que los niños se sumergieran rápidamente en el aprendizaje del español, basándose en la redacción e impresión de textos de su propia realidad.

Propuse que las tareas de alfabetización quedaran en manos de promotores de la educación contratados por el Instituto. Haría falta algo. Se necesitaría de alguien para enseñarles a los promotores el manejo de las técnicas Freinet y el pensamiento en el cual se inspiran.

—Y ¿quién mejor que usted podría hacerlo, maestro Tapia? —inquirió uno de los Pozas.

—Me gustaría mucho prepararlos, pero no puedo. Soy contador de una empresa y...

—¿Y si pide una licencia a su patrón para ausentarse durante un mes y darnos el curso? —sugirió Ricardo.

—Me parece una buena idea. Les ofrezco intentarlo.

Conseguí la autorización y fui a dar a Temazcal. Los promotores estaban contratados y me esperaban. Se interesaron mucho en el curso. Hicieron bien su trabajo. Adquirieron cariño por las técnicas Freinet. Concluyó el mes y el

curso. Todos quedamos satisfechos con los resultados. Fue entonces cuando, en una conversación, tomé una decisión importante.

—Maestro —me dijo Ricardo— ¿y si se viene usted a trabajar con nosotros? Le conseguiremos un sueldo equivalente al que gana. Tendrá habitación para usted y su esposa. ¿Qué le parece? ¡Piénselo!

—No hay mucho que pensar. Si de veras lo quieren, aquí me tendrán. Unicamente necesitaré un par de semanas para no dejar cabos sueltos en la contabilidad del negocio que llevo.

Renuncié al rutinario trabajo contable para incorporarme a un trabajo educativo muy gratificante. Me convertí en supervisor escolar dentro de ese Centro del Instituto Nacional Indigenista. Me encargué de organizar y mejorar las escuelas del Instituto en esa zona. Dependí directamente de Isabel Pozas. Le informaba los avances, necesidades y limitaciones de la vida escolar indígena. Siempre me dio su apoyo. Fue muy colaboradora.

Se organizaron cooperativas escolares. Trabajamos el texto libre. Se construyeron varias prensas Freinet. Se alcanzaron logros significativos. Los alumnos mazatecos se fueron aficionando a redactar e imprimir textos basados en su realidad. ¡Aquello era maravilloso!

Cumplí un año en la zona. Se dio un incidente muy desagradable. Un lingüista norteamericano tuvo una intervención inesperada en la alfabetización. Era miembro de un tal Instituto Lingüístico de Verano. Comenzó a desvirtuar nuestro proyecto educativo impregnado de libertad, creatividad, espontaneidad y responsabilidad. La alfabetización le sirvió de pretexto para adoctrinar a los mazatecos en cuestiones religiosas. No fue capaz de ocultar que en el fondo quería someterlos como en la época de la Colonia.

Todos en la zona nos opusimos. Los promotores, los Pozas, los mazatecos y yo. Acudimos ante Alfonso Caso quien era el director del Indigenista. No obtuvimos apoyo. Los intereses del Lingüístico eran muy poderosos y Caso optó por el camino fácil. Dio la espalda a nuestro proyecto. Los mazatecos fueron hechos a un lado. Los Pozas renunciaron y yo con ellos.

Gonzalo Aguirre Beltrán era el Subdirector del Indigenista. Habló conmigo. Seguramente lo hizo a petición de Caso.

—Maestro, me apena lo que ha sucedido. Pero ... créame, estoy interesado en el proyecto educativo de Temazcal. Tengo entendido que usted lo echó a andar. No lo dejemos trunco. A nombre del Instituto le ruego continúe con el trabajo. Piénselo unos días y resuelva. ¡Ojalá y su respuesta sea afirmativa!

Medité cuidadosamente la situación. Sopesé los acontecimientos. La salida de los Pozas me dolió mucho. Más me hubiera dolido dejar a los mazatecos abandonados a su suerte y que muriera el proyecto. Decidí proseguir con el trabajo, pero solamente por un año más. Mis propósitos eran los de afianzar bien el proyecto para que los promotores continuaran después con total independiencia.

Pasado el año, hice valer mi renuncia. Poco antes de irme, Caso fue de visita a la zona. Entró a uno de los grupos escolares y pudo ver cómo se trabajaba. Cuando estaba por retirarse del salón, el promotor que estaba al frente del grupo le hizo una petición.

—Señor director. El maestro Tapia se va de nosotros y nos deja un gran vacío. Nos ha enseñado mucho y los promotores estamos dispuestos a continuar con la obra educativa. Pero necesitamos una buena biblioteca. Esperamos nos mande libros.

Caso ofreció mandar los libros y se retiró. Ya a solas, le dije al promotor:

—¡Ah bárbaro! ¿Qué, no conoces a Caso?

—Si la petición no la hubiera formulado yo —contestó sonriente— la habría hecho el promotor del grupo al que hubiera visitado el director. Todos los promotores estábamos de acuerdo.

A los pocos días me retiré. Después supe que los mazatecos recibieron del Indigenista la biblioteca solicitada. Pero en esencia la situación de los indígenas no mejoró. El Instituto Indigenista me había desilusionado. Hacía muchas promesas y luego no las cumplía.

A cambio, acontecían situaciones muy tristes como ésta: Cuando Caso fue de visita a Temazcal, pasó ahí la noche. El Instituto tenía instalaciones en las cuales vivía el personal de la zona. A los lambiscones de Caso, las instalaciones les parecieron poca cosa para que durmiera el director. Le mandaron levantar una casa preconstruida totalmente amueblada, para que no extrañara sus comodidades de la ciudad ni por una sola noche. Todo lo anterior sucedió en momentos en los cuales el Indigenista nos debía salarios a los empleados de Temazcal. Se decía que no había recursos para pagarnos. ¡Pero que tal para derrochar!

¡Y todo por un texto libre!

En la Cuenca del Papaloapan tuve a mi cargo el programa de castellanización de los niños mazatecos por las técnicas Freinet, es decir la castellanización a través de los textos libres.

Como los niños estaban motivados, querían escribir y expresar su pensamiento en castellano. Es por eso que se pasaban buena parte del día con los promotores preguntándoles el significado de palabras y más palabras. De esta forma la castellanización era deseada y no impuesta.

La castellanización era tan espontánea que cierta vez se suscitó un problema porque un chico escribió un texto libre que más o menos decía así:

> Estoy muy triste porque mi padre se fue de la casa y nos abandonó a a mi madre, a mis hermanos y a mí

Fue un texto crítico surgido de la libre expresión del niño basada en su vida, en su propia realidad. Era lo que el muchacho platicaba en ese momento, lo que le preocupaba, lo que le angustiaba...

El muchacho estuve preguntando y preguntando el significado de las palabras para poder redactar su texto tan significativo. Una vez que lo logró, se formó el texto con los tipos de imprenta y se imprimió.

Pero a los pocos días llegó conmigo el padre, furioso.

—¿Con qué derecho —me decía— la escuela interviene así en mi vida privada?

Entonces tuve que hablar mucho con él para hacerle ver lo que realmente pasaba. Que, por cierto, era muy importante.

—Para empezar —aseguré— la escuela no se está metiendo en su vida privada. Sucede algo muy diferente. Es su hijo quien está expresando la angustia por la que está pasando. Si el niño ha escrito eso en su texto es porque verdaderamente está preocupado y además muy triste. Por todo lo anterior le sugiero que, en lugar de venir a crear un conflicto en la escuela, recapacite en el dolor que les está causando a sus hijos por haberlos abandonado. Por último, reflexione usted cómo lo escrito por su hijo es una riqueza emanada de la oportunidad que le brinda el trabajo escolar a partir del texto libre. De no ser por éste, el problema seguramente no hubiera aflorado en forma tan clara.

Conforme me escuchaba —lo percibí en su rostro y en sus ademanes— el hombre aquel se fue tranquilizando poco a poco y cuando estaba completamente calmado, con gran serenidad me dijo:

—Tiene usted razón, maestro, discúlpeme.

Al tiempo supe que en esa familia las cosas habían cambiado. El comportamiento y las relaciones de todos ellos se modificaron e incluso parece que el padre volvió. ¡Y todo por un texto libre!

Apóstol de la escuela rural

En Tierra Blanca, los sábados, compraba las provisiones para la semana. Era la población importante más próxima a Temazcal. En esos ires y venires,

entré en contacto con el inspector escolar de ese lugar. Se trataba de un hombre bastante joven, agradable y con una gran virtud educativa: los sábados propiciaba la reunión en la inspeción escolar de un grupo de maestros voluntarios para charlar informalmente sobre temas educativos. A esas reuniones acudían también padres de familia si lo deseaban.

Como era de esperarse, bien pronto me sumé a esas reuniones. Hacía las compras y me personaba en la inspección. Fue así como conocí en el grupo a un joven maestro de nombre Juan José. Como supo que yo tenía un nieto con el mismo nombre, bien pronto me empezó a decir abuelo. Lo hacía con cariño. El inspector me fue conociendo y, a mi lado, aprendió algo de las técnicas Freinet. Se interesó por introducir la imprenta en las escuelas de Tierra Blanca. Pasó a los hechos. Determinados padres de familia construyeron las prensas y pronto estuvieron en manos de los escolares. Yo asesoraba el trabajo de impresión en esas reuniones sabatinas.

No pude ocultar al inspector mi cariño por los indígenas y el medio rural. Cuando me di cuenta, ese hombre ya me apreciaba y yo a él. Un buen sábado me comentó:

—Fíjese usted, tuve que ir a la Ciudad de México. Aproveché la oportunidad para visitar a un viejo maestro veracruzano, muy querido. Le hablé de usted, de su sencillez, de su manera de pensar, de su trabajo en Temazcal y, por supuesto, de su amor hacia la escuela rural. A él le gustaría conocerle personalmente e intercambiar opiniones y experiencias con usted. Me pidió se lo comunicara. El está enfermo y no puede venir a donde usted. Pero quizá...

—Le prometo, lo visitaré cuando vaya a la Ciudad de México —interrumpí. Dígame de quién se trata y su dirección.

Saqué papel y lápiz para anotar y me llevé una grata sorpresa. Me estaba hablando de don Rafael Ramírez. Yo conocía algo de él y de su obra. Pero de eso a conocerlo en persona... pues ni siquiera se me había ocurrido. Ante esa gran oportunidad, no pensé dos veces en asegurar:

—Pierda cuidado, lo visitaré. Tan pronto como pueda haré un viaje para ir a conocerlo.

Por fin llegó el feliz momento. Me presenté en casa de don Rafael. Me recibió acompañado de su esposa. Desde el primer momento fue muy atento y cariñoso conmigo. Comenzamos a charlar. Serían aproximadamente las cinco de la tarde. Se encontraba muy delicado de salud, pero durante la conversación manifestó un gran entusiasmo en todo momento. Hablamos de la educación en general, y de la escuela rural en particular. Esta última era uno de sus temas favoritos, tal vez el principal.

Se trataba de un hombre con don de gentes. Ante todo conocedor de lo que platicaba. En su biblioteca tenía un archivo formidable. De cada cosa

referida tenía un documento para avalarla. El tiempo, a su lado, corría como agua. Aproximadamente una hora después de iniciada la plática, le dije:

—Don Rafael, me voy...

—Maestro, ¿tiene usted algo importante que hacer ahora? —me preguntó sin rodeos.

—Mire, la verdad no tengo ningún compromiso. Esta tarde la guardé exclusivamente para visitarle a usted. Sé que está delicado. Llevamos alrededor de una hora de charla. Me parece justo dejarlo descansar. Por eso me voy —le contesté.

—¡Ay no, por favor, no se vaya! Hace muchos años que no he pasado un rato tan agradable como el de esta tarde. Hágame el favor de quedarse y concederme todo el tiempo del cual disponga. Deseo continuar charlando con usted. Tenemos mucho por decir.

—Si así lo quiere, por mí, encantado.

Permanecí a su lado hasta muy cerca de las ocho de la noche, cuando comprendí imprescindible la retirada.

Unas semanas después lo volví a ver. Fui con Cata para que conociera al matrimonio y ellos a mi mujer. Después fueron dos o tres veces más las que lo visité. Las conversaciones fueron siempre profundas. Hicimos un repaso de la vida escolar y de la importancia de la escuela rural para el mundo.

A partir del contacto con don Rafael Ramírez quedé, para siempre, entrañablemente unido a él, el gran apóstol de la escuela rural mexicana.

Ilusión pasajera

Estaba por concluir mi estancia en Temazcal. Había conocido bien al maestro Antonio Barbosa. era el director de Educación Primaria en la zona del Papaloapan. Hicimos buena amistad. Como yo, él estaba interesado en la alfabetización de los mazatecos. Puso atención en mi trabajo y le gustó. Observó el funcionamiento de las técnicas Freinet. Se dio cuenta de los avances en la alfabetización gracias a los textos libres y su impresión.

Barbosa visitaba con frecuencia las escuelas de los poblados de su zona de trabajo. Le gustaba que yo lo acompañara a esas visitas. El mismo se encargaba de pedir la autorización de Ricardo Pozas para que me permitiera ir a su lado.

Charlamos muchas horas sobre la educación escolar del indígena. Acordamos trabajar un interesante proyecto dentro de su ámbito territorial de acción. Sería cuando yo dejara de trabajar para el Indigenista. Se trataba de la creación de una escuela de capacitación de maestros rurales. Le presenté por escrito un proyecto para el funcionamiento de la escuela.

Estaría en Tierra Blanca. Sería una primaria unitaria. Contaría con material y mobiliario apropiados para el trabajo colectivo y la investigación. Tendría biblioteca, parcela, cooperativa escolar y otras cosas más. Se utilizarían las técnicas Freinet.

Los maestros trabajarían con los niños bajo mi dirección. Primero me observarían al frente del grupo. Más tarde ellos estarían en ese lugar. Poco a poco se empaparían de las técnicas Freinet. Una vez que las manejaran partirían de la escuela. Tendrían el desafío de ir a otro lugar a realizar por su propia cuenta el trabajo escolar. Cada vez que saliera un maestro ingresaría otro nuevo a iniciar su proceso de capacitación.

El proyecto estuvo muy avanzado. Teníamos vistas las instalaciones para albergar a la escuela. Se estaban corriendo los trámites de aceptación del proyecto en la Secretaría de Educación. Para iniciar la capacitación yo seleccionaría libremente a dos o tres maestros. Barbosa haría lo propio con otros tantos.

Aconteció un accidente aéreo en Ciudad Alemán. Una avioneta se desplomó cuando realizaba pruebas de vuelo. Murieron los tripulantes. Entre ellos estaba uno de los jefazos de la Comisión de la Cuenca del Papaloapan. Se realizó una investigación para tratar de aclarar lo sucedido. En las averiguaciones apareció un desfalco. Barbosa no tuvo nada que ver en él. Quedó comprobado.

Sin embargo, nuestro proyecto de trabajo se detuvo. ¡No pudo ser! Los nuevos administradores de la Comisión organizaron los dineros de otra manera. No hubo presupuesto asignado para la escuela. El proyecto fue una mera ilusión pasajera.

No lo conseguí

Terminó mi paso por Temazcal. Para entonces ya estaba profundamente enamorado de la reacción espiritual del indígena mexicano. ¡Es formidable! Tuve un propósito: encargarme de la dirección de algún internado indígena del país.

Me personé en la oficina de Mario Aguilera Dorantes. Era el director de Educación Indígena en la Secretaría de Educación. Le hablé de mi propósito. Pensaba que de él dependería lograrlo. Apenas concluía mi petición, cuando escuché un sonoro "ja... ja... ja...". Cuál no sería mi reacción de asombro y enojo, que el funcionario se disculpó:

—Maestro Tapia, no se ofenda por mi risa. No me burlo de usted ni de su objetivo. Conozco al Quijote de Cervantes, pero nunca imaginé tener presente ante mí un quijote, de carne y hueso, como usted.

En realidad yo estaba confundido y él se percató. Por eso mejor agregó de manera explicativa:

—Mire maestro, usted me pide algo totalmente incosteable para usted. Yo le puedo asignar el internado con todo gusto, pero ya verá cómo no lo va a aceptar. Usted tiene gastos personales y esposa que atender. Con el sueldo de director de internado no le alcanzaría para gran cosa. ¡Vamos, ni para comer! El jornal es tan bajo que tenemos muchísimos problemas. Figúrese, se ha dado el caso de que algún director de un internado se ha comido las raciones alimenticias destinadas a los indígenas. No se comen a estos últimos porque no son antropófagos. La situación es muy grave. Lo sé, pero la solución no depende de mí.

—No, pues realmente así, no podría responsabilizarme de un internado.

—Ya ve, se lo dije. Ahora bien, me han prometido que se aumentará el presupuesto para los internados. Sin embargo no sé cuándo. Dado el interés de usted, en cuanto autoricen el aumento, lo busco y se va de director de algún internado como quiere. Tendrá una paga suficiente, bueno, eso espero. ¿Qué me dice?

—Pues nada. Lo siento mucho pero no estoy en condiciones de esperar el dichoso aumento presupuestal. Mi mujer y yo necesitamos vivir. Buscaré trabajo en otra parte. Gracias de todas maneras. Hasta luego.

Las circunstancias me llevaron a trabajar, de nueva cuenta, en lo puramente administrativo. Unos viejos amigos de San Andrés me propusieron les manejara su negocio. En Córdoba se dedicaban a la recolección y preparado del barbasco. Lo vendían a laboratorios farmacéuticos. También tenían establecimientos en el puerto de Veracruz y en Tabasco. Formó parte de mi trabajo visitarlos. Todo lo anterior fue en 1957.

Refugiado clerical

Radicaba en Córdoba cuando lo del barbasco. Acudí a los mazatecos. Los visité para hacerles una petición. Que alguna familia nos confiara a una de sus hijas para hacer compañía y ayudar un poco a mi mujer. Pronto una familia lo autorizó. Nos facilitaron una chica quien estaba por terminar la primaria. Ofrecí a sus padres enviarla a la escuela y tratarla como de la familia. Cumplí.

La matriculé en el sexto grado. Lo hice en el Grupo Escolar Cervantes, una escuela particular en Córdoba creada por el Gobierno de la República Española en el Exilio. Precisamente la atendían maestros españoles exiliados. El director era un viejo amigo.

La chiquilla corrió con mala suerte. Cayó en un grupo al frente del cual estaba un maestro exiliado pero con ideas clericales. En todo momento trataba de influir, con sus ideas religiosas, en los niños. La pequeña fue perfectamente indentificada por el tal maestro. ¡Horror, vivía en la casa de un librepensador anarquista, o sea, yo!

Todas las tardes supervisaba personalmente el trabajo escolar encomendado a la criatura. Un día regresó a casa humillada con un problema de matemáticas tachado. Yo sabía que el resultado era correcto. No podía tolerar que ese hombre utilizara a la chica para provocarme.

Tomé la decisión de enfrentarlo y poner las cosas en su sitio. Por la mañana del día siguiente acudí temprano a la escuela. Acababan de entrar al salón. Cuando llegué me vio el director.

—Tapia, ¿qué haces por aquí? Me da gusto verte.

—¡Hola! —contesté y le expliqué brevemente el motivo de mi visita.

—Bueno, espéralo aquí que lo haré venir.

—No, de ninguna manera. El asunto lo aclararé directamente en el salón de clase. Ni tú ni nadie me lo va a impedir.

Me vio tan decidido que no se opuso a mi paso. Antes bien, me acompañó al salón. Ya ahí hablé en voz alta para que todos escucharan. Me dirigí al maestro.

—¿Por qué está tachado este problema en el cuaderno de la niña? La solución es correcta. ¡Yo mismo lo he revisado! Si quieres demostrarnos lo contrario, utiliza el pizarrón y razona. Si no, será mejor te disculpes ante ella y ante el grupo.

El hombre se quedó viendo el cuaderno, fingió revisarlo. Se vio acosado. Casi se quedó sin habla. Simplemente dijo:

—Es cierto, me equivoqué. Está bien el resultado.

El director previó que la situación se complicara. Nos pidió pasáramos a la dirección. Ahí puse pinto al maestro.

—¡Eres un canalla! A ver si te atreves a continuar molestando a la criatura porque no va a misa. ¡Eres un cochino fanático refugiado clerical! Has venido exiliado, vives y abusas del apoyo de la República, cuando tus ideas y prácticas son totalmente contrarias a las republicanas. Haces otra de estas imbecilidades y te las verás conmigo. No saldrás bien. ¡Te lo aseguro, ten mucho cuidado!

No hubo acuerdo

Con la derrota de la República Española, Herminio Almendros fue a dar a Vence. Ahí vivió algún tiempo refugiado en la casa de Freinet. Después se fue exiliado a Cuba y trabajó en cuestiones escolares.

Al triunfo de la Revolución Cubana, nombraron a mi amigo como director del Departamento de Publicaciones del Ministerio de Educación, en la sección de enseñanza rural. Las técnicas Freinet despertaron interés en el nuevo régimen y las impulsó, aunque tiempo después les canceló el apoyo dado.

Almendros me tenía bien ubicado en México y me escribió:

—Tapia, vente para acá. Tendremos la oportunidad de trabajar juntos una vez más. Lo haremos en la educación rural cubana. Te vienes con Cata y les encantará la isla.

—Sé que, por el cargo que tienes, podrás darme un nombramiento de maestro en alguna escuela rural. Trabajaré ahí intensamente con las técnicas Freinet. Tan pronto como tramites el nombramiento comunícamelo y nos vamos inmediatamente —le contesté por carta.

—No puedo darte el nombramiento a distancia. Vente primero a conocer y a que te conozcan. Después, con toda seguridad, tendrás el trabajo escolar. Hay mucho por hacer aquí en materia educativa. Recordaremos los viejos tiempos de Lérida —insistió mi amigo.

Testarudo, como siempre he sido, no acepté ir a Cuba en busca de Herminio. Quería ir a lo seguro. No podía correr nuevamente riesgos. Me había costado mucho tiempo y esfuerzos estabilizarme en México. No hubo acuerdo con Almendros. Preferí quedarme en casa. Fue mejor, se avecinaban tiempos difíciles, durísimos para mí. Quince años después, el 13 de octubre de 1974, en Cuba, murió aquel inolvidable inspector escolar y noble amigo.

Trago amargo

A principios del año 59 todavía vivía en Córdoba administrando lo del barbasco. Nuestro hijo Rafael radicaba en la Ciudad de México. Había echado raíces en la compostura de radios y televisores. Estaba por casarse y Cata se encontraba muy contenta. Pero mucho más feliz se hallaba porque los dos pronto haríamos un viaje a Francia para visitar a nuestros hijos de allá. Yo recibía un buen sueldo y había podido ahorrar para llevarla.

Estábamos comenzando a hacer los preparativos, cuando ¡qué va! Aconteció un desastre irreparable. Inesperadamente Cata cayó enferma de un riñón. Inmediatamente le proporcionamos atención médica. La pobre se puso muy

delicada. Nadie ni nada la pudo salvar. Cuando me di cuenta perdí a la compañera con quien conviví cerca de cincuenta años. ¡No lo podía creer! Dejó de existir el 19 de marzo. ¡No volvió a ver a sus hijos!

Tardé mucho en asimilar el duro golpe. Su recuerdo vive y vivirá siempre en mí. Nunca olvidaré el apoyo y aliento que me brindó en cada paso que dimos juntos. ¡Fue una gran mujer!

Poco tiempo antes de enfermarse, Cata había estado en la Ciudad de México. Aprovechó para visitar a los Pozas. Le platicaron que Ricardo Pozas y Luis Torres habían organizado una cooperativa pesquera entre los seris la cual no funcionaba bien. El Instituto Indigenista había nombrado un administrador quien en menos de un año había dejado en las ruinas a la cooperativa. Hubo, dentro del Indigenista, quien culpó a Ricardo y a Luis de no haber organizado bien la cooperativa. ¡Eso, no! Se necesitaba deslindar responsabilidades. Los Pozas me lo pidieron a través de Cata y ella me puso al tanto. Querían poner las cosas en orden y me solicitaban les echara una mano. No tuve tiempo de dar respuesta inmediata. Mi compañera murió.

Después del sepelio, pedí licencia en Córdoba y me trasladé a descansar por unos cuantos días a la capital, al lado de Rafael. Aproveché para visitar a Ricardo en su oficina del Instituto. Me contó los pormenores en torno a la cooperativa. Insistió en su petición de ayuda. Acepté ir con los seris. Para poder acudir a mi nueva cita de trabajo con los indígenas necesité revisar cuidadosamente la contabilidad de la cooperativa pesquera, renunciar a mi trabajo en Córdoba y negociar el sueldo a pagárseme por el Indigenista.

Asunto arreglado

Revisé detenidamente la contabilidad de la cooperativa seri. La encontré muy irregular. Le dije a Torres:

—Mira Luis, la contabilidad de la cooperativa está falseada. Contablemente es correcta, pero algunas partidas francamente no tienen justificación como ésta, y ésta, y ésta otra...

—Aprovechemos tu presencia —me dijo— acompáñame con el Contador General. A ver si aclaramos algo de una buena vez.

—Está bien, vamos —asentí.

El contador era un hombre joven y conocedor de los números. Sin embargo dejaba pasar cosas que yo no. Ya nos habíamos tratado durante mi estancia en Temazcal. En cuanto nos vio entrar en su oficina lo percibí nervioso. Estaba enterado de mi misión.

—Sí, ya llegó el maestro Tapia —dijo. Sí, ya sé, hay muchas partidas sin justificación, ésta, ésta y ésta —decía volteando apresuradamente las hojas— qué voy a hacer. ¡Me obligaron a anotarlas!

—Oye —le comentó Torres— por lo menos me lo pudiste haber dicho a tiempo.

La contabilidad estaba falseada, lo sabíamos. Pero no pensamos que tan pronto y fácilmente quedaran descubiertas las irregularidades. Así las cosas, estuve en condiciones de ir a mi encomienda. Me dieron la orden de iniciar una nueva contabilidad con arreglo al balance irregular descubierto.

Unicamente faltaba aclarar lo de mi salario. Me preguntaron cuánto pretendía ganar.

—Bueno, en Córdoba gano tanto. No les pido más. Necesito la misma cantidad. Ustedes son quienes me han buscado. No vine a pedir trabajo. Sepan, de una buena vez, por menos paga no puedo colaborar con el Instituto. El trabajo lo haré por ustedes dos.

—Estamos en una posición difícil —dijo uno de ellos. El gerente que está con los seris, y ocupa un cargo de mayor jerarquía al de administrador que tendría usted, gana menos de lo que nos pide.

—Miren, a mí me importa muy poco si ese hombre gana más o menos de lo que estoy pidiendo. Es mi última palabra. Les sugiero que al gerente le eleven el sueldo y san se acabó.

—Espere aquí maestro, vamos a ver si se puede hacer. Será cuestión de minutos.

—Vayan, aquí los aguardo.

Al rato regresaron. Se habían entrevistado con Alfonso Caso. Les autorizó mi paga junto con un aumento salarial al gerente para dejarlo en igualdad de sueldo al mío.

Regresé a Córdoba. Renuncié a la administración del negocio del barbasco. De nuevo a la capital y de ahí, en avión, hasta Sonora. Lo de mi ida a la cooperativa fue un asunto arreglado. Sin haberlo buscado me sumergí a trabajar, por segunda vez, entre los indígenas mexicanos.

¡Que se vaya ése!

El avión procedente de la Ciudad de México aterrizó en Hermosillo. Ahí dio inicio la fase final del viaje. Una avioneta de cuatro plazas nos llevó a Desemboque. Junto con el piloto volamos el seri presidente de la cooperativa pesquera, su hijo recién salido del hospital y yo.

El nuevo gerente de la cooperativa ya estaba allá. Era un hombre joven muy inexperto con quien yo había trabajado antes. En cuanto llegué a mi destino le dije:

—Lo sabrás, me han mandado como administrador por un desfalco a la cooperativa. Además, tengo una buena noticia para tí. Te aumentaron el sueldo.

—Qué bueno ya llegó usted con su experiencia a poner el orden, las cosas están que arden —dijo muy contento.

Casi simultáneamente tuve mi primer contacto con la tribu. En cuanto me vieron no hacían otra cosa que señalar al gerente dicendo:

—¡Que se vaya ése... que se vaya ése!

Su petición era totalmente explicable. El inexperto gerente, en una reunión sostenida con los seris días atrás, sacó una pistola y amenazó a los pescadores.

Entré a la oficina del Instituto acondicionada en aquella región; junto conmigo lo hizo el gerente y también los seris. El gerente quedó sentado en una mesa y yo en otra. Los pescadores nos rodeaban. Estaban bastante enervados y molestos por lo sucedido con la pistolita.

Cuando me di cuenta vi como la mayoría de los seris portaban cuchillo y algunos lo tenían en la mano. Me sentí profundamente amenazado. Desconocía sus costumbres. Cada vez se acercaban más a mí, de suerte que mejor me puse de pie. Quedé respaldado contra la pared y con las manos guardadas en los bolsillos del pantalón. Entonces les dije:

—No sean tontos. ¡No se acerquen más a mí!

—Tú ¿también traes pistola contigo? —me preguntó uno de ellos.

Comprendí su actuación. Decidí sacar lentamente las manos de mis bolsillos y, a la vez, les dije:

—¡Qué pistola, ni qué pistola. No traigo ningún arma!

Confiaron en mí y se calmaron un poco. Sin embargo insistían en que el gerente se debería ir de ahí para siempre. El hombre, desesperado y temeroso de escuchar la petición de los seris me dijo:

—Bueno, viéndolo bien, pues mejor será que me vaya. Mañana mismo lo haré.

—¡Tú te esperas! —ordené— para poder irte de aquí necesitará quedar bien claro todo cuanto ha pasado con la cooperativa. ¡Antes no te irás!

Los seris quedaron asombrados de cómo un administrador subordinado le hablaba así al gerente. Así terminó la reunión de aquel primer día. A la mañana siguiente les dije a los pescadores:

—Bueno, vamos a ver. Cuando ustedes entregaban a la cooperativa pescado y caguamas, ¿recibían a cambio algún comprobante?

—Por supuesto —contestaron— el administrador nos dijo que guardáramos bien los recibos porque al año nos pagaría otra cantidad igual.

—Desgraciadamente para ustedes, ¡los engañó! Sin embargo esos comprobantes serán muy importantes para descubrir lo acontecido. Les voy a pedir por favor me traigan todos los recibos que tengan. Aquí, en su presencia, revisaré contra los libros de contabilidad si fue anotado o no lo entregado por ustedes. No vayan a pensar mal. No les quitaré sus recibos. Se los regresaré inmediatamente.

Se fueron y, más tarde, comenzaron a regresar con sus recibos y yo a cotejar con la documentación de la cooperativa. Pronto obtuve datos de toneladas de pescado y cientos de caguamas que al entrar a la cooperativa no fueron facturados. Pasaron a manos de los acaparadores por medio del administrador. Los seris se enteraron del desfalco. Inmediatamente lo comuniqué por carta a Pozas y a Torres.

Unas semanas después se personaron conmigo un representante del Banco de Fomento Cooperativo y otro de Hacienda. Revisaron la contabilidad de la cooperativa anterior a mi llegada y encontraron los errores. Entonces les expliqué todos los antecedentes, especialmente cómo había detectado yo mismo los faltantes. Les mostré una copia de la carta enviada al Instituto. El representante de Hacienda se apresuró:

—¡Conque se lava usted las manos...!

—Oiga, oiga —lo interrumpí muy indignado. ¡No tengo necesidad de lavarme las manos, las tengo completamente limpias. Yo no suelo hacer esas porquerías!

Lo dejé sin habla. No volvió a decir esta boca es mía. Los tres llegamos a un acuerdo. Sería mejor aclarar el asunto en las oficinas del Instituto Indigenista en la Ciudad de México.

Se hizo formalmente la indagación pertinente. El anterior administrador de la cooperativa quedó al descubierto. Tan bandido resultó el hombre, que también había robado dinero, solicitado en calidad de préstamo, al dueño de una tiendita de la región.

Se descubrió también la irresponsabilidad del Instituto por haberlo nombrado administrador de la cooperativa pesquera. Antes de su designación había robado los jornales de algunos de los promotores en educación. Lo hizo en uno de los centros del Indigenista en donde había estado. En vez de correrlo en aquella ocasión, prefirieron quitárselo de encima y lo echaron a la cooperativa seri. ¡Valiente solución!

Conforme transcurrió mi estancia entre los seris, fui comprendiendo muchas cosas. La desconfianza que manifestaron a mi llegada no era en contra mía, sino contra el Indigenista. Pensaron que yo también formaba parte del

equipo de explotación y engaño. Al poco tiempo descubrieron algo distinto. Me puse a trabajar por ellos y con ellos. Me hice dueño de la confianza de esa tribu, me la eché a la bolsa. En un brevísimo lapso me trataron como a un amigo, como a un más que hermano.

Entendí también que cuando me recibieron, no tuvieron la intención de lastimarme con sus cuchillos. Si hubieran querido agredirme físicamente lo hubieran hecho a pedradas. Dentro de los seris, el cuchillo es un arma sagrada para el trabajo pesquero. Un seri con el cuchillo en la mano, es un seri que por edad o por cuestiones de salud no puede salir a pescar en la lancha. Permanece en la orilla del agua y espera la llegada de las embarcaciones con el pescado para recibirlo y, con su cuchillo, limpiarlo. Los seris matan a pedradas y tienen su propia forma de hacer justicia. Si un miembro de una familia seri es asesinado por otro de la misma tribu, la familia que sufre la pérdida adquiere un derecho: algún miembro de la familia del asesino, pasa a formar parte de la familia de la víctima. Independientemente de si esta última ha sido hombre o mujer, son mucho más codiciadas las mujeres en pago. La razón es sencilla: en el matrimonio seri, el esposo se integra a la familia de su mujer. Añade así brazos para la pesca.

Agua...agua...

Entre las costumbres de los seris, hay una muy cruel e inhumana y, por lo mismo, difícil de comprender. Desprecian a los ancianos y a los enfermos pues ya no son útiles al resto de la tribu. Incluso se deshacen de ellos, los llegan a matar.

Un pescador seri con quien trabajé de cerca se enfrentó, junto con su familia y amigos, a la inutilidad de su padre. Se trataba de un viejecito quien además estaba enfermo. Les estorbaba, era una carga.

Los seris viven a orillas del desierto y ese desierto es criminal. Está plagado de "cuernitos", una especie de culebras tan peligrosas y venenosas como la víbora de cascabel. Tanto de noche como de día, pero especialmente de noche, quien se adentre en el desierto debe andar con mucho cuidado para no poner el pie encima o al alcance de esos animales y quedarse ahí para siempre.

Pues la familia decidió deshacerse del ancianito aquel y optó por llevarlo de noche al desierto abandonándolo a la suerte de los cuernitos. Lo hicieron hasta por tres noches seguidas y no les resultó. Aunque con mucho trabajo, por las mañanas, el hombre regresaba a la tribu tan tranquilo, sano y salvo. ¡Había que verlo llegar!

Tiempo después cayó muy enfermo este hombre, enfermo de gravedad. Me tocó ver como acudían a asistirlo magos, brujos, curanderos, iy qué sé más!, de la tribu. Finalmente todo aparentó ser inútil. Se corrió la noticia, el hombre aquel había muerto.

Procedieron a enterrarlo. Cuando regresaban de esa ceremonia, pasaron por donde yo estaba. Me acerqué a uno de los amigos de la familia y le comenté:

—Ya lo han enterrado ¿verdad?

—Sí, hombre. Y lo hemos enterrado vivo —respondió para mi asombro.

—¡No es posible!

—Pues sí, así fue y ni modo.

A los pocos minutos pasó el hijo a quien conocía yo bien.

En cuanto lo vi fui con él.

—Oye, ven para acá —y lo jalé a un lugar en donde nadie nos escuchara— fulano me lo acaba de decir. ¿Han enterrado vivo a tu padre? ¿Qué me dices tú?

—No don Pepe, lo engañan. Lo único que sucedió fue que mientras lo enterrábamos y echábamos la tierra, él decía "agua.. agua...".

Viejo, regresa y ayúdanos

En el Instituto Nacional Indigenista se tomó la decisión a mis espaldas. Alfonso Caso, el jefazo, ordenó que el personal del Instituto se retirara de la región. En aquellos días aciagos, el gerente de la cooperativa pesquera, un hombre quien hacía las veces de mecánico y yo, tuvimos que dejar a los seris. En Hermosillo hicimos formal la entrega de la cooperativa al seri presidente. Sentí profundamente proceder así. ¡Estaba horrorizado!

La tribu quedó en un total abandono. El Indigenista se encargó de destruir la cooperativa cuando jamás debió hundirse. Dejó a los seris, sin experiencia, la administración. Abrió las puertas a los acaparadores quienes en poco tiempo se hicieron otra vez dueños de todo.

Mi estancia en esa región fue breve. Pasé unos cuantos meses entre los pescadores. Cuando supieron la arbitraria decisión me decían:

—Mira viejo, lo sabemos. Estamos muy mal. No tenemos agua, no tenemos casi nada. Pero si tú quieres, puedes quedarte a vivir entre nosotros. Tendrás casa en la Isla de Tiburón. ¡Hasta podrás encontrar esposa! Escogerás la mujer a la que quieras. ¿Qué nos dices?

—Se los agradezco, pero no estoy en condiciones de quedarme. Escríbanme a México y desde allá los ayudo cuanto pueda.

Regresé a la Ciudad de México y me dirigí al Indigenista. Estaba indignado, les dije que era una canallada lo que se estaba haciendo con los seris.

—Usted no le diría eso a Caso...

—¿Qué no? ¡Yo se lo digo al mismísimo diablo!

Sumamente molesto me entrevisté con Alfonso Caso. Con toditas sus letras le dije:

—¡Ha cometido una canallada! Los seris no están en condiciones ni preparados para administrar la cooperativa. Esta ya ha tenido pequeñas ganancias. Cuenta con algunos motores de lancha y otros cacharros. Por apoderarse de esas tonterías, esos hombres son capaces de matarse.

Nunca imaginé el tamaño de su respuesta. Con profundo desprecio, Caso aseveró:

—¡Que se maten! ¡Hay muchos indios en México!

No toleré aquello y me salí de su oficina. Inmediatamente renuncié por segunda vez al indigenista. De nueva cuenta me percaté cómo el Instituto no hacía mayor esfuerzo por apoyar a los indígenas. Los tenía en un abandono total. Primero los mazatecos y ahora los seris. ¡Qué decepción la mía!

Con los seris continué en comunicación por correo. Me pusieron al tanto de cuanto ocurría. El Instituto Indigenista entregó la cooperativa pesquera a una armadora de barcos con intereses muy distantes a los de la tribu. Los mensajes constantes de los pescadores eran:

—¡Estamos amolados...! La cooperativa se hunde, ya no tiene motores... Parece que vamos a morir de hambre... Si tienes un tiempecito, visítanos... Necesitamos que de nuevo seas nuestro jefe...¡Viejo, regresa y ayúdanos a levantar la cooperativa! Nosotros no lo sabemos hacer. Te extrañamos mucho...

Contesté todas las cartas dándoles consejos y respaldo moral. Sólo con el apoyo del Instituto Indigenista hubiera podido regresar para hacer algo efectivo. Contar con eso hubiera sido una utopía.

Apareció Chela

Después de lo sucedido con los seris, radiqué en la Ciudad de México. Casi todas las comidas las hacía en casa de Ramón Costa. Un viernes en la sobremesa, al tomar el café, me advirtió:

—Mira Tapia, mañana por la tarde vendrá a visitarme un grupo de maestros. Desean crear una escuela inspirada en el pensamiento y las técnicas de Freinet. Me gustará si estás presente durante la visita. En cuanto se hayan ido charlaremos tú y yo acerca de su proyecto.

—Aceptado, cuenta conmigo —le respondí.

El sábado terminamos de comer y llegó el grupo visitante. Eran unas seis personas. Ramón inció la charla. Me presentó como su amigo y como uno de los maestros introductores de las técnicas Freinet en España.

Casi no participé en la conversación. Solamente lo hice cuando Costa me pedía que opinara o si alguno de los maestros me cuestionaba en lo personal. Más bien me concreté a escuchar con atención. Después de un buen tiempo, el grupo se marchó. Ramón no esperó mucho. Fue al grano y preguntó:

—Oye Tapia, ¿qué te ha parecido la reunión, qué impresión te han dejado estos muchachos, qué piensas de su proyecto?

—Mira —respondí en forma breve y sincera— de quienes han participado en la reunión, casi ninguno tiene idea de lo que es o puede ser una escuela a la manera de Freinet. La única de quien se ve sabe algo sobre el particular, es esa a quien sus compañeros llamaban Graciela.

—Coincido contigo. Tienes toda la razón. Esa joven realiza por su propia cuenta, en una primaria pública, un ensayo escolar basado en Freinet. Trabaja la imprenta con sus alumnos en la escuela.

¡Nunca lo imaginé! Con esa tal Graciela construiría, años más adelante, la etapa final de mi obra educativa. Así es como apareció Chela en mi vida.

Paréntisis vital

En la capital, no hallaba sitio para rehacer mi vida solitaria. Viví un tiempo con mi hijo y su esposa. No tenía trabajo. Frecuenté mucho la casa de Ramón.

Mis hijos me escribían desde Francia. Insistían y me animaban para ir a visitarlos. Decían cosas como ésta:

—Papá, no suspendas el viaje. Ya estaba programado. Tienes el dinero y tus documentos en regla. Claro está, ahora falta mamá. Pero... ¡No seas así contigo y con nosotros! Ven para acá. Descansas un tiempo y nos das un gusto tremendo. Tal vez y hasta decidas quedarte en Francia.

Rafael, en México, opinaba lo mismo. Por eso, ante tanta insistencia, decidí emprender el viaje a Francia. Tomé el avión y llegué con los míos a Massy, un pequeño poblado en los alrededores de París. Ahí tienen su domicilio todavía mis dos hijos mayores. Caí en casa de Elisa y permanecí todo 1960.

¡Qué alegría encontrar a los hijos realizados! ¡Qué dolor la ausencia de su madre! Hice todo lo posible por adaptarme a Francia. No lo logré. Busqué trabajo. Nunca lo conseguí. En cuanto veía la posibilidad de colocarme en algún puesto, acudía a la cita. La respuesta invariable fue: "No, este trabajo no es para una persona de su edad". En Francia, un hombre a los sesenta y

cuatro años como yo, estaría jubilado. Entrar a trabajar en alguna escuela, ni soñarlo. En 1960 tuve un último encuentro con Freinet en el Congreso de Avignon.

No tardé mucho en comprenderlo. Mis condiciones no eran favorables para radicar en Francia. Mis hijos tenían hecha su vida. Al no encontrar trabajo, llegué a sentirme un estorbo. En realidad aquel fue un año de receso, un periodo de descanso y reencuentro con mis hijos y conmigo mismo, un paréntesis vital.

Desde Francia me carteaba con los amigos de México. Me quejaba por no encontrar trabajo. Ellos me llamaban, todos coincidían:

—Vente, retorna. Aquí encontrarás trabajo seguro en educación.

No lo pensé mucho. A principios de 1961 estuve de regreso en la Ciudad de México para echar raíces definitivas en la escuela.

Se abrieron las puertas

Ya estaba otra vez en México. Faltaba conseguir trabajo. Me pusieron al tanto, Antonio Barbosa tenía un cargo en la Secretaría de Educación. Fui en busca del amigo.

—Como se dará cuenta, ya regresé de Francia. Necesito trabajar. Vengo a pedirle ayuda.

—Me da gusto verle de nuevo. Ha llegado en un momento oportuno. El Director del Instituto de Capacitación del Magisterio, Victor Gallo, me ha insistido en que le consiga un hombre práctico con dominio en las técnicas pedagógicas modernas. Pienso que esa persona es usted.

Inmediatamente tomó de su escritorio una tarjeta de presentación. La dirigió a Victor Gallo y me recomendó ampliamente. De ahí me dirigí a la oficina de Gallo. Su secretaria me dijo:

—No se encuentra ahora. El siempre está hasta las diez. Mejor será que regrese otro día.

Como me urgía verlo, el día siguiente llegué puntualmente a las ocho de la mañana, pensaba que el funcionario se iba a las diez como me había dicho su secretaria. Esta, al verme tan temprano, se dirigió a mí:

—¿No le dije a usted que está hasta las diez? Apenas son las ocho. Tendrá que esperarlo.

Me percaté que ella me decía, al estilo mexicano, que estaría en la oficina a partir de las diez. Ni hablar. Ya estaba ahí. Me quedé esperando a que dieran las diez. Dieron las diez, las once, y la doce, y no llegó. Entonces la secretaria me dijo:

—Ha tenido usted mala suerte. Acaba de hablar para avisarme que ya no viene. Le he puesto al tanto de que lo busca usted. Vuelva mañana. Seguramente lo atenderá.

Al día siguiente llegué a las diez. Saludé a la secretaria quien sorprendida exclamó un poco apenada:

—¡Ay, maestro! Acaba de salir. Vino temprano y se tuvo que ir.

Así estuve insistiendo durante varios días y nada. A veces sí estaba en la oficina. De repente salía, me saludaba y me decía:

—Maestro, nos vemos mañana. ¿Le parece bien? Hoy tengo prisa —y sin darme oportunidad de contestarle, salía del lugar.

Regresé con Barbosa e irónicamente le comenté:

—Hombre, Victor Gallo me ha demostrado la existencia de Dios. Está por todas partes pero no se le puede ver.

—Tenga paciencia, maestro. Siga insistiendo. Ya lo atenderá.

No tuve necesidad de insistir ni de tener paciencia. Nunca supe a ciencia cierta a qué se debió, pero uno de esos días de penuria recibí una visita en casa. Llegó un maestro acompañado por Ricardo Pozas. Se presentó y explicó el motivo de su presencia.

—Vengo de la Dirección Cuarta de Primarias. La directora, maestra Luz María Frutos, me ha enviado a pedirle que pase a hablar con ella.

—Muy bien, ahí estaré mañana —respondí.

Temprano acudí a la cita. Nunca hubiera imaginado de lo que se trataba. ¡Me llevé una grata sorpresa! La maestra Frutos me ofreció trabajo en una escuela sin yo pedirle nada. Aquella oferta fue muy atractiva. ¡Por fin tendría trabajo escolar!

La oferta no se volvería realidad si antes no se salvaban dos cuestiones. La primera era sencilla y dependía de mí: visitar la escuela para conocerla y decidir si trabajaba ahí. La directora me dio toda clase de facilidades. Yo eligiría el plantel dentro de su jurisdicción. Revisé las opciones. Los ojos me brillaron cuando vi la posibilidad de seleccionar una escuela rural. No lo dudé y esa fue la escogida. La maestra Frutos se enteró de mi elección y amplió su ofrecimiento. Si mi decisión era afirmativa, mi nombramiento sería el de maestro comisionado como encargado de la dirección del plantel. Prometió apoyarme en todo para levantar la escuela. Incluso me ofreció una plaza para quien quisiera trabajar conmigo ahí como maestro. De todas maneras, antes de aceptar el trabajo faltaba conocer la primaria.

La segunda cuestión no parecía tan sencilla. Mi título de maestro se quedó colgado en una pared en España. No había documentación oficial para acreditarme como maestro. En cambio, la experiencia magisterial acumulada nada ni nadie me la quitó.

—Su situación es muy peculiar —comentó la directora— se necesitará acudir a una instancia de mayor jerarquía quien pueda resolver lo conducente.

—Está bien, ¿qué le vamos a hacer? —acepté.

Asistí a una entrevista. Fui acompañado por el auxiliar de la maestra Frutos. Llegamos al lugar de la cita y me llevé una grata sorpersa. Por segunda vez en mi vida estaba ante Mario Aguilera Dorantes. Me reconoció inmediatamente. No se le había olvidado lo del quijote en busca de la dirección de un internado indígena.

—Hagan el favor de tomar asiento —nos dijo— ¿Qué le trae por acá?

—La maestra Frutos —comenzó a decir mi acompañante— ha enviado con usted al...

—No hablé a usted —interrumpió Aguilera Dorantes— me dirigí al maestro Tapia.

Comprendí, tomé la palabra y le expliqué al pie de la letra cuanto pasaba. De él dependería la autorización para poder trabajar como maestro.

—No se preocupe, maestro. La solución es sencilla y afortunadametne está en mis manos. Y usted —se refirió a mi acompañante— dígale a la maestra Frutos que desde este momento dé por autorizado el nombramiento del maestro. Que, por supuesto, puede ir comisionado como encargado de la dirección de la escuela. Que me envíe el nombramiento cuanto antes y se lo firmo.

Así de simple fue como se me abrieron las puertas para trabajar en una escuela rural mexicana.

Unica condición

La maestra Frutos llamó a su auxiliar. Le indicó que me llevara a conocer la Escuela Rafael Ramírez. Era la escuela seleccionada por mí para trabajar en caso de aceptar. ¡Mejor nombre no pudo haber tenido! Nos pusimos en marcha rumbo al pueblo de Santa Catarina Yecahuitzotl, en la Delegación Tláhuac.

El recorrido para llegar a la escuela era largo y pesado. Por la carretera a Puebla se necesitaban recorrer unos 23 km. hasta encontrar el empalme con una desviación. El punto de referencia era un Tecnológico Agrícola y Ganadero. Hasta ese lugar llegaban los autos. Después se continuaba por un camino de terracería pésimo durante unos 4 km. Esta última parte del viaje se hacía en una carreta, tirada por un mulo, propiedad de la escuela. El conserje del plantel hacía dos viajes de rutina en la carreta: el primero, en la

mañana, para recoger a los maestros y llevarlos a la escuela y el otro, al mediodía, para regresarlos hasta la carretera.

Llegamos a buena hora. Las doce del día aproximadamente. Esperaba encontrar la escuela con niños y maestros. ¡Pero qué va! Al entrar al pueblo mi acompañante comentó algo muy inquietante para mí.

—Los maestros de la escuela ya van de salida pues el recorrido de regreso es largo. Se irán en la misma carreta que nos ha traído.

Pues ni hablar, los tales maestros iban de salida en pleno horario escolar. Tenían una pésima costumbre. Incluían el tiempo de traslado, para llegar y retirarse de la escuela, dentro de su jornada de trabajo. Ese era un problema, detectado desde ese primer momento, a resolver.

Como nos encontramos con la escuela cerrada, pues acudimos al Comisariado Ejidal. Resultó ser un joven campesino muy amable. En cuanto supo a lo que íbamos, abrió la escuela y nos acompañó en el recorrido para conocerla.

Los salones eran amplios. Las ventanas las tenían en la parte alta. Sus paredes estaban bien aprovechadas. Había pizarrón por doquier. Las instalaciones sanitarias eran muy completas y casi nuevas. Había muchos vidrios rotos por cambiar. Buena parte del mobiliario necesitaba repararse. Habría trabajo para ir mejorando, poco a poco, las instalaciones y bienes de la escuela.

Mientras hacíamos el recorrido por la escuela, se incorporaron al grupo dos campesinos de cierta edad. Concluyó la visita y, ya de salida, surgieron los comentarios. El auxiliar de la maestra Frutos me preguntó:

—¿Qué le parece la escuela, maestro?

—Realmente me gusta, la encuentro en buenas condiciones para trabajar y no tengo nada que objetarle.

Ante mi respuesta, tomó nuevamente la palabra. Se dirigió al Comisariado y a los campesinos que nos acompañaban.

— Señores, tengo el gusto de presentarles al nuevo maestro y director de la escuela del pueblo.

—Eh... eh... eh..., usted va demasiado aprisa. Mucho cuidado con lo que afirma. He dicho que me agrada la escuela pues presenta buenas condiciones para trabajar. Mas no he aceptado trabajar en ella.

—Pero cómo, maestro. Entonces...

—Espere, espere. Tampoco he negado trabajar aquí. Simplemente quiero decirles, mi aceptación queda supeditada a una única condición.

—Condicionada ¿a qué? —preguntó uno de los campesinos— ¡hable, maestro, hable, nosotros le escucharemos. Sólo así sabremos si podemos satisfacer su condición!

—Pues bien, mi condición es muy sencilla, aunque tal vez les parezca extraña. Lo único que quiero y exijo para trabajar aquí es permiso para vivir en el pueblo con ustedes. Quiero conocerlos y estar siempre presente. Necesito me proporcionen habitación y alimentos. Pero ¡cuidado, mucho cuidado! Pagaré por todo. No vayan a pensar que quiero vivir a expensas de ustedes. ¡Sí, pagaré y por adelantado! No me respondan ahora. Consúltenlo con quien sea necesario. Espero su respuesta en la Dirección Cuarta de Primarias.

—Pronto tendrá respuesta nuestra, ya lo verá, maestro —dijo el mismo campesino. Tal vez a usted le parezca extraño, pero hace cuando menos treinta años que en el pueblo no habita ningún maestro de quienes han pasado por la escuela.

La maestra Frutos me buscó a los pocos días. Los campesinos me aceptaban a vivir con ellos. Querían que fuera pronto. Me ofrecían una habitación y necesitaban mi visto bueno. A partir de ese momento me sentí muy comprometido con ellos. Supe aquilatar su esfuerzo.

No quitó el dedo del renglón

Ansioso decidí conocer la habitación ofrecida en Santa Catarina. Lo hice el domingo siguiente de haber recibido el comunicado de la buena disposición a darme alojamiento y comida. Los Pozas me llevaron en su auto.

La noche anterior, la del sábado, recibí una inesperada visita. Se presentó en mi casa la maestra esa, la llamada Graciela. Después de la reunión aquella, en la casa de Costa, la había visto de nuevo en alguna ocasión en el domcilio de los Pozas. Era maestra de piano de los hijos de este matrimonio. Ella sabía de mí a través de Isabel y de Ricardo.

—Buenas noches —le dije en cuanto la vi— pase usted. ¿Qué se le ofrece?

—Pues nada, maestro. Estoy enterada de lo de la escuela de Santa Catarina. Quiero colaborar con usted como maestra de algún grado. Sólo así podré avanzar en el manejo de las técnicas Freinet.

—Mire señorita. Mejor será que se olvide de esa escuela. Está muy retirada de la ciudad. Ir allá le implicaría muchos sacrificios innecesarios. Usted tiene trabajo seguro aquí en la ciudad. Es hija de familia y está soltera. ¿Qué necesidad tiene de trasladarse a Santa Catarina?

Escuchó con atención todo cuanto le dije, pero no dudó un solo momento de su propósito. Quería a todo trance trabajar conmigo. Deseaba vivir con plenitud la escuela rural freinetiana. Atendí su insistencia. No me quedó otra alternativa y la invité a conocer el lugar. ¡Que tomara conciencia de la escuela y del pueblo de Santa Catarina! A ver si después prose-

guía en su intento, o se echaba para atrás. Como visitaríamos la escuela al día siguiente, le propuse:

—Maestra, si los Pozas no tienen inconveniente y usted lo desea, mañana nos podrá acompañar a conocer la escuela de Santa Catarina. Póngase en contacto con ellos, usted los conoce bien. A ver a qué acuerdo llegan.

Así lo hizo. Aprovechó la puerta que le abrí. Los cuatro fuimos al pueblo. Visitamos la escuela y mi futura habitación. Me di por satisfecho del lugar en el cual viviría. Chela, por su parte, persistió en su petición de trabajar en la escuela. La visita, en lugar de desanimarla, la alentó mucho. La muy tozuda no quitó el dedo del renglón.

Me gustó su decisión y firmeza. La acepté para trabajar a mi lado. Faltaba la aprobación de la maestra Frutos. Fue necesario ponerlas en contacto. El lunes a primera hora iría a la Cuarta de Primarias. Cité a Chela en ese lugar a las ocho de la mañana. Acudió puntual al encuentro. Cuando yo llegué, ella me esperaba charlando con algún maestro de esa Dirección.

Me anuncié. Nos pasaron con la maestra Frutos. Después de saludarla, proseguí presentando a Chela. Inmediatamente fui al grano.

—Ayer estuve en Santa Catarina. Conocí la habitación y me gustó. Por lo mismo acepto trabajar en esa escuela.

—Muy bien maestro. Me da mucho gusto. Por fin se resuelve su situación y la de la escuela. Ya verá como trabaja a gusto.

—Por cierto, maestra Frutos, usted me ofreció una plaza en la escuela para algún maestro que quiera colaborar conmigo. Aquí enfrente, junto a mí, tiene un muy buen prospecto. La maestra Graciela está muy interesada en el proyecto escolar de Santa Catarina. Ayer conoció el pueblo y la escuela. Desea trabajar como maestra de grado. Ella es maestra oficial. Lo único necesario es formalizar su cambio de plantel.

—Muy bien señorita. Conque quiere irse a la escuela de Santa Catarina. Pues dígame, ¿cuál es su adscripción actual?

Intercambiaron una serie de preguntas y respuestas y finalmente la maestra directora me dijo:

—Maestro Tapia. Lo siento. Su petición es imposible. No puedo hacer nada por usted ni por la señorita. Ella es maestra oficial, pero pertenece a la Dirección Tercera de Primarias. No está en mis manos hacer el cambio.

—Maestra Frutos. ¿Qué pasa? Usted me hizo un ofrecimiento y sé que me va a cumplir. La maestra Graciela está muy interesada en trabajar en Santa Catarina. Tiene cierta experiencia en el manejo de las técnicas Freinet. No conviene a su Dirección dejar escapar tan valiosa oportunidad.

—Está bien, ya veré si puedo hacer algo aunque lo veo muy difícil. Deme unos días.

Antes de despedirnos le pidió a Chela algunos datos. Los anotó. Nunca supe bien a bien los movimientos hechos por la maestra Frutos. Se vio comprometida y cumplió su palabra. A los pocos días me enteré, a través de la misma directora, acerca de cómo el asunto estaba arreglado. Chela había pasado a formar parte del personal de la Dirección Cuarta de Primarias. Estaba en condiciones de ir a colaborar en la Escuela Rafael Ramírez.

Adversidades y logros

Llegué y me instalé en Santa Catarina. Encontré una escuela totalmente abandonada y con muchas limitaciones. Había mucho por hacer. Existía un acuerdo con la maestra Frutos. En la Escuela Rafael Ramírez se experimentarían las técnicas Freinet. Trabajaríamos el texto libre, la prensa escolar, las asambleas, el trabajo de la parcela y otras técnicas más.

La maestra directora había hecho un ofrecimiento. La escuela sería dotada de los materiales básicos para trabajar con las técnicas Freinet. La penosa realidad fue que nunca llegaron los materiales. No se nos entregaron prensas, cajas, tipos, rodillos, componedores ni tinta. Chela era dueña de dos prensas e Isabel Pozas de otra. Las tres prensas fueron prestadas para el trabajo en la escuela. También se consiguió alguno que otro material, aunque deteriorado.

Tampoco contamos con servicios indispensables. Tuvimos gran escasez de agua. El alumbrado no funcionaba bien. Faltó apoyo para nuestra parcela. Muchos vidrios estaban destrozados. "Sin vidrios, los vientos y el agua paseaban por toda la escuela alegremente", le escribí en uno de mis reportes escolares a la maestra Frutos. Había corrientes de agua y humedades en abundancia. La gripa se convirtió en una enfermedad crónica de esa escuela. Cuando no era uno, era otro el enfermo. Lo mismo alumnos que maestros.

Los maestros reflexionamos en las enfermedades u otras circunstancias adversas y tomamos una decisión. En la asamblea se nombró a Chela para que, en caso de ausencia mía, me sustituyera en la dirección del plantel. No tuvo necesidad de relevarme.

A la escuela asistían muy pocos niños de cuantos vivían en el pueblo. Por el abandono escolar imperante, sus padres preferían mandarlos a estudiar en escuelas de localidades cercanas. Los estudios en la escuela francamente eran muy pobres. Los chicos estaban muy atrasados en todo.

Los maestros trabajaban pocas horas en la escuela. Además, eran muy inestables. En cuanto podían, conseguían su traslado. Llegar a la escuela era una proeza. El traslado era incómodo y costoso. Requería de bastante tiempo. En una ocasión se lastimó el macho de una mano y nos quedamos sin

carreta una semana. Como consecuencia, los grupos se quedaron sin maestro durante el mismo tiempo. La paga de los maestros, además de ser muy baja, llegó a retrasarse hasta por cuatro meses.

En la escuela de Santa Catarina había muchas adversidades. Todos los problemas juntos causaban desaliento, ansiedad y cansancio moral en mí y en el resto de los maestros. La solución de los problemas generalmente no estaba en mis manos. Podía, eso sí, plantearlos a la maestra Frutos. Lo hice constantemente. Incluso propuse muchas soluciones. La mayoría de las veces fui desatendido.

Los sábados, por la mañana, visitaba en su oficina a la maestra Frutos. Le informaba de la vida de la escuela, sus avances y carencias. Le entregaba por escrito un informe adelantado. La costumbre era comentarlo el sábado siguiente. La maestra podía revisarlo con cuidado durante el transcurso de la semana para hacerme observaciones o tomar decisiones.

En muchos aspectos se lograron avances. En otros tantos, todo quedó como antes. La maestra Frutos me daba aliento, pero Educación no nos brindó el apoyo sufiente.

En cuanto llegué, el horario de trabajo con los nuevos maestros se regularizó muy pronto. No acepté la vieja costumbre de permitir llegaran tarde ni se retiraran antes de tiempo. Un día llegaron todos los maestros tarde. La escuela estaba en orden como nunca. Daba la impresión de que no había niños ahí, que los había regresado a sus casas por falta de maestros. Así pensaron estos últimos, pero se equivocaron. Me buscaron y, al encontrarme, se dieron cuenta de su error. Los niños y yo habíamos prescindido de los maestros. Todos los chicos tenían trabajo, lo realizaban solos, mientras yo me paseaba por el corredor supervisándolos, viendo por ellos. Los maestros se asombraron al ver aquella escena. No hubo justificación, ni miramientos para nadie. A todos les cayó el regaño. Comprendieron: conmigo no se podía llegar tarde al trabajo escolar.

Vamos, ni el jueves de Corpus, cuando llegaron felices con el mulo que tiraba la carreta adornado con moños multicolores de papel de china, les justifiqué el retardo. Llegaron diez minutos tarde porque se habían entretenido en comprar el papel y ponerle los adornos. Se llevaron una buena reprimenda. Creo que ese día me odiaron, pero supieron de nueva cuenta eso, que las impuntualidades no van conmigo.

Diariamente, al terminar las clases, me quedaba solito en la escuela. Los maestros se retiraban del pueblo rumbo a la ciudad. Cerraba las puertas e iba a comer y descansar un rato. Después regresaba al plantel. Abría las puertas de par en par. Trabajaba con los niños que deseaban asistir. Había dicho a los pequeños y a sus padres:

—El niño que quiera venir a trabajar por las tardes a la escuela, puede hacerlo. Ahí estaré esperándolos. Habrá actividades para todos.

La respuesta fue espontánea e inmediata. A diario llegaban niños voluntarios de todos los grados. Aprovechábamos esas tardes para adelantar un poquito en matemáticas. Distribuía a los chicos a lo largo del pizarrón. Los ponía a trabajar con números. A unos problemas y a otros operaciones. ¡A cada quien según sus necesidades, de cada quién según sus posibilidades! Trabajábamos con una libertad tremenda y con gran responsabilidad. Mientras los chicos estaban frente al pizarrón, yo pasaba junto a ellos comentando su trabajo.

—Muy bien, muy bien —le decía a uno. Revisa esa operación —indicaba al otro. Razona por qué es así y no de otra forma —desafiaba al de más allá.

De esa manera trabajaba con los alumnos como hasta las cinco o cinco y media. Los despachaba a sus hogares en cuanto veía llegar a la escuela al Comisariado Ejidal. Pasaba por mí y, a partir de ese momento, me dirigía con el joven amigo a realizar algunos encuentros. Diariamente visitábamos casas del pueblo en donde habitaban niños en edad escolar que no asistían a la escuela.

Averigüé el motivo por el que no iban. Generalmente era la desconfianza de los padres hacia la escuela y sus maestros. ¡Tenían mucha razón! Charlaba con ellos. Les hablaba del significado de la educación, de la labor que estaba haciendo en la escuela y de la relación, tan importante, de todo lo anterior con la vida familiar. No me cansé de decirles:

—Estoy en Santa Catarina para trabajar por la escuela y sus niños, para convivir con los habitantes del pueblo.

De repente veían llegar a su casa a un hombre desconocido con quien podían platicar sinceramente de tú a tú. Eso les gustaba. Poco a poco fui ganando su confianza. Fue notorio el aumento de niños inscritos a la escuela. Con estos buenos campesinos organicé, no sin antes pasar muchos trabajos, la asociación de padres de familia de la escuela.

Otro avance se debió a las tres prensas a nuestro alcance. Los chicos elaboraban textos libres basados en su realidad y luego los imprimían en sus cuadernos de trabajo.

En Santa Catarina, junto a Chela, trabajé con otra joven maestra de gran valor, Tere Vidal. Iniciaba en esa escuela su experiencia como maestra. Ella lo sabía, la maestra Frutos me había dicho:

—Si alguno de los maestros de la escuela no va con su forma de trabajo, me lo dice y lo cambiamos.

Tere quiso hacer valer para ella esa sentencia. Un día, mientras lloraba, se expresó así:

—Maestro, mejor yo me voy de esta escuela. No sé trabajar como usted.
—Oiga maestra, ¿qué le pasa a usted? ¿Acaso no se ha dado cuenta? Yo llevo muchos años en el oficio. Usted, en cambio, es muy joven y apenas comienza a trabajar en la escuela. ¿Cómo se le ocurre hacer esa comparación tan absurda? De ninguna manera se va usted de aquí. Cada quien trabaja según puede. Mientras haya trabajo yo no reprocharé a nadie. Usted está trabajando y cada vez lo hará mejor. ¡A callar y seguir!
Tere quedó tranquila. El tiempo y su trabajo hicieron de ella una muy buena maestra.

¿Dónde quedó nuestro maíz?

La escuela de Santa Catarina contaba con dos parcelas. Una de un cuarto de hectárea y otra mayor de dos hectáreas. A mi llegada, la parcela grande estaba totalmente abandonada. La pequeña, en cambio, se encontraba sembrada de maíz. La milpa ya estaba crecidita.
La situación era poco clara. Me puse a indagar. Averigüé, el área sembrada había sido trabajada, por su propia cuenta, por un campesino del pueblo. Hablé con ese buen hombre quien explicó:
—El trabajo de la parcela, desde hace varios años, había sido totalmente abandonado por la escuela. Ni maestros ni alumnos la cultivaban. La cerca de piedras de la parcela había caído por el abandono mismo. Entonces yo pedí autorización al Comisariado Ejidal para sembrar en la parcela. Me encargaría de su cultivo y levantaría nuevamente la barda, además de dar a la escuela un tanto fijo de la cosecha. Se me concedió la petición, bajo la promesa que hice de entregar el terreno cuando la escuela tuviera necesidad de él.
—Muy bien —dije— ese momento ha llegado. La escuela se encargará de trabajar la parcela.
—No tengo inconveniente, maestro. La tierra es de la escuela. Unicamente le quiero pedir una cosa. Déjeme terminar con el trabajo de la parcela hasta la próxima cosecha.
—Pierda cuidado, haré todo cuanto pueda por usted. Nadie quiere perjudicarlo. Consultaré a los niños y maestros para dar una solución entre todos. Así se decide ahora en la escuela.
Reuní a los alumnos de tercero a sexto. Formaban un club de jóvenes agricultores en la escuela, con el apoyo del Tecnológico aledaño. A estos muchachos les tocaba conocer y resolver el asunto de la parcela.
Realizamos una de tantas asambleas. Les expliqué lo indagado y comenzó el debate. Entonces un chico con gran seguridad dijo:

—¡Pero cómo le vamos a hacer! Porque el año pasado, el que era director de la escuela, obligó al señor quien cultiva la parcela, a dar la participación de la cosecha disque para la escuela, y nunca se nos enteró que fue de las mazorcas que aquí se recibieron.
Falta decir cómo aquellos niños, quienes era incapaces de hilar tres palabras cuando llegamos a la escuela, terminaron llevando sus asambleas maravillosamente con una soltura y seguridad sorprendentes.
Alguien más tomó la palabra e insinuó cierta complicidad, en la pérdida del maíz, de don Cuco, el conserje.
—Momento —interrumpí— aquí se puede hablar de todo, pero cuando se habla de alguien, ha de estar presente para escuchar, como en este caso, los reclamos y hacer su defensa. Así que esperen un momento, haré venir al conserje a esta asamblea.
Una vez ahí presente el conserje, los chicos comenzaron a acosarlo con preguntas muy incisivas, una detrás de la otra. El hombre las iba contestando y los muchachos de nuevo arremetían. Don Cuco negaba toda culpabilidad, pero los chicos insistían en que era cómplice.
Finalmente quedó al descubierto lo que había pasado. El campesino había entregado una cuarta parte de la cosecha al director de la escuela, equivalente a unas veinte cuartillas de maíz, más el zacate correspondiente. Al parecer se lo habían repartido entre él y el conserje. Don Cuco no pudo seguir negando. La forma de declarar su participación fue explosiva:
—Está bien —dijo— ¡ai no más me dicen cuánto les debo por su maiz!
Entonces la alumna, quien presidía la asamblea, le contestó:
—No se trata de que pague o no. Lo único que queríamos es que estos maestros nuevos supieran ¿dónde quedó nuestro maíz?
Una vez aclarado todo, se sometió a votación el pedimento del campesino. Por unanimidad se aceptó permitirle terminara de trabajar la parcela hasta concluida la cosecha.

Por una cerca

La escuela de Santa Catarina tenía un gran desafío: trabajar de nueva cuenta su parcela grande. Era indispensable hacerlo de inmediato. Nos organizamos. El Tecnológico nos ayudó. Aportó semilla y un tractor para trabajar la tierra. Nos dio, además, todo el apoyo técnico requerido. La tractolina corrió a cargo de la escuela.
El campesino aquel, quien cultivaba la pequeña parcela de la escuela hasta llegado el momento de la cosecha, ofreció sus brazos para cultivar en

la escuela la parcela grande. El acuerdo inicial fue sembrar maíz. Después se rectificó. El Tecnológico dio un consejo y lo seguimos. Sembramos cebada.

El club de jóvenes agricultores se puso a trabajar la tierra con un entusiasmo tremendo. La cebada comenzó a crecer. Si todo seguía bien, cosecharíamos buenos frutos. Se vendería nuestro producto. Con las ganancias compraríamos material para la escuela. Antes de iniciar la siembra, el padre de uno de los alumnos me había dicho:

—Mire maestro, mejor será que no se cultive la parcela. Si los padres no nos ocupamos por nuestros propios hijos, menos lo haremos por lo que ocurra en la tierra. Ahora que, si continúa en su empeño de sembrar... pues habrá que cercar el terreno. De lo contrario, se lo aseguro, no se recogerá nadita. El ganado se comerá toda la siembra. Maestro, hágame caso. No se ponga a trabajar la tierra y se evitará muchos disgustos.

—Está bien, tendré en cuenta su consejo —fue mi contestación en aquel momento.

Pero lo cierto es que, necio, persistí en la idea de sembrar la parcela. Después de lo dicho por aquel campesino, acudí a la maestra Frutos.

—Por favor envíenos diez bobinas de alambre de púas para cercar la parcela —le pedí.

—Allá las tendrá, ya verá como no le fallaré —fue su promesa.

En verdad, ¡jamás llegaron! La cebada creció y el ganado se la comió. Y todo por una cerca.

No me arrepentí de cultivar. Me dolió, eso sí, no contar con el apoyo del alambre. No cosechamos cebada, pero sí muchas enseñanzas.

Pueblo sediento

La escuela de Santa Catarina tenía instalaciones sanitarias muy completas. Me llamó la atención este hecho. Recién llegado tuve la ocurrencia de abrir la llave de un lavabo. Consternado vi cómo no salía agua. Escuché una risa por detrás. Era el conserje. Con cierta sorna expresó:

—Pero maestro, ¿acaso no lo sabe, en este pueblo no hay una gota de agua?

Quedé confundido y mudo con esa fatal noticia. A partir de aquel momento tuve algo nuevo por lo cual luchar. Me reuní con los representantes ejidales del lugar. Me empapé de la situación del agua. Comencé a hacer todo tipo de gestiones para conseguir que el imprescindible líquido llegara al pueblo y a su escuela.

Desde la primera entrevista sabatina con la maestra Frutos, la puse al tanto de la carestía del agua.

—Figúrese usted, la carencia de agua hace parecer como si la escuela estuviera en pleno desierto.

—Ignoraba esto. Ya veremos qué puedo hacer —comentó.

Un día estaba terminando de comer. Me avisaron, en la mesa, que dos personas me buscaban. Las hice pasar sin saber de quienes se trataba. Fue grande la sorpresa. Estaba ahí presente la maestra Frutos con un acompañante. Les pedí se sentaran y me acompañaran en el café.

Sinceramente aproveché la ocasión. La invitación a lo del café fue muy intencionada. Les obligué a que probaran el agua de Santa Catarina. ¡Era imbebible! Sabía a puro azufre. A ver si así comprendía la gravedad de la ausencia del agua y hacía algo porque nos llegara. No hizo comentario alguno sobre el horrible sabor del café. Se lo bebió. Mientras lo hacía, me comunicó:

—Maestro Tapia, he venido personalmente para comunicarle algo. Hoy mismo recibirán agua.

Efectivamente la recibimos. Fue una burla. Nos llegó una pipa de agua. Pedí que vaciaran el líquido afuerita de la escuela, en un estanque que había. Inmediatamente se corrió la voz por todo el pueblo:

—Hay agua, tenemos agua, trajeron agua. Está en la pila de la escuela.

Prestos y presurosos, todos corrieron. Incluso algunos llevaron su ganado a abrevar. No todos alcanzaron a tomarla. Más habían tardado en depositar el agua que el tiempo transcurrido antes de agotarse el precioso líquido.

Seguí insistiendo ante la maestra Frutos y ante quien fuera necesario. Por fin la Secretaría de Educación se compadeció del pueblo y envió tres tinacos de asbesto. Cada uno tenía capacidad de unos tres mil litros. Nos llenaron de esperanzas, pero pasó mucho tiempo y nada de agua. Los tinacos estaban completamente secos y no había a donde conectarlos. Seguían en el mismo lugar en donde los colocaron cuando los llevaron.

La situación, además de molesta, era muy desalentadora para un pueblo sediento. En uno de mis informes sabatinos fui irónico. La respuesta no tardó. El lunes a primera hora llegó un mensajero de la Cuarta de Primarias.

—La maestra Frutos necesita verlo urgentemente. Lo espera mañana temprano.

—Mire, dígale a la directora que iré el sábado como de costumbre. Que mañana no puedo ir. Que me disculpe pero no puedo abandonar la escuela en días de trabajo.

La maestra necesitó esperar. El sábado la visité. Sacó el informe de la semana anterior. Con el índice señaló uno de los puntos ahí anotados y un poco alterada me preguntó:

—Maestro, ¿qué significa esto?

Comprendí su molestia. El punto, tal y como estaba enlistado en el informe decía:

"Agua: Todas las noches pongo una veladora al pie de cada tinaco".

—Maestra, por favor no tome mi nota como una burla. Es una forma de expresar mi inquietud. ¡El problema del agua es desesperante! Al parecer sólo podrá resolverse con un milagro.

No me detuve ante nada ni ante nadie. Fui tenaz con lo del agua y logré un gran triunfo, una enorme satisfacción. Un buen día comenzaron a perforar, precisamente delante de la escuela, un pozo artesiano para dar, tiempo después, a Santa Catarina, agua muy rica y suficiente.

¡Vaya carnada!

Los fines de semana los pasaba en la Ciudad de México. Los viernes por la tarde, mi hijo me recogía en el Tecnológico, a la entrada de Santa Catarina. Ibamos para su casa. Ahí me hospedaba. Aprovechaba para descansar y bañarme. Recordaba lo que era tener agua. Los lunes, tempranito, de nuevo me llevaba hasta el Tecnológico y de ahí me iba a la escuela con los maestros en la carreta.

Un día de tantos, las maestras me hicieron una proposición. Chela, la de la voz cantante, planteó:

—Maestro, usted no tiene necesidad de quedarse aquí toda las tardes de los viernes a esperar la llegada de su hijo. Si quiere puede retornar a la ciudad con nosotras. Los viernes estaría de regreso en su casa temprano. Muy bien podría llegar a comer. Lo mismo se puede hacer los lunes para el regreso a la escuela. Lo recogemos por la mañana y lo traemos para acá puntualmente. ¿Qué nos dice?

—Bien, si no es mucha molestia, haremos la prueba.

A partir del siguiente fin de semana, me trasladé a la ciudad con las maestras. El conserje nos sacaba a la carretera. Abordábamos el cochecito de Chela y a casa. Durante todo el recorrido platicábamos. Era costumbre comentar los principales sucesos de la semana. En uno de esos recorridos, todavía a bordo de la carreta, comenté:

—Como ustedes saben, durante la semana, no hay carne en el pueblo. Sin embargo, el miércoles pasado comí un rico filete de ternera. No supe el motivo sino hasta el día siguiente. La más pequeñita de la casa donde me hospedo, aclaró el misterio. Más curiosa que yo, indagó:

—Maestro, ¿te gustó la carne de ayer?

—Por supuesto, hija —fue mi respuesta. Estaba muy rica. Inmediatamente hizo un comentario adicional: "Era de la ternera que se nos murió".

Las compañeras opinaron sobre el suceso, echaron a reir y bromearon un poco. Pasamos un rato agradable.

Falta aclarar una cosa. Mi habitación en el pueblo, era una bodeguita de grano bien acondicionada. La familia dueña del cuarto tenía una ternerita y ésta invariablemente, por las noches, llegaba a dar patadas a mi puerta. La primera noche hasta me espanté por el ruido. Me acostumbré una vez aclarado el asunto. Los dueños del animalito bromeaban conmigo:

—Conque todas las noches acude la ternera a buscarlo ¿verdad, maestro?

Llegó el viernes siguiente. Emprendimos nuestro tradicional regreso. Apenas había arrancado la carreta cuando una de las maestras interrogó, dirigiéndose a mí:

—Maestro, ¿cómo le fue esta semana?

—Pues la verdad, no puedo quejarme. Me han dado de comer filete de carne dos días. Como me gustó, han hecho un esfuerzo por conseguir carne para mi comida. Así de espléndida es esta gente del campo.

—Oiga maestro, ¿no habrá mano extraña en esto de la carne? —pregunó de nuevo la misma maestra.

—¡Qué mano extraña ni qué cuernos! —respondí tajante.

Al principio no le di mayor importancia al asunto. Seguimos conversando. Conforme pasó el tiempo, en el trayecto del viaje, me inquieté. Lo de la "mano extraña" pasó a ser motivo de constante reflexión.

Ese mismo viernes a las siete de la noche tenía una cita con Chela en la Alianza Francesa. Hablaríamos con una tercera persona quien no acudió a la cita. Estaba diluviando. Esperé un rato y por fin llegó Chela. La ausencia de la otra persona no nos permitió arreglar el asunto motivo de la reunión. Como no paraba de llover, nos metimos a la cafetería de la institución y nos pusimos a charlar. Encontré el momento oportuno para indagar sobre los filetitos de la semana.

—Maestra, ¿sabe usted de dónde ha procedido la carne que he comido en el pueblo esta semana? Ande, dígamelo.

—Pues... No, no sé.

—Maestra, yo creo que sí sabe algo. Mejor será que no me lo oculte.

—Bueno..., pues comprenderá usted..., resulta que yo...

—Sí maestra, usted ha llevado la carne al pueblo, ¿verdad?

—Pues sí. Le conté a mi madre lo sucedido la semana anterior y le manifesté mi deseo de llevar unos filetitos para usted. Ella misma me ayudó a conseguirlos. Se los envié con la chica de la casa en donde usted se hospeda. Como es mi alumna...

El sábado y el domingo me la pasé dándole vueltas al asunto. Imaginé posibles consecuencias si continuaban así las cosas. Llegué a pensar en un escándalo en el pueblo. ¡No lo hubiera podido tolerar! Decidí hablar nuevamente con Chela para ponerle un ¡hasta aquí! Lo hice el lunes en la escuela. La llamé a la dirección y le dije:

—Señorita, la mujer es como un vaso de cristal muy delicado, con la menor respiración se empaña. Se necesita tener mucho cuidado en el trato que se le da. Maestra, lo que está pasando puede prestarse a malas interpretaciones pues alguien se puede imaginar cosas que no son. Frecuentemente así ocurre en los pueblos. No lo quiero. Por tonterías no se puede ir para abajo el trabajo de la escuela. Por eso le prohibo terminantemente que en lo sucesivo me mande carne, o dé algún motivo para que en el pueblo se piense mal de nosotros.

—Maestro, usted no puede prohibirme eso. No tiene nada de malo.

Me percaté de cómo no la convencía y no me haría caso. Entonces le robé la palabra y cambiando de táctica le dije:

—Está bien maestra, si usted desea llegar a algo profundo entre nosotros dos, puede continuar mandándome carne.

Se quedó muda durante un buen rato. Finalmente rompió el silencio:

—Maestro, usted podría ser mi padre.

—Se equivoca señorita, ¡muy bien podría ser su abuelo!

Ahí acabó esa conversación. Pensé que en lo sucesivo no habría más filetitos ¡Me equivoqué! Chela prosiguió enviándome carne. Dio motivo para proponerle matrimonio. Primero dijo que no. La respuesta definitiva vino tiempo después. ¡Vaya carnada la que utilizó. Me atrapó!

Viaje definitorio

Se acercaban las fiestas patrias en 1961. En la escuela habría vacaciones. Tenía planeado ir a Córdoba a visitar la tumba de Cata. Chela, por su parte, iría a San Andrés Tuxtla. Ahí tenía interno a Juanito, un chico a quien había prohijado.

Platicamos nuestros proyectos de viaje. Como estaban en la misma ruta, nos coordinamos y decidimos viajar juntos. Acordamos pasar por Córdoba y de ahí a San Andrés. De regreso seguiríamos el mismo trayecto.

En Córdoba compré flores y las llevé al panteón, a la tumba de Cata. Supervisé y todo ahí estaba en orden. Chela me acompañó. Terminamos temprano. Le propuse hacer una visita a Temazcal. Estábamos cerca. En el Indigenista nos recibieron bien. Conservaba buenos amigos. Nos proporcionaron techo y comida. Al día siguiente nos prestaron una lancha. Fuimos a visitar la Isla de Solyaltepec. Tuvimos un día agradable.

Pasamos a San Andrés. Visitamos a Juan. Nos encontramos con Patricio. Charlamos ampliamente de su escuela, de Juanito, de nuestra experiencia en Santa Catarina y de otras cosas más. Retornamos a Córdoba. Pasamos ahí la noche. A la mañana siguiente abordaríamos el autobús para regresar a la capital.

Paramos en el Hotel Palacio. De aquella noche prefiero no acordarme. ¡Fue espantosa! Caí enfermo. Tuve intensos dolores en el brazo izquierdo. Hubiera deseado consultar al médico, pero comprendí que era una locura despertarlo en la madrugada. Me aguanté. En cuanto clareó pedí a la administración me comunicaran con él. Yo sabía que el doctor salía de su casa a las ocho de la mañana rumbo al hospital. Quería que antes pasara a verme. Me pusieron al habla con él. Era conocido mío. Le tenía mucha confianza. Hizo todo cuanto estuvo de su parte cuando Cata murió. Le dije:

—Doctor, estoy enfermo, muy adolorido. Me encuentro en el Palacio. Le ruego que a primera hora pase a visitarme.

Ofreció estar conmigo tempranito, antes de ir al hospital. Se acercaba la hora de su llegada. Me comuniqué con Chela a su habitación.

—Estoy enfermo, pero no se espante. No sé qué tengo. He llamado al médico. Está por venir. Unicamente le hablo para ponerla al tanto.

En un dos por tres se presentó Chela en mi cuarto. Pudo verme muy incómodo por el dolor. Apenas si intercambiamos algunas palabras. Fue a su habitación a terminar de arreglarse. Rápidamente regresó conmigo y esperamos al doctor. Poco antes de las ocho lo tuvimos ahí.

—Veamos don Pepe ¿qué le ha sucedido? ¡Pero qué barbaridad! Tiene usted herpes. ¿Cómo ha aguantado así toda la noche? ¡Ha sido usted un bruto! Debió hacerme venir inmediatamente. Ni hablar.

Me dio algún tranquilizante y ordenó el tratamiento. Como supo de nuestro proyecto para regresar a la Ciudad de México ese mismo día, me prohibió terminantemente hacerlo. Prescribió:

—Usted necesita reposo absoluto, nada de viaje. Estaré al pendiente. Cualquier cosa y hábleme. No lo dude.

Nos quedamos solos. Chela tendría que regresar sin mí.

—De ninguna manera se quedará usted solo aquí —aseguró. He telefoneado a mis padres y a su hijo Rafael. Están al tanto de su enfermedad. Le mandan saludos. Hemos llegado a un acuerdo: no me moveré de aquí hasta hacerlo con usted cuando pueda regresar a casa.

—Está bien. Si usted así lo prefiere, pues muchas gracias.

Pasamos unos días en el hotel. Los dolores aminoraron. El médico autorizó el viaje. Puso una condición. Mi traslado debería verificarse en el carro dormitorio del ferrocarril. Chela compró los pasajes y, por la noche, emprendimos el retorno. Viajé recostado en una cama. Chela me atendió con esmero. Llegamos a la capital y terminó aquel viaje definitorio.

Ya en México, durante mi convalecencia, una mañana mientras conversábamos, Chela se quedó callada. De repente me dijo:

—¿Sabe qué, don Pepe? Siempre sí me voy a casar con usted.

—¡Por fin! Es lo único que faltaba. Algo bueno salió del viaje.

Esa misma tarde, sin que ella estuviera enterada, fui a su casa y hablé con su padre. También puse al tanto a mi hijo Rafael y a mi nuera. En menos de quince días, a finales de octubre, se celebró nuestro matrimonio. Unas cuantas semanas después concluyeron los cursos en Santa Catarina. También concluyó nuestro paso por esa hermosa e inolvidable experiencia escolar campesina.

¡Ale, vámonos!

Recién casados debíamos hasta la camisa. Como se dio lo de nuestro matrimonio, no nos alcanzó el tiempo para ahorrar centavos. Pedimos un préstamo de cinco mil pesos para comprar una cama, una mesa, cuatro sillas y un refrigerador. Fueron nuestros primeros bienes y hubimos de ingeniárnosla para pagar la deuda.

Al finalizar los cursos de 1961, entre diciembre de ese año y enero del siguiente, Chela y yo trabajamos para pagar el débito. Lo hicimos en el Instituto de Capacitación del Magisterio, invitados por Victor Gallo. Cuando él me buscó acepté ir a capacitar maestros a Morelia encargado del curso de Historia General de la Educación. Sin embargo le puse un pero.

—Resulta —le dije— que me acabo de casar, y por cierto, con una maestra. Con lo que me ofrece por el curso no será suficiente para los dos.

—Siendo así, no se preocupe maestro Tapia. Si su señora es maestra, para ella también tengo trabajo. Si acepta le encomendaré, allá mismo, hacerse cargo del curso de Ciencia de la Educación.

—Así las cosas, nos vamos. Estoy seguro, a mi mujer le agradará mucho el ofrecimiento. De lo contrario se lo notifico —concluí.

No hubo necesidad de hacer ninguna modificación. En cuanto llegamos a Morelia nos presentamos en el centro de trabajo. Estando ahí, Chela se encontró con algunos de sus compañeros de la Normal Superior. Entre ellos a uno de nombre Efraín, a quien presentó como un buen compañero de

estudios. Los tres trabajábamos con un mismo grupo de manera escalonada. Primero entraba ella, después le tocaba a Efraín impartir su clase y finalmente pasaba yo a dar la mía.

Un día de esos, al entrar a la dirección, escuché como el tal Efraín se quejaba de Chela ante la directora. Pedía le llamara la atención a mi mujer, por medio de un oficio, porque no concluía a tiempo su clase y le robaba parte a la de él. Estaba en pleno lamento cuando intempestivamente intervine:

—Veo que usted se queja de Graciela. ¿Acaso ya comentó con ella por qué no le deja el grupo a la hora? ¿Se lo dijo antes de venir a tratar el asunto a la dirección?

—Bueno, no maestro —fue su respuesta.

—¡Pero qué cobarde es usted! —repuse— cómo sin hablar con ella, y diciéndose su amigo, está solicitando a la directora le llame la atención. Usted no tiene los pantalones fajados para ir a exigirle: “Graciela, necesito que termines a tiempo tu clase, me está perjudicando”.

Como se ve, lo puse pinto y lo dejé sin habla. De ningún modo iba a permitir a ese maestro, ni a ningún otro, expresarse así de mi mujer, y mucho menos en mi presencia.

Pero no terminó todo ahí. Al día siguiente Chela dio su clase y luego lo hizo Efraín. A la hora en punto en que éste debería de salir, me paré en el marco de la puerta del salón y, con la voz más alta que tuve, ordené:

—¡Ale! ¡Joven, terminó su tiempo de trabajo en clase! ¡Tome sus cacharros y para afuera! ¡Se me sale del salón, ya es la hora!

—Pero maestro Tapia, por favor, permítame un segundo...

—¡Nada, nada! ¡Se sale usted porque es mi hora! ¡Me está robando el tiempo de mi clase! ¡Ale, vámonos!

Y por supuesto no le quedó más remedio y se salió muy apenado de manera escurridiza. Entré al salón y vi la cara de asombro de mis discípulos entre quienes, por cierto, varios ya peinaban canas. Tuve necesidad de explicarles el por qué de mi actuación. Al final les dije:

—Acabo de enseñarle a este jovencito cómo se habla y cómo se piden las cosas. Espero que haya aprendido a ser claro y decir lo que piensa de frente.

¡Vaya, hasta que supe...!

Residí con mi nueva esposa en la capital. A principios de febrero de 1962 daría inicio el año escolar. La maestra Frutos me encargó la dirección de la Escuela Suecia. Estaba por inaugurarse en una colonia popular llamada El

Retoño. Prácticamente todos los maestros de Santa Catarina fuimos trasladados a la nueva escuela. De la Rafael Ramírez no volví a saber casi nada.

La escuela trabajaría como "modelo". Funcionaríamos con base en las técnicas Freinet. La escuela estaría abierta para quienes quisieran visitarla y conocer el manejo de la imprenta escolar y demás técnicas de trabajo.

Sin embargo, el proyecto no funcionó. No contamos con el apoyo necesario de Educación para avanzar. No fuimos bien vistos. A más de uno le molestó el clima de libertad de nuestro trabajo escolar. Desde el púlpito nos tacharon de maestros comunistas. Quisieron espantar a los padres para retirar a sus hijos de nosotros. Aquello no me dio buena espina. Afortunadamente los padres ya habían visto la seriedad de nuestro trabajo y no hicieron caso de las injurias.

De mi efímero paso por El Retoño guardo alguno que otro recuerdo. Al iniciar el curso, recibí todo prácticamente organizado. Me entregaron las listas de inscripciones hechas.

El primer día de clases, cuando acababan de entrar los niños a sus salones, aconteció algo no previsto. Llegó a las puertas de la escuela una marabunta de padres de familia, exigían un lugar para sus hijos.

Afortunadamente estaba en la entrada cuando se dejó ir la avalancha y logré emparejar la puerta. Intenté tranquilizar a los demandantes.

—No pueden pasar. Los niños, quienes tuvieron ingreso, ya están tomando clases en sus salones. La escuela está completamente saturada. No hay un pupitre vacío...

En esas estaba, cuando a gritos y empujones intentaron meterse para imponer su voluntad. Saqué fuerzas de donde pude y cerré el portón, dejando a todos afuera gritando mientras golpeaban la puerta.

—¡Abra! ¡Déjenos pasar! ¿Quién se cree para impedir el paso de nuestros chicos?

Los ánimos estaban muy caldeados. Aquello no podía quedarse así. Decidí salir para convencerlos de la realidad.

—¡No sean necios! —grité tan fuerte como pude. Entiendan, yo no elaboré las listas de ingreso. Tal vez a ustedes se les olvidó inscribirlos. Ya es muy tarde. Les aseguro, no hay un solo lugar disponible.

Entre críticas y cuchicheos, molestos algunos y otros convencidos, poco a poco todos se retiraron pacíficamente del lugar.

Tuvimos un convenio con la maestra Frutos. La escuela trabajaría con las técnicas Freinet. Desde Santa Catarina teníamos tres prensas que, obviamente, no eran suficientes. La escuela no contaba con recursos ni con material adecuado para trabajar. Estudié posibles soluciones para resolver ese gran problema.

Lo sabía bien, está prohibido exigir colaboración económica a los padres de familia cuyos hijos estudian en las escuelas públicas. Me encontraba entre la espada y la pared. La escuela necesitaba dinero y Educación no la apoyaba.

Ante el dilema decidí conversar sinceramente con los padres de nuestros alumnos. Cité a una reunión de padres de familia. No pudo efectuarse en la escuela, no había algún salón apropiado para alojarnos.

El Presidente de la Asociación de Padres de Familia de esa escuela era, a la vez, uno de los principales dirigentes locales del partido oficial, ese que se llama Revolucionario Institucional. ¡Ah bárbaros, no dejan pasar ninguna oportunidad para estar presentes! Se trató de un hombre con quien pude llevar la fiesta en paz. Ofreció el local de su Partido para verificar ahí la reunión de la escuela. ¡Peor hubiera sido hacerla en la calle! A falta de pan... Además tuvo la ocurrencia de invitar a la reunión al diputado del Distrito. Este último no asistió, pero envió a un representante suyo quien se sentó a mi lado. En cuanto llegó y me lo presentaron, me confesó:

—En realidad no sé para qué estoy aquí con ustedes. No entiendo a qué me han mandado.

—Ya se enterará, ya se enterará —le dije con cierta malicia.

Comenzó la reunión y hablé todo cuanto tuve necesidad de decir acerca de mi proyecto para la escuela. Les expliqué claramente la escasez de recursos para cubrir las necesidades más elementales del trabajo. Finalmente, en cuanto los percibí involucrados, les pedí sus opiniones y sugerencias.

Mientras alguien proponía que se hiciera entre todos una colecta voluntaria, vi a varios padres de familia salir escurridizos del local aquel. Me intrigó su huida. Les di la razón. De permanecer en el lugar se verían obligados a cooperar y seguramente no podrían hacerlo.

¡Pero qué va! Cuando me di cuenta, quienes habían salido ya estaban de regreso. La colecta se había iniciado. Quien podía y quería ayudar, pasaba al frente y daba su óbolo. A algunos de quienes habían salido les tenía mucha confianza. En cuanto pasaban al frente les preguntaba discretamente por qué habían salido. La respuesta, prácticamente era la misma.

—No venía preparado, no traía nada en el bolsillo y fui a casa por algunas monedas. Su proyecto escolar no puede detenerse. Si no lo apoyamos nosotros, nadie lo hará.

La colecta fue muy generosa. Se superó ligeramente la cantidad presupuestada para poder avanzar en la escuela. El propio representante del diputado dio su cooperación. A la vez comentó:

—¡Vaya, hasta que supe a qué vine!

Me alegra verlas buenas

Mi estancia en El Retoño fue muy breve. Unos tres meses. Solicité licencia sin goce de sueldo y dejé la Escuela Suecia. Chela me sustituyó haciendo las veces de directora. Para mayo ya funcionaban así las cosas aunque todavía no se formalizaba lo de mi licencia. Chela era la directora y yo le daba cierta asesoría y suplía a algún maestro faltante.

Se acercaba el 10 de mayo. Chela, un tanto cuanto preocupada, me preguntó:

—Oye Pepe, ¿qué me sugieres para decirles a las madres de los chicos en el festival de la escuela?

— Pues nada, mujer. Diles lo que te salga, lo que te dé la gana. Por ejemplo, que te da mucho gusto verlas buenas.

—Pepe, por favor, no bromees. Anda dime, dame algún consejo serio.

—Ya te lo he dicho, no tengo nada por agregar.

LLegó el día de la fiesta y Chela se dirigió a las señoras. Lo hizo bien y segura. Cuando mi mujer terminó con su discurso, le pedí la palabra. Lo hice con un doble propósito: felicitar a las señoras y explicarles los motivos de mi retirada del plantel.

Cuál no sería la sorpresa para Chela cuando me oyó decir:

—Queridas madres de familia, me alegra mucho verlas buenas y con salud...

La tercera es la vencida

Además de no contar en la Escuela Suecia con el apoyo indispensable para trabajar las técnicas Freinet, era inminente algo. Chela iría becada a Francia. Por esos dos motivos abandoné la escuela y decidí trabajar, por última ocasión, para el Instituto Nacional Indigenista. Bien dice el refrán popular: la tercera es la vencida.

Esta vez la cita fue con los mazatecos de Oaxaca. Fui a dar a una zona cafetalera ubicada en Huautla de Jiménez. Cada dos fines de semana regresaba a la capital para estar con mi mujer. Al poco tiempo, en cuanto salió para Francia, mi estancia en Huautla se convirtió en permanente. Duré ahí más de un año.

Trabajé con los campesinos en la organización del cultivo, cosecha y venta del café. En cuanto llegué al lugar encontré una situación caótica. Había un grupo de acaparadores muy poderoso, hacía de las suyas y atracaba a los campesinos. A cambio de un kilo de café de altura, les entregaban un triste

kilo de maíz. Decidimos combatir este robo, aúnque el costo a pagar fue muy caro.

Contactamos con el Instituto Mexicano del Café. Se instaló en la región una bodega para almacenar el grano producido. El café comenzó a venderse conforme a los precios vigentes en el mercado. Se logró el funcionamiento de una cooperativa de cafeticultores. Preparé a algunos campesinos para llevar la contabilidad de la cooperativa.

En la zona, además de los acaparadores, había tres caciques. Lo controlaban todo. Entré en pláticas con los tres. Les hice ver los beneficios de la cooperativa. Quedaron convencidos para participar en la organización de la producción y venta del café. Fue a través de la Unión de Cafeticultores.

Los acaparadores vieron afectados sus intereses. No les pareció la unificación de criterios para la producción y venta del café. Nos amenazaron. Pasaron a los hechos. Lograron hacernos tener momentos muy difíciles. Finalmente se tranquilizaron. Las agresiones a la organización de los cafeticultores se desvanecieron. Al irme de Huautla, dejé la región en paz y bien organizada.

Murió acribillado

Recién llegado a Huautla, conocí a Erasto Pineda. Era una bella persona y estaba enemistado con los acaparadores del café. Se los echó encima, se opuso a sus mezquinos intereses. Tan pronto entré en contacto con él, nos identificamos y charlamos mucho. Nos encontramos frente a un interés común: que el trabajo en torno al café beneficiara a los campesinos y a nadie más. Acordamos levantar un censo sobre el grano. Sería el inicio de una tarea mayor: la organización de una cooperativa de producción y consumo de los cafeticultores. En el fondo era un golpe duro para acabar con los dichosos acaparadores.

Erasto y yo teníamos una cita para iniciar el censo. Pasaría un lunes tempranito y me recogería para ir a hacer un recorrido por la zona. El domingo anterior, como a las once, paso a saludarme.

—Qué tal, don Pepe. ¿Cómo le va?

—Pues bien, ¿que quieres que te diga? Aquí disfrutando un poco del sol —le contesté desde las afueras de las instalaciones del Indigenista en donde tenía mi habitación.

—Figúrese, pasaré el resto del día en una casita de campo. La tengo no muy lejos de aquí. Unicamente vine a saludarlo. Ahora me voy para evitar se me haga tarde. Mañana vendré por usted.

—Aquí estaré puntual esperándote. Disfruta el día.

Más tarde, como alrededor de las cinco, me enteré de la tragedia. Estaba sentado a la entrada de mi habitación. Llegaron unos jóvenes campesinos a pedir auxilio. Necesitaban una camilla para levantar el cuerpo de Erasto. Lo habían encontrado muerto.

Ese fatal domingo, el líder cafeticultor dejó de existir. Murió acribillado. Los acaparadores lo asesinaron cobardemente cuando viajaba a caballo rumbo a su casita de campo. Le tendieron una emboscada en un rincón muy pedregoso del camino. No tuvo oportunidad de defenderse. ¡Le dispararon a boca de jarro!

El Jefe de Personal del Instituto Indigenista se trasladó desde la Ciudad de México a Huautla. A la vez era mayor del Ejército Mexicano. Llegó a tratar de esclarecer lo acontecido. Se puso en contacto con la partida militar de la zona. Por más indagaciones hechas, no se aclaró el asesinato. ¡Jamás se hizo justicia!

Algún dato llegó a saberse de manera casi certera. Unos cinco emboscados esperaban a Pineda en el lugar del homicidio. Otros tantos le seguían a distancia desde Huautla. Si el líder hubiese retrocedido en su marcha, a quienes le seguían les hubiese tocado disparar. El asesinato estaba perfectamente planeado. No había escapatoria.

Chiflido mazateco

Los mazatecos, a través de silbidos, pueden sostener verdaderas conversaciones. En aquellos momentos de apuro, lo anterior representaba una desventaja. Estábamos amenazados por los acaparadores del café. Erasto había sido su primer blanco. No cabía la menor duda, les seguíamos incomodando.

Aproveché la presencia del Jefe de Personal del Indigenista. Le expuse lo de los chiflidos. No compredía. No daba crédito. Parecía como si le estuviera hablando en chino. Decidí hacer un experimento para mostrarle el alcance de mi dicho. Charlábamos en el piso alto de la oficina. Llamé a un promotor para iniciar el ensayo. En la planta baja se encontraba otro de sus compañeros. Los dos era mazatecos. Sugerí al funcionario:

—Encárguele a ese joven algo. Por medio de silbidos lo comunicará a quien está allá abajo.

—Necesito una cajetilla de cigarros —afirmó con cierto escepticismo.

El promotor, sin moverse para nada de su sitio, comenzó a chiflar. La respuesta fue inmediata. Se trataba de una duda a silbidos.

—¿De qué marca los quiere?

El interesado, más que curioso asombrado, dio el dato. El promotor de arriba volvió a silbar. Pasó un buen rato y hubo de nuevo chiflidos y respuesta. Este era el mensaje:

—En la tienda no hay de esa marca. A ver si quiere de otros.

—Que los traiga de cualquier marca— dijo convencido por no dejar.

Hubo de nuevo un chillido de arriba hacia abajo. Pasó otro rato. Finalmente se escuchó ruido en la escalera. Era el interlocutor de la planta baja quien apresurado subía a poner sobre la mesa una cajetilla de cigarros.

El incrédulo funcionario quedó estupefacto. Ofreció tomar en sus manos el asunto de nuestra seguridad. Llevó el caso a la Ciudad de México. Los directivos del Instituto tomaron una decisión. Para no dejarnos indefensos, se nos entregó a cada uno un arma de fuego. A mí me dieron una Colt 38.

Nadie necesitó usar su arma. Siempre estuve convencido de algo al respecto: de usarse el arma serían los mismísimos acaparadores quienes nos darían el tiro de gracia con nuestra propia pistola.

¡Ahí vienen, ahí vienen!

Era necesario hacer un recorrido por la zona de Huautla. Salimos a caballo. Iba acompañado por uno de los promotores del Instituto. Montábamos con tranquilidad y de repente mi acompañante paró en firme y, por supuesto, yo con él. Se le descompuso el semblante. Lo percibí nerviosísimo.

—¿Qué te pasa?— indagué.

Corremos peligro. Alguien nos está esperando en el camino— me contestó con la voz entrecortada, al verme confundido explicó— acabo de escuchar una conversación a silbidos. Los interlocutores dicen ¡ahí vienen, ahí vienen! Nos han de estar tendiendo una emboscada como a Erasto. ¡Mejor será ocultarnos!

Su temor estaba muy bien fundado. Lo de Pineda era muy reciente. Esperábamos ser atacados por los acaparadores de cualquier momento a otro. Decidimos desmontar e internarnos en el bosque a la expectativa.

Transcurrió un tiempo. El promotor, ya con otra fisonomía y con su tono normal, me explicó:

—Podemos continuar tranquilos nuestro viaje. Me equivoqué. No se referían a nosotros. Nada había de temer. No estuvimos en peligro.

—¿Cómo, qué dices...entonces qué fue lo que sucedió?— fueron mis dudas.

—Todo fue una confusión. Ciertamente decían ¡ahí vienen, ahí vienen!, pero no eramos nosotros quienes llegábamos. Simplemente se avisaban el acercamiento de otros mazatecos a quienes estaban esperando.

Así la situación, proseguimos nuestro camino. Al poco rato nos cruzamos con esos hombres. Nos saludamos. Ni siquiera se enteraron del sustazo que nos metieron.

Finca Tzeltal

Por ahí de noviembre de 1962, cuando radicaba en Huautla, el Instituto Indigenista me pidió aceptar ser trasladado a San Cristóbal de las Casas, en Chiapas. La encomienda no era sencilla.

Un ejido maderero había sido completamente talado y los ejidatarios tzeltales no recibieron, a cambio, el pago de los derechos de tala correspondiente. Acudieron al Indigenista en busca de auxilio. Lograron, así apoyados, recuperar el dinero. Recibieron una cantidad considerable. Asesorados por el Instituto, con tal suma compraron la Finca de San Francisco, en la ribera del Río Grijalva.

La finca tenía unas dos mil hectáreas. Contaba con una casa edificada a orillas del río. Había, además, un huerto y buena variedad de animales: vaquillas mixtas cebú, caballos, sementales cebú, yeguas, cerdos y otros más. Cuanto hacía falta era trabajar la finca para sacarle jugo. Y el trabajo, pesa, pesa...

Mi tarea consistió en organizar, junto con los tzeltales, la explotación colectiva de la finca. Las tierras de la San Francisco eran buenas. Estaban regadas por el río. No se necesitaba ser conocedor. A simple vista era previsible la producción de legumbres para satisfacer las necesidades de los indígenas propietarios y aún más. En especial podría producirse cacao en abundancia. Se necesitaba sembrar con ahínco para después tener una buena cosecha.

Para no variar, pronto me di cuenta, no todo iba bien. Los indígenas estaban muy pobres. Les faltaban recursos. El Indigenista, por su parte, tomó medidas muy equivocadas. En poco tiempo dio al traste con la colectivización propiciada por él mismo. Al iniciarse la siembra, el Instituto dio a los ejidatarios pequeñas cantidades de aceite, frijol, arroz y maíz para su subsistencia.

Paralelamente al abastecimiento inicial, instaló una pequeña tienda cooperativa en donde los tzeltales comprarían sus víveres y demás. Esta medida fue una burla. Los indígenas no contaban con dinero, ni tendrían un centavo hasta levantada la cosecha. ¿Con qué, entonces, podrían pagar en la dichosa tienda? Con todo y tienda cooperativa los dueños de la finca no pudieron comprar casi nada. Además de injusto era totalmente imposible trabajar muchos meses sin contar con dinero para subsistir.

Los víveres, que inicialmente entregó el Indigenista a los ejidatarios, pronto fueron insuficientes. Como estaban trabajando la finca bajo la supervisión del Instituto, los indígenas le pidieron a aquél les diera un anticipo en especie de las ganancias previstas. Los jefazos del Indigenista negaron a los ejidatarios las provisiones solicitadas a cuenta de la cosecha a levantarse.

Como consecuencia lógica, los ejidatarios abandonaron bien pronto el trabajo de su propia finca. Para trabajar necesitaban subsistir y el Instituto Indigenista les negó la posibilidad. Se dijo no contar con dinero para darles las provisiones. ¡Qué gran embuste! Tuvo dinero, bastante más del requerido por los ejidatarios, para encomendar el trabajo de la finca a manos extrañas remuneradas.

Tampoco callé esta vez. Inmediatamente protesté por esa nueva canallada, ahora en contra de los indígenas tzeltales.

—¡Caramba! la política tomada por el Instituto es muy equivocada. Si no apoya de inmediato a los tzeltales, el proyecto de colectivización de la finca se irá a la ruina —sentencié.

Y a la ruina se fue. También a mí me retiraron de Chiapas. Les estorbé en aquel lugar y se deshicieron de mí junto con un técnico agrícola quien tambíen trabajaba para el Indigenista. Esta vez, no sé por qué, pero no renuncié. Simplemente, triste por lo acontecido, regresé a trabajar en la cafeticultura de Huautla. Fue en febrero o marzo de 1963.

Por tercera vez presencié en vivo el engaño a los indígenas por parte del Instituto Indigenista. Esto me desazonaba muchísimo.

A pesar de todo

En Huautla, la Secretaría de Educación había encomendado al Indigenista la supervisión de una escuela secundaria. Yo seguía muy de cerca los acontecimientos de ella. Bien pronto me percaté de por qué la escuela estaba completamente abandonada.

El director, quien estaba al frente del plantel, no sabía ni entendía nada de educación. Ese sujeto dejaba mucho que desear como director de escuela. Casi todos los días se presentaba tomado. Daba un espectáculo muy denigrante, su ejemplo era muy triste para los maestros y alumnos. Había un pequeño detalle, un detalle adicional. El tipo aquel era yerno del inspector escolar de la zona quien también era un bebedor empedernido.

Los campesinos vivían atemorizados, nadie se animaba a tocar el asunto. De hacerlo hasta se quedarían sin escuela para sus hijos. Eso sería más grave todavía. ¡Ah el alcohol, cómo destruye!

Se necesitaba hacer algo por los chicos y por su escuela. Esa situación no podía continuar así. Era necesario buscarle una solución. Tomé el caso en mis manos y me trasladé a la Ciudad de México. Traté el asunto en el Instituto. Me enviaron a Educación para encontrarle alguna salida a ese serio problema.

Visité a quien era el Oficial Mayor de la Secretaría. Se trataba de un viejo conocido. Por tercera y última ocasión traté un asunto oficial con Mario Aguilera Dorantes. Nuevamente pudo haberme visto como un quijote.

No fue así. El funcionario escuchó con atención todo cuanto le expuse. Vi como se interesó por mi preocupación, es decir, la de los campesinos de Huautla. En cuanto terminé de hablar obtuve una respuesta.

—Mire, maestro —me dijo— regrese tranquilo a su lugar de trabajo.Yo me encargaré de este asunto. Ya verá cómo pronto encontraremos la solución adecuada.

Retorné a Huautla, no sin cierto escepticismo. A los pocos días llegó al lugar un inspector de Educación. Tenía la encomienda de indagar todo cuanto en la secundaria pasaba. Visitó el plantel. Se hizo de toda la información que le pareció pertinente para después presentar un informe a sus superiores.

A pesar de todo, a pesar del maltrato y desprecio por el indígena mexicano, en esta ocasión me escucharon y le concedieron la razón a las mazatecos. Valió la pena mi intervención. Al poco tiempo la secundaria tuvo un nuevo director.

¡Qué tipo! ¡Canalla!

Un estudioso muy allegado al Indigenista arribó a Huautla. Teníamos instrucciones de atenderlo en cuanto necesitara. Su nombre, Fernando. Acudió a investigar algo de la zona para luego escribir y publicar un libro.

Salimos de expedición montados en mula. Cada cual en su bestia, éramos cuatro: el coordinador del Instituto en la región, nuestro huésped, el inspector escolar de la zona y yo.

En el camino había una pendiente difícil y peligrosa. Lo indicado era bajarse de la bestia, jalarla de la brida y continuar así el camino. De esa manera procedimos tres de nosotros. El investigador, en cambio, permaneció trepado en la mula. En cuanto vio la dificultad de seguir así, decidió auxiliarse de un indígena quien le salió al paso.

—Oye, tú —le ordenó en forma despótica— jala la mula y llévame tras los demás.

—Señor, su petición es muy riesgosa. El animal se puede resbalar y tirarlo. Podría lastimarse. Mejor será que se baje y...

—No discutamos necedades. Anda, no sucederá nada. ¡Lleva la mula y al final te gratificaré!

El indígena sumiso no tuvo más remedio y obedeció. Lo condujo a un lugar plano en donde todos volvimos a montar. Entonces el tal Fernando, quien era algo muy especial, se dirigió a nosotros. Dijo a voz en cuello:

—A ver quién de ustedes tres tiene dinero suelto para pagarle a este hombre. Yo no traigo cambio.

No encontró respuesta. Después de todo, él y únicamente él era responsable de sus propios actos. El indígena, primero humillado y después engañado, escurridizo y triste se retiró del lugar.

Proseguimos el recorrido. La noche nos pilló. Paramos a descansar, lo hicimos en el suelo de una humilde casa donde se brindaba hospedaje a los forasteros. En aquel sitio había una gran oca o ganso y el Fernando aquél se fijó en el ave. Más que decidido ordenó al dueño:

—Esta oca la mata usted. Nos la comeremos.

—Pero señor, vea bien al animal. La oca es muy vieja. Es la madre de todas las demás. Su carne será muy dura. No la podrán ni masticar. Mejor será si escoge otra. Con gusto se las guisará mi esposa.

El otro, sin miramientos y con un tono insolente francamente irritante, subió la voz:

—He dicho a usted que mate la oca y la prepare. Quiero esa y no otra. Pagaré el precio que ponga.

El hospedero, apesadumbrado, no tuvo otro remedio. Sacrificó la oca y a la cocina. La sirvieron en la mesa. El dueño no se había equivocado. El ave estaba incomible. El inspector escolar y yo intentamos meterle diente. Fue imposible. El causante de todo, ni la probó. Depués de picotearla protestó indignado:

—La carne está muy dura. No se puede ni partir, menos comer. Así no le pago nada. A ver si mejor nos sirve otro alimento.

¡Qué tipo el Fernado ese! ¡Canalla! ¡Cuán caro cuesta el amor por el indígena, cuán fácil se le desprecia!

El convencido fui yo

Me encontraba bien entre los mazatecos de Oaxaca y trabajaba muy satisfecho. Lo de la cafeticultura marchaba bien. Había resultados gratificantes. Se aproximaba el retorno de Chela. Imaginé algo, ambos podríamos radicar en Huautla. Había mucho trabajo por hacer entre los indígenas. Chela podría laborar en la secundaria esa, la supervisada por el Indigenista.

A principios de julio de 1963 llegó Chela de Francia. Antes de reincorporarse a trabajar en la primaria oficial, fue a vivir conmigo un par de meses a Huautla. Necesitábamos darle un cauce a nuestra vida de pareja. Nos pusimos a platicar.

—Chela, tal vez si aceptas podrás trabajar aquí en la región. No sabes cómo nos he imaginado a los dos trabajando con los mazatecos.

—No, Pepe. No estoy de acuerdo contigo. El viaje a Francia me ha hecho reflexionar muchas cosas. Entre ellas nuestro trabajo. De algo estoy absolutamente convencida. La única forma de trabajar en serio las técnicas Freinet, será por nuestra propia cuenta. He platicado de esto con Tere, ella comparte mi opinión. Deseamos poner una primaria nuestra en la Ciudad de México. Consideramos que nadie mejor que tú, podrá ser el alma de esa escuela.

—Pero Chela, sitúa los pies en la tierra. Poner una escuela requiere de un capital. Ni tú, ni Tere, ni yo lo tenemos. Mejor será si recapacitan. Además ¿por qué poner la escuela en esa gran ciudad? ¡Todavía si fuera en el campo!

—Voy a ahorrar. A ver qué sucede de aquí a principios del año entrante. Por ahora me reincorporaré a la escuela pública. Mi licencia vence pronto. Para febrero viviremos juntos. ¡Ya lo verás, Pepe!

—Yo también estudiaré las posibilidades en Huautla para que tú trabajes aquí.

—No, Pepe, eso no. No será necesario.

Insistí e insistí, pero no la logré convencer. ¡Me equivoqué! Mi mujer nació hecha para la gran ciudad. La muy testaruda volvió de Francia con una idea fija. Nada ni nadie se la quitó. Como no podía persuadirla de nada, mejor le dije:

—Está bien. Si entre tú y Tere logran hacer los preparativos y cubrir todos los trámites para el nacimiento de la escuela, trabajaré con ustedes.

Como se verá, acabé aceptando el proyecto de Chela y Tere. Aunque se los condicioné, se puede asegurar algo: al fin de cuentas, el convencido fui yo. ¡Jamás me arrepentí!

Centavos

Poner una escuela, por muy sencilla, cuesta. Un fin de semana de tantos, fui de Huautla a la Ciudad de México y hablé del proyecto escolar con Tere y Chela. En un momento dado, las interrogué:

—¿Y qué han pensado del dinero necesario para instalar la escuela? ¿Cuánto requeriremos y de dónde lo vamos a obtener?

Ya lo tenían planeado. No tuvieron dificultad en contestar.

—Maestro —dijo Tere— lo tenemos pensado. Cada quien aportará diez mil pesos.

—Eso —agregó Chela. Tere pondrá diez mil pesos, Juan José, el maestro de Tierra Blanca, también lo hará pues participará en el proyecto y tú y yo juntos aportaremos la misma suma.

—Vaya... vaya...¡Nones! Ni creas, chiquita. No aceptaré trabajar en condiciones tan disparejas. La cuota será personal, diez mil pesos por cada uno de nosotros dos. De lo contrario, no habrá escuela, bueno, cuando menos yo no participaré. ¿Entendido?

—Sí, maestro. Sí, Pepe —dijeron las dos por separado.

La puritita verdad, en aquel momento imaginé como algo imposible reunir esa cuantiosa suma de veinte mil pesos, por lo cual Chela desistiría de su empeño. ¡Caramba, de nuevo me equivoqué!

Chela se sintio desafiada. Su sueldo mensual de la primaria oficial era de mil doscientos veinticinco pesos. Por mi parte, yo ganaba tres mil en el Indigenista. En Huautla tenía muy pocos gastos, me quedaba cada mes con trescientos o cuatrocientos pesos y el resto, se lo mandaba a mi mujer. En diciembre también le hice entrega íntegra de mi aguinaldo.

Como de veras se propuso y quería la escuela, Chela se puso a ahorrar cuanto dinero caía en sus manos. De septiembre de 1963 a enero del año siguiente, únicamente gastó quinientos pesos mensuales de renta y unos cuantos pesos más para la gasolina de su autito. Comía en donde la recibían. Aterrizaba con su madre, en casa de su hermana o con su amiga Lucrecia. La muy tenaz no gastó para nada en alimentos. Ahorró cuanto yo le enviaba, buena parte de su sueldo y la gratificación de fin de año de los dos.

Durante esos meses, Chela reunió cuantos centavos le cayeron. Logró así su cometido. Para mediados de enero había juntado los veinte mil pesos.

Así de claras las cosas, ni hablar. Estuve dispuesto a trabajar en lo de la escuela. Concluí los asuntos pendientes en Huautla y presenté mi tercera y última renuncia al Instituto Nacional Indigenista.

Poco tiempo antes de empezar a trabajar, hubo un contratiempo. Juan José, quien se decía mi nieto, repentinamente se echó para atrás. Se retiró del proyecto escolar con sus diez mil pesotes. ¡Nos metió en apuros! Tuvimos suerte. Llegó al escenario de la naciente escuela Alicia Morales, sí, Lichis, quien era nuestra antigua compañera de trabajo en Santa Catarina. Relevó al arrepentido y aportó la suma correspondiente.

Un año después, en 1965, Lichis nos lo avisó, se separaría de la escuela. Se fue a vivir a provincia. Su lugar como socia de la escuela lo ocupó Elisa, la hermana de Chela. Elisa reembolsó a Lichis su cantidad aportada a la escuela sin ninguna utilidad, pues no la había habido.

Años después, Elisa también se fue con cuanto le correspondía. Desde entonces quedamos como copropietarios de la escuela únicamente los tres: Tere, Chela y yo.

¿Qué nombre?

Toda escuela lleva su propio nombre. Los creadores de las escuelas particulares mexicanas presentan a Educación propuestas de nombres para la naciente escuela. La Secretaría decide. Es un trámite de rutina. Chela y Tere antes de cubrirlo sondearon para ver si la escuela podría llamarse "Rafael Ramírez". El resultado fue negativo. Muchas escuelas públicas del país llevan el nombre de tan insigne maestro.

—Será mejor si proponen otro nombre. Sugieran una terna. En primer lugar anoten el de su preferencia. Pero por favor, no den un nombre tan popular como el de Ramírez.

Mis compañeras me plantearon el problema en una de mis idas a la Ciudad de México. Les sugerí un nombre original y de trascendencia educativa. No tuve necesidad de pensarlo dos veces. Les dije:

—Miren, un nombre estupendo para nuestra escuela es el de don Manuel Bartolomé Cossío. Se trata de un magnífico educador español nativo de La Rioja. Su obra educativa es reconocida mundialmente, aunque su nombre no sea muy sonado en México.

—Está muy bien. Ese nombre irá en primer término de nuestra terna.

No tenía ni tengo por qué ocultarlo, este educador y su obra pedagógica han sido para mí muy amados. Don Manuel quedó huérfano a los diecinueve años. Terminado su bachillerato pasó a Madrid y realizó estudios universitarios de Filosofía y Letras en la Universidad Central de Madrid. También estudió griego, historia de las bellas artes y arqueología. Llegó a ser, por oposición, director del Museo Pedagógico de Madrid, recién creado.

Joaquín Costa, amigo suyo, lo presentó a don Francisco Giner de los Ríos en una conferencia dominical. A partir de entonces quedaron estrechamente unidos. Don Manuel fue un discípulo predilecto de don Francisco.

Giner de los Ríos era el alma de la Institución Libre de Enseñanza. Le había marcado su sentido y rumbo pedagógicos. La Institución, originalmente, ofrecía únicamente formación universitaria. Don Manuel habló con los directivos.

—Miren —les dijo— para lograr plenamente los objetivos educativos de la Institución, hace falta ofrecer estudios de parvulario, primaria y bachillerato.

Le tomaron la palabra. Giner de los Ríos le encomendó poner en práctica su consejo.

—Muy bien —le señaló— tú te encargarás de su organización y funcionamiento.

—Lo haré gustoso. Acepto.

Se puso a trabajar y, en muy poco tiempo, demostró cómo para lograr una verdadera educación se requiere comenzar desde abajo, con los pequeñitos.

¡Qué mejor motivo para ponerle a nuestra primaria su nombre! La Secretaría de Educación aceptó, sin ningún pero, nuestra propuesta. Desde el comienzo de nuestro trabajo siempre hemos estado, atrevidamente, bajo el espíritu de don Manuel.

El nombre de Freinet lo descartamos. Pensar en usarlo nos pareció una falta de respeto para Patricio quien, aunque distante de la capital, años antes había fundado la Escuela Experimental Freinet. Herminio Almendros y Patricio Redondo estaban vivos. No había por qué acudir a sus nombres.

Grotesco

Desde el principio lo acordamos. Chela fungiría como directora de la escuela. Su título de maestra y los años de servicios docentes la facultaban. Tere, Lichis y yo seríamos maestros de grado.

Chela, como directora de la naciente escuela, propuso a la Dirección de Escuelas Incorporadas nuestros nombres como maestros de grupo. Lichis y Tere no tuvieron ningún problema. Yo, en cambio, me llevé una gran sorpresa. ¡Fui rechazado! El motivo: "El candidato propuesto no presenta título de maestro".

Aquella respuesta nos pareció ridícula. La decisión fue verdaderamente algo grotesco. Argumentamos cómo, pocos años atrás, había sido maestro comisionado como director en la escuela " Rafael Ramírez", de Santa Catarina. No tuvimos éxito. El haber sido maestro encargado de la dirección de una escuela oficial no me facultaba para ser maestro de escuela primaria particular.

Nos lo aconsejaron y acudimos a la Dirección General de Profesiones a tratar el asunto. Ya ahí, explicamos detenidamente mi situación. La respuesta fue favorable a la Dirección de Incorporadas. Tenían razón. Sin título no podría ejercer como maestro.

—Sin embargo —aseguró un joven funcionario— si ustedes quieren insistir tienen un buen camino. Inicien de nuevo el trámite. Vuelvan a proponerlo como maestro. La respuesta otra vez será de rechazo, pueden estar seguros.

Entonces, en tiempo, podrán ampararse ante las autoridades competentes. Será fácil ganar el amparo. Aunque no tiene título de maestro, posee documentación equivalente que lo acredita como tal. A lo anterior habrá de agregarse su amplia experiencia de trabajo con niños en la escuela. Incluso se tomará en cuenta el nombramiento y la responsabilidad ejercidos en la escuela del pueblo de Santa Catarina.

Aquello nos pareció muy enredado. Además, se llevaría mucho tiempo. Por eso pregunté:

—Oiga usted, ¿acaso no existe otro camino a seguir para poder trabajar en la escuela?

—Ciertamente lo hay. Pero no con autorización para ejercer el magisterio. Si le dan un nombramiento puramente administrativo, Educación no podrá objetarlo.

Escogimos esta última vía. Esa es la razón por la cual, desde el nacimiento de la escuela, funjo como director administrativo. Lo fundamental ha sido cómo, a pesar de no ser reconocido oficialmente como maestro, siempre he estado en contacto con los niños en el aula. Primero como maestro de tipo unitario en ambientación y en primaria. Más tarde como maestro de geometría en todos los grados de primaria y de ciencias naturales en todos los grupos de la escuela, incluidos los de ambientación. Los inspectores escolares con quienes traté, no sólo se hicieron de la vista gorda, vieron bien mi impartición de clases.

La vida suele ser muy contradictoria. A veces cuesta trabajo entenderla. Tal ha sido este caso. Por un lado la Secretaría de Educación no me reconoció nunca formalmente como maestro de nuestra escuela. Por otra parte, la misma Secretaría me ha otorgado varios diplomas en reconocimiento a mi labor magisterial. Incluso en el parque ubicado al frente de la escuela, hay una placa conmemorativa con mi nombre, agradeciendo mi obra educativa en beneficio de la niñez mexicana. Y eso debido a una iniciativa de la inspección escolar.

Ultimos preparativos

Se acercaba febrero. Teníamos reunidos cuarenta mil pesos para comenzar a trabajar. Abrimos las inscripciones. Poco menos de treinta niños serían quienes inaugurarían la escuela. El lugar para albergarlos no tendría necesidad de ser muy grande.

Encontramos y alquilamos una pequeña casita por la fabulosa suma de dos mil trescientos pesos mensuales. Tuvimos necesidad de pagar tres mensualidades por adelantado. El dinero restante lo invertimos en amueblar la escuela. Pudimos conservar alguna reserva gracias a las cuotas de inscripción de los chicos.

Fuimos de compras al mercado de La Lagunilla. Adquirimos algo de mobiliario, principalmente sillas de tres tamaños. Desde el principio pensamos en los chicos quienes trabajarían cara a cara, sentados alrededor de una mesa. Cada silla de las pequeñitas valía doce pesos, veinte las medianas y veintidós las más grandes.

También mandamos a hacer mesas de madera de tres tamaños, escritorios para los maestros y algún otro mueble. El mobiliario inicial nos ha dado un uso formidable. Buena parte de él se conserva todavía en los salones. Con el tiempo, conforme fuimos creciendo, lo completamos.

Los cuartos de la casa eran muy pequeños. Convertidos en salones de clase no brindaban espacio para pizarrones amplios. Como necesitábamos trabajar y escribir mucho en el pizarrón... pues nos la ingeniamos. Chela había conocido en Francia un diseño de pizarrón muy curioso. Se abría y cerraba como libro.

Al abrirse las tapas el pizarrón se desdoblaba y el espacio para escribir se multiplicaba. Cuando terminaba la jornada escolar, pues nada: se cerraba el pizarrón y no estorbaba para nada a nadie. Estos pizarrones tenían una gran ventaja. Se podía guardar la información cuando se cerraban, para retomarla y repasar con sólo desplegar las tapas.

Mandamos construir tres pizarrones de esos en un material de conglomerado. Nosotros mismos los pintamos de verde. En ellos escribimos y escribimos durante muchos años.

Con todo ese mobiliario, y con nuestras prensas Freinet, iniciamos el trabajo escolar en febrero de 1964.

Dobleteo

Nuestra escuela comenzó a funcionar. Económicamente estábamos muy mal. En verdad, el dinero no nos alcanzaba ni para pagar la renta de la casa en donde se albergaba la escuela y también nuestro hogar.

Acudí a la maestra Frutos poco antes de iniciar el curso. Le platiqué de nuestra escuela y también de nuestra pobreza económica. Solicité se diera por terminada mi licencia sin goce de sueldo y se me incorporara nuevamente en alguna de las escuelas adscritas a su Dirección, la Cuarta de Primarias. Le pedí mi incorporación al turno vespertino para no desatender las obligaciones de nuestra naciente escuela. De paso abogué por Tere y por Chela.

La maestra Frutos fue bondadosa. A Chela, a Tere y a mí, nos dio clases en el turno vespertino de la escuela Melchor Ocampo, en Coyoacán. A cada uno de los tres nos fue encomendado un grupo de primero de primaria. Tere y Chela cambiaron de plantel y de turno. Yo me reincorporé.

Durante un tiempo hubo dobleteo en el trabajo. Por la mañana atendíamos nuestra escuela y por la tarde íbamos a la primaria oficial. Entre una jornada y la otra contábamos con muy poco tiempo. El indispensable para comer rápidamente y salir corriendo rumbo a Coyoacán.

Por las noches regresábamos cansados. Pero, ni modo, había trabajo pendiente. Chela se encargaba de preparar la comida del día siguiente, mientras yo barría y sacudía los salones de clase para, por la mañana, poder trabajar como manda la gente.

Por si fuera poco, fue una época en la cual nos dio por construir material didáctico. Recuerdo muy bien las tablas divididas en cuadritos confeccionadas para que los chicos pudieran apreciar gráficamente los factores y productos de todas las tablas de multiplicar.

Cuando los padres de los niños nos preguntaban:

—¿Cómo han estado? ¿Qué se han hecho?

—Pues haciéndonos la vida de cuadritos —solía contestarles Chela.

Y efectivamente así era. Pasamos muchas horas diseñando cuadritos. ¡Todo por nuestros niños!

Sarta de imbecilidades

La escuela Melchor Ocampo era una primaria pública bastante grande. Tenía cuatro o cinco grupos de cada grado. Alrededor de cuarenta y cinco niños trabajaban con su maestro en cada grupo. Para mis costumbres, aquello era un gentío. En el plantel no había casi nada de calor humano. Las relaciones eran completamente despersonalizadas. Jamás logré contactar con la mayoría de los padres de mis pequeños alumnos.

La inspección de la zona tenía sus oficinas dentro de esa escuela. Un día, apenas iniciado el curso, se presentó el conserje en mi salón para avisarme:

—Habrá una junta de maestros. Comenzará dentro de quince minutos en la oficina de la inspección. Que les ponga algún trabajo a sus alumnos mientras usted regresa.

—Mire usted —indiqué al conserje— diga en la inspección que me disculpen pues me será imposible acudir a la reunión. Tengo la responsabilidad de cuarenta y cinco niños muy pequeños, acaban de entrar a la escuela y todavía no saben trabajar solos, no los puedo dejar como se me solicita.

Aquel llamado me extrañó bastante. Nunca había experimentado algo así. Estoy acostumbrado a algo: las horas de clase son del niño. No del maestro, ni de la dirección de la escuela, ni de la inspección escolar. Estoy plenamente convencido, durante la jornada escolar, el maestro no debe despegarse del grupo, salvo si es urgente y los niños están en condiciones de trabajar solos. No era el caso.

Llegó una segunda llamada de la inspección en el mismo sentido. Mi respuesta no varió un ápice. Agregué: “nadie me puede obligar a ir a la reunión en horas de clase”. La tercera invitación provino de la dirección de la escuela. Mi contestación, en esencia, fue la misma.

A la cuarta llamada ya no pude negarme. El director del plantel se presentó en mi salón. Iba acompañado por tres niñas de sexto grado.

—Maestro —dijo— las chicas cuidarán a los niños mientras usted acude a la reunión. Será breve.

—Está bien —contesté. Niñas, hagan el favor de leer este cuento a sus compañeritos

Se trató de una reunión de los maestros de primer grado de toda la zona. Una vez reunidos, nos leyeron una circular. Se nos pedía nuestra opinión acerca de cuestiones muy prematuras para aquel momento del año escolar. A unos cuantos días de iniciado el curso, querían les explicáramos hasta qué unidad del programa trabajaríamos el primer mes. La mayoría de los compañeros respondían en forma coincidente.

—Es muy difícil saber si los niños aprenderán las vocales para entonces —dijo alguien.

—La “E” es muy difícil, la confunden fácilmente con el “3” —agregó otro.

—Tal vez lleguemos a la “s” o nos quedemos en la “ñ”... No lo sé —señaló una maestra.

Cuando llegó mi turno afirmé, irascible:

—Mire usted,señorita. Vaya y dígale a la maestra Frutos que José de Tapia le manda decir que, como se precia de ser maestro, no puede contestar esa sarta de imbecilidades.

Dos costumbres

La Melchor Ocampo tenía sus usos. A dos costumbres me voy a referir. El funcionamiento de la cooperativa y los honores a la bandera.

Cada lunes se cantaba el Himno Nacional en el patio del plantel. A los maestros nos tocaba rotarnos en la dirección del cántico. Lo hacíamos desde el piso alto del edificio mientras los chicos permanecían formados en el patio.

Me tocó pronto hacerlo y asumí con gusto el papel. En cuanto terminamos de cantar, aproveché la ocasión. Les hablé a los chicos. Me presenté como nuevo maestro de la escuela y me puse a sus órdenes. Tampoco dejé pasar el momento para reprochar y formular una queja.

—Pequeños —les dije— me da mucha pena, a ustedes les exigen poner toda clase de atención mientras se canta el Himno Nacional y se ejecutan honores a la bandera; mientras, muchos de sus maestros pasan alegremente ese tiempo fumando, platicando y hasta riendo. Eso me parece muy mal. En cuanto terminé, niños de quinto y sexto subieron a saludarme.

—Maestro muchas gracias por hablarnos así. Cuente con nosotros.

El funcionamiento de la cooperativa era algo sumamente especial. Cada semana le tocaba a un maestro distinto hacerse cargo de administrarla. Me llegó el turno. Acepté pero exigí un inventario de cuanto se me entregaba.

—¡Qué inventario, ni que ocho cuartos! Eso no existe —me dijeron.

Fui con el director del plantel para aclarar el particular. Le advertí:

—No puedo hacerme cargo de la cooperativa si no se me entrega su inventario.

—Maestro —trató de justificar— me sorprende su solicitud. Es la primera vez que alguien lo pide. Aquí todos somos miembros de la casa. Acostumbramos manejar la cooperativa sin complicaciones burocráticas. Ya lo verá usted.

¡Complicaciones las podría tener si aceptaba encargarme de la cooperativa en esas condiciones! Dije tajantemente:

—Si no hay inventario, no me hago cargo de la cooperativa. De lo contrario me podrán reprochar si falta algo. Dirán: "se lo ha comido". No tendré pruebas para refutar la acusación. Así no acostumbro trabajar.

Prefirieron dejar pasar y que otros administraran la cooperativa. Hubo quien aprovechó mis palabras y no colaboró más. Como no había inventario no pudieron exigirme la administración de la cooperativa. Sin inventario, aquello era un desastre. ¡Vaya costumbre de administrar los bienes de los cooperativistas escolares! Aquella vivencia me hizo tener malos pensamientos. Nunca logré aclarar la procedencia de las galletas con las cuales acompañaban su café, durante el recreo, algunos maestros.

Festejemos

Tere se incorporó a la Melchor Ocampo un tiempo después de iniciado el curso escolar. Tenía licencia por maternidad. Su primer día de clases, firmé mi asistencia y ella detrás de mí. La inspectora de la zona se encontraba en el lugar. Al ver a Tere le preguntó despectivamente:

—Maestra, ¿acaso usted trabaja como ese señor?

Se refería a mí, que para entonces era bien conocido en la escuela. Seguramente le preocupaba si la nueva maestra fuera igual de rebelde como yo. Teresita, con gran seguridad le contestó:

—Por supuesto. Con él he aprendido a ser maestra. Le debo y estimo mucho.

Semanas después, el director de la escuela nos citó a los maestros de primer año a una reunión de trabajo. Aparte de nosotros tres, cuando menos había otro maestro de primero. Era un hombre maduro.

Por aquellos días, la madre de Chela tenía muy quebrantada su salud. Al poco tiempo murió. Debido a tal enfermedad, la puntualidad de Chela en la escuela era irregular pero muy justificada. ¡Debía atender a su madre!

Para subsanar la ausencia de mi mujer, yo laboraba con mi grupo y con el de ella. Iba de un salón a otro y ponía a trabajar a los chicos. Ninguno quedaba desatendido. ¡Si en algo he tenido experiencia es en esta forma de quehacer! En cuanto llegaba Chela se quedaba con su grupo y yo con el mío. El director estaba perfectamente al tanto de esa situación y no decía nada.

Pero en la reunión aludida, el director trató varios asuntos y posteriormente se puso a despotricar en contra de mi mujer quien, desde luego, no estaba presente en aquel momento.

—Esa maestra —dijo el director— es muy impuntual y ha faltado a sus obligaciones escolares. Es una irresponsable y deja mucho que desear.

En cuanto terminó su perorata, indignadísimo por lo escuchado no pude callar. Completamente enfadado le dije al tal director:

—¡Oígame usted, y oígame bien! ¿Quién se cree para hablar así de mal de una maestra cuando siempre ha cumplido? Ni siquiera ahora cuando está muriendo su madre, ha dejado abandonados por completo a sus alumnos. Es una ignominia como se expresa usted de la maestra Graciela. Es un canalla, ¡un verdadero canalla! Sabe muy bien los motivos de su ausencia. Ella misma se los ha explicado. Además, tampoco podrá ocultar estar al tanto de cómo yo personalmente he atendido el grupo de la maestra mientras ella está ausente. Por supuesto, sin desatender para nada el mío propio. ¿En qué consiste su preocupación? Es usted muy injusto. ¡Valiente director tenemos en esta escuela! En vez de atacar a la maestra, muy bien podría sustituirla en su ausencia. Ni de eso ha sido capaz. Si algo le sobra a usted es tiempo.

El fulano aquel no esperaba tan dura respuesta. Escuchó todo cuanto le dije. Agachó la cabeza sin encontrar en donde esconderla. No chistó una palabra. No volvió a tocar el asunto.

Al salir de la reunión se acercó alegremente mi compañero maestro de primero. Sin más ni más comentó:

—Maestro Tapia, lo hecho por usted amerita festejarse aunque sea tomando un café. Eso de echarle la verdad en la cara al director, no cualquiera lo hace. No es fácil tener la dignidad de usted.

—De acuerdo, festejemos —le respondí.

Hubo experiencias gratificantes en mi paso por la escuela Melchor Ocampo. Sin embargo, en el plantel predominaba un clima de impersonalidad sorprendente, frío y asfixiante, al cual por más intentos realizados no pude acostumbrarme. Al terminar el año las cosas en nuestra escuela iban mejor y tuve oportunidad de renunciar definitivamente y para siempre a la escuela pública mexicana. Lo hice para dedicarme, de cuerpo y alma, a trabajar todo mi tiempo con y para los niños de nuestra escuela, la Manuel Bartolomé Cossío.

Muy sencillo... muy profundo

Estamos fincados en un proyecto de trabajo educativo muy sencillo pero a la vez muy profundo. El pensamiento y las técnicas de Freinet las hemos adaptado a nuestra realidad. Les añadimos aspectos y técnicas muy nuestros. También hemos suprimido algunas de las técnicas de ese gran educador porque no son aplicables en nuestro medio o en nuestro tiempo.

Nos basamos en la educación por el trabajo espontáneo, en la pedagogía del tanteo, del vas bien y si no, rectifica, en la formación de niños libres y responsables, de criaturas impregnadas de amor por la vida.

Procuramos despertar en nuestros chicos el apetito por el conocimiento de aspectos explicativos de su realidad que, a la vez, les permitan actuar sobre ella. En cuanto les da sed, no hay nada ni nadie con capacidad para detenerlos. Participan, razonan y discuten que da gusto verlos y escucharlos.

Los conocimientos adquiridos y utilizados por nuestros muchachos son pensados, elaborados, descubiertos, investigados y comprendidos por ellos mismos, conforme a sus intereses e inquietudes vitales. Cuanto los chicos proponen a cada instante es la base de nuestro trabajo escolar.

En el transcurso de los años, se han respetado las iniciativas de los niños, de sus padres y de sus maestros. Han surgido diferentes técnicas de trabajo y se han complementado unas con otras. Algunas terminaron cuando se fueron sus creadores, otras han permanecido.

Trabajamos abiertos a quien quiera visitarnos y conocernos. El trabajo de nuestros pequeños se ubica en una gran cantidad de actividades: en la asamblea; en el diario de clase; en la globalización; en la redacción, ilustración e impresión de sus textos libres; en sus conferencias y las de sus padres; en las

parcelas; en el museo; en los clubes o talleres vespertinos; en el periódico mural; en sus cuadernos de geometría; en el concierto y la exposición de cada fin de cursos; en las visitas y viajes al exterior de la escuela y en los respectivos informes que de ellos se presentan en la asamblea...

Del tingo al tango

Antes de llegar a Tlalpan, la escuela se albergó en diferentes casas. Todas rentadas y adaptadas, siempre. En los dos primeros locales, además de la escuela, Chela y yo tuvimos espacio para nuestra habitación.

Comenzamos en una casa en la calle de Adolfo Prieto. Ahí permanecimos durante el primer año escolar. Al poco tiempo de nuestra llegada a ese sitio, algunos vecinos se nos acercaron. Todos coincidían en sus comentarios.

—¡Qué bueno que han instalado una escuela! Ustedes no lo han de saber, pero hasta hace poco tiempo aquí funcionaba una casa no muy santa.

—¡Ah, vaya! —fue mi comentario.

Ciertamente el lugar se prestaba. Sin embargo, nunca supimos a ciencia cierta la veracidad de aquellos comentarios. De haber sido así, el trabajo de la escuela indudablemente dignificó el espacio aquél.

Al año, pasamos a una casa en la calle de Rébsamen. La escuela permaneció ahí durante tres años, de 1965 a 1967. En este último año alcanzó su cupo completo. A partir de entonces comenzó a operar una célebre lista de espera.

En 1968 nos trasladamos a un inmueble ubicado en una colonia obrera. Por ese rumbo habíamos trabajado antes, en la escuela Suecia. Alquilamos una vieja ex—hacienda ubicada en la calle de Emilio Carranza, a dos cuadras de la Calzada de la Viga. Era conocida como la Granja Estrellita. Tenía una capilla. Nos autorizaron a quitar el altar y convertir el espacio en salón de clase. La amplia cocina también se transformó en aula. La edificación requería muchas y frecuentes reparaciones. Los dueños se resistían a hacerlas. Un buen día la pusieron en venta. Ni remotamente estábamos en posibilidades económicas de adquirirla. Ya desde entonces soñábamos con tener un local propio para la escuela; pero era un sueño y parecía irrealizable.

En 1973 vino otra mudanza. La nueva cita fue en la calle de Cóndor. Era una casa en Las Aguilas. Estaba en pésimas condiciones. Tuvimos necesidad de soportarla hasta noviembre de 1975, cuando por fin, del tingo al tango, llegamos a quedarnos en nuestra escuela de Tlalpan.

Programitis

No me interesa el conocimiento por la acumulación del conocimiento mismo. Mucho menos el conocimiento para aprobar un examen y obtener una calificación. En realidad, me importa el conocimiento vinculado a la vida de los niños a quienes me ha tocado educar.

Los programas escolares y los libros de texto, no lo puedo negar, son útiles como marcos de referencia para el estudio. No dejan de ser una especie de auxiliares en el trabajo escolar. Pero de esto, a ser considerados como lo fundamental en la escuela, hay un abismo insalvable. Su servicio depende de saberlos manejar.

En la mayoría de las escuelas del mundo se pone un gran interés en cubrir al pie de la letra programas con unidades, temas, subtemas y qué sé más. El quehacer escolar queda rígidamente calendarizado por los programas a cubrir con los libros de texto, las tareas, los exámenes, las calificaciones y los certificados. Tal pareciera como si maestros y alumnos tuvieran puesta una camisa de fuerza para impedirles moverse libremente y esclavizarlos. A esta horrible forma de disque trabajar me opongo tajantemente. La llamo programitis y me pone a correr.

Nuestra escuela choca con cualquier programa de estudios rígidos, basado en textos a agotar por puro formulismo. Al contrario, nos gusta mucho la espontaneidad y creatividad de los niños y maestros para estudiar en clase aspectos realmente interesantes para ellos. En la escuela resulta muy absurdo estudiar algo cuando a nadie le interesa. Me apasiona cuando veo a los niños captar y cuestionar todo cuanto les rodea. ¡Mientras más capten y cuestionen, pues mucho mejor! Esta necesidad vital no puede estar sometida a programa ni libro de texto alguno, en los cuales determinado maestro pudiera basarse para tratar de justificar:

—Tu pregunta no corresponde a este curso... Como verás no está explicado en alguna lección del texto... Mejor será si esperas la llegada a sexto en donde te lo explicarán...

Esto último es una infamia, significa acabar con la curiosidad del niño. ¡Qué barbaridad!

De semi-unitaria a graduada

Abrimos y desde el comienzo contamos con suficientes alumnos para trabajar. La escuela evolucionó pronto hasta transformarse de semi—unitaria a graduada.

En 1964 tan sólo tuvimos tres grupos. El primero aglutinaba a los chicos de ambientación junto con los de primero y segundo de primaria. Tere fungió ante la Secretaría de Educación como la encargada de este grupo, compuesto por dieciocho criaturas. Pero la primera parte del año Tere no estuvo al frente del grupo. Se le cruzó el nacimiento de uno de sus hijos, y la sustituí. A su regreso, trabajamos juntos con los muchachos. Lichis se hizo cargo del segundo grupo compuesto por ocho niños de tercero y de cuarto. Por último, Chela manejó el tercer grupo configurado por nueve críos de quinto y sexto.

En 1965 trabajamos de manera semejante al año anterior. Hubo una variante: aumentaron los grupos y, como consecuencia, creció un poco la planta docente. Los pequeñitos de ambientación estuvieron en las manos de la maestra Cristina. En primaria, Tere quedó al frente del primer grado, aunque nuevamente se le atravesó el nacimiento de otro hijo al iniciar el curso y de nuevo la sustituí. Del segundo grado se encargó la maestra Soledad. Del tercero y cuarto, juntos, se responsabilizó Chela y, con los chicos de quinto y sexto trabajó Maria Antonieta Arteaga. En junio de ese año nació nuestra hija Elisa. Tere ya se había reincorporado al frente de su grupo y me tocó sustituir a Chela. En cuanto mi mujer regresó, dividimos su grupo. Ella continuó con los de cuarto y yo con los de tercero.

A partir de 1966 la escuela quedó perfectamente graduada. Dos grupos de ambientación y seis de primaria. Un maestro y un salón para cada grupo. Al iniciar 1967, la escuela estaba completa según nuestro proyecto: treinta chicos repartidos entre ambos sexos en cada grado, es decir, doscientos cuarenta niños en la escuela. Desde entonces, siempre hemos contado con más demanda de cuanto podemos atender. Más de una vez nos llegaron a sugerir hacer crecer la escuela. Nos negamos rotundamente. ¡Tenemos una escuela que podemos atender!

En 1974 recibimos una petición de algunos padres de familia. Nos solicitaron un grado más de ambientación en donde la escuela comenzara a recibir a los pequeñines a partir de los tres años de edad y no hasta los cuatro, como se acostumbraba hasta aquel momento. En una asamblea de padres se discutió y aceptó la propuesta. Así fue como surgió el tercero de ambientación.

La sección de ambientación se llama así a propuesta mía. No es por capricho, tengo argumentos. Los pequeñitos, antes de entrar a la primaria, se ambientan en nuestra escuela a dos cuestiones vitales: aprenden a convivir con niños completamente desconocidos y, a la vez, se inician en el trabajo libre y responsable. Cuando pasan a la primaria ya están ambientados para continuar gradualmente el trabajo en su grupo.

Quienes ingresan a nuestra escuela a la edad de tres años y concluyen el sexto de primaria, pasan nueve años juntos. A lo largo de ese tiempo, los críos gozan, trabajan, se conocen, razonan, se solidarizan, hacen amigos, ejercitan su libertad con responsabilidad... para convertirse el día de mañana en hombres y mujeres en busca de un mundo nuevo. Al menos eso perseguí, persigo y perseguiré hasta el final.

Verdaderos tesoros

Desde el principio, en nuestra escuela, trabajamos una técnica Freinet fundamental. Me refiero al texto libre, el cual puede o no estar basado en la realidad. Muchas veces, es el retrato más acabado de la imaginación de los niños, de su creatividad, de su estado de ánimo...

En el grupo se decide un texto libre para después ilustrarlo e imprimirlo en nuestras propias prensas. Quienes desean participar lo hacen. Se pone fecha de entrega y, una vez llegada ésta, se leen todos los textos llevados por los chicos. Cuando son varios se hace necesario escoger sólo uno, el mejor. Por eso se someten a votación. El texto con más votos se convierte en el texto libre a ser trabajado por todo el grupo.

Inmediatamente se le busca ilustración. Las ilustraciones también se deciden por votación. Los niños hacen un dibujo sobre el tema del texto y se escoge aquel con más votos en su haber. A cada texto le corresponde una ilustración.

Los textos libres se trabajan desde el tercero de ambientación. En este grado se requiere un apoyo especial de la maestra. Los pequeñitos, en su mayoría, todavía no saben leer ni escribir. Componen su texto en casa y lo dictan a papá o a mamá. Lo llevan a la escuela y su maestra le da lectura ante todos sus compañeritos. El texto más gustado obtiene la votación más alta y se transforma en el texto del grupo. La maestra lo transcribe en el pizarrón y lo trabaja con los críos. Lo usan como ejercicio de lecto—escritura, lo ilustran con el dibujo más gustado y luego, con todo cuidado, se pasa a hacer su impresión.

Cuando los niños ya saben leer y escribir, redactan y dan lectura a su propio texto. Se votan los textos y el grupo hace la selección. Posteriormente hacen dibujos para ilustrarlo y, también por votación, se les escoge.

El maestro transcribe el texto ganador en el pizarrón. Lo escribe tal cual lo han presentado, con sus errores y aciertos. Posteriormente todos juntos, muchachos y maestro, lo revisan con esmero. Corrigen la ortografía, la puntuación, la estructura gramatical y hasta el estilo.

Una vez pulido el texto y seleccionada su ilustración, se pasa al trabajo de impresión. Los niños forman las palabras en los cajetines con los tipos de metal. Hecha la composición del texto, se hace la prueba de fuego. Con el rodillo se entinta y se realiza una primera impresión. Si no hay errores se prosigue. Si los hay se corrigen sustituyendo, aumentando o suprimiendo los tipos equivocados, los faltantes y los sobrantes. Luego se procede a hacer la impresión definitiva.

El trabajo de cada texto libre, desde su inicio hasta la impresión, se lleva varios días. En cada fase de la elaboración participan diferentes criaturas. Unas veces les toca redactar, otras ilustrar, otras imprimir.

Cuando se tienen varios textos libres ilustrados e impresos, se procede a componer los cuadernos de trabajo de cada grado, en los cuales van quedando integrados los textos. Algunos cuadernos de trabajo se hacen por motivos especiales. Para festejar a papá, a mamá... Recuerdo cómo, en 1967, se formó un cuaderno de trabajo en recuerdo de Patricio Redondo, recién muerto.

Cada niño da a su propio cuaderno de trabajo un toque especial. Además de los textos y las ilustraciones del cuaderno, los chicos escriben y dibujan algo muy suyo, ya bien para mamá o para papá.

Al finalizar cada año los cuadernos de trabajo de todos los grupos, elaborados durante el curso, se juntan y se mandan a encuadernar. Los cuadernos de trabajo, conteniendo múltiples textos libres ilustrados, son verdaderos tesoros y los conservamos en la biblioteca de la escuela para quien quiera consultarlos.

Como si fuera un repasito

Era el primer año de trabajo en la escuela. Había pocos niños inscritos. Llegó a visitarnos Miguel Guerrero, quien por aquellos días estaba en convalecencia por un padecimiento cardiaco. Vivía muy cerca de nosotros. Oyó hablar de la escuela recién instalada y decidió conocerla mientras hacía un paseo. Tenía un hijo muy pequeñito y por primera vez le buscaba escuela.

Estaba por empezar la jornada e invité al médico a presenciar mi clase, precisamente con los niños más pequeños de la escuela. Se sentó y estuvo muy atento en una de las sillitas como si fuera un alumno más. Se quedó entre nosotros toda la mañana.

Cuando fui maestro de grado en nuestra escuela tuve la costumbre de trabajar dos temas al día. Uno antes de salir al recreo y el otro al regresar del patio. Así procedí en aquella ocasión.

El señor y yo charlamos amenamente durante el recreo. Sin embargo, no fue sino hasta la hora de la salida cuando Miguel me dijo:

—Maestro, me ha dado una gran lección.

Me dejó intrigado en qué podría yo haberle dado una lección a un médico. De una manera muy descriptiva me explicó lo que había visto de mi trabajo:

—En la primera parte de la mañana, cuando comenzó su clase, iba sobre un tema y, de repente, como que se comenzó a desviar. Yo creí que se estaba perdiendo. ¡Pero no! Preguntas por aquí y preguntas por allá, como si fuera un repasito, y luego ya estaba en el tema principal. Cuando regresamos del recreo confirmé lo anterior. ¡Nada, usted no se pierde al dar su clase! Tiene una habilidad sorprendente, única, para centrar su tema, brincar a otro y volver oportunamente a lo principal.

—Pues qué quiere, hombre. Esa es la forma como aprendí a trabajar.

—Maestro, lo que yo pensé que era un *lapsus* suyo se ha convertido en una gran lección para mí. Figúrese, desde hace años soy profesor de Histología en la Facultad de Medicina de la Universidad Nacional. Siempre creí, aunque a veces era indispensable, que no debía apartarme por ningún motivo de mi tema. Ahora me doy cuenta de lo contrario. Se pueden relacionar muchísimos aspectos sin necesidad de perder el tema central.

—Haga la prueba en su clase. Al principio le va a costar trabajo. Tendrá buenos resultados. Si quiere los comentamos. A esto se le conoce como trabajo de globalización.

Al día siguiente, el doctor llegó tempranito acompañado de su hijo y manifestó:

—Maestro, ni pensarlo dos veces. Me gustaría que el chico se quedara aquí. Es pequeño. ¿Qué le parece si hacemos la prueba el día de hoy? Me gustaría quedarme con él para ver como reacciona.

—Por supuesto, pueden quedarse los dos.

Puse a trabajar al chico. Le costó algo de esfuerzo. Era su primer día en una escuela. Ese mismo día se ambientó. A partir de entonces permaneció en la escuela entre nosotros hasta cuando terminó su primaria. También fueron a la escuela sus hermanos menores. Con el tiempo, Miguel llegó a ser un entrañable amigo.

Para identificar las portadas

> Zazil es un nombre maya, los mayas significan mucho para nosotros porque fueron el pueblo más civilizado de la América antigua.

> Los mayas eran muy trabajadores, nuestra escuela es activa, por eso al cuaderno de quinto y sexto le pondremos
> Zazil.
> Nos gusta Zazil porque significa claridad. Claridad en el trabajo y en la educación.
> Luego, claridad será el toque de luz que alumbre nuestro espíritu para seguir por el camino de la verdad.

Tales palabras imprimieron, en su primer cuaderno de trabajo, los chicos de las dos primeras generaciones de egresados de la escuela. El texto transcrito fue elaborado por Mayra, Adriana, Guillermo y Rosa María.

De la misma manera, procedieron los otros grupos. Los niños propusieron nombres para sus cuadernos de trabajo, votaron y decidieron cuál les convenció.

En los primeros años de vida de la escuela nos dimos abasto con tres cuadernos de trabajo. Además de *Zazil* existieron otros dos: el de los más pequeñitos, incluidos hasta los de segundo de primaria, recibió el nombre de *Oro*, como el metal más preciado por el hombre; el de tercero y cuarto se llamó *Nido,* como el de las golondrinas y los pajarillos que nacen a la vida. Cada cuaderno, en su portada, tiene algún pequeño detalle para identificarlo.

Cuando la escuela quedó completamente graduada, hubo necesidad de incrementar los cuadernos de trabajo. Nuevamente los muchachos se encargaron de darles nombres. El cuaderno de tercero de ambientación quedó marcado como *Iris*. Ese fue el nombre por el cual se entusiasmaron los pequeñines.

A primero de primaria se le quedó el *Oro*, mientras en segundo surgió *Kin* que, en maya, es el sol, el origen de la luz. Tercero de primaria conservó el *Nido*, en tanto los niños de cuarto bautizaron su cuaderno con el nombre de *Tláloc*, el dios de la lluvia, del agua que es vida. Quinto año conservó a *Zazil* y el sexto grado eligió el nombre de *Sadako Sasaki*, mismo que llevaba la niña de Hiroshima, la que hacía pajaritos de papel, porque la leyenda japonesa dice que si un niño enfermo logra hacer mil pajaritos de papel, se alivia.

Conforme se seleccionaron los nombres y las ilustraciones, para identificar cada cuaderno de trabajo mandamos a hacer clichés, para ser utilizados en las portadas.

Globalización

En nuestra escuela, el maestro al estar frente a un grupo puede aprovechar el tiempo de manera increíble. Hay una riqueza inagotable en el trabajo escolar. ¡Basta saber explotar el método global!

La globalización es una técnica de trabajo escolar integradora de todas las posibilidades para avanzar en el estudio de cualquier tema. Es la cara opuesta de la parcelación predominante en las escuelas.

La parcelación en el aula significa estudiar geometría por un lado, ciencias naturales por el otro, e historia, matemáticas, gramática, lectura, ciencias sociales... por separado. La globalización, en cambio, implica buscar y encontrar la relación existente entre todas las asignaturas. ¡Este es el gran desafío de trabajar globalizando!

El método global es muy, pero muy vivo. Tiene miles de derivaciones. Todo es cuestión de ir relacionando, con imaginación y entusiasmo. Pero, ¡cuidado, mucho cuidado! Para no caer en el caos el maestro necesita tener muy claro cuáles son las intenciones de estudiar tal o cual tema y cuánta profundidad se quiere lograr. Todo atendiendo a las necesidades, intereses, inquietudes, edad y grado de los alumnos.

Trabajé la globalización antes de conocer los planteamientos de Freinet. En cuanto conocí y estudié a este gran pedagogo, perfeccioné mi manera de globalizar.

Con una sola pregunta siempre he tenido material para trabajar y pulir gran cantidad de vetas de un tema determinado. Llegada la hora de globalizar, interrogaba a algún chico. Por ejemplo le preguntaba:

— Dime, qué has desayunado hoy.

— Jugo, huevo, leche y pan tostado con mantequilla y mermelada— podía ser la respuesta, de un niño de clase acomodada.

De ahí en adelante todo era ir abriendo brecha, formulando preguntas y dando respuestas. Surgen así muchas, pero muchas dudas, motivo de investigación.

Preguntas como las que siguen, son tan sólo algunas de las que se pueden hacer al trabajar globalizando un tema como el sugerido por la respuesta del niño. ¿De dónde proviene la leche? ¿Cuántos tipos de leche conoces? ¿Qué diferencias hay entre la leche entera, la descremada, la bronca, la pasteurizada, la materna y la en polvo? ¿Qué tipo de animal es la vaca y en qué se diferencia de la cabra? ¿Por qué prácticamente no consuminos leche de cabra? ¿Cuáles son las principales características de los mamíferos?

Aparte de los mamíferos ¿qué otro tipo de animales conoces? ¿De qué se alimenta la vaca? ¿Qué enfermedades puede transmitir al hombre y cómo?

¿En qué consiste la tuberculosis? ¿Cuáles son los principales productos derivados de la leche? ¿Qué es el youghurt y qué el jocoque? ¿Qué tipos de quesos conoces? ¿Por qué lo quesos tienen diferentes consistencias? ¿Cuáles son los estados en los cuales se puede encontrar la materia? ¿Por qué la mantequilla se derrite con el calor? ¿Qué diferencia hay entre la crema y la nata? ¿Por qué algunas personas cuelan la leche caliente antes de tomarla? ¿Por qué se forma la nata? ¿Cómo se produce la leche materna? ¿Qué tipos de ordeña existen? ¿Qué padecimientos sufren las vacas y cuál es su promedio de vida? ¿Cuánto pesa y mide una vaca de regular tamaño? ¿Cómo es el ciclo de reproducción de las vacas? ¿Cuál es el animal macho de la vaca? ¿Qué sucede si la leche se cae de un recipiente? ¿Cuáles son las características de los líquidos? ¿Qué unidades se usan para medir la capacidad? ¿Qué es un litro y qué un galón? ¿En dónde se guardan las vacas? ¿Cuál es la superficie de un establo rectangular que mide tanto de ancho por tanto de largo? ¿Qué relación guarda la leche con el huevo y las proteínas? ¿Qué significa una dieta balanceada y qué relación guarda con la salud? ¿En qué se complementan las vitaminas, los minerales y las proteínas? ¿De dónde provienen los huevos? ¿Qué tipo de animal es la gallina? ¿Qué otras aves de corral conoces?

¿Qué diferencias hay entre un huevo de gallina, otro de paloma y un tercero de tortuga? ¿Por qué las tortugas tienden a extinguirse en México? ¿Qué diferentes tipos de gallina hay? ¿De dónde obtienen el agua la gallina de corral y la gallina libre? ¿De qué se alimenta la gallina libre y de qué la cautiva? ¿Qué relación guarda el colesterol con el huevo de gallina? ¿Qué es un huevo pisado? ¿Qué fenómeno físico se produce cuando se cuece un huevo? ¿Qué diferencias hay en la preparación de un huevo frito, uno revuelto y uno tibio? ¿Qué importancia tiene la temperatura del aceite para freir un huevo? ¿Cómo se mide la temperatura? ¿Para qué sirve el cascarón del huevo? ¿Qué tiene que ver la caliza en la formación del cascarón de un huevo? ¿Qué motivos hay, para que el cascarón de un huevo sea blanco y otro rojizo? ¿Por qué unos son menos caros que los otros? ¿Por qué unas gallinas son más ponedoras que otras? ¿Cómo es el ciclo reproductor de la gallina? ¿Qué utilidad para el hombre tienen las gallinas no ponedoras? ¿Cómo se venden los huevos en el mercado? ¿Qué es una docena y qué un kilo? Si un kilo de huevo vale X pesos y se compone de dieciséis huevos, ¿a cómo se paga cada huevo?

¿Cómo duermen las gallinas en los gallineros? ¿Cómo se trazan y colocan las líneas paralelas? ¿Qué sucedería si en un gallinero se colocaran los palos inclinados para que durmieran las gallinas? ¿Qué diferencias hay entre una línea recta, una poligonal y una curva? ¿Con qué instrumento se trazan las curvas?

¿Qué quiere decir que el pan está tostado? ¿Cómo se puede tostar el pan? ¿Qué es la electricidad, qué es el fuego y cómo se producen ambos? ¿De qué se hacen las mermeladas? ¿Qué son las frutas? ¿Para qué le sirven al hombre los azúcares? ¿Por qué unos frutos tienen mayor cantidad de azúcares y otros menos? ¿Qué son los carbohidratos y qué relación tienen con la fruta? ¿Qué procesos hay para transformar la fruta natural en mermelada? ¿En qué se diferencia una mermelada de una jalea? ¿Por qué hay frutas de las cuales no se puede extraer jugo? ¿Qué sucede si se guarda la mantequilla arrinconada en una alacena? ¿Qué diferencias hay entre un alimento rancio y otro podrido? ¿Qué relación guardan la leche, el huevo, la mantequilla, la mermelada, el pan y la fruta con la refrigeración? ¿Qué sucede con un refrigerador eléctrico cuando no hay corriente? ¿Cómo se conduce la electricidad? ¿Quién descubrió la electricidad y quién inventó el refrigerador? ¿Para qué tienen congelador los refrigeradores? ¿Qué sucede si se congela una carne y después se descongela y se vuelve a congelar?

¿Por qué la leche, el huevo, la mantequilla, el pan, la fruta y la mermelada son alimentos perecederos? ¿Cómo se adquieren los alimentos y dónde? ¿Qué es el comercio y cuándo surgió la idea de comerciar? ¿Qué es el dinero y por qué apareció? ¿Qué significa acumular riqueza? ¿Quiénes producen la fruta, el maíz y el trigo? ¿Por qué si los campesinos producen casi todos los alimentos, no los venden directamente al consumidor? ¿ Por qué los productores ganan menos y los comerciantes más? ¿Quiénes y cómo fijan los precios en el mercado? ¿Qué relación guardan los transportes y los caminos con alimentos como el pan, el huevo y la leche? ¿Qué tipos de transportes hay y por qué se diferencian?

Así, sucesivamente, se pueden ir haciendo infinidad de preguntas, obteniendo material muy rico para trabajar textos libres, visitas escolares, investigaciones, conferencias y todo lo demás.

Por supuesto, no se trata de atiborrar a los niños de preguntas y de información para memorizarla. Se trata de involucrarlos en el conocimiento, cada día más profundo, de todo cuanto pasa a su alrededor. De que razonen, relacionen y comprendan todo cuanto ven. Muchas veces el maestro únicamente organiza el conocimiento que ya tienen los niños y los concientiza de tal situación.

En la globalización, a cada niño le irán interesando unos aspectos más que otros. ¡Qué mejor si el maestro los deja trabajar con imaginación y entusiasmo, pero sobre todo con mucha libertad! Los conocimientos investigados por cada niño se irán completando con cuanto indaguen los demás. Al final, el grupo contará con un mosaico bastante completo, derivado del sabroso desayuno de su compañerito aquél.

Al globalizar, algunas preguntas que van brotando son de fácil y obvia contestación. Otras son complejas e incluso polémicas. Requieren de un tiempo para su estudio. El trabajo de globalizar no se agota en una mañana de clase. Puede convertirse en la parte medular de un curso e incluso, de todos los estudios escolares. Y ¿por qué no decirlo?, hasta de una vida entera. Acaso durante toda la vida ¿no tenemos a cada momento dudas e inquietudes a resolver?

Entre preguntas y dudas, hipótesis y respuestas, dimes y diretes, durante un curso entero y durante toda la primaria se puede ir estudiando simultáneamente, sin parcelación de ninguna especie, gramática, botánica, física, ética, zoología, química, aritmética, geografía, historia, geometría y muchas otras asignaturas más.

En el trabajo de globalización, el maestro no es un sabelotodo. También a él le toca investigar cuando se van planteando las dudas, cuando van saltando las preguntas. Necesita acudir a la biblioteca y hacerse de mucha información.

La globalización no siempre parte de la pregunta formulada por el maestro. Muchas veces los alumnos son quienes emprenden la marcha. Así como puede nacer de un desayuno, también puede provenir de un paseo, un problema social, una vacación...

Por supuesto si el chico hubiera desayunado chilaquiles y frijoles acompañados de café negro y un bolillo, el resultado de la clase hubiera sido diferente.

Fray Ejemplo

Quien piense ser maestro de escuela primaria para dar órdenes a los niños y hacer dinero, está muy, pero muy equivocado. Ser auténtico maestro de primaria, es ser maestro antes de ser maestro de algún grado en especial.

La misión de un maestro de primaria es sencilla y a la vez muy profunda. Nada más ni nada menos tiene encomendada la formación de la niñez, futuro del mundo.

Por eso el maestro necesita querer, respetar, conocer y comprender al chico. Si el maestro actúa así, el niño invariablemente le responderá con la bondad, la nobleza y el cariño que le son propios y sabe dar.

El maestro de primaria también debe ser una autoridad. Pero su autoridad no proviene de delegación o imposición alguna. La autoridad magisterial tiene su origen en el ejemplo, la dedicación y el compromiso. Estas características le dan al maestro respeto y reconocimiento por parte de sus alumnos

y compañeros de trabajo. Para alcanzar la autoridad, el maestro también ha de ser consecuente entre lo que piensa, dice y hace. De lo contrario no es sujeto de credibilidad. Es un embustero.

Ser director de una primaria en principio significa, saber ser maestro de primaria. De ahí proviene su autoridad. Poca cosa, ¡eh! El director de una escuela debe participar directamente en el proceso educativo de sus niños. Debe trabajar constantemente en todos los grupos de la escuela y conocer bien a los chicos y a sus maestros. Debe estar perfectamente al tanto de cómo trabajan los diversos grupos del plantel. Debe ser capaz, cuando se requiera, de enseñar a sus compañeros maestros a trabajar con los críos. La mejor manera para hacerlo es cuando el director trabaja directamente con el grupo en presencia del maestro encargado. En pocas palabras, el director debe ser maestro todo el tiempo.

Dicen que sólo se aprende a predicar predicando. Digo que sólo se aprende a educar educando. Digo que la autoridad magisterial se obtiene por la dedicación, por el trabajo, por el compromiso. Dicen que Fray Ejemplo es el mejor predicador. Digo que Fray Ejemplo es el mejor educador.

Unión, prosperidad y servicio

A partir de 1964 tiene vida en la escuela la cooperativa escolar. Desde siempre he sido partidario de los movimientos cooperativistas por estar inspirados en sentimientos de ayuda, de fraternidad...

Por tal razón vi con agrado la disposición de la Secretaría de Educación encaminada a la existencia de la cooperativa escolar. ¡Bien por esa medida! Busca para los niños el ahorro y la cooperación en la adquisición de alimentos, golosinas y útiles escolares comprados en su propia escuela. A la vez, el capital invertido se restituye y se reparten los excedentes entre los cooperativistas.

Antes de echar a andar la cooperativa, platicamos de ella en la asamblea escolar. Les expliqué su significado y el beneficio que obtendrían si adquirían los productos en la escuela. Inmediatamente después necesitamos cubrir un requisito. Procedimos a darle nombre a nuestra cooperativa. Saltaron las sugerencias de los niños. Pero ¡qué va!, se concretaron a proponer nombres de las misceláneas del rumbo.

—"La surtidora" —dijo uno.

—"Las tres bes" (bueno, bonito y barato) —indicó otro.

Como no estuve de acuerdo, por ser el nombre de negocios comerciales establecidos, mejor les sugerí:

—Piensen en un nombre que signifique nuestra unión, nuestros deseos de prosperidad y servicio.

Fue así como a algún pequeñito se le ocurrió el nombre de "Flor de Esperanzas" y la asamblea lo aceptó. Con tal nombre quedó registrada la cooperativa de nuestra escuela ante Educación.

En sus inicios, la cooperativa funcionaba así: cada niño, al entrar a segundo de ambientación aportaba una cantidad y, a cambio, recibía su primera cartilla de cooperador. En los años subsecuentes recibía la tarjeta sin necesidad de hacer alguna aportación adicional. Cuando el chico salía de sexto, la cooperativa le reembolsaba íntegramente su cuota inicial.

Al final de cada curso se repartían los excedentes ganados por la cooperativa entre todos sus socios. A cada quien le tocaba una cantidad proporcional a las compras efectuadas durante el año. Si el cooperativista había comprado mucho, pues mucho le tocaba; pero si había comprado poco o no había adquirido nada, pues eso le correspondía.

Era preciso llevar un control. La misma Secretaría proporcionaba a las escuelas unas cartillas en donde los críos pegaban las estampillas recibidas junto con los productos al momento de hacer su compra en la cooperativa. Las célebres cartillas eran canjeables, al final de cada año, por el excedente proporcional correspondiente a cada cooperativista.

Con el paso del tiempo se suprimió la sana costumbre de las cartillas y sus estampas. Educación llegó a una conclusión. No la comparto para nada. Se decidió repartir el excedente obtenido por la cooperativa entre todos los niños de la escuela sin atender para nada a la cuantía de sus compras. Esta determinación contradice los principios universales del cooperativismo.

En nuestra escuela existe una costumbre muy formativa. Aunque hay encargados de la cooperativa designados por la asamblea, en uno u otro momento, todos nuestros alumnos y maestros de grado participan, cuando les toca, auxiliando en las ventas de la cooperativa durante la hora del recreo.

Interpretar y redactar

La lecto—escritura es algo muy fácil de iniciar. Lo fundamental es que el maestro sepa hacerlo con gusto y con interés. Para mí, esta parte de la educación escolar ha sido siempre muy apasionante. En nuestra escuela la lecto—escritura comienza desde ambientación.

Al ser maestro de ambientación y primero de primaria, en el grupo semiunitario cuando comenzó nuestra escuela, me tocó enseñar a leer y escribir a muchos críos. Entre todos recuerdo a una pequeñita quien tenía un retraso

mental agudo. Ese no fue ningún obstáculo para que aprendiera a leer entendiendo y a escribir redactando textos. Con el tiempo escribía recaditos en la escuela y en su casa. ¡Vamos! hasta cartas le enviaba a su abuela quien vivía en el extranjero.

Para los ejercicios de lecto—escritura, invariablemente utilicé el pizarrón. Todos los días lo primero era anotar la fecha y después un pequeño texto de dos o tres renglones. Esto último brotaba de las vivencias y pláticas de los propios niños.

Con lo escrito en el pizarrón, nos poníamos a trabajar juntos. Todo como un juego apropiado a los pequeñines. Primero les leía el texto y con el puntero iba señalando las palabras. Los niños lo sabían, necesitaban concentrarse mucho, escuchar cuidadosamente y poner gran atención. Yo les exigía. Después leíamos todos juntos el texto y más tarde le pedía a algunos niños lo leyeran de manera individual.

Posteriormente venían un sinnúmero de ejercicios. Iban leyendo, en grupo o individualmente, las palabras del texto. Yo se las iba señalando con el puntero dando saltos para adelante y para atrás. Borraba alguna palabra y les pedía volver a escribirla. También los pasaba a borrar determinados términos y así sucesivamente. Los muchachos se iban entusiasmando mucho. Realizaban un ejercicio, un juego muy peculiar. Poco a poco se familiarizaban con la lecto-escritura.

Conforme el tiempo pasaba, los muchachitos se iban soltando. Era el momento preciso de avanzar complicando un poco el ejercicio. Comenzaban a redactar textos más amplios. Los componían y, si no los podían escribir por sí mismos, sus padres o yo les tendíamos la mano. Así los iba preparando para el trabajo de los años posteriores con la prensa Freinet.

¡Nada de silabarios! ¡Nada de deletrear! Sobre todas las cosas, leer es interpretar y escribir es redactar.

Para los menesteres de la lecto—escritura, también usé las "tarjetas o fichas orden". En pequeños cartoncillos anotaba con letra grande y muy clara, determinadas indicaciones. Una idea en cada tarjeta. Formaba montoncitos con las fichas y cada chico sacaba la suya. Iban a su lugar de trabajo, leían tranquilamente la indicación contenida en la tarjeta y, sin hablar una palabra, ejecutaban lo que se les pedía en la ficha.

Para mí, todo era estar muy cerca de los chicos supervisando su trabajo. Si algún niño no hacía caso de la ficha por no entenderla, se hacía necesaria mi intervención. Aclaraba junto con el pequeño lo escrito en la tarjeta y ¡san se acabó! En una segunda o tercera ocasión que le tocaba la misma ficha, pues no fallaba. En esto hay mucha madurez. Si ya manejaba bien la ficha y le volvía a tocar, mejor venía conmigo para decir:

—Pepe, esta ya la hice varias veces.

Por supuesto, se la cambiaba. Como maestro, poco a poco, me fui haciendo de mis tarjetas orden. Cuando me daba cuenta tenía una cantidad muy grande de material para ir variando, día con día, el trabajo de la lecto–escritura.

Todas las fichas estaban pensadas y redactadas en función de actividades a realizarse en el salón. Decían cosas parecidas a éstas: "limpia tu mesa", "pon el borrador encima del escritorio", "abre la puerta", "cierra la ventana", "acomoda tu silla", "borra el pizarrón", "ponte a dibujar en tu cuaderno"...

También elaboraba otro tipo de tarjetas. Anotaba en ellas el nombre de ciertos cacharros o utensilios del salón. Las colgaba o las colocaba fijamente en el sitio correspondiente para que mis alumnos identificaran la palabra representativa. De esta manera, la lámpara tenía su letrero. Igual pasaba con el pizarrón, la ventana, el librero, la pared, el escritorio, la puerta...

En las fichas o tarjetas, no había discriminación en el tipo de palabras utilizadas. Lo mismo se usaban artículos que adjetivos, verbos que sustantivos... Un niño al aprender a leer y a escribir no tiene necesidad de diferenciar y clasificar gramaticalmente las palabras. El proceso es muy parecido a aquél como cuando comienza a hablar. El trabajo de diferenciación gramatical es para los años posteriores de la escuela. Lo importante de la lecto—escritura es que las palabras empleadas en los ejercicios sirvan para que los niños puedan interpretar al leer y redactar al escribir su propia palabra.

Deme un poco de tiempo

Chela me había hablado de un tal David quien, a cada momento, le pedía le enseñara a resolver raíces cuadradas. En 1965, cuando se ausentó Chela de la escuela por el nacimiento de nuestra hija, tuve la oportunidad de trabajar de cerca con ese muchacho. Desde mi primer día con el grupo, David insistió en su petición, pero conmigo.

—¿Me puede enseñar raíces cuadradas?

—Mañana hablaremos del tema —respondí al chico de cuarto año.

Al día siguiente cumplí mi ofrecimiento y razoné con los chicos la raíz cuadrada. Lo hice a partir del cuadrado de un binomio: decenas más unidades al cuadrado.

Como David insistía a cada momento en que tocáramos el tema, acepté pero encargándole a él la explicación de cómo solucionar las raíces cuadradas. ¡Lo hacía muy bien ante sus compañeros!

Cuando Chela se reincorporó a la escuela, dividimos el grupo pues había crecido durante el transcurso del año. Fue cuando me quedé con los chicos de tercero y Chela con los de cuarto.

La primera petición hecha por los niños a mi mujer a su regreso fue que les pusiera un problema con raíz cuadrada. Para entonces unos diez alumnos de cuarto, de un total de dieciocho, ya la dominaban muy bien. Eso gracias a las clases que les había dado David.

A la salida me contó cómo la sorprendió la agudeza de ese muchachito quien, entonces, contaba con sólo nueve años de edad.

Para hacer la cosa un poquito complicada, Chela les puso un problema con un solo dato. Más o menos iba así: "¿Cuál será el área de un círculo inscrito en un cuadrado cuya superficie es de tantos centímetros cuadrados?"

Discutieron y, entre todos los niños, dieron con la pista. Mediante una raíz cuadrada obtendrían el lado del cuadrado, equivalente al diámetro del círculo y desde ahí la solución sería más fácil.

La mayoría de los niños estaban trazando la "casita" para resolver la raíz, cuando David, brincando de su asiento, se dirigió a Chela con el cuaderno en la mano, y en la boca un "ya acabé".

Chela, fascinada, me contó cómo David le explicó el problema tal y como lo había razonado.

—Primero pensé —le dijo— que al sacar la raíz obtendría el cuadrado y, por tanto, el diámetro del círculo. Luego lo tendría que partir en dos para sacar el radio. Después elevé el radio al cuadrado y me di cuenta que el radio al cuadrado equivale a la cuarta parte del cuadrado. Entonces por eso, sólo dividí entre cuatro la superficie del cuadrado y luego la multipliqué por Pi.

Cualquier maestro de escuela primaria sabrá que razonar la raíz cuadrada en cuarto año es algo muy elevado y cómo el razonamiento hecho por David va mucho más allá de lo esperado de los chicos a esa edad.

Poco tiempo después, David me pidió le enseñara a razonar la raíz cúbica. Lo hice a partir del cubo del binomio. ¡Eso sonaba más complicado! En la raíz cúbica se requiere ir arrastrando muchos residuos parciales, pero David la dominó.

David se pasaba todo el tiempo haciendo numeritos en donde podía: papelitos, envolturas, pedazos de cartoncillo, cuadernos... Nunca nadie lo detuvo. Nadie le dijo, como suele hacerse: "Eso no está en el programa. Ya lo estudiarás más adelante". ¡Por el contrario, lo estimulábamos!

Un día, mientras David estaba decorando papelitos con números y más números, me dirigí a él.

—¿Qué estás haciendo, David?

—Pues practicando la raíz cúbica —me contestó espontáneamente.

—¿Para qué te sirve eso? ¡No te sirve de nada! —le desafié para ver su reacción.

Entonces se me quedó viendo muy serio y con gran seguridad y prontitud me dijo:

—Si sé el volumen de un cubo, puedo calcular su arista.

—A ver —lo reté— ¿cuál será el arista de un cubo de plomo que pesa tantos kilos?

Entonces sonrió comentando:

—¿Cree que no lo voy a resolver, verdad? Deme un poco de tiempo.

Al día siguiente me lo presentó impecablemente contestado. Lo había resuelto consultado el peso específico del plomo.

Días más tarde comentaba lo sucedido con Boby, el padre del chico. Después de referirme al incidente, le dije:

—¿Acaso tú le has prestado ayuda?

—Mira, Pepe —me contestó el hombre— únicamente le sugerí buscar el dato en la enciclopedia de la casa. No me dijo, ni yo imaginé, que lo quería para resolver un problema de raíz cúbica.

Con el mismo procedimiento que le enseñé a resolver raíces cuadradas y cúbicas, David, por sí solo, razonó la raíz cuarta y la quinta. Sacaba raíz cuarta a un número y luego, para comprobar su resultado, como le "daba flojera" multiplicar la raíz por sí misma cuatro veces, extraía dos raíces cuadradas consecutivas.

Chela y yo quisimos mucho a David, a su hermano y a sus padres. Años más tarde llegó otro hermanito, el *benjamín* de la familia, a quien también recordamos con mucho cariño. Gracias a él la familia permaneció varios años más en la escuela.

Algunas familias como ésta, se adentraron mucho en nuestro corazón. Tenemos con ellas muchas coincidencias respecto a la educación, respecto a la vida. ¡Nos compenetramos muchísimo!

Nos acostumbramos a los padres. Es un gusto encontrarlos en la escuela, en el teatro, visitarlos en sus casas y que nos visiten en la nuestra, compartir los alimentos, el ajedrez o el dominó y, sobre todo, la amistad.

Cuando los hijos crecen y se van a la secundaria, poco a poco los perdemos de vista, pero no los olvidamos ni dejamos de querer. Son lo más importante en nuestra vida.

Nuevamente papá

En junio de 1965 nació nuestra hija Elisa. Yo tenía cumplidos 69 años. La casa y la escuela estaban en Rébsamen. Muy cerca había un parque conocido como Mariscal Sucre.

Al poco tiempo llegó Irma a trabajar en la casa. Se trata de una mujer estupenda. Desde el primer momento consideré a quien entonces era un chiquilla, parte de la familia. Cuando se casó con Carlos, él también y después sus dos hijos, formaron parte importante de la familia. La pequeña Karen desde cuando aprendió a hablar me dio el trato de "abuelito". Claro, para ella lo soy.

En mi ancianidad y también antes, pero sobre todo en los últimos años, Irma y los suyos me brindaron muchas, pero muchas atenciones. Ella se ocupaba de que la comida estuviera a su hora. Aprendió a cocinar muy rico. Carlos, durante muchos años, me llevó a la escuela a las seis de la mañana. Erick, el hijo mayor, fue siempre muy servicial y atento. A principios de abril de 1989 decidieron partir de la casa para vivir en la suya.

Elisa vino al mundo cuando cualquiera pudiera decir que su padre era un setentón. En cuanto supe que nacería tuve un propósito central: darle todo el tiempo del cual dispusiera. Imaginaba que mi fin estaba cerca. ¡Pero qué va! ¡Erré! Elisa tiene 23 años y su padre sigue vivo.

Poder ver y seguir, paso a paso, el desarrollo de Elisa ha sido una de las grandes satisfacciones en la última fase de mi vida.

Los fines de semana, tempranito, me llevaba con gran ilusión a la bebecita al parque. Los sábados y domingos, el viejo paseaba orgulloso con su hija, Quien nos viera podría pensar que disfrutaba a mi nietecita. ¡A mí qué!

La llevaba en un carrito preparado por Irma. La sacaba, la ponía en mi regazo, la abrazaba, le procuraba sol, la gozaba... ¡Con gran alegría la contemplaba y la disfrutaba muchísimo! De nuevo al carrito y de regreso a casa.

En cuanto nació Elisa, con gran incertidumbre me saltaban preguntas como éstas:

—¿La veré gatear... caminar?

—¿La escucharé hablar?

—¿La veré en la escuela, seré su maestro?

Pues nada, el tiempo pasó y lo dijo todo. No tan sólo la vi dar sus primeros pasos y escuché sus primeras palabras. Cuando me di cuenta ya era maestro de la niña en primaria. Después seguí de cerca sus estudios de secundaria y de cecehachera. Fue en esta última etapa cuando se hizo novia de Juan Manuel. He llegado a apreciar verdaderamente a este muchacho en los años que ha

durado su relación. Quién me iba a decir que no sólo vería a Elisa hacerse mujer, sino que conocería a aquél con quien tal vez compartirá su vida.

Finalmente, Elisa concluyó sus estudios de arquitecta en la Universidad Nacional. Como dice Chela, ahora que Elisita por razones de trabajo se fue a radicar a Cuernavaca, no sólo viví para observarla crecer, sino también para verla independiente, sin tener ya necesidad de mí.

Ya se equivocó Pepe

En nuestra escuela, todos los viernes, desde muy al principio, hemos verificado la asamblea escolar para cerrar las actividades de la semana. Para mí es como una clase de democracia.

Al principio nos apegamos mucho a esa técnica ideada por Freinet. Lunes a lunes colocábamos en el periódico mural una cartulina grande y blanca. Estaba dividida en cuatro columnas con igual número de rubros, los cuales decían: "yo critico", "yo felicito", "me gustaría" y "los maestros".

La cartulina quedaba al alcance de todos los niños para que pudieran libremente anotar con sus propias palabras lo que les diera la gana. Lo anterior siempre y cuando no se apartaran de reglas elementales: nadie podía borrar, enmendar ni tachar lo ya escrito y todas las inscripciones deberían estar firmadas por sus autores. Nada de anonimatos, nada de cobardías. Ante todo responsabilidad.

En Rébsamen, cierta ocasión, trabajaba como de costumbre mi geometría. Estaba con los de sexto. Repentinamente alguien murmuró:

—Ya se equivocó Pepe.

Hice como si no lo escuchara y traté de seguir trabajando. En eso se levantó el célebre David de las raíces cuadradas y cúbicas. Se dirigió al pizarrón y nos demostró el error en el cual yo había incurrido al tratar de resolver el problema.

Me costó trabajo reconocer mi falla, pero la acepté. Me enojé muchísimo conmigo mismo. A tal grado que preferí salirme del salón antes de concluir la clase. Ese singular hecho fue el comentario del día y también de la semana. A la mañana siguiente pude comenzar a hacer un seguimiento en la cartulina del periódico mural. Primero escribieron algo como lo que sigue:

—Critico a Pepe porque se equivocó en la solución del problema de geometría —fulano.

Esa crítica fue apoyada por dos o tres chicos más quienes también la suscribieron. La consecuencia fue muy curiosa. Al poco tiempo ya había una anotación en otra columna de la cartulina. Decía más o menos así:

—Felicito a Pepe porque aceptó su equivocación —mengano.

La felicitación también fue apoyada por algunos niños más, quienes escribieron algo semejante. Fue muy interesante, no todo quedó ahí. Alguien más suscribió un:

—Me gustaría si todos nuestros maestros fueran como Pepe y aceptaran sus errores —perengano.

Ese "me gustaría" también fue apoyado por varios chicos de la escuela.

El viernes en la asamblea fui el centro de atracción. Quienes me criticaron tenían toda la razón de hacerlo, pero como acepté mi error supieron dispensarme. Las felicitaciones y los "me gustaría" tuvieron un peso mayor al de mi falla en la geometría.

Imbecilidad burocrática

Proyectábamos viajar a Francia en la Navidad de 1966. Mi pasaporte estaba vencido. Como no tenía la nacionalidad mexicana, tuve necesidad de ir en busca de uno español. Acudí a la oficina de asuntos españoles en México, pues no había Embajada.

Pasar por España en esa ocasión ni loco, ni pensarlo. Mientras estuviera en el poder el bribón de Franco, yo no estuve dispuesto a poner un pie en España y menos arriesgando a mi mujer y a mi pequeña hija.

Ocupé buena parte de la mañana en lo del nuevo pasaporte. Regresé a casa hecho una furia, de un humor fatal y pronunciaba muchos improperios en contra del dictador. Chela, al verme tan alterado inmediatamente preguntó:

—Pepe, ¿qué es lo que te ha sucedido?

—Mira, Chela —respondí— en la oficina de España son unos verdaderos canallas. No les da la gana reconocer nuestro matrimonio por aquello de no estar casados por la iglesia. Imagínate, me han dado pasaporte de viudo. ¡Con esos necios no pude!

Chela soltó la carcajada.

—Piénsalo Pepe, es natural —me dijo entre risa y risa. Mejor será si calmas tu enojo.

—Pero qué, ¿acaso no tengo yo una mujer? ¿Acaso no tengo una hija? ¿Entonces la niña salió de la nada? —interrumpí violentamente a Chela.

Ella inútilmente trataba de apaciguarme. Incluso hizo una guasa de mal gusto para mí.

—Date cuenta —me decía riendo— eres el único habitante de este país quien tranquilamente puede asegurar y demostrar con el pasaporte en la mano que tú no estás casado, que la casada es tu mujer.

Chela se reía y yo me enojaba. Entre más me enojaba, ella se reía más. Pero mi verdadero enojo lo motivaba la imbecilidad burocrática de los funcionarios españoles quienes, no obstante estar en México, no acataban las leyes mexicanas.

Tareas, ¡no!

En nuestra escuela lo fundamental es el trabajo cotidiano. Chicos y maestros lo realizamos juntos a lo largo del año escolar. Trabajamos en los salones de clases y en el de actos, en la biblioteca, el museo, las parcelas, los talleres y, a veces, hasta en el patio. A más de un grupo yo mismo le di la clase de educación física cuando fue necesario. Se añaden a nuestro trabajo gran cantidad de actividades, visitas y viajes realizados fuera del plantel. Los chicos de nuestra escuela son colaboradores, como en pocas partes, de su propia educación.

La experiencia de viejo maestro me lo ha demostrado: el horario escolar es suficiente para el buen trabajo de chicos y maestros motivados. El niño y el maestro al trabajar bien en la escuela, durante su jornada, no tienen por qué llevarse una tarea adicional a casa. Esa es la razón por la cual de nuestra escuela están descartadas esas tediosas, interminables e inútiles tareas.

Es cierto, en ocasiones los niños no trabajan en el salón. ¿Qué hacer con ellos, entonces? Más de uno podrá contestar con ligereza: "Pues que en su casa desquite cuanto no hizo en la escuela, ¡que le dejen una buena tarea!" Yo pienso muy diferente. Cuando mis chicos no trabajaban bien en la escuela, lo hacían conmigo por la tarde. No se trataba de un castigo. Mientras la escuela estuvo en Rébsamen puse en práctica cierta costumbre.

—Conque hoy no has querido trabajar, ¿verdad? Te quedas a la salida —le decía al crío.

Y cuando sus padres llegaban a recogerlo... pues nada, el muchacho no podía irse a su casa. Pero, ¿y la comida? Muy simple. Chela le pedía a Irma la preparación de unas tortas de huevo con chorizo para que comieran quienes se quedaban. La organización era sencilla, pues vivíamos en la misma construcción en donde estaba la escuela. Después de comer yo dormía una pequeña siesta y los pequeños jugaban. Cuando ya había nacido Elisa, la niña era su entretención.

Ya como a las tres o tres y media me pasaba de la casa a la escuela, con los niños quienes se habían quedado a trabajar. Nunca eran más de cuatro o cinco. A todos les ponía trabajo para reponer el omitido por la mañana. Les hacía un dictado, les ponía problemas, los hacía leer... En pocas palabras, los

chicos trabajaban en las mismas actividades en las cuales se habían negado a colaborar por la mañana. Ya como a las cinco y media, sus padres podían pasar a recogerlos. Trabajar así era mucho mejor que dejarles cualquier tarea. Con el tiempo, más de un exalumno me llegó a decir:

—Pepe, ¡qué suave era trabajar contigo por las tardes!

Nuestros alumnos razonan, investigan, redactan, imprimen, se hacen sensibles al arte, realizan ejercicio físico, desarrollan actividades manuales. Todo esto lo hacen en la escuela. No hay motivo para explotarlos atiborrándolos de tareas. Por eso digo, y lo digo mil veces: tareas, ¡no!

Cualquier muchacho de primaria necesita contar por las tardes con tiempo para jugar, divertirse, leer, ser creativo y usar la imaginación en sus propias actividades. Las tareas se encargan de robarle ese valioso tiempo. Lástima, también, del uso abusivo que se hace de la televisión, pero ese ya es otro asunto.

Con las tareas escolares también sufren los maestros y los padres de familia. Estos últimos se transforman en capataces y, muchas veces, en hacedores de las tareas de sus hijos. En relación con los maestros hago esta pregunta al aire:

—¿Qué hacer con las tareas entregadas por treinta o más chicos de su grupo?

Imagino, entre otras, dos posibilidades. Un maestro puede llevárselas a casa y revisar cuidadosamente las tareas. Gastará inútilmente mucho tiempo que bien podría emplear para aumentar la creatividad en el trabajo dentro del aula. También podrá recogerlas y no revisarlas. Estará defraudando a los niños. Primero los pone a trabajar y después echa a la basura todos sus esfuerzos.

Claro, no se debe confundir la obligatoria y rutinaria tarea casera, con el creativo y espontáneo trabajo realizado en la casa. Este último permite el desarrollo del niño y de su grupo escolar. Muchas, muchísimas veces solicité a un grupo entero, a varios de sus integrantes o a un chico aislado, algo como lo siguiente:

—Terminen en su casa el trabajo iniciado, a ver hasta dónde llegan... Traten de profundizar sobre esto que estamos viendo... Redacta el diario escolar, hoy te ha tocado... Preparen sus conferencias... No olviden buscar datos para completar el informe de la visita o del viaje... Lean el periódico y recorten alguna noticia, a su parecer importante... Traten de terminar el problema, no olviden, se trata de un rombo... Construyan una balanza...

Todo este trabajo, aunque casero, respondía siempre a intereses y necesidades vitales de mis alumnos, de su grupo, o de la propia escuela. Nunca la imbecilidad de cumplir con la tarea por la tarea misma.

Mañanitas

Fue un día del maestro con un toque muy, pero muy especial. El 15 de mayo de 1966 cayó en domingo. Tempranito puse a Elisa en su carriola y, como de costumbre, nos fuimos a pasear por el parque. Chela se quedó en la casa profundamente dormida.

Más tarde comenzó una serenata al pie de la ventana de nuestro dormitorio. Un grupo de padres de familia, con todo e hijos, era quien cantaba las mañanitas. Los padres y los chicos cantaban y cantaban y nadie se asomaba a la ventana. Ni quién les echara un lazo.

Mientras todo lo anterior acontecía, la niña y yo regresábamos de nuestro paseo. Conforme nos acercábamos a la casa, escuché mejor los cantos hasta darme cuenta de lo que sucedía. Estaban como a la mitad de las mañanitas y me coloqué detrás de los cantantes como si formara parte del grupo.

Alguien, extrañado e impaciente, interrumpió la serenata y lanzó un comentario a los asistentes:

—¿A qué hora pensarán salir Pepe y Chela? ¡Qué dormilones!

Sin dar tiempo a otra intervención, solté una carcajada. Todos voltearon a sus espaldas y, sorprendidos, me vieron con la carriola.

—¿Qué haces aquí afuera? Deberías estar adentro. ¿No vez, les cantamos las mañanitas? ¡Es el día del maestro!

—Pues nada, vengo de pasear con mi hija y llevo un buen rato escuchándolos. Anden, pasen a la escuela y sigan cantando. Ya no tardará en salir Chela.

Las familias habían llevado atole y tamales para desayunar. Desayunamos en el salón de tercero. Todos reímos y pasamos un día del maestro inolvidable.

Te tomo la palabra

He dicho, digo y diré, las clases de ciencias naturales han sido mis clases de la vida. Nunca tuve miedo a las preguntas de los niños. Si sabía, les contestaba inmediatamente. Muchas veces sus dudas, se convertían en mías. Rebasaban mis conocimientos. Lo peor sería mentirles en un afán de maestro sabelotodo.

Si no tenía la respuesta en el preciso momento, ¡bah!, pues nos poníamos a indagar y listo. El primero en obtener la respuesta la comunicaba a los demás. A veces la encontraba yo y en otras ocasiones los chicos se me adelantaban. No eran competencias, nadie trataba de dejar mal parado al otro. Lo importante era el aprendizaje vivo de los conocimientos.

En cierta ocasión experimentábamos con el banco óptico, estudiábamos el rayo incidente. Alejandro, de quinto año, me dijo espontáneamente y de sopetón:

—Oye, Pepe. Hemos repetido en clase este experimento durante varios años. Claro, nunca ha sido igual. Cada vez es más completo y siempre hemos aprendido algo nuevo. Pero ¿por qué no nos hablas también del rayo láser? Nunca lo hemos estudiado.

¡Caramba! Ese cuestionamiento me puso a pensar. Mi respuesta inmediata fue sencilla.

—Hijo —le dije— del rayo láser no sé gran cosa. Ese no es motivo para dejarlo de estudiar en clase, lo comprendo. Te tomo la palabra y dentro de quince días hablaremos aquí de él. ¿Qué te parece?

—Muy bien, Pepe —acepto.

Me puse a estudiar y prepararme para esa clase. A los pocos días encontré en el periódico una noticia importante acerca de una investigación con base en rayos láser. La recorté y la llevé a la escuela.

Llamé a Alejandro para mostrarle el material localizado. En cuanto llegó, comencé a hablarle. Antes de enseñarle el recorte me percaté de cómo el muchacho registraba el bolsillo de su pantalón. Buscaba con insistencia algo. ¿Cuál no sería mi sorpresa cuando vi que sacaba el mismo recorte que yo le había llevado? El también se preparaba para la clase del rayo láser. De no ser por su inquietud, tal vez nunca hubiera tratado en el salón tan importante y novedoso tema en aquellos momentos.

Como se ve, el tema de mis clases de ciencias naturales brotaba de las circunstancias del momento. Según se requiriera estudiábamos el clima, la vegetación, la atmósfera, los minerales, el peso, el esqueleto, la balanza, las sustancias, el átomo, la fuerza, los colores, la molécula, la velocidad, los insectos, la densidad, el sonido, la materia, la electricidad, la clorofila, la distancia, los arácnidos, la gravedad... Un tema que llamaba mucho la atención, sobre todo de los pequeñitos, es la imantación. Jugaba fuerzas con ellos para ver quién lograba separar de algún metal el imán sostenido por mí con el auxilio de una instalación eléctrica con base en pilas.

Con cierta frecuencia, los muchachos me llevaban bichos, plantas, piedras, huesos, minerales... recogidos en determinado lugar visitado durante un día de campo, una vacación, o qué sé yo. Al hacerme entrega de lo conseguido, simplemente decían algo como esto:

—Ten, Pepe, te traje este alacrán para la clase.

Carecen de fundamento

Al ocuparme del desarrollo integral de mis alumnos, al estar al tanto de sus avances en el trabajo diario, al conocer sus intereses, gustos y dificultades, como maestro jamás necesité examinar ni poner a prueba a los niños para darles algún tipo de calificación. Para el maestro de escuela primaria, si trabaja con seriedad, el examen y la calificación carecen de fundamento. ¡Salen sobrando!

A cada momento el maestro ha de estar perfectamente al tanto de las condiciones de sus alumnos. De lo contrario, obra irresponsablemente. Más vale, entonces, se ponga a meditar acerca de su quehacer.

El maestro, al examinar a sus niños para conocer su situación escolar, pierde vilmente su tiempo. A lo más logra enterarse de qué tan buena memoria tienen sus alumnos para retener datos, definiciones, fórmulas, nombres, fechas y más datos.

Nunca me ha gustado que los críos repitan de memoria lo leído, escuchado, visto o estudiado. ¡Siempre les pido su opinión! Lo más importante e interesante para mí es comentar con los chicos cuanto piensan. Me encanta que reflexionen, razonen y expresen su parecer. Esto es muchísimo más rico que cualquier tipo de examen.

El razonamiento, la redacción. el cálculo, la impresión, la indagación, la creatividad y el trabajo todo, únicamente se demuestran razonando, redactando, calculando, imprimiendo, indagando, creando y trabajando. El dominio de todas estas actividades se prueba en la práctica y nunca a través de un examen.

Los niños de nuestra escuela salen de sexto sin que se les haya aplicado un examen. Se enfrentan a la secundaria y, para poder ingresar, tienen necesidad de presentar un examen de admisión. Generalmente obtienen buenos resultados. Algunos, incluso, han sido felicitados porque lo han hecho muy bien.

La curiosidad de los chicos ha motivado a su maestra de sexto para enseñarles los principales tipos de examen escolar que se practican. Esto ha resultado útil. Cuando presentan su examen de admisión para la secundaria, ya tienen una idea de la forma en la que les pueden interrogar.

En clase revisan los distintos tipos de exámenes escolares, hacen un ensayo y los resuelven. En cuanto terminan es frecuente escucharlos exclamar:

—¡Qué fácil, ya lo contesté! ¡Yo que tenía tanto miedo!

Al no haber exámenes, en nuestra escuela no se conocen las calificaciones. ¡Los padres de familia no reciben boletas de calificaciones! En la escuela somos enemigos, ¡vamos!, incapaces de marcar a los niños. No somos nadie para arrogarnos esta atribución. No tenemos ninguna facultad para mortifi-

carlos y menos para bloquearlos porque van más lento que otros de sus compañeros.

Rechazamos toda obsesión. Los niños no necesitan marchar parejos y a un mismo ritmo. Querer unificar a los críos es lo peor que la escuela puede pretender. Estoy convencido, cada niño tiene su propio ritmo y sus propios intereses. Nadie tiene derecho a forzar su trabajo. Cuando uno se da cuenta, quien estaba más atrasado ya aventajó al de adelante.

Mi quehacer en el aula siempre se ha apoyado en el trabajo de los chicos en quienes detecto mayores dificultades. No tendría ningún sentido trabajar al ritmo de los aventajados. Estos últimos requieren poco de mí. Los primeros, en cambio, necesitan de un empujoncito y, gustoso, se los doy. Si no, ¿para qué soy maestro? Pero una cosa es ayudarles cuando lo solicitan y otra muy distinta es marcarlos como reprobados, como incapaces, como inútiles.

En cada grupo de la escuela se realizan muchas actividades. En cada actividad hay cuando menos un chico destacado. En todos los grupos cada niño destaca en algo. El maestro debe saber estimular y sacarle provecho a esta realidad. Pero nunca por medio de comparaciones. Las comparaciones son odiosas y destruyen a los niños.

¡Olvídate de tu escuela!

Nuestros chicos llegan a sexto. Su paso por la primaria transcurre como un suspiro. El tránsito a la secundaria es importante. Los padres se preocupan por la continuidad en los estudios. Invariablemente hay quienes me preguntan:

—¿Y ahora qué, a dónde nos recomiendas que lo enviemos a estudiar la secundaria?

—Miren —contesto— con las bases que su hijo lleva de esta escuela, cualquier secundaria es buena. Inscríbanlo en donde les quede más cerca de su casa.

Nuestros exalumnos han pasado por diversas secundarias. Tenemos de todo. Hay quienes han ido a escuelas públicas y privadas, mixtas o no, laicas y religiosas. La mayoría ha salido adelante. Desde luego ha habido casos muy difíciles. Su problemática, generalmente, es de origen familiar. Por más y más que la escuela haga, pesa mucho más el ambiente familiar.

Para 1967 algunos de nuestros alumnos, de quienes se iniciaron en tercero en la escuela, pasarían a la secundaria. Eran muy poquitos. Sus padres estaban preocupados y nos hicieron una petición.

—Pepe... Chela...¿Por qué no amplían la escuela y ponen secundaria? Alumnos no faltarán.

—¡Oh no! Eso nunca —fue la respuesta contundente.

—¡Hum! —hicieron un tanto desanimados.

—¡Caramba, mejor pónganla ustedes! Nosotros les daremos orientación y apoyo educativos. La mayoría son profesionistas. Entre todos podrán formar una planta docente formidable. Cada cual dará su materia, sólo les ayudaremos a globalizar.

—Eso suena muy bien —dijo alguien.

—Pues claro —respondí.

Tuvieron poco tiempo para hacer todos los preparativos. Se pusieron a trabajar intensamente y, en 1967, comenzó a funcionar la secundaria aquélla. Chela y yo les dimos todo tipo de asesoría y consejos. Incluso aceptamos que la escuela llevara el mismo nombre de la nuestra.

Alquilaron una casa muy cerca de nosotros, en la misma calle de Rébsamen. Se responsabilizaron entre sí, de la mayoría de las clases y, contrataron a algunos maestros más. Fue directora de la escuela una mujer de nombre Guadalupe.

La secundaria marchó sobre ruedas durante los tres primeros años. Después comenzaron los problemas. Conforme los muchachos terminaban los estudios, sus padres abandonaban paulatinamente la escuela y se iban con ellos. La inconstancia de los fundadores fue grande, únicamente pensaron en sus hijos y el resultado fue que establecieron una escuela destinada a desaparecer.

La directora, cuando salía un padre maestro, lo sustituía por alguien sin la más remota idea de la educación Freinet. Poco a poco, en esa escuela, aumentaron los problemas. No tardaron en llegarme quejas y reclamos. ¿Cómo era que yo avalaba sus formas de trabajar? Desconocía muchas cosas, pero las indagué. Llegó el momento de poner un ¡hasta aquí!

Exigí cambiaran el nombre a su secundaria. Quisieron ponerle el mío, no lo acepté. Finalmente la llamaron Escuela Nueva.

Años más tarde, la secundaria desapareció. Poco antes sentencié su hundimiento. Un día Guadalupe nos invitó a cenar a su casa. En la mesa, fui curioso.

—Oye Lupita, y ¿a qué viene esta celebración?

—Pues me voy de año sabático al extranjero —contestó muy ufana.

—¡Qué te vas y abandonas la escuela un año! Ya verás como la encuentras a tu regreso. ¡Olvídate de tu escuela!

—Tengo —aseguró— una gran confianza en los chicos, en sus padres y maestros, así como en quien me sustituirá en la dirección.

—La diferencia entre nosotros dos —agregué— es muy grande. Tú confías en todos y yo no confío ni en mí mismo.

Al año, cuando regresó de su viaje, en muy poco tiempo, tuvo que quitar los restos de escuela.

Puente de unión

La mejor manera de iniciar el trabajo escolar es con la lectura del diario de clase. Es una técnica formidable no ideada por Freinet. En nuestra escuela se introdujo por sugerencia de Chela. ¡Qué acierto!

El diario de clase sintetiza el trabajo escolar de ayer y es el origen de muchas actividades a realizarse por el grupo. Es como un puente de unión. Enlaza la clase anterior con la presente.

En nuestra escuela los grupos de primaria llevan su propio diario. Entre todos los chicos del salón lo van redactando. Cada día un niño distinto escribe en él su palabra. Cuando todos han participado en este quehacer, se inicia una segunda, tercera y hasta cuarta ronda.

La redacción del diario comienza desde el primer día de clases, a partir del primero de primaria. Los pequeñitos, con ayuda de sus padres, hacen grandes esfuerzos y hasta lloran. Al principio, el diario de clase no les queda muy bien que digamos. ¡No importa, ese es su trabajo! Lo fundamental es que los críos se vayan acostumbrando a escribir con sencillez su propia palabra. Conforme pasan los años, hay que ver qué chuladas de diarios se trabajan en los grupos.

La redacción del diario de clase se hace en una libreta común que lleva cada grupo. En su casa los niños se encargan de confeccionarlo. En él, poco a poco, van empeñando parte de su prestigio. Llegan a invertir toda la tarde y, a veces, parte de la noche.

Día con día, los alumnos anotan en el diario de clase lo que se hizo, lo que se estudió, lo que quedó pendiente, lo que se les pidió y muchas otras cosas más.

Con el transcurso del tiempo en el diario de clase se ven notablemente los avances de los chicos: soltura, memoria, redacción, ortografía, sintaxis, síntesis, ilustración, colorido... Poco a poco, en el diario escolar, los muchachos aprenden a trabajar con orden y limpieza, pero sobre todo con originalidad, seriedad, alegría, espontaneidad, interés y creatividad. Ese es el gran mérito del diario escolar.

El autor del diario de clase realiza un ejercicio muy importante de lectura cuando, en público, da a conocer a su grupo su escrito. Una vez terminada la lectura, vienen los comentarios, preguntas críticas, sugerencias y demás. Los compañeritos se refieren al contenido del diario, a su presentación, a la

redacción y sus ilustraciones, a la seguridad o fallas en su lectura. Se expresan cosas como éstas:

—Falta esto... Es muy claro... Aquello no es como lo escribiste, sino así... Está muy completo, pero... No entiendo cuando dices... Mucho mejor que la vez pasada, ahora sí le echaste ganas... Los dibujos están padres... Está muy sucio y desordenado...

Gracias a los comentarios hechos al diario en el salón de clases, fue como surgió espontáneamente la idea de felicitar, en la asamblea de los viernes, a los autores de diarios a quienes se considera lo merecen. Un niño dijo:

—El diario le quedó muy bien, sugiero lo felicitemos en la asamblea de la escuela.

La propuesta lanzada se votó por todos los chicos del grupo. El resultado fue afirmativo. Por eso, en la columna de felicitaciones del periódico mural, la felicitación del grupo se hizo extensiva y fue asumida por toda la escuela. Los chicos son muy sinceros y críticos. No saben mentir ni fingir. Si están de acuerdo votan la propuesta afirmativamente y si no, pues ni hablar, no hay felicitación.

Una libreta no es suficiente para todo un curso. Se llegan a ocupar hasta seis libretas. Al fin del año escolar hay algo por resolver. El diario de clase es un trabajo colectivo plasmado en papel, ¿qué hacer entonces con las libretas? Siempre surgen propuestas parecidas a éstas:

—Que se rife entre todos... Que se lo quede la maestra... Que se conserve en la biblioteca del salón... No, mejor en la de la escuela...

Nuevamente se pasa a la votación para tomar una decisión tan importante. Los resultados son muy diversos. Hay diarios de nuestra escuela por todas partes. Pero las vivencias, ¡ay, las vivencias!, únicamente les pertenecen a nuestros alumnos y sus maestros. Son los constructores y partícipes de ellas.

Hay niños quienes escriben el diario con muchos detalles y de manera muy extensa, otros lo hacen de forma breve y son muy concretitos. Lo importante es que estén completos y bien hechos. Y en esto de los diarios completos, aunque complicados, Samuel, de cuarto año, es uno de quienes se ha llevado la palma. En Rébsamen, después de una interesante jornada de trabajo, redactó 17 páginas en el diario de clase al explicar, con lujo de detalle, el cometa Ikeya-Seki, conforme a la estupenda clase que les habían dado.

El valor de la asamblea

Durante la asamblea, cuando ya se pasaba a otro punto, pues se había agotado la columna de críticas, Mariela se puso de pie y pidió la palabra.

—No se ha terminado de leer la columna de críticas —explicó— falta una. Efectivamente, mirando con atención, nos dimos cuenta y hasta abajo, con letra muy pequeñita, prácticamente sobre la orilla del papel, decía:

Critico a Mariela porque me sacó los colores de mi mochila

Nos llamó la atención la insistencia de Mariela para que se leyera una crítica hecha a ella misma. Inmediatamente Mariela interpeló al criticador y éste retiro la crítica admitiendo que era mentira pues Mariela no le había sacado los colores de su mochila.

El presidente de la mesa le preguntó entonces por qué había escrito esa crítica, a lo que contestó que Mariela le caía mal, aunque en realidad no le había hecho nada. Puesta a votación la crítica, por supuesto, fue rechazada por la asamblea.

Entonces le preguntamos a Mariela ¿por qué, si conocía su inocencia se había empeñado tanto en que la crítica se leyera? La chica contestó:

—Yo sí sabía que no le había hecho nada, pero cuántos niños habían leído la crítica y no lo sabían. Yo necesitaba que toda la escuela supiera la verdad.

Así cuida su reputación, frente a sus maestros y compañeros, una niña de nueve años. Ese es el valor de la asamblea.

Y se hacía el silencio

El 31 de marzo de 1967 recibí una triste noticia. Murió Patricio Redondo a causa de una enfermedad. La pérdida fue muy importante y, por lo mismo, decidí compartirla con los niños y maestros.

Estábamos en Rébsamen. Los reuní a todos en el salón de tercero de primaria, por ser el más amplio. En realidad era la sala de aquella casa. Algunos niños se sentaron alrededor de las mesas de trabajo. Los demás quedaron instalados en los peldaños de la escalera de caracol que comunicaba aquel salón con el piso alto. Cuando todos tuvieron un sitio, les hablé desde lo más profundo de mi corazón. Lo hice más o menos con las siguientes palabras:

—He recibido una mala nueva, murió un gran amigo mío, un señor maestro quien introdujo la educación Freinet aquí en México. Me refiero a Patricio Redondo. Con toda seguridad ustedes no lo conocieron ni han escuchado algo acerca de él. Los dos fuimos maestros rurales en España, en la provincia de Lérida. Con el tiempo, nos identificamos mucho. Llegamos a ser más que hermanos. A raíz de la Guerra Civil, él vino a parar a México. Al poco tiempo pudo poner su escuela en San Andrés Tuxtla, Veracruz. Se llama Escuela Experimental Freinet. Al principio daba clases, a la sombra de un árbol, a unos cuantos niños. Después, ya tuvo su escuela en una vieja casa de aquel pueblo. Con la ayuda de Patricio pude venir a México acompañado por mi esposa y el hijo menor de mi primer matrimonio. Gracias a su generosidad pude volver a ser maestro de escuela.

Conforme avanzaba en mi sentido discurso, y más que discurso oración fúnebre, se me salían las lágrimas, no lo pude evitar, se me formaba un nudo en la garganta, se me iba la voz y se hacía el silencio. Finalmente me controlé y proseguí en mi hablar.

—Con la muerte de ese gran amigo, se fue un pedazo de mi vida, pero la que se quedó tendrá que continuar la lucha diaria. La escuela de Patricio está triste por la muerte de su maestro. Ustedes que son niños deben saberlo, en esa escuela tienen muchos amigos, les hablo de los alumnos de Patricio. Ya trataremos de que los conozcan. Por ahora quiero finalizar para pedirles regresen a sus salones y ofrezcan el trabajo del día de hoy en recuerdo de ese gran educador.

El fallecimiento de Patricio motivó a nuestros chicos para elaborar un número especial de los cuadernos de trabajo, dedicado a él. En uno de los textos impresos en tal cuaderno, Luis, uno de los chicos mayores, se expresó así:

> ¡Oh, querido maestro! Aunque yo no te conocí, sé bien tu historia.
>
> Cuando tú viniste de España, te llevaron a San Andrés Tuxtla. Empezaste a dar clases, a los humildes, bajo las ramas de un árbol.
>
> Los padres de tus alumnos se fascinaron de tus nuevos métodos; ellos te construyeron una escuela verdadera.
>
> ¡Oh, pero tú tuviste que morir! Pero como dice el maestro Pepe, un gran amigo tuyo: Tú, el hombre has muerto, pero el gran maestro Patricio Redondo no ha muerto".

¡Ya me quedé sin casa nueva!

A la escuela, en Rébsamen, llegó de visita una señora. La atendí en mi pequeño despacho.

—Y bien, señora, ¿qué le trae por acá?

—Quiero conocer la escuela. He escuchado buenos comentarios.

—¡Cómo no!, venga conmigo. La llevaré a visitar los salones. Así verá usted cómo trabajamos aquí.

Hicimos un recorrido. Nos detuvimos en algunos de los grupos y pudo apreciar mejor el funcionamiento. Al terminar regresamos a la oficina. Fue entonces cuando, ni tarda ni perezosa, dijo:

—Maestro, me gustaría que mi hijo estudiara aquí.

—Señora, lo siento pero no hay lugar disponible. Este año ya ha quedado completo el cupo. Como usted ha podido apreciar, la escuela es muy pequeña y no hay una sola silla desocupada en donde pudiera sentarse su niño. Tal vez el año entrante.

—Andele maestro, mi hijo será un buen alumno. No se arrepentirá si lo recibe.

—Señora, le repito, no hay lugar en la escuela, ¡no insista! Aquí todos son buenos alumnos.

—Pero maestro...

—No señora, ¡no se puede, comprenda!

—Oiga maestro, ciertamente aquí es muy pequeño. Están muy justos, yo diría que hasta apretados. Tengo una casa, muy cerca de aquí, mucho más amplia. ¿Se la alquilo a un precio moderado e inscribe a mi hijo?

—Señora... haga el favor de irse, ¡ya me quedé sin casa nueva!

Entre todos las confeccionamos

> Los niños de la Escuela Manuel Bartolomé Cossío tenemos el derecho de participar activamente en nuestra propia educación. Las clases que se nos impartan surgirán de nuestros propios intereses y participaremos libremente dando opiniones del trabajo escolar.

Así da comienzo un párrafo de una de tantas versiones del reglamento de nuestra escuela. El contenido de esas palabras refleja la importancia del documento. Por cierto, tiene su historia.

México, en 1967, celebró el cincuentenario de su Constitución Política. El tema fue motivo de estudio para conferencias, textos libres y algo más. Vimos los derechos y los deberes de los mexicanos y también de los ciudadanos. Estudiamos la división política, la estructura y los órganos del gobierno del país, así como muchos otros aspectos entre los cuales destacó la democracia como forma de vida.

Como consecuencia de lo anterior, ese año se tomó una decisión muy, pero muy peculiar para la escuela: la elaboración de su propio reglamento por

parte de todos los niños y sus maestros. Primero en los salones de clase con cada maestro encargado y después durante varias asambleas de los viernes, entre todos fuimos confeccionando las normas de la escuela. Nos sirvió como modelo la Constitución.

Niños y maestros juntos escuchamos y discutimos diversos puntos propuestos. Algunos se incorporaron al reglamento escolar, otros fueron desechados.

Aspectos como los siguientes fueron analizados en aquellos momentos:

Hubo quien planteó el deber de los maestros de aclarar las dudas de los niños. Inmediatamente alguien propuso algunos deberes de los alumnos, tales como el respeto a los demás y a sus ideas, la constancia e interés en el estudio, el orden, la limpieza del salón y los pupitres... También salió a relucir el derecho al recreo, al trabajo en la imprenta, a tener una parcela por grupo, a contar con una biblioteca general en la escuela y otra por cada salón de clases...

En la discusión del reglamento quedó muy claro cómo, siempre, a cada derecho se enfrenta un deber y viceversa. Tal es, por ejemplo, el caso de la cooperativa escolar en la cual todos tenemos el deber de participar y el derecho de usufructuar.

Con el paso de los años, el reglamento escolar ha ido evolucionando. Cada año los niños y sus maestros lo revisamos al principiar un nuevo curso. Se hacen propuestas para modificar el reglamento añadiendo, sustituyendo o suprimiendo disposiciones. Después las propuestas se votan y la asamblea decide la suerte del reglamento escolar.

Algunas normas han permanecido inalteradas, como es el caso de la libertad limitada por la responsabilidad. Otras disposiciones, en cambio, se han desvanecido con el tiempo. Entre estas últimas podría citarse el desuso acordado, uno de tantos viernes durante la asamblea, del uniforme escolar con su célebre escudo de plástico.

Tener un corresponsal

Patricio Redondo murió, pero dejó una escuela. Inmediatamente echamos a andar un proyecto escolar para mantenernos vinculados a la obra educativa de mi gran amigo. Surgió así el intercambio entre los chicos de su escuela y los de la nuestra. Abarca un doble aspecto: la correspondencia interescolar y el doble viaje de sexto año.

Al poco tiempo de la pérdida, ya los chicos de nuestra escuela, desde ambientación, iniciaron el intercambio de correspondencia con los alumnos de San Andrés.

Tener un corresponsal se convierte en algo muy formativo para los críos. El intercambio da inicio cuando los más pequeñitos de ambas escuelas comienzan a enviarse dibujos. Entre las dos escuelas formamos al azar parejas y cada niño se convierte en corresponsal de su homólogo de la otra escuela. Poco a poco, los dibujos se tranforman en cartas y los corresponsales se van conociendo e interesando más entre sí.

La correspondencia escolar tiene un desenlace esperado por los niños de ambas escuelas con gran ilusión, ansiedad y alegría. Se trata de dos viajes que se hacen en sexto año. Por fin llega el feliz momento, los corresponsales se encuentran cara a cara. ¡Queda satisfecha su curiosidad!

Antes de transcurridos seis meses desde el fallecimiento de Patricio, nos trasladamos con nuestros chicos de sexto a la Escuela Experimental Freinet. Fue en el mes de agosto de 1967. Era cuando los cursos terminaban en noviembre. Desde aquella primera ocasión, jamás se ha interrumpido el viaje anual.

La experiencia del viaje es muy aleccionadora. Cada familia y cada chico tienen lo suyo. En el intercambio hay de todo. Desde el desencanto —muy formativo por cierto— hasta la consolidación de estrechas amistades para el resto de la vida. Hay casos en los cuales la amistad se extiende entre las familias enteras de los corresponsales.

En cuanto cambió el calendario escolar, el viaje comenzó a realizarse en la primavera de cada año. A veces vamos primero a San Andrés y en otras ocasiones fungimos primero como anfitriones.

Los viajes inician en domingo. Después de viajar algunas horas en autobús, la escuela anfitriona recibe a sus amigos con un sencillo convivio organizado por los chicos, sus padres y maestros. De ahí, cada chico pasa a hospedarse a la casa de su corresponsal.

Del lunes al viernes siguientes, el aula escolar de sexto se necesita aprovechar al máximo. Se convierte en un espacio que, de la noche a la mañana, albergará al doble de alumnos. Durante las mañanas se trabaja como de costumbre, con una salvedad: los dos maestros de grado coordinan el trabajo. Yo siempre encontré algún momento propicio para intervenir y trabajar con los chicos de ambas escuelas en el salón.

Por las tardes de esos viajes, hay actividades escolares complementarias. Van desde visitas a museos y sitios similares, hasta paseos recreativos y de relajamiento. Al final, el sábado, los anfitriones despiden a los forasteros con otro convivio. El domingo temprano, los visitantes emprenden el retorno a casa.

La salida de regreso de San Andrés rumbo a la capital es muy emotiva. Es raro si un niño de nuestra escuela no sale cargado de pequeños obsequios,

muchas veces de preparación casera, para llevarlos de parte de los anfitriones a sus padres y hermanos.

Es la hora de la despedida. Hay abrazos, saludos, recados y demás. ¡No faltan las lágrimas, despedirse de un buen amigo cuesta... cuesta...cuesta...! El autobús arranca. Los niños de San Andrés, junto con sus padres y maestros, no se mueven de su sitio hasta perder de vista al camión cuando ya se ha ido.

Los viajes de intercambio son formidables. Dejan huellas profundas en los pequeños. Para poder apreciar el valor de estos viajes es imperioso vivirlos. Sí, disfrutarlos con plenitud.

Los intercambios no necesariamente terminan con el viaje. Algunas veces ahí es cuando se fortalecen de verdad. Hay quienes continúan la correspondencia, y hasta visitas, aún después de haber salido de la escuela. En esto tal vez Ana Luisa es campeona. Con más de veinte años de edad, se nos presenta en la escuela con su corresponsal. Ya las dos se casaron, pero el intercambio continúa.

Ya te caché el truco

Mi misión, como maestro de ciencias naturales, no consistió en enseñar de forma teórica física, biología, geología, química... Mi labor estuvo encaminada a despertar en los niños el gusto, la inquietud, la sed, la afición, la satisfacción, el interés, la pasión... por los fenómenos naturales, así como la relación guardada por estos últimos con la vida de los pequeños.

Buscaba para los chicos un aprendizaje atractivo. Me encantaba realizar experimentos junto con ellos para hacer determinadas demostraciones. Todos aprendíamos, razonábamos y nos divertíamos bastante.

Recuerdo cómo una vez hacía una demostración de palancas de primer género con los pequeños de ambientación. El punto de apoyo era un rodillo de madera. Yo lo corría discretamente con el pie por debajo de una tabla a cuyos extremos se aplicaba la resistencia (un paquete pesado de libros). La potencia la ejercían los mismos niños.

Pasaba a una pequeñita al frente, le pedía que levantara los libros, como un sube y baja, apoyándose con fuerza en la tabla. Con el pie yo movía el punto de apoyo para dejarle un brazo de palanca largo. Podía levantar los libros con poco esfuerzo.

Luego pasaba a un niño, pero movía de nuevo el punto de apoyo acortando la distancia. El hombrecito no podía. Las niñas sí y los niños no. Finalmente, Julio quien, no obstante sus cinco años de edad, observaba atentamente, me gritó:

—Ya te caché el truco.

En seguida, lo pasé al frente y él mismo movió el punto de apoyo y levantó el paquete de libros. Efectivamente, el crío había captado el asunto.

Estos descubrimientos infantiles eran enormemente satisfactorios para mí. Simplemente me lo indicaban todo: ya habían entendido lo que les trataba de explicar.

Ya en primaria, conforme los chicos crecían, les hacía investigar y leer sobre el tema a estudiar durante la clase siguiente. Durante ésta, hacía muchas preguntas para ampliar el panorama, pero sin perder nunca el interés por la observación y por la experimentación.

¡Traigan una escoba!

José Luis fue maestro de quinto grado cuando la escuela estuvo en la Granja Estrellita. Su estancia fue muy breve. Era un hombre joven y de carácter muy débil.

Un día de tantos llegaron a la dirección, en mi busca, algunos chicos de su grupo y me dijeron:

—Pepe, Mario, nuestro compañero, le pegó a José Luis.

Más que asombrado, fui rápidamente al salón a poner orden, pero no estaba el maestro. Entonces salí al patio en su busca. Lo encontré llorando. Indignado le pregunté al tal José Luis.

—¿Qué ha pasado? ¿Qué hace aquí cuando debería estar trabajando con su grupo? ¿Por qué demonios llora?

—Maestro, un chico me pegó, pero ya lo he perdonado.

—¡Qué perdonar, ni qué perdonar! Personalmente he ido al salón para reprender al chico. Su falta es muy grave. Ha abusado de su libertad y usted me sale con que ya lo perdonó. ¡Bah! No entiendo su proceder. No es propio de un maestro. Usted no ha sido capaz de enfrentar la situación. Primero da motivo para que el muchacho le pegue, después se le escapa de las manos el control de lo sucedido, se sale al patio a llorar como una *magdalena* y, para rematar, me dice que ya perdonó a su agresor. ¿Qué clase de maestro es usted? ¡Dígamelo ahora mismo!

—Pues... sí, pues creo haber fracasado como maestro de esta escuela. Mejor me voy.

—Muy bien, muy bien. Conque escoge el camino más sencillo, el de la derrota. Pues hágalo si le parece. Pero sépalo, no conoció esta escuela. ¡Aquí no se permiten los golpes, vengan de donde vengan!

Al poco tiempo aquel José Luis regresó muy mal aconsejado. Un día se me presentó muy exigente.

—Vengo a recoger mi indemnización por la separación de la escuela.

¡Eso sí me acabó de desquiciar! No me dejó otro recurso y le vociferé:

—Oiga, amigo, ¿qué se está creyendo usted? Lo han asesorado muy mal. ¡De esta escuela nadie lo echó. Usted se fue porque quiso y se fue llorando como un necio! No tiene antigüedad ni derechos adquiridos aquí. ¿Por quién me quiere tomar?

—Es que mi contrato todavía está vigente y quiero trabajar —repuso inconforme.

—Muy bien, muy bien. Usted trabajará en la escuela y se le pagará su sueldo íntegro. ¡Pero no lo hará como maestro! Ya demostró no saber trabajar con los niños. A partir de ahora se dedicará a otros menesteres de la escuela.

Fue entonces cuando le dije a la secretaria:

—¡Traigan una escoba para el señor!

Antes de que la llevaran, el individuo aquel había dado media vuelta para marcharse irritado por su nuevo error. Nunca más volvió por la escuela.

¡Que los niños tengan soltura!

Desde cuando están en primero de ambientación, nos proponemos algo: ¡que los niños tengan soltura! y hablen de lo que les interese para, después, proceder de idéntica manera en la escritura. Ese es el principal cometido de las conferencias impartidas por nuestros críos. Un buen día, desde chiquitos, llegan y le dicen a su maestra:

—Oye, traigo una conferencia.

Sin más formalismos la dan y listo. Hablan de su perrito, de los gladiadores, de los transportes... Los pequeñines se auxilian de alguna cartulina que tienen preparada para ilustrar el tema. A veces, incluso, llevan el animalito o el objeto acerca del cual van a conferenciar. Su maestra les da un empujoncito si se atoran. ¡Lo importante es que vayan adquiriendo seguridad y se animen a decir su palabra!

Conforme transcurren los años, las conferencias de los grandecitos de primaria son más elaboradas. Sus propios compañeros son muy exigentes, ¡piden preparación! Por eso, a partir de cuarto año, se calendarizan. Los expositores cuentan con tiempo suficiente para informarse y armar una buena conferencia.

Algunas veces las conferencias de los alumnos son en equipo. Esta manera de trabajar favorece la solidaridad. También hay conferencias combinadas, impartidas a la vez por los niños y sus padres.

Cierta vez, en la Granja Estrellita, una conferencia se prolongó por tres días. Guillermo habló sobre los insectos. El chico tenía tal cantidad de material, y hablaba y expresaba tanto, que una sesión no fue suficiente para agotar la exposición. El muchacho era un enamorado de los insectos e incluso llevó su conferencia al intercambio en San Andrés. Allá también la dio.

Mucho tiempo después, ya en Tlalpan, otro Guillermo dio una conferencia sobre los animales prehistóricos. Fue un trabajo sensacional para un chico de cinco años quien cursaba el tercero de ambientación. La maestra se asombró de lo bien que lo hizo y de la calidad de la conferencia. Por eso le preguntó al pequeño:

—Guillermo, ¿quieres dar tu conferencia a los demás niños de la escuela?

—Sí —contestó el crío con naturalidad y alegría.

Entonces, el siguiente viernes, Guillermo dictó su conferencia durante la asamblea escolar. Por supuesto, se llevó una felicitación muy merecida.

Ultimo viernes de mes

Los maestros, en nuestra escuela, también hemos tenido un espacio muy valioso para aprender, reflexionar, dar puntos de vista y defenderlos, polemizar, rectificar y decidir en torno a cuestiones de la vida de la escuela, de sus maestros y de sus chicos. Para eso existe el Consejo Técnico, del cual hace mucho no participo por cuestiones de edad y de salud.

En reuniones del Consejo se prepara el curso escolar poco antes de iniciarlo. Durante los últimos días de las vacaciones largas, mientras los chicos terminan de vacacionar, los maestros nos reunimos para ponernos de acuerdo sobre las actividades del año que está por comenzar. Revisamos desde aspectos administrativos formales muy secundarios, hasta las cuestiones medulares de la escuela. Es muy relevante ver cómo un maestro nuevo en la escuela tiene oportunidad de introducirse en el espíritu de ésta precisamente a través del Consejo Técnico. En esas reuniones, previas al arranque del curso, me encargaba de ponerlos al tanto del pensamiento y de las técnicas de Freinet manejadas en la escuela.

Pero la vida del Consejo se prolonga durante todo el ciclo escolar. El último viernes de cada mes hay reunión de Consejo. En el propio plantel, la escuela pone la comida y los maestros nos encargamos de darle vida a las interesantes sesiones. En más de una ocasión el Consejo se prolonga durante toda la tarde para concluir a las siete u ocho de la noche.

Esos viernes se come y charla. Cuando llega la hora del café, ya todos los maestros lo saben, va a iniciar la sesión.

Mientras se toma el café, el Secretario del Consejo —maestro electo a principio de año— da lectura al acta de la última sesión. De ahí en adelante todo es trabajo, todo es discusión, todo es proponer, todo es decidir.

Se platica de los logros y de las dificultades. Se reflexiona acerca de la problemática de la escuela. Algún maestro dice:

—Fulanito está dando mucha lata, ha hecho esto y lo otro. ¿Qué me sugieren hacer?

—Yo lo tuve hace dos años y no era como ahora tú lo describes —dice una maestra.

—Su hermana era igualita —afirma la otra.

—Yo necesité hablar con sus padres porque el año pasado ya molestaba mucho a sus compañeros. Seguramente el problema está en su casa. Tal vez si Pepe y Chela hablaran con los tres, las cosas podrían componerse —sugiere otra maestra.

—Ten paciencia, no es un caso perdido —aconseja una cuarta.

De esta manera cada quien va aportando lo suyo según el conocimiento y la experiencia adquiridos como maestros. En estas sesiones del Consejo juega un papel decisivo el sentido común manejado para resolver cualquier situación.

En el Consejo se puede hablar de todo. De la misma forma como los chicos se critican en su asamblea, los maestros hacen lo mismo reunidos en Consejo. Una de las pocas cosas no válidas en el Consejo consiste en criticar a algún maestro ausente. Las críticas deben hacerse de frente, con sinceridad. El criticado, por supuesto, ha de poder defenderse. No se trata de poner a pelear a los maestros entre sí. Lo importante es generar un clima de discusión adecuado. Así, quien ha obrado irresponsablemente lo podrá reconocer y hacer todo lo posible para modificar el comportamiento.

Mientras asistí al Consejo Técnico fui duro, muy duro en mi actuación. No me tentaba el corazón para decir verdades a los maestros y exigirles trabajo, ejemplo hacia los niños, puntualidad y corazón para el magisterio.

En el Consejo siempre se ha tratado de llegar por consenso a la toma de decisiones. Sin embargo a veces no es así. Hay situaciones en las cuales no se logra el común acuerdo. Ese no es un impedimento para decidir. Una vez agotada la discusión del punto, se somete a votación. La postura mayoritaria es adoptada por todos. Esa es un regla elemental de cualquier democracia, de la asamblea de nuestros niños y también de nuestro Consejo Técnico. En alguna ocasión me quedé solo en las votaciones, después de haber defendido calurosamente mis puntos de vista. ¡Supe asumir los resultados!

Escuelas activas

En México, quienes conocimos y quisimos a Patricio, sentimos su pérdida. Decidimos rendirle un homenaje educativo. Impulsamos un Congreso y nos reunimos. Se trató de un considerable grupo de maestros interesados en la renovación escolar. Reflexionamos acerca del trabajo de nuestras escuelas. El Congreso se celebró en el propio San Andrés, en 1968, en la escuela de Patricio.

En esa ocasión tomamos dos acuerdos importantes. Reunirnos periódicamente a continuar nuestro diálogo y crear la Cooperativa de Escuelas Activas de México. Esta última nunca llegó a cuajar.

Realizamos varios congresos con la participación de escuelas y maestros individualmente interesados en los propósitos. Se verificaron entre 1970 y 1976. Pusimos a circular la revista Escuela Activa, con Ramón Costa al frente, para difundir nuestro trabajo.

Con el paso del tiempo, el trabajo tendente a organizar la cooperativa fue decayendo. Los congresos perdieron fuerza. La revista se vino abajo. ¡Todo se fue apagando lentamente! Para 1978 había un buen número de escuelas y maestros apuntados para asistir al Congreso, pero no había más de dos o tres ponencias a ser presentadas. Para no variar, los ponentes serían los mismos de siempre. Se pidió a los interesados en asistir, presentaran alguna ponencia. ¡Muy bien lo pudieron haber hecho!

No hubo respuesta afirmativa. Celebrar un Congreso en esas condiciones sería ridículo, no hubiera tenido ningún sentido. Se canceló y fenecieron los intentos por organizarnos en la cooperativa.

A lo largo de esta experiencia conocimos a valiosos maestros, como Tere Garduño y Violeta Selem, quienes realizan interesantes trabajos en sus escuelas. Tenemos en común una serie de ideas y prácticas educativas. Nos seguimos de cerca. Continuamos estrechamente relacionados aunque no exista ninguna cooperativa u organización que nos aglutine.

Papalotes

Se acercaba un 30 de abril en la Granja Estrellita. Enrique, un chico de cuarto o quinto, muy decidido anotó en la columna respectiva del periódico mural:

—Me gustaría que el Día del Niño todos fuéramos a volar papalotes.

En cuanto anotó lo anterior, su petición fue ganando adeptos. Por eso, cuando se trató el punto en la asamblea, se aprobó por todos los niños. Solamente les pusimos una condición.

—No se podrán hacer los papalotes en horas de clase. Elabórenlos durante el recreo o por las tardes en su casa —fueron las indicaciones de Chela.

Sin embargo, la inquietud por construirlos, para después volarlos, fue superior a la instrucción dada por mi mujer. Tres días antes del evento los chicos no hacían otra cosa en su salón que armar entusiastamente sus papalotes.

La sugerencia de Enrique, aceptada por la asamblea, fue atendida por la dirección. El mero día del niño nos fuimos a festejarlo con nuestros papalotes a Llano Grande, un parque nacional por Río Frío, camino a Puebla.

Nadie dejó de volar su papalote. Incluso yo participé. Cuando se dieron cuenta, Pepe corría y corría tirando de un rombo con coleta.

Seguramente si se hubiera organizado una competencia, la campeona habría sido Ofelia, la maestra de primero de primaria. Con su técnica mixteca de papalotes, jaló e hizo subir muy alto y de manera permanente el alegre cometa que ella misma confeccionó.

Gran familia

En la Granja Estrellita, la maestra María Elena Torres era quien me seguía en edad, y por cierto con un intervalo muy considerable de años. Yo tendría unos setenta y tres o setenta y cuatro.

En una de tantas reuniones de trabajo con los maestros señalé algo relacionado con la responsabilidad del magisterio. Inmediatamente percibí como algunas de las cosas que dije le molestaron a María Elena. Sus gestos me lo indicaron. No dejé escapar el momento.

—Oiga María Elena —señalé— algo de lo dicho por mí le ha mortificado, ¿no es verdad? Usted no me lo puede ocultar. Se le ve en el rostro. Le pido que no lo tome a pecho. No es un reclamo a título personal. Lo que digo me lo dicta el corazón y por eso lo digo. Quizá algunas veces me exceda en mis comentarios. Tal vez en esta ocasión así fue. No lo tome como regaño. Es un simple consejo. Tal vez, se deba a esa costumbre mía de considerar a la escuela como una gran familia impregnada de un parentesco espiritual muy significativo. María Elena, fíjese, para mí los maestros de la escuela son como mis hijos y los alumnos como mis nietos.

Su respuesta fue espontánea. No se hizo esperar. Con una mezcla de ironía y simpatía, afirmó:

—No tanto, maestro, no tanto.

—María Elena —abundé— no le voy a preguntar su edad. Simplemente le diré que mi hijo mayor pasa de los cincuenta y cinco.

—Así, ni discutir —expresó rápidamente llena de asombro.

María Elena era una maestra tempranera. Al llegar me daba los buenos días y se pasaba delante. Al día siguiente del incidente aquél de las edades, María Elena llegó más temprano de lo acostumbrado. Me saludó pero no pasó de largo. Yo estaba muy metido en mi contabilidad.

—Maestro —dijo— perdone mi interrupción. Me permite un momento para hablar con...

—¡Oiga, oiga! —la interrumpí— siéntese por favor. ¡Pero qué pregunta la suya! ¿Cuándo ha visto a alguien pedirme permiso para hablar conmigo? ¡Ni los maestros, ni los niños, ni sus padres, ni nadie! ¡Caramba, como se ve, usted no me conoce! Sépalo, me gusta mucho charlar. Ande, dígame por qué se ha detenido hoy aquí.

Inmediatamente brotó una plática sencilla, rica y amena la cual se prolongó alrededor de una hora, hasta cuando llegaron los demás maestros. Conversamos de la educación, la familia, la escuela, la sociedad y de otros aspectos más. Poco antes de concluir la plática, María Elena aprovechó para hacer un comentario como éste:

—¡Ay, maestro Pepe! ¿Por qué no habré tenido esta conversación con usted cuando comencé a trabajar en la escuela? La verdad es que yo no lo conocía. Ayer después de la reunión me dejó pensando muchas cosas con eso de la gran familia. Por eso decidí hablar con usted. No me arrepiento. Tenía una impresión muy distorsionada acerca de usted. Ahora lo comienzo a conocer.

—Bueno, María Elena —le dije para terminar— a partir de ahora podremos charlar cuando usted quiera. Yo también he aprendido en esta mañana. En usted tengo una buena compañera de trabajo. Ahora vamos a trabajar con los niños. ¡Qué esperamos, ya es la hora!

Nuestra escuela es una gran familia. En ella ni la ideología, ni la posición, ni las creencias de los padres de los críos, han sido factores para dar preferencia o rechazar a alguien. ¡Fuera diferencias en nuestra familia escolar!

No pensó en nosotros

Al contrario de como sucede en gran parte de las escuelas, a la nuestra los chicos no acuden con temor. Generalmente lo hacen con alegría. Se desenvuelven en un ambiente escolar en donde por todas partes ondean la libertad, la responsabilidad y la dignidad. Nuestra escuela funciona como un poderoso imán. Atrae a sus integrantes.

Con relativa frecuencia vemos llegar a papás en busca de nuestro auxilio. Sus hijos no están dispuestos a ausentarse de la escuela para hacer un viaje de vacaciones con la familia.

Tampoco falta la ocasión en que algún padre o madre de familia entra a la escuela con su hija toda arropada y nos dice:

—Chela, Pepe. Ahí les encargo a la chica. Viene con fiebre. Por más insistencias para que se quedara en casa no obtuvimos éxito. Quiso venir a trabajar y aquí la tienen. Se las dejo.

Los padres se retiran y la chica trabaja, como si nada, mejor que nunca. Tal vez y hasta se alivia.

Con frecuencia, después de algún periodo de vacaciones largo, algún padre nos comenta:

—No acabo de comprender qué tiene esta escuela. Al tiempo de iniciar las vacaciones, nuestro hijo ya quería regresar a clases. Al final estaba desesperado, ¡contaba con insistencia los días que faltaban!

El caso más significativo de gusto y necesidad por la escuela, tal vez esté representado por Andrea quien, cuando cursaba el tercero de primaria, engrapó en el periódico mural el siguiente texto libre:

> A mí me gustan mucho las clases, pero lo malo es que ya van a llegar las vacaciones de fin de año.
> ¡Quisiera que en todo el año no hubiera vacaciones!... el que inventó las vacaciones no pensó en nosotros.

Con la cola entr` las patas

Un grupo de monjas nos visitó en 1971. Eran maestras de primaria del Instituto Guadalajara, en el estado de Jalisco. Encabezaba el equipo la directora. Manifestaron interés por el funcionamiento de nuestra escuela. Presenciaron el trabajo de los niños. Quedaron encantadas de las técnicas Freinet. Una de ellas, Marimer, fue especialmente sensible y receptiva.

Al tiempo, nos tocó visitar su escuela. Chela les dio un curso a esas maestras durante dos semanas. A mí me solicitaron una conferencia centrada en el pensamiento y la obra educativa de Freinet y en el funcionamiento de nuestra escuela. Iba destinada a los padres de familia y maestros de esa escuela tapatía la cual, por cierto, era muy grande y de puras niñas.

Uno de esos días, mientras Chela daba su charla, la directora me invitó e hicimos juntos un recorrido por el plantel. Al ir por los pasillos, me asomaba a las aulas. Lo hacía a través de una pequeña ventanita que tenía la puerta de cada salón. De repente me detuve en una de esas ventanitas. Me llamó la atención ver cómo una de las pequeñas alumnas estaba al frente del salón. Hablaba a sus compañeritas.

—¿Qué es lo que hacen aquí?

—La niña da su conferencia —respondió mi acompañante— es una de las técnicas recogidas de su escuela. La hemos puesto en marcha aquí. ¡Nos está dando muy buenos resultados!

—¿No tendrá usted inconveniente si paso a escuchar, verdad?

—No, por supuesto, pase maestro.

Entré discretamente y me acomodé en un rincón del salón. Escuché cuanto decía la niña y observé atentamente todo. La chica trataba con soltura un tema de astronomía. Su exposición era clara, sencilla y completa. En cuanto terminó, sus compañeras le formularon preguntas y se entabló un diálogo muy bonito.

Terminada la conferencia, me puse de pie y me acerqué a la conferencista. Sin ningún preámbulo, le dije:

—Pequeña, te felicito por tu trabajo. Tu investigación tiene un gran valor. Además, tienes mucha seguridad.

Un "gracias" acompañado de una sonrisa, muestra de satisfacción, fue la respuesta de la niña. Si bien era un desconocido para ella quien la felicitaba, lo hice con todo mi corazón. Me sentí muy contento de haber presenciado aquella actividad escolar y de que esa técnica hubiera salido de nosotros.

Por la noche de aquel día me tocó dar mi conferencia. Hablé de mi experiencia educativa individual y del trabajo y experiencias de nuestra escuela. Me referí al niño como centro de la educación familiar y escolar y a la importancia de la armonía entre la familia y la escuela. Hice referencia a la creatividad, responsabilidad, libertad y curiosidad en el trabajo escolar. Hablé de muchos otros aspectos. Mi plática fue larga. Noté como los padres de familia estaban atentos e interesados.

Al final se abrió una ronda de preguntas y respuestas. Iba aclarando dudas y completando ideas. Todo marchaba sobre ruedas. De repente un señor se expresó de una manera inesperada que no iba al caso. No sé de dónde sacó su deducción. Aseguró:

—De lo dicho por usted, maestro, desprendo que su concepción y la práctica educativa de su escuela, van en contra de la religión, ¿no es verdad?

—Mire, señor —contesté— se equivoca rotundamente usted. No sé por

qué dice eso. Ni yo ni mi escuela estamos a favor o en contra de religión alguna. Respetamos a todas por igual.

En esas estábamos, cuando una señora del público pidió la palabra. Se la cedí pensando que su intervención podría aclarar las cosas. Esa señora fue la mismísima Chela.

—Yo formo parte de la escuela a la cual se refiere el maestro —explicó mi mujer— y efectivamente la escuela es laica.

La intervención dio pie a que se insistiera en mal interpretarnos. El cuestionante retomó la palabra y con sarcasmo dijo:

—Vaya, vaya. Hasta que se dejaron ver el rabo.

Se armó un escándalo en el salón. Durante unos instantes se perdió la calma. Nadie supo qué hacer. Las pobres monjas estaban desconcertadas, algunas hasta se ruborizaron. Se veían entre sí como diciendo ¿y ahora qué hacemos? No podían controlar la situación.

No tardé en reaccionar. Hablé tan fuerte como pude. Todos me escucharon.

—¡Momento! Aquí el ponente soy yo, único responsable de cuanto digo. ¡Escúchenme bien!

—Sepa señor —me dirigí al hombre aquel— el único quien tiene rabo que le pisen en este momento es usted. Se ve cómo está muy confundido en religión. Desconoce los intentos hechos por el Papa Juan XXIII para acercar entre sí a las religiones y evitar los enfrentamientos. Su actitud es muy cerrada, muy deplorable. Si todos pensáramos de la misma manera usted sería feliz. Eso, afortunadamente, es imposible. Atenta gravemente en contra de la libertad escolar, la cual no se opone a ninguna religión.

En cuanto terminé de expresarme, el salón quedó en silencio sepulcral. Permanecí al frente, en el mismo sitio en donde hablé. Los asistentes fueron saliendo poco a poco. Algunos me felicitaron por la charla, otros pasaron de largo. Una señora se acercó muy satisfecha y se presentó en términos parecidos a éstos:

—Maestro, soy mamá de la niña a quien felicitó esta mañana por su conferencia. Le agradezco las palabras de aliento que le dio. ¡Nunca he visto a mi hija tan feliz como hoy cuando regresó a casa y me contó todo! Sepa, estoy con usted en todo cuanto nos acaba de decir esta noche.

De esa manera terminó muy bien lo que, por un insolente quien se quedó con el rabo entre las patas, pudo haber sido una catástrofe.

Tibiecita

Frecuentemente, a raíz de una conferencia, surje el interés por visitar una fábrica, un laboratorio, una editorial, un planetario, un museo, un taller, una universidad, una industria, una granja...

En la escuela salimos mucho. Nos encanta ir al exterior a ver la realidad al lugar en donde está. Hacemos frecuentes visitas. Las programamos conforme a los intereses y posibilidades de cada grupo. Aquí, de nueva cuenta, contribuyen mucho los padres de nuestros chicos. No es raro que, después de haber dado alguna conferencia, ellos mismos organicen y guíen una visita en sus propios centros de trabajo.

Cierta vez un grupo fue a visitar el criadero de truchas, allá rumbo a Toluca. El especialista, quien dio la explicación acerca de la crianza de esta especie animal, hizo mucho hincapié en la temperatura del agua.

—La trucha —dijo— es un pez de color pardo con pintas negras y rojizas. Su carne es muy estimada. Habita en aguas frías ricas en oxígeno. Los criaderos de truchas requieren que el agua esté fría para que los animalitos no mueran...

—¿Y qué le sucedería a las truchas si el agua estuviera tibiecita? —preguntó una niña de repente.

Ese es el tipo de curiosidad que despiertan en nuestros pequeños las visitas.

Las visitas se realizan a partir del primero de ambientación y se prolongan durante toda la primaria. Son adecuadas a la edad y al avance escolar. Eventualmente las salidas se prolongan más allá de una mañana.

También realizamos viajes de estudio por varios días. Llevamos preparado todo un itinerario de trabajo y muchas ganas de cubrirlo. Los niños observan, preguntan, anotan y opinan que da gusto verlos. Al final del día, en el hotel, se hace un balance del trabajo realizado durante la jornada. A la manera de Chela lanzan una interminable lluvia de datos los cuales, posteriormente, les servirán para preparar su informe de actividades a la asamblea.

Dentro de las visitas, un lugar muy pero muy especial lo ocupa nuestro tradicional intercambio escolar de los chicos de sexto con la Escuela Experimental Freinet.

¡Acéptalo, Pepe!

La asamblea escolar de ese viernes, en la Granja Estrellita, fue muy especial. Cuando me di cuenta, varios chicos del sexto año me acosaron. De viva voz me criticaron.

—Pepe, eres un regañón, exigente y nos gritas mucho.

Presidía la mesa de la asamblea Iris, una niña muy linda. Mientras me criticaban, ella me daba ligeros codazos murmurando:

—Defiéndete... defiéndete...defiéndete.

Yo, como de piedra, no le hice caso. El contacto era posible porque estaba sentado a su lado. Fungía como asesor de la mesa, elegido por la propia asamblea.

Al terminar el alegato de los muchachos, pedí la palabra. Estaba seguro, ellos esperaban mi defensa. Pero aunque hubiera querido no les hubiera podido dar gusto. Simplemente dije:

—La semana próxima me defenderé. No lo hago ahora porque ustedes me han delegado una autoridad cuando me eligieron asesor de la mesa que preside la asamblea. Deseo hablarles sin investidura, de igual a igual. Por eso les comunico mi decisión de dimitir, a partir de este momento, del cargo encomendado. El viernes próximo designarán al maestro quien me sustituirá. Entonces me defenderé.

El viernes siguiente, como de costumbre, se leyó el acta de la asamblea anterior. Daba cuenta de las críticas recibidas por mí, del motivo de mi renuncia, de la necesidad de designar un nuevo asesor para la mesa y de mi próxima defensa. Terminada la lectura, Iris preguntó si la asamblea aprobaba el acta. Entonces uno de los chicos la interpeló:

—¿Por qué se está dando por aceptada la renuncia sin habernos consultado? Pepe fue nombrado por todos. La asamblea es la única con capacidad para decidir sobre la renuncia.

Iris quedó confundida. Me preguntó qué hacer en esos casos. Le respondí que su compañero tenía razón. Entonces consultó el parecer de la asamblea. Usualmente las decisiones se votan con la mano levantada a favor de tal o cual propuesta. Ese día, la costumbre se rompió. No hubo tiempo, la mesa no pudo plantear las opciones de voto. En el salón se escuchó categórica y rotundamente un ¡no... no... nooo! generalizado. Ninguno de los asistentes, incluidos los criticantes, aceptaron mi dimisión.

Ante tal predicamento, pedí la palabra, me puse de pie y les dije:

—Muy bien, pues me defenderé aunque sea con el cargo de asesor a cuestas.

En esas estaba cuando me di cuenta de cómo uno de los chicos, de quienes me habían criticado, pedía insistentemente la palabra. Decidí callarme para cederle el turno.

—Habla. A ver qué dices.

—Pepe, acepta que eres gritón, acepta que eres exigente y regañón. Nosotros aceptamos que eres el único que tienes derecho a serlo. ¡Acéptalo, Pepe!

Nosotros ponemos la escalera

Soy un maestro satisfecho. Mi cariño a los niños y la escuela he podido contagiarlo a los padres de familia y a sus hijos.

Terminó un año en la Granja Estrellita. El día de la exposición de los trabajos de los chicos, inició algo inesperado. En todos los rincones de la escuela aparecían letreros como este: "El domingo tal de julio, trae tu brocha y tu pintura. Nosotros ponemos la escalera".

No tardé mucho en indagar de qué se trataba. Los directivos del Patronato de la escuela estaban en plena campaña para pintar los muros. Quien me informó, me dijo:

—Pepe, ni tú ni Chela deben estar presentes ese domingo. Es algo de padres de familia. ¡No se les vaya a ocurrir venir!

Pues el domingo fijado se reunieron alrededor de veinte familias con sus brochas y pintura, hicieron día de campo ahí mismo y dejaron como nueva la pintura de la escuela.

Desde aquellos años figuraba, dentro del Patronato de la escuela, Guadalupe Acosta de López, una madre de familia muy entusiasta y trabajadora. Siempre estaba al tanto de las necesidades de la escuela. Ella fue de los principales organizadores de la pinta.

A Guadalupe, en la escuela, todo el mundo la conocía cariñosamente como *Pillo*. A la familia formada por ella, su esposo y sus cuatro hijos, la familia *Pillo*, con el tiempo la sentimos como una parte muy querida de nuestra propia familia.

¡Cuidado!

Fue el martes 11 de abril de 1972. Prácticamente iniciábamos el viaje de intercambio en San Andrés. Estaba programada una visita al terminar las clases. Habían llegado los transportes que nos conducirían. Las niñas fueron en un camión acompañadas por Chela. Los varones se trasladaron en otro camión junto con Tere y Manuel, los maestros de sexto. Yo viajaría en ese último, pero a punto de arrancar me di cuenta de algo e hice una exclamación contrariado.

—¡Ay, dejé en el hotel mis binoculares!

Mauricio, otro de los maestros de San Andrés, escuchó mi lamento e inmediatamente ofreció:

—No se preocupe, don Pepe. Si quiere lo llevo en mi auto al hotel, recoge sus binoculares y luego alcanzamos al camión.

—No, hombre. Déjalo ya —le dije.

—Pero si no tardaremos nada. Ande, vamos por ellos —insistió.

— Esta bien —acepté finalmente y me bajé del camión.

Después me enteré. Apenas iniciado el recorrido, Manuel se dio cuenta de cómo el conductor del camión de los niños era un inexperto. ¡Manejaba como cafre! Después, ya tarde... supimos que de chofer no tenía nada.

Trabajaba como cobrador en la empresa transportista. Ese día faltó el conductor quien manejaría ese camión y al patrón del negocio se le hizo fácil sustituirlo por ese joven aventurero. Manuel le llamó la atención:

—¡Cuidado!, muchacho ten cuidado. No corras a esa velocidad. Mira que no llevas animales. Date cuenta, transportas niños de escuela. Tienes una responsabilidad muy...

—Déjame, no te metas en mi trabajo. Sé hacerlo bien —interrumpió el muy insolente.

A los pocos minutos, ¡pum, tras, chas...! Las consecuencias fueron irreparables. Aconteció una tragedia. El camión se accidentó en la carretera cuando apenas salía rumbo a Catemaco. Al tomar la curva, el disque chofer perdió el control del vehículo, el camión se volcó y fue a dar a una cuneta muy profunda.

El saldo fue de muchos heridos. Algunos de gravedad y otros no tanto. Hubo de todo, susto, golpes, raspones, heridas, fracturas...y hasta dos muertos. Sí, dos pequeños de San Andrés perdieron la vida. Todo por una irresponsabilidad.

Mauricio y yo no tardamos en llegar al lugar del desastre. ¡De no ser por los binoculares me hubiera tocado ser víctima directa del accidente!

Ya había comenzado el rescate. Participaron todos cuantos pudieron. Cada quien en la medida de sus alcances. Los padres de la escuela anfitriona acudieron en nuestro auxilio. Quienes presenciaron el accidente prestaron una ayuda invaluable.

Tan pronto llegué se me ocurrió hacer una inspección rápida. En cuanto vi a Manuel, lo di por muerto. Tenía la cabeza muy lastimada. Abundaba la sangre en su persona. Lo atendieron. Su herida era muy impresionante, muy aparatosa... Fue el puro cuero cabelludo. Felizmente continúa vivo y es el mismo maestro entusiasta de siempre. Aún trabaja en aquella escuela.

Tere, en cambio, pagó muy caro y de por vida la imprudencia. Inmediatamente quedó hospitalizada. Se hizo necesario practicarle urgentemente una intervención quirúrgica por estallamiento de vísceras. Los doctores Tom y Sánchez Covarrubias la realizaron excelentemente. Tere seguía muy

grave. El personal y equipo médico de San Andrés no fueron suficientes para tratarle la fractura de huesos. Requería atención especializada con gran urgencia.

El gobierno se enteró de lo delicado del asunto y prestó mucha atención. Se ordenó que todos los servicios médicos de la región se pusieran al servicio de nuestra compañera. Tampoco esa medida fue suficiente. Se requirió trasladarla a la Ciudad de México en busca de instrumental, equipo y personal médico adecuados. Entonces mandaron a un avión, de la Fuerza Aérea Mexicana, directo al pequeño aeropuerto de Minatitlán. En ese sitio se puso en movimiento un helicóptero de Petróleos Mexicanos y aterrizó en el cuartel de caballería de San Andrés.

Tere fue transportada en ambulancia al cuartel. De ahí el helicóptero la trasladó a Minatitlán en donde aguardaba el avión para llevarla a la capital. En el aeropuerto de la Ciudad de México la esperaban servicios sanitarios. Una ambulancia la trasladó al hospital de Traumatología del Centro Médico. Durante todo el trayecto viajaron con Tere su mamá y un médico familiar suyo. En el mismo avión, también fueron transportados Sergio y Juan Carlos, dos criaturas de nuestra escuela quienes, a raíz del accidente, fueron hospitalizados durante un tiempo.

Tan pronto como ocurrió el percance contactamos por teléfono con los padres de nuestros alumnos. Me pasé una noche sentado ante el escritorio de la escuela anfitriona. El teléfono no dejaba de sonar. Los padres de los chicos estaban muy preocupados. Salvo a los papás de Sergio y Juan Carlos, a todos los demás les pedí que tuvieran calma y confiaran en mí; que no se movieran de la Ciudad de México, pues pronto retornarían sus hijos a casa. Por lo general me tuvieron confianza.

Nuestros alumnos regresaron a México, en el autobús de siempre, el siguiente jueves. Chela los acompañó y yo me quedé en San Andrés mientras duró la estancia de Tere. En cuanto ella salió, su esposo Guillermo y yo retornamos en autobús a la capital.

Ya en la ciudad, visité a Tere con cariño y asiduidad durante su hospitalización. Lo hice cuantas tardes pude, al salir de la escuela. Procuré estar con ella los fines de semana y los días festivos. No hice sino brindarle todo mi apoyo. El comportamiento de su marido e hijos fue muy valiente. Ni qué decir de ella y de su pobre madre.

En la escuela, a menos de un año del accidente, hubo de discutirse lo del viaje a San Andrés para decidir si se continuaba o se cancelaba esta vivencia escolar. Los padres de familia nos dieron todo su respaldo y confianza. Por ningún motivo aceptaron suprimir el viaje.

—Un accidente cualquiera lo tiene —comentó alguien.

Ratificaron así lo que la misma noche del incidente me confió, por larga distancia, un señor quien estuvo muy atento a los sucesos.

—Maestro —me alentó en aquel momento— lo sucedido no me hace perder la confianza en usted ni en su escuela. Mi nieta Anabel pronto entrará a sexto grado. Podrán contar con ella y con sus hermanos menores para cuando les toque viajar a San Andrés.

Bien meditado y discutido el asunto, se acordó proseguir con el intercambio escolar anual a esa tierra jarocha. Y aunque el viaje no es obligatorio, casi ningún chico de nuestra escuela se lo pierde.

Entendí. Al principio Tere no pudo y después no quiso regresar a San Andrés. Pasaron más de diez años. Los recuerdos pesan. Y sin embargo..., sin embargo... en 1986 Tere decidió acompañar a sus niños en el intercambio. Cuando nos dimos cuenta ya estaba ahí. Tere trabajó, al lado de la maestra del poblado, con los chicos de las dos escuelas. Fue con ellos a todos los paseos y actividades. Estuvo muy al pendiente de sus críos.

Para auxiliarnos, durante ese viaje, llevamos el automóvil de Chela. Lo guardábamos en un estacionamiento frente al hotel. El último día del viaje, alguien se acercó a Tere mientras subía al auto. Era el encargado del estacionamiento. Como que le costó mucho atreverse, pero finalmente le explicó a la vez que la interrogaba.

—Disculpe... pero sabe... es que... resulta que necesito preguntarle algo. Espero no lastimarla con lo que le voy a decir. Lo he pensado toda la semana desde cuando la vi llegar. ¿Acaso es usted la maestra quien se accidentó hace muchos años cuando se volcó un camión?

—Sí, yo soy —contestó Tere un poco conmovida.

Pero se conmovió muchísimo cuando ese sencillo hombre le confesó con gran espontaneidad y emoción:

—Yo fui quien la cargó para sacarla del camión. Desconocía qué había pasado con usted. Me da mucho gusto saber que vive y que ha regresado a San Andrés.

Tere jamás había esperado tener tan impactante encuentro.

¡Euh... euh...!

En nuestra escuela damos a los chicos todo cuanto está a nuestro alcance para que sean responsables de su libertad. Les tenemos gran confianza. Alguien llegó a decir que las palabras que más escuchaba en la escuela eran responsabilidad y respeto, pero sobre todo responsabilidad.

Conceder libertad a los niños implica tener cuidado, mucho cuidado. Los pequeños tienden a ser traviesos y suelen conocer a sus maestros mucho más pronto que éstos a ellos. Si un maestro no está alerta, sus alumnos fácilmente le toman la medida y caen en el desorden.

Un maestro como yo, jamás ha tolerado ese tipo de fallas. Soy muy enérgico, muy severo. Lo que digo lo sostengo y se acabó. Eso sí, antes de tomar decisiones reflexiono con cuidado los sucesos y escucho con atención a los involucrados.

Cuando me percato de que algo marcha mal en la escuela, que se abusa de la libertad..., basta que en voz alta diga: ¡A callar!, o su equivalente ¡euh... euh...! Inmediatamente se hace el silencio. Todo mundo pone atención y escucha cuanto digo. En la escuela mi ¡Euh...! indica ¡atención!

Hay un sinnúmero de acciones y omisiones de los niños que requieren de una llamada de atención y hasta de un castigo o una reprimenda. Pero no se trata de castigar por castigar. Tampoco de reprender a un crío para humillarlo. Es preciso llamar la atención a los chicos en el momento oportuno. Sólo así se dan cuenta de cómo con su irresponsabilidad abusan de la libertad y perjudican a los demás.

En cierta ocasión, cuando la escuela estaba en la Granja Estrellita, en uno de los grupos se cometió alguna barrabasada. Me propuse dilucidar el asunto. Como dio la hora de salida a casa y el enigma no se clarificaba, pues únicamente indiqué:

—Nadie sale del salón si no se aclara lo que ha pasado esta mañana. Si es necesario nos quedamos hasta la noche. Ustedes deciden cuándo salimos.

Los padres acudían a recoger a sus hijos y, nada, éstos no salían. Un señor, preocupado, se acercó al salón. Me pidió dejara salir a su muchacho. Mi contestación fue negativa.

—Su hijo forma parte del grupo —le dije— y está castigado con el resto de sus compañeros. Cuando se esclarezca el asunto, saldrán todos y listo.

Pasó otro rato y seguíamos sin salir. El buen hombre aquél se acercó de nuevo e insistió en su petición. Mi contestación fue rotunda. Le dije:

—Mire señor, si quiere llevárselo, hágalo. Pero el chico no regresa más a la escuela.

—No maestro, así no me lo llevo —fue su respuesta.

Pudo habérselo llevado, pero prefirió esperar. Finalmente logré aclarar el asunto. Quienes habían hecho la trastada lo reconocieron públicamente y todos partieron para su casa.

El padre, quien tanto había insistido dejara salir a su hijo, se acercó por tercera ocasión. Esta vez lo hizo para justificarse.

—Maestro —me dijo— disculpe mi terquedad. Pero nos hemos cambiado de casa y está muy retirada. Apenas si me da tiempo de recoger al chico y llevarlo a comer para regresar a mi trabajo...

—¡Hombre! —interrumpí— de haberlo sabido me deja al chico y usted se va a su trabajo. Mi esposa y yo le habríamos dado de comer y atendido hasta que usted regresara por él. Ahora ya sabemos cómo proceder en lo sucesivo.

Del tipo de la anterior han sido las sanciones que he acostumbrado para poner en claro las cosas. Cuando los chicos abusaban de la libertad, ya lo sabían, se enfrentarían con Pepe. Con frecuencia hacía acudir a grupos enteros, los sábados por la mañana, a la escuela.

—Como no han querido ser responsables hoy, pues ya lo saben. Nos vemos el sábado aquí, en la escuela, a trabajar.

No faltaban padres quienes acudían a pedir dispensas para sus hijos pues el sábado tenían planeado un viaje o un paseo. En esos casos ya podían saber de antemano mi respuesta:

—Muy bien, que no venga el sábado su hijo. Pero a partir del lunes ya no lo esperamos en la escuela.

Que yo recuerde, nunca un padre sacrificó la escuela de su hijo a cambio de un paseo sabatino.

Al revés

Carlos ingresó a nuestra escuela, como alumno, a tercero de primaria. Sus antecedentes escolares eran muy, pero muy pobres. Le tenía gran fobia, o no se qué, a la escuela. Había asistido al Liceo Franco Mexicano. Como le iba tan mal, sus padres habían optado por sacarlo a medio año. No asistía a la escuela cuando llegó con nosotros. Prácticamente se pasó ese primer medio año en nuestra escuela echado sobre su mesa. De vez en cuando se incorporaba y, con los brazos y las manos, hacía como que tocaba el violín.

A Carlos no le gustaba hacer ningún trabajo en clase. Sus maestras acababan algo más que desesperadas. Pero nunca como en quinto año cuando puso a correr a Toña Linares, la maestra de ese grado. Toña acudió a mí un día muy preocupada. No hallaba qué hacer con Carlos. Estudiaban la división. El muchacho no respondía. Cada vez que lo ponían a resolver una, se enredaba horriblemente. Comenzaba a solucionarla al revés y no llegaba a ninguna respuesta.

—¿Cuándo van a continuar con las divisiones? —le pregunté a Toña.

Se dio cuenta del mensaje de mi interrogante. Estaba completamente dispuesto a ayudarla, ¡cómo no iba a ser así!

—Mañana, a las nueve —contestó con rapidez.
—Muy bien —le dije— a esa hora estaré en el salón. Daré la clase. Ya veremos qué puedo hacer.
Al día siguiente me presenté a la hora convenida. Los niños habían sido avisados. Trabajarían conmigo. Sin perder tiempo, anoté en el pizarrón un problema más o menos como éste:

> Se adquirieron cuatro gruesas de plumas a $950.00 cada una. Se pagó, por transporte y otros gastos, la cantidad de $925.00 ¿A qué precio se tendrá que vender cada pluma para obtener un beneficio del 30%?

Como de costumbre, los chicos copiaron el problema en sus cuadernos. Cuando terminaron de hacerlo, solicité a una pequeña que lo leyera en voz alta para ver si estaba claro el planteamiento. No hubo dudas en lo que les pedía. Lo pude corroborar al formularles varias preguntas: ¿Cuántas gruesas se compraron?, ¿qué cantidad se pagó por el transporte y demás gastos?, ¿qué es lo que se quiere vender?, ¿qué beneficio deseamos obtener? Las respuestas dadas fueron claras y correctas. Entonces les dije:
—Ahora vamos a resolver el problema entre todos. Pongan mucha atención y nadie deje de anotar el razonamiento, las operaciones y la solución en su cuaderno.
Comenzamos y le pedí a un chico su opinión acerca del primer paso a dar. Razonó correctamente.
—Pues, saber cuántas docenas de plumas se adquirieron en total —dijo.
—¡Muy bien, muy bien! —asentí.
Inmediatamente me dirigí a otro, quien estaba un poco distraído:
—Y para obtener el dato señalado por tu compañero, ¿qué necesitamos saber?
Tal vez por su distracción titubearía. No sucedió así. Con gran seguridad me dijo:
—Determinar qué es una gruesa.
—¡Correcto! —lo alenté— ¿y qué es una gruesa? —pregunté a otro.
—Son diez docenas —dijo con inseguridad y en voz queda.
—A ver, a ver, ¿qué opinan los demás?
—No, Pepe. Son doce docenas —corrigió espontáneamente una niña.
—Conforme. ¿A qué equivalen doce docenas? —pregunté al aire para ver quién levantaba la mano.
—Son 144 unidades. Se obtienen al multiplicar 12 por 12 —por fin dijo alguien.

Todos los datos fueron anotados en el pizarrón. Procedimos con nuestro razonamiento. Interrogué:
—¿Qué hacemos con este dato?, ¿de qué nos sirve saber que 12 docenas son 144 unidades?
Hubo un pequeño silencio el cual se interrumpió por varios intentos incorrectos de respuesta. Finalmente alguien acertadamente comentó:
—Necesitamos precisar cuántas unidades caben en cuatro gruesas. Como ya tenemos el dato de que una gruesa se compone de 144 unidades, ahora necesitamos multiplicar 144 por 4 y sabremos el número total de plumas adquiridas. Fueron 576. ¡Ya hice la multiplicación!
—Está bien, ¿y después qué? —fue mi siguiente pregunta.
Otra pequeña , quien estaba muy metida en la resolución del problema, sugirió:
—Hay que buscar la cantidad gastada en la adquisición de las cuatro gruesas. Bastará multiplicar las 4 por $950.00, o sea por el precio de cada una de ellas. La respuesta ya la tengo, son $3,800.00.
Apenas anotado el resultado en el pizarrón, la misma niña agregó:
—A esta ultima cantidad se le debe sumar la cantidad pagada por gastos, es decir, los $925.00.
Como asentí, realizó la suma y supimos así la cantidad total pagada en la operación comercial, equivalente a $4,725.00.
—Hasta aquí vamos muy bien —los animé— pero todavía nos falta más. ¿Quién puede decirnos qué necesitamos hacer?
—A esa cantidad pagada se le necesita sacar el 30% deseado como ganancia, para después dividir la cantidad resultante entre las 576 plumas a vender —dijo un chico atinadamente.
Como estuvimos de acuerdo realizó la operación en el pizarrón, y concluimos lo siguiente: el 30% deseado era de $1,117.00, que sumados a los $3,725.00 invertidos en la adquisición de las cuatro gruesas de plumas, daban un total de $5,842.00. Por último, otra chica levantó la mano para sugerir la división de ese número entre las 576 plumas integrantes de las cuatro gruesas adquiridas.
Había llegado el momento de la división. Durante todo nuestro razonamiento no había perdido de vista al tal Carlos. Como los demás anotaba en su cuaderno. Sin embargo, su actitud era más bien pasiva, de indiferencia. Intencionalmente no le había preguntado absolutamente nada. El tampoco había hecho algún esfuerzo por responder a mis preguntas. De aquí en adelante sería el momento de razonar con él la solución de la división que ya estaba enunciada en el pizarrón:

```
576 | 5,842
```

Me dirigí a Carlos, le pedí pasara al pizarrón a resolverla. ¡A partir de ese momento comenzamos a batallar! Carlos hizo un primer intento por iniciar la solución. Trató de utilizar el dividendo de derecha a izquierda. Planteó:

—42 entre 576...

Lo interrumpió un murmullo generalizado. Se oyeron risitas en el salón. Como en mi clase nadie se mofa de los demás, bastó mi sonoro "¡A callar!" e inmediatamente se restableció el orden. En voz alta hablé:

—Carlos, sigue haciendo la división. Vas a demostrar cómo en este salón eres el único que razona al resolver una división. ¡Yo te voy a ayudar! ¡Ánimo, Carlos, adelante!

Era muy claro, el camino elegido por Carlos para dividir no es el más simple, pero tampoco imposible. Todo fue cuestión de razonar detenidamente con él. Principié haciendo algunas reflexiones para centrarlo y tener un buen punto de partida. Le dije:

—Las cantidades anotadas en el dividendo y en el divisor —se las fui indicando en el pizarrón —¿son unidades o no?—

—Este... pues sí, sí son.

—¡Estupendo!

Entonces le hice ver cómo, según su planteamiento inicial, 576 unidades no caben ni una sola vez en 42 unidades. Estuvo de acuerdo pero no supo qué hacer. Era de esperarse. Tomé la palabra de nuevo, señalé el dividendo con el puntero, y le sugerí:

—Si en lugar de 42 unidades tomamos las 842 unidades aquí anotadas, tal vez puedas resolver la división. ¡Inténtalo! Inmediatamente proseguí con mis preguntas:

—¿Cuántas veces caben 576 unidades en 842 unidades?

—Una —contestó con acierto después de pensarlo un poco.

Consulté al resto del grupo para ver si estaban de acuerdo. Todos lo aceptaron. Como nunca, todos estaban muy calladitos, asombrados por lo que hacía Carlos. Para algunos lo que pasaba en el salón era inexplicable. Le indiqué a Carlos:

—Anota el 1 arriba de la línea de unidades en el sitio equivalente a la última cifra del dividendo.

A partir de ese momento fuimos obteniendo diversos cocientes parciales. Le sugerí multiplicar el 1 por 576 para anotar el resultado abajo del 842 del dividendo. Comprendió que había que restar esas dos cifras y lo hizo.

El residuo, también parcial, fue de 266 unidades. Continuamos nuestro razonamiento y acordamos bajar las 5 unidades de millar del dividendo. Obtuvo como resultado 5,266 unidades. La anotó en el pizarrón. Entonces le formulé una nueva pregunta. ¡No lo dejé descansar!

—Y bien, ¿cuántas veces caben 576 unidades en 5,266 unidades? —lo dejé pensativo.

Era necesario hacer una segunda multiplicación encaminada a obtener un segundo residuo parcial. Encontramos en el 9 el número correcto. Lo anotó en la columna de unidades de los cocientes parciales, arriba del 1 escrito anteriormente. Hizo la multiplicación y el resultado fue de 5,184. Este número, al ser restado de 5,266 arrojó como residuo final 82 unidades.

Faltaba definir con precisión ¿cuál sería el cociente de la división? Lo hice razonar un poco más y concluyó que la forma correcta de encontrarlo era sumando los dos cocientes parciales obtenidos a lo largo de la solución de la división. El cociente fue 10 y resultó de la suma de 1 más 9. Después de un largo camino, lleno de dificultades y tropiezos, Carlos llegó a la respuesta correcta. La división quedó resuelta en el pizarrón de la siguiente manera:

```
          9
          1              9+1=10 (cociente)
576 | 5,842
       -576
      5,266
     -5,184
      0,082              82 (residuo)
```

Prácticamente todos los demás chicos tenían resuelta la división por el camino convencional. Al ver cómo la respuesta de Carlos coincidía con la suya, no tardaron en exclamar:

—Sí, es cierto, Carlos. ¡Qué bárbaro! Esa es la respuesta correcta.

Carlos regresó muy satisfecho a su lugar. A todos nos puso a pensar. Todos aprendimos una lección inolvidable: cuando se razona hay formas, diferentes a la convencional, de resolver una división. La maestra quedó asombrada del trabajo del chico. También para ella fue una gran lección.

Después de esa interesante sesión, Carlos supo hacer divisiones al revés y quedó motivado para resolverlas al derecho. Comparó y se dio cuenta de cómo es más fácil resolverlas al derecho.

Como es natural, la solución de las divisiones al revés fue una novedad para todos los chicos, para Toña e incluso para mí. La necesidad del momento me impulsó a razonar.

En el recreo de ese día aconteció algo de esperarse. La mayoría de los niños de quinto se dedicaron a resolver divisiones al revés durante la media hora de descanso. Muy sentaditos en el patio, practicaron y practicaron.

A los días del incidente, pasó por la escuela el papá de uno de esos chamacos. Confianzudamente me dijo:

—Maestro, ¿qué le ha sucedido?, ¿acaso ha enloquecido?, ¿cómo está eso de enseñar a sus alumnos a resolver divisiones al revés?

Me eché a reir y le conté la historia de Carlos. Entonces comprendió por qué su hijo lo desafiaba con tanta insistencia para que resolviera las divisiones al revés, tal cual lo habíamos hecho en la clase. Acabamos muertos de risa.

¡A la cola!

Sumar, dividir, extraer raíces, multiplicar, elevar potencias y restar es algo ameno cuando se sabe razonar. Es tedioso cuando se hace a la fuerza o como castigo. Realizar operaciones numéricas en concreto es lo más útil de las matemáticas. Hacerlo en abstracto, también sirve en el aprendizaje para lograr agilidad mental.

Una niña llega a una tienda, saca de su bolsillo algunas monedas y las suma para pagar un dulce, entrega la cantidad al tendero y recibe un cambio junto con el dulce. Realiza una aplicación de las matemáticas a una realidad de su vida cotidiana. La misma chica agiliza su mente cuando trabaja con números en abstracto y ejecuta las operaciones fundamentales.

La suma aislada de la resta y de las demás operaciones aritméticas, da una visión muy, pero muy parcelada de los números. En mi trabajo escolar siempre puse interés y cuidado en ir combinando las seis operaciones matemáticas de acuerdo con el avance de los críos.

No concibo el aprendizaje de las operaciones como algo esquemático y rígido. No encuentro razón alguna para esperar a que el niño sume a la perfección para darle oportunidad de restar y pasar, así, a las demás operaciones según las domine. Al contrario, se puede aprender globalmente a sumar, dividir... en forma alternada y complementaria. Este es el chiste de las matemáticas. Estar abierto y preparado para resolver cualquier tipo de operación numérica en toda ocasión.

En mi clase siempre encontré un momento para poner a los niños a resolver ejercicios de cálculo mental. De lo sencillo a lo complejo, de lo lento a lo veloz. Cualquier tiempo lo utilizaba para poner a trabajar la cabeza de los muchachos. Mentalmente los ponía a sumar, restar, dividir y multiplicar. Con

los grados más avanzados también practicaba la extracción de raíces y la elevación de potencias.

El cálculo mental lo aplicaba mucho. Lo hacía antes de salir al recreo o a la casa. Unos minutos antes de la hora de salida, los chicos se formaban alrededor del salón y nos poníamos a trabajar. Iba diciendo números y signos mientras ellos hacían operaciones mentales.

Al que estaba al frente de la fila le tocaba contestar. Si lo hacía correctamente, salía del salón. Si la respuesta no era satisfactoria se formaba de nuevo a la cola hasta contestar correctamente. Si el primero no contestaba bien, la oportunidad le pasaba a quien estaba enseguida, y así sucesivamente. Siempre había alguien en la fila con la respuesta adecuada en la boca.

Así procedía hasta que salían todos los niños del salón. Ninguno se quedaba sin contestar. Los conocía bien y sabía la complejidad y velocidad que podía exigir a cada quien. Nadie salía humillado. Todos pasábamos un rato agradable.

Este ejercicio es muy ágil y siempre me dio buenos resultados. A veces los chicos mismos se me adelantaban. Antes que yo, les decían a quienes no podían contestar correctamente:

—¡A la cola!

Casi siempre los chicos quienes ya habían contestado con precisión, se volvían a formar en la fila y les preguntaba de nuevo. Si fallaban, ya sabían que tenían que irse a la cola. Todo aquello parecía un juego. ¡Sí, pero muy formativo!

Es más, muchas veces se incorporaban en la fila alumnos de grados diferentes al grupo con el cual trabajaba. Salían al patio, se daban cuenta de nuestro cálculo mental y se incorporaban a la fila para trabajar un rato. Los aceptábamos de buena gana. ¡Claro!, si no contestaban, también se iban a la cola.

Cuando estaba al frente del club de ajedrez por las tardes también trabajaba el cálculo mental. A veces el tiempo no alcanzaba para terminar otra partida, mejor ni se iniciaba. Contábamos cuidadosamente las piezas y las guardábamos en sus cajas. Los chicos se formaban para salir. Iniciaba el decir de números y signos. Quien contestaba bien, salía; quien no, ¡a la cola! Como en las mañanas, se iban incorporando chicos de otros talleres según concluían su trabajo vespertino. Las matemáticas, a través del cálculo mental, les gustaban.

¿Quieres que te lo explique?

Los padres de nuestros niños están invitados a acudir a la escuela un sábado y un domingo, poquito antes de cerrar cada curso. Lo hacemos para que

puedan apreciar en conjunto el trabajo de sus hijos, en la exposición montada en la escuela al final de cada año.

Cada uno de los nueve grados, en su respectivo salón, tiene muchísimo por mostrar. En el salón de actos también exhibimos los trabajos manuales realizados por las criaturas en sus talleres vespertinos. Se tapizan las paredes del salón con pinturas muy coloridas y artísticamente elaboradas. Se presentan cacharros de barro y madera, así como otros objetos construidos con trapos, con estambres y con otros materiales más.

Ya pueden esperar los señores padres, cuando entran a alguno de los grupos de primaria, que uno o varios chicos, con un puntero en la mano, les salgan al encuentro con un "¿quieres que te lo explique?", en la boca.

Los muchachos son muy felices al momento de participar como guías reseñando el trabajo grupal realizado durante el año. Se refieren a las conferencias, a las visitas, a los textos libres, a los viajes de estudio, a los resultados logrados en la parcela, al diario de clase, a la construcción de aparatos, a los cuadernos de geometría...

En cada grupo los chicos más entusiastas colaboran con su maestra. En forma libre y espontánea, pero a la vez con gran responsabilidad y alegría, los niños decoran el salón a su gusto y montan exposiciones que ¡hay que ver!

En la exposición de la escuela, cualquiera puede darse cuenta de la abundancia del trabajo de los niños a lo largo del año. La exposición es una especie de resumen tangible y visual en donde queda reflejado el trabajo y el avance de nuestros muchachos.

El lunes siguiente se levanta la exposición. Todos los niños colaboran. Cada quien recoge sus materiales para llevárselos a casa. Todo lleno de la chispa propia de la niñez. Y así curso tras curso, año tras año.

Pornografía

Un domingo regresamos con el quinto año. Fue un recorrido muy interesante del Atlántico al Pacífico. Fuimos de Veracruz a Oaxaca pasando por el puerto de Salina Cruz.

Durante el día visitábamos y estudiábamos diferentes lugares y por la noche, en el hotel donde pernoctábamos, hacíamos el resumen del día por medio de una lluvia de datos. Luego, todos a la cama. Como de costumbre les había recomendado a los chicos:

—Cuando estén en la habitación no hagan ruidos ni armen escándalos. Recuerden, hay otros huéspedes y nos merecen respeto. Apaguen las luces y duérmanse temprano. ¡Ah! y no cierren la puerta con seguro.

Esta última recomendación no la hice para poder entrar a mi antojo a las habitaciones. Obedecía a la seguridad de los niños, por cualquier cosa que pudiera ocurrir en el hotel. Durante los muchos viajes de estudio, ¡jamás abrí una puerta de las habitaciones de los muchachos sin antes pedirles su consentimiento!

Las noches de este viaje fueron muy especiales. Los chicos estaban muy inquietos. Pese a mis recomendaciones, se dormían hasta las tantas. Pasaba de la medianoche y se oía ruido y veía luz en los cuartos de los varones.

De regreso a la escuela, cuando estaba en Cóndor, en el autobús la maestra encargada del grupo y yo comentábamos algunas impresiones del viaje. Empecé a entender lo de aquellas noches cuando ella me comentó:

—Los hombrecitos estuvieron tremendos. Figúrese, trajeron consigo revistas pornográficas. Por las noches se desvelaron viéndolas.

—¡Caray, Emma! De habérmelo dicho oportunamente hubiera podido recogerlas y todos nos habríamos dormido temprano. Ni hablar, ya veré si hago algo.

El lunes, a primera hora, me presenté en el grupo. Sin más preámbulo les dije:

—Oigan, me he enterado por su maestra de las revistas llevadas al viaje. ¡Hagan el favor de mostrármelas!

Con gran naturalidad reconocieron el hecho y me prometieron:

—Pepe, no las tenemos aquí. Mañana mismo te las traemos.

Y así procedieron. El martes mismo tenía en mi poder dos maletines llenos de revistas con desnudos femeninos. El miércoles me personé de nueva cuenta en su salón y únicamente les informé:

—He decidido llevar lo de las revistas a la asamblea de pasado mañana. Allí trataremos el asunto.

Nunca olvidaré esa asamblea escolar. Quienes estuvieron presentes, tampoco; de eso estoy seguro. Coincidió que ese viernes era 10 de mayo. Asistieron bastantes madres de familia. Además, la Secretaría de Educación había enviado un equipo para filmar el trabajo de nuestra asamblea. Habían prometido difundir la película y, con ella, el significado de nuestro trabajo.

Llegué al salón de actos con mi montón de revistas. Llevaba seleccionadas unas cuantas. Chela me vio entrar y muy preocupada me cuestionó.

—¿Aunque vayan a filmar tratarás lo de las revistas? ¿No te importa que sea el día de las madres? ¿No te parece que es excesivo? ¿Estás seguro de que no se va a malinterpretar en la filmación lo que hagas y digas?

—Dije que hoy se hablaría de las revistas y se hablará —fui contundente. No me opongo a la filmación. Exijo que no se distorsione lo que aquí se trate. De lo contrario me molestaré mucho. ¡Se acabó!

Hablé con el responsable de la película. Me ofreció que filmaría tal cual. Así de claras las cosas, dio comienzo la asamblea. En el orden del día había pedido se incluyera un punto: "Pornografía". Llegó el momento de abordarlo. Me levanté de la silla con una revista en la mano. Lo primero que hice fue desplegar la lámina central. Era la foto a color de un hermoso desnudo femenino. Di dos pasos y me dirigí a los chicos, especialmente a los de quinto año.

—Miren, vean bien. He aquí el desnudo de una mujer. Deberían arrodillarse. Muy bien podría ser el cuerpo desnudo de la madre de cualquiera de ustedes. De quien les dio la vida. Madres, a quienes la publicidad les dedica infamemente el día 10 de mayo de cada año. Este desnudo no tiene nada de malo. Es bello. El cuerpo humano es el resultado de millones de años de evolución. Hay algo que ustedes deben considerar. No ha habido en el mundo cincel, ni pincel famosos que no se precien de haber esculpido o dibujado el desnudo artístico, tanto de la mujer como del hombre. El cuerpo humano es muy hermoso, recrea la vista. No hay culpa ni pornografía en un desnudo. La pornografía está en la forma provocativa de presentarlo. Tal parece ser la finalidad de estas revistas, pues presentan el desnudo de la mujer como un mero objeto de placer.

Así fue como hablé del desnudo con la misma espontaneidad como si explicara el icosaedro en geometría. Algo que en otras escuelas hubiera ameritado un severo castigo "por escandaloso", fue muy aleccionador en la nuestra. Del resultado de la película jamás nos enteramos.

Despistados y apurados

En el pago de las colegiaturas, por regla general, los padres de nuestros alumnos responden bien. Sin embargo, con cierta frecuencia me encuentro con papás despistados y apurados.

Existen circunstancias difíciles. Casi todos sabemos el significado de tener un apuro económico en la vida. Hay quienes en determinado momento se atoran y no tienen con qué pagar. Basta si nos lo comunican con sinceridad. Los comprendemos y van pagando conforme pueden. ¡Faltaba más! Rarísima vez no cumplen.

En la escuela somos incapaces de señalar a un chico cuando sus padres no han pagado la colegiatura, así deban un mes o un año completo. ¡En ningún caso el niño tiene la culpa! Ese no es motivo para impedirle la entrada a la escuela. ¡Sería humillante!

Cuando hay muchos deudores procedo de manera peculiar. Echo mano de la asamblea un viernes. Pido la palabra a la mesa y explico más o menos lo siguiente:

—Díganle a sus padres, y ¡cuidado!, no son todos, que hagan el favor de pagar las colegiaturas si deben. La mayoría está al día, pero todavía hay quienes deben. Estoy seguro que ninguno lo hace con mala intención. Más bien se les olvida o no se han dado cuenta. Unicamente digan en casa que si le deben a Pepe la colegiatura, pasen a pagarle porque la escuela necesita ese dinero.

La respuesta de los niños es extraordinaria, mucho mejor que cualquier circular de recordatorio. El lunes desde primera hora comienzan a pasar por la escuela los deudores.

Al respecto hay un caso. Lo recordaré siempre. Unos días después de mi recordatorio se presentó tempranito en la escuela un señor con su hija. Yo estaba solito, muy metido en mi contabilidad. Al verlos entrar al despacho le pregunté sorprendido:

—¡Qué milagro! ¿Qué es lo que te trae por acá a estas horas en compañía de tu hija?

—Pues nada —dijo—, vengo a pagar cuanto te debo y traigo a la niña para que lo vea. El viernes al llegar a casa, me recibió con esta pregunta: "Papá, ¿le debes al maestro Pepe alguna colegiatura?" Pensé un poco y le respondí: "Sí, creo..Por supuesto, le debo, ya se me estaba olvidando". Entonces repuso velozmente: "Pues papá, págale cuanto antes porque necesita el dinero". Y aquí nos tienes.

También tengo muy presente otro caso. Un buen día llegó a la escuela un padre de familia que adeudaba bastante. Después de saludarme dijo:

—Vengo a pagarte cuando menos una parte de mi deuda. Recibí tu mensaje.

Procedió a sacar el dinero de su bolsillo. Me asombré un poco cuando vi entre sus manos un enorme fajo de billetes, pero cuando me di cuenta que todos eran de un peso, me asombré muchísimo. Comenzó a contar y darme el dinero "pim..., pim..., pim..." De esta forma liquidó la mitad de la deuda. Antes de marcharse ofreció:

—Ya vendré a pagarte el resto.

—Cuando quieras —le dije— pero acuérdate de pasar.

Se fue, subió a su coche y le dio una vuelta a la manzana. Regresó y en la puerta de la escuela se encontró con Chela, quien comentó:

—Ya me imagino, has venido a pagarle a Pepe.

—Sí —contestó sonriente—, le he pagado la mitad. Pero, pensándolo bien, voy a entrar contigo a poner fin a la deuda.

—¿Otra vez aquí?— le dije.
—¡Sí, de una vez te voy a pagar todo!
Sacó otro fajo de billetes también de un peso y, de nueva cuenta, "pim..., pim..., pim..." Me entregó hasta el último peso que faltaba.
No pude aguantar mi curiosidad y le interrogué bromeando.
—Oye, ¿de dónde sacas tantos billetes de a peso. Acaso pides limosna o qué?
—¡A tí qué te importa de dónde los saco, cobra y calla! —contestó sonriente.

¡Ten, Pepe!

Durante nuestra estancia en Cóndor, *Pillo* fungía como presidenta del Patronato de la escuela. Contaba con todo el apoyo de su esposo.
La familia de los Pillo vivía en Tlalpan, en la calle de Coapa. Junto a su casa había un amplio baldío, propiedad del Departamento del Distrito Federal. Al parecer había sido utilizado como instalación para los tranvías que llegaban a San Fernando.
El matrimonio López vio aquel terreno como un magnífico espacio para edificar la escuela. Por eso se pusieron a indagar y hasta comenzaron a hacer las gestiones para adquirir el terreno.
Tuvimos una reunión de padres de familia. Pillo nos puso al tanto de sus intenciones y de cuanto sabía. El Patronato necesitaría formalizar, ante el Departamento, la cesión del terreno para uso de la escuela. Después de dos años de trámites, el Departamento cedió el uso del terreno al Patronato para la construcción de la escuela. Puso una condición. Que las instalaciones escolares quedaran edificadas en un lapso no mayor de dos años.
Como yo sabía que ni el Patronato ni la escuela contaban con dinero para la construcción, y menos en un periodo como el estipulado, pedí la palabra y dije:
—Mejor será si se olvidan del terreno y lo regresan. No tenemos dinero para construir.
Mi pronunciamiento provocó inquietudes entre los asistentes. El interés por tener nuestras propias instalaciones creció enormemente conforme se desarrolló la asamblea. Todo mundo opinaba y discutía.
Sobre un presupuesto aproximado de siete millones, nosotros sólo habíamos ahorrado, en diez años, unos doscientos mil pesos. ¿Qué hacer entonces para obtener recursos? Por supuesto, inmediatamente cancelamos la posibilidad de estipular cuotas obligatorias para los padres. La respuesta la dio Maru, cuando inesperadamente dijo, con mucha alegría y entusiasmo:

—Mis suegros tienen una cantera, seguro les sacamos la piedra de la cimentación.
A partir de la intervención de esa madre de familia, la colaboración fue muy espontánea. La inmensa mayoría de los padres de familia fueron muy generosos. Algunos hicieron donaciones en efectivo. La mayoría aportó en especie. Regalaron varilla, piedra, arena, grava, cemento... También hubo quien puso sin costo alguno su trabajo. Se organizaron algunas actividades y eventos para recabar fondos. Todos recordamos la función en el Cine Diana, y el concierto del Negro Ojeda en el alcázar del Castillo de Chapultepec. De la Secretaría de Educación, también recibimos apoyo. Xavier Pérez Barba gestionó la donación de las estructuras para la construcción. La propia escuela también aportó cuanto modestamente pudo.
Por eso siempre se ha dicho: la escuela es de los padres de familia, de los niños. La cooperación de todos nos unió mucho. La construcción abarcó un periodo de trabajo muy fecundo. En muchísimo menos tiempo del pactado, en tan sólo cinco meses, vimos la construcción casi terminada.
El sueño de tener instalaciones propias se convirtió en una grata realidad. El Patronato de la escuela fue la clave para conseguir la donación del terreno. Pero sobre todo, la participación de los Pillo durante todo el proceso fue definitiva. Por ser vecinos y arquitectos se pasaban días y noches al pendiente de la obra. Ésta fue dirigida por Xavier Pérez Barba.
Llegó el momento de estrenar nuestra escuela. Nos mudamos en noviembre de 1975, pero la inauguración formal fue el viernes 12 de diciembre por cariño a Pillo cuyo nombre, se recordará, es Guadalupe.
Rememoro aquellos días con mucha emoción. Todos colaboraban. En los últimos momentos, cuando para terminar la obra necesité pedir algunos préstamos sin intereses, los padres, quienes pudieron, respondieron maravillosamente.
Préstamos de diez mil, cinco mil y tres mil para completar los ciento veinte mil pesos que aún hacían falta.
Algunos niños llegaron con sus alcancías, cincuenta, cien, doscientos, trescientos pesos.
—¡Ten, Pepe! Para terminar la escuela.

Informados e informantes

Para poder opinar, juzgar y criticar cuanto sucede, es necesario estar bien informados. En la escuela nos preocupa y nos ocupamos de que los chicos se

informen de los sucesos del mundo. Los iniciamos en la importancia revestida por la lectura del periódico.

Los lunes, cada quince días, tenemos en el salón de actos una sesión de noticias. Muchas veces resulta muy, pero muy interesante.

Los grupos de primaria se van alternando y, cuando les toca, preparan y presentan a toda la escuela una especie de noticiero. Los niños consultan el periódico, escogen las noticias a su parecer importantes, las recortan y las llevan a su salón. Para armar su noticiero se somete a votación el conjunto de las noticias con las cuales se cuenta, para de ahí seleccionar las fundamentales. Una vez hecha la elección, el niño o niña, quienes llevaron la noticia escogida, son los encargados de exponerla.

Conforme se van presentando las noticias, el resto de la escuela hace comentarios. En ocasiones hay noticias muy polémicas, suscitan importantes reflexiones. ¡Es estupendo ver a nuestros chicos discutir, argumentar y defender sus puntos de vista!

Así como nos gusta que nuestros alumnos estén bien informados, también nos esmeramos en que sean buenos informantes. Por eso, ante la asamblea, exponen los resultados de sus visitas y viajes de estudio.

A partir de primero de primaria, las criaturas, después de realizar una visita al exterior del plantel o de salir a un viaje de estudio, tienen un enorme compromiso con toda la escuela. Deben presentar un informe detallado y completo de cuanto les tocó ver y escuchar.

Terminadas las visitas y viajes se organizan, auxiliados por su maestras, juntan la información obtenida, la sistematizan y acuden a enciclopedias y libros para obtener información complementaria, hacen ilustraciones y todo lo que se les ocurre. ¡Es muy gratificante ver a los chicos reunidos en la biblioteca o en las mesitas del patio mientras preparan sus informes!

Ya en la asamblea, hablan y exponen. Los primeros informes, de los más pequeñitos, les cuestan mucho trabajo. Hay quienes tienen temor, están muy inseguros y a veces se olvidan de lo que deben informar. Poco a poco dominan sus participaciones. Con el tiempo son habilidosos. Adquieren una facilidad y una seguridad sorprendentes para hablar en público y rendir sus informes de trabajo con toda claridad.

Los chicos se refieren a la visita hecha a una empacadora de comestibles; a las actividades tenidas durante el viaje de San Andrés; informan de las mariposas monarcas que conocieron; de la evolución y estado actual de la Ciudad de México después de haber realizado una serie de visitas a instalaciones, monumentos.... y de haber buceado mucho en los libros. ¡Soy muy feliz al escucharlos!

En cuanto se acaba de rendir cualquier informe, viene una sesión de preguntas y comentarios sobre el mismo, a cargo de todos los niños. Si los expositores están bien informados, pueden contestar, ampliar y defenderse tranquilamente y con toda seguridad. ¡Esto todavía es mucho mejor!

Espacio acogedor

Cuando inauguramos la escuela de Tlalpan quedó pendiente la construcción del área administrativa y de la biblioteca. Todo lo construido quedaba en la planta baja. Mi despacho estaba ubicado en un pequeño cuartito que, tiempo después, pasó a ser el museo de la escuela. Pero el dichoso cuarto aquel no estaba electrificado. Por eso necesité hacerme de una lámpara de gas.

A las seis de la mañana, cuando llegaba a trabajar, encendía esa lámpara y con su luz me ponía a hacer mis contabilidades escolares. Así procedía diariamente hasta poco antes de las ocho. Suspendía para ver la llegada de los maestros y los niños.

No tardó mucho en construirse el piso alto de la escuela. Ahí quedó ubicado mi despacho. Es sencillo. Está amueblado con un escritorio, un archivero, un pequeño librero, una mesita con su máquina mecánica de escribir, un par de sillas, un diván y, por supuesto, la máquina de calcular.

Las paredes están decoradas con diversas fotografías de momentos importantes de nuestra vida escolar. También tenemos enmarcados ciertos diplomas de reconocimiento, hay varios adornos y muchos cacharros más.

En la pared principal del despacho, la que queda a mi espalda cuando trabajo sentado frente a mi escritorio, tengo enmarcados seis retratos fundamentales para mí y para la escuela. Ahí están las fotografías de don Manuel Bartolomé Cossío, Francisco Ferrer Guardia, don Rafael Ramírez, Célestin Freinet, Patricio Redondo y Herminio Almendros. De este último también tengo enmarcado un documento fundamental para mi vida de maestro: el reporte aquel que escribió de mi actividad magisterial en 1932, cuando él era inspector escolar de Lérida y yo maestro en Montolíu.

El despacho es un cuarto muy frío con una pequeña ventanita que da al norte y por donde nunca entra el sol. A pesar de ser frío y oscuro, se trata de un espacio acogedor. Me vio llegar a la escuela, en plena oscuridad, alrededor de diez años.

Sus cuatro paredes son testigos mudos de mi trabajo contable; de muchas alegrías y enojos; de las interesantes charlas sostenidas con chicos, maestros y padres de familia y de mi desayuno diario. También son testigos de mi dolor

y envejecimiento, así como de los descansos forzados que tuve que tomar, cada vez con mayor frecuencia y duración, en el diván.

Cajita misteriosa

En un momento dado nos dimos cuenta de cómo nuestra célebre cartulina de críticas, felicitaciones y deseos, ya no funcionaba como antes.

Detectamos que nuestros niños no se sentían bien durante la semana cuando su nombre aparecía en la columna del "yo critico". Se ponían ansiosos, temerosos y hasta agresivos. En más de una ocasión, el niño, si sabía que iba a ser criticado, se las ingenió para faltar a la escuela el viernes y no estar presente en la asamblea.

Ante esa realidad, ¿qué hacer para que los niños no pasaran mal la semana? Lo discutí con Chela y los maestros y llegamos a un acuerdo. Durante una asamblea propusimos a los niños, con el pretexto de las nuevas instalaciones de la escuela, la colocación de un pequeño buzón, en donde se depositarían las críticas, felicitaciones, "me gustaría" y demás a tratarse en la asamblea.

Los chicos recibieron bien la propuesta y la aceptaron. Uno de ellos dijo:

—Hay que ponerle un nombre a ese buzón.

—Sí..., sí... —fue un comentario generalizado.

Los muchachos sugirieron varios nombres para el recipiente de la correspondencia. De todos los nombres, el que obtuvo más votos fue el de "cajita misteriosa".

A partir de entonces quedó colocada la pequeña cajita misteriosa al margen superior derecho del periódico mural. Ahí los niños depositan sus críticas, felicitaciones y sugerencias. Deben ser concisas, claras y estar firmadas.

Si alguna crítica, felicitación o sugerencia es anónima, mejor ni se le da lectura. Los niños de la escuela lo saben muy bien, el anonimato es símbolo de cobardía.

Para proceder a la lectura de una crítica o de una felicitación, es necesario que estén los interesados: tanto quien critica como el criticado, quien felicita y el felicitado.

En el supuesto de las críticas, el criticado tiene derecho a hablar para defenderse o para aceptar la crítica. Se discute hasta cuando se aclara bien la imputación. Finalmente se somete a votación. La asamblea es quien decide si acepta o rechaza la crítica. Hay veces en que sale criticado quien criticó por hacerlo sin fundamentos.

La confrontación del crítico y el criticado, ante la asamblea, es sumamente formativa. Ante todo hay un respeto y una libertad tremendos para la expresión de ambos. De igual manera el acercamiento público, entre un felicitante y su felicitado, es muy importante. La felicitación significa el reconocimiento del trabajo o de algún valor que hace merecer el estímulo. Pero ¡cuidado, mucho cuidado! Las felicitaciones también se hacen con seriedad. Nada de felicitar a mi amigo o a mi hermano por el simple hecho de serlo. Las felicitaciones también pueden denegarse. Quien decide es la asamblea. Si se descubre que en la felicitación hay embuste, ¡pobres de quienes la formulan, ya pueden imaginar la que se les espera!

Al respecto se dio un caso muy singular en los primeros años de la escuela. En la cartulina apareció escrito por varios niños:

—Yo felicito a Leticia por su conferencia de los chichimecas.

La respuesta no se hizo esperar, la propia Leticia no aceptó la felicitación pues a su parecer, provenía de quienes habían estado distraídos durante su exposición.

Por último, tanto las críticas como las felicitaciones pueden ser individuales o colectivas, tanto por parte de quienes las formulan, como para quienes las reciben.

Retomamos el paso

El día estaba algo nublado. Era un viernes 2 de septiembre. Poco faltaba para que los relojes marcaran la hora de comenzar. La mayoría de los niños y los maestros habíamos llegado a la escuela. Esperábamos con ilusión el nuevo año escolar. Nos aguardaba mucho trabajo. ¡Ah, el trabajo..., la responsabilidad!

No importaba si era viernes. En nuestra escuela no se conocen los nefastos puentes. El calendario escolar marcaba esa fecha para iniciar el curso y ese día principiaríamos. Para eso nos habíamos dado cita en la escuela. ¡Vaya ejemplo les daríamos a los chicos si retrasáramos el comienzo del curso, por simple capricho, con un viernes más de vacaciones! ¡Un día de trabajo es un día y un día es algo muy valioso!

Percibía a algunos chicos inquietos. Era algo totalmente natural. De nueva cuenta se encontraban con sus compañeros. Juntos entrarían a trabajar a un grado escolar más avanzado con una maestra nueva para ellos. Varios de los padres de nuestros niños nos acompañaban en el arranque del curso. Más de un crío había contado ansiosamente los días para regresar a la escuela después de unas prolongadas vacaciones.

A la hora, en punto, los alumnos se formaron espontáneamente en el patio. En nuestra escuela ningún timbre, chicharra, silbato ni campana marcan las horas de entrada, recreo o salida. Entre maestros y muchachos nos encargamos de entrar y salir, sin complicaciones ni formalidades. Las formaciones en el patio las utilizamos pocas veces y en circunstancias especiales. Una de éstas es el arranque de un curso. Sería espantoso ver a nuestros chicos formados todos los días para entrar y salir del salón de clase en fila y absoluto silencio. ¡Esa costumbre pertenece a los siglos pasados!

Una vez formados, entramos todos al salón de actos. Los niños se sentaron por grupos; los padres se acomodaron en donde pudieron; los maestros estuvieron al pie del cañón.

Chela tomó la palabra. Dio la bienvenida a todos. En especial se refirió a los niños y maestros nuevos. Con cariño, los fue pasando al frente. Los presentaba a toda la escuela para irlos familiarizando. De cada quien tuvo algún detalle agradable por decir. Una vez terminada esa presentación, tomé la palabra para decir algo parecido a esto:

—Estamos reunidos aquí para iniciar un nuevo año escolar. Nos espera lleno de trabajo, responsabilidades, aventuras, alegrías y formación espiritual. ¡Pequeños, ojalá este año que tenemos por delante sea agradable y muy rico para todos! Corazones, los recibo con el cariño del alma. Hoy vuelven a tomar posesión de su escuela y les pido, como siempre, tengan confianza, mucha confianza para decir absolutamente todo cuanto quieran y tengan necesidad de expresar. Den sus quejas a la escuela, cara a cara, para poder enmendar y corregir nuestras fallas. Los maestros les quedaremos profundamente agradecidos. Padres de familia, a ustedes también les pido nos tengan confianza en esta su escuela a la que han encomendado la formación de sus hijos. No hablen por detrás. Las críticas y quejas que tengan de la escuela, háganlas abiertamente. Nos gusta el diálogo y la comprensión. A cambio les ofrezco a todos respeto, libertad y dignidad. Cuando tengamos algo que decir de algún chico lo haremos abiertamente con él y con sus padres. Confianza y cariño hacia la escuela es lo que más les pido a todos. Los míos hacia ustedes ya los tienen desde este momento. Maestras, sean el ejemplo para sus alumnos. Demuéstrenles el significado de la responsabilidad y el trabajo. Confíen en los niños y ábranse hacia ellos. Ser maestro es algo muy grande en el mundo. Sepan ser verdaderos maestros.

Enseguida hablaron algunos padres de familia. Se refirieron a varios aspectos relacionados con las vacaciones y el regreso a clases. Hicieron buenos propósitos de trabajo escolar.

Una vez concluida la sesión inaugural, los chicos se trasladaron con sus maestras a sus respectivos salones a iniciar el trabajo de clase.

Como siempre, fue un buen principio. Y un buen inicio influye decisivamente para el buen desempeño escolar. A partir del primer momento retomamos el paso como si ayer mismo hubiera habido clases.

Y así, por años, años y años.

¿Conque prefieres tu arte?

Carlos se encargó como maestro durante un par de años del cuarto de primaria. Esto ya fue en Tlalpan. Se trataba de un exalumno nuestro, el mismísimo chico aquel quien resolvía las divisiones al revés.

Hizo estudios de Normal y de música. Le costó mucho trabajar con los chicos. Llevaba la música dentro y la música lo apartó de la escuela. Casi al finalizar el segundo curso que impartió, me avisó que al año siguiente se retiraría de la escuela para dedicarse de lleno a la música.

En la ceremonia de fin del curso lo despedí. Lo pasé al centro del patio para que estuviera conmigo y todos lo vieran. Inmediatamente señalé:

—Carlos, eres un ingrato. Te vas de la escuela porque sientes la música. ¿Conque prefieres tu arte? ¡Eh...! Eres un verdadero artista en el campo de la música, lo sé. Sin embargo, tu arte no tiene comparación con el arte de educar críos, ya no los quieres cultivar aquí en la escuela de la cual eres hijo. El arte del mestro consiste en moldear a los niños. ¡Qué mejor si lo hace bien! Te defines por el arte musical, ¡allá tú! Te deseo mucha suerte. Estoy seguro la tendrás.

Con los años, Carlos se convirtió en un oboísta profesional. Le tomó gusto al instrumento de viento provisto de doble lengüeta. También el tiempo lo hizo padre de familia de la escuela primaria en la cual estudió y luego fue maestro. Su pequeñita entró en ambientación en septiembre de 1988. Carlos es una de las poquísimas personas que me frecuentan en mi ancianidad.

Triángulos

La geometría es muy apasionante. Invariablemente se descubren aspectos y aplicaciones nuevos de ella. Para comprender esta disciplina se necesita razonar y practicar mucho. Mis alumnos aprenden geometría cuando hacen trazos y resuelven problemas de superficies, volúmenes y demás. Trazan un segmento rectilíneo y comprenden su significado, utilidad e importancia. Lo mismo sucede con el centro, el vértice, la apotema, el contorno poligonal...

Poco a poco avanzamos hasta llegar a un punto nodal. El sustento de toda la geometría, tanto plana como del espacio, es el triángulo. En cuanto llegamos al trazo de los triángulos, los chicos pueden darse cuenta cómo de esta figura derivan todas las demás figuras geométricas rectilíneas.

En mi clase el trabajo geométrico aumenta gradualmente. Con los pequeñitos se trazan líneas y figuras sencillas que puedan colorear. Con los mayores el trazo es cada vez más complejo y se acompaña del planteamiento de problemas a resolver.

Primero razonamos los principales fundamentos de la geometría plana, para después aplicarlos a la geometría del espacio, tanto en la solución de problemas como en la construcción de figuras.

Desde cuando están en segundo de primaria comienzo a ponerles problemas. Los anoto en el pizarrón. Hacemos una lectura todos juntos. Realizo un sondeo entre los críos para detectar si se ha captado el planteamiento general y las interrogantes. Si el resultado es afirmativo, todo mundo a razonar y hacer los trazos pertinentes. Conforme los problemas se complican, aparece el razonamiento para la obtención de fórmulas y la realización de operaciones encaminadas al resultado.

A partir del quinto año el trabajo de geometría es más complejo. Anoto un problema en el pizarrón y les indico a los chicos:

—En su cuaderno cada quien haga los trazos para representar y resolver el problema. Con rojo marquen los valores que están dados en el planteamiento. Si son suficientes esos datos, resuelvan el problema. Si les hace falta información indíquenla con trazos azules y procedan a buscarla en forma razonada. Cuando obtengan la respuesta vengan conmigo.

Mientras resuelven el problema, paseo por el salón y reviso el trabajo hecho por cada chico. A cada uno le señalo las observaciones pertinentes para que pueda avanzar. Así, les digo:

—Vas bien, y ahora ¿qué?... Fíjate en ese trazo, ten cuidado... ¿Cómo has llegado a esta fórmula?... Recuerda, el compás no se toma por las patas, sino firmemente por la cabeza...

Durante mi recorrido por el salón no falta nunca quien se acerque con su cuaderno y con un "ya terminé" en la boca. Ejercitar así la geometría es una aventura, una hermosa aventura.

Por necesidad y lo indispensable

Nuestra escuela es privada. Para subsistir tenemos autorización de cobrar cuotas por inscripción y colegiaturas mensuales. Ciertamente, y por fortuna,

disfrutamos del terreno cedido y no necesitamos pagar renta. Sin embargo, hay que dar mantenimiento constante a la escuela y pagar a todo el personal.

Conozco dos tipos de escuelas. La escuela escuela y la escuela negocio. La razón de mi vida ha sido la educación de los niños dentro de la escuela escuela. De nada me habría servido cumplir setenta y cinco años como maestro y concluir mi carrera magisterial, y mi vida misma, si no fuera dentro de una escuela escuela.

Afortunado soy. No me interesa explotar la escuela económicamente, ni siquiera sé hacerlo. ¡Para eso no nací! Por tal razón, en nuestra escuela se cobra por necesidad y lo indispensable. ¡Nada más!

Mientras pude ver bien llevé la contabilidad de la escuela al centavo. Este hecho fue muy útil e importante. De mis datos contables siempre pude obtener elementos suficientes para proponer las nuevas cuotas de inscripción y colegiaturas a pagar en el curso siguiente.

Al terminar un ciclo escolar hacía mis cálculos y cambiaba impresiones con Chela y con Tere. Posteriormente nos reuníamos a discutir con los padres de familia. Les proponía las cantidades. Presentaba cálculos previsibles de ingresos y egresos para el nuevo curso. En esos datos basaba mi propuesta sujeta a discusión. ¡Jamás oculté una cifra! Incluso el monto del sueldo de los directores era dado a conocer en esas reuniones.

Después de mi presentación contable, los padres de familia opinaban, preguntaban y finalmente llegábamos a un acuerdo. Durante muchos años esto pudo haberse visto como un mero trámite escolar. La economía del país parecía ser estable y, dentro de ella, la escolar. Las cuotas de inscripción se modificaban mínimamente año con año, con la finalidad de dar mantenimiento a la escuela y ofrecer mejoras salariales a todo su personal. Durante años la colegiatura mensual aumentó diez, y cuando mucho, veinte pesos. En 1964 comenzamos cobrando una colegiatura de cien pesos mensuales, ciento diez en 1965, ciento cuarenta en 1967...

Todo marchaba bien hasta la devaluación del peso en 1976. A partir de entonces, y sobre todo desde 1983, las cosas fueron cambiando. Cada vez la situación económica de México ha ido empeorando más y más. Hoy nadie puede prever los costos de los bienes y servicios pues varían con gran rapidez. De esta penosa situación no se escapa la escuela. ¡Bueno fuera! ¿Cómo entonces fijar las cuotas de inscripción y el monto de las colegiaturas?

La crítica situación no varió mi forma de proceder. Lo único indispensable fue abrir los márgenes presupuestales para hacer propuestas de aumento realistas. Por eso sostengo que esta sana costumbre, de discutir con los padres de familia las cuotas y colegiaturas, no tiene por qué desaparecer. Todo es cuestión de hablar con claridad, realismo y firmeza.

En nuestra escuela tenemos de todo. Padres de familia a quienes les da lo mismo pagar diez que doscientos y papás que pujan por obtener para pagar los diez. En ambos grupos contamos con padres y niños muy valiosos y a nadie tenemos por qué eliminar de la escuela.

En las asambleas de padres no han faltado quienes, irresponsablemente y sin conocer los fines de la escuela, propongan:

—La colegiatura sugerida por Pepe para el próximo año es muy baja, hay que duplicarla cuando menos... La escuela es muy barata, aportemos una cantidad extra para tener reservas... Que se pague todo el año por adelantado para que el dinero redítúe en algún banco...

Al lado de las pretensiones de estos padres de familia, veo a otros quienes permanecen callados en su sitio con el semblante preocupado. Interpreto su silencio. ¡No me equivoco! Medidas elitistas como las propuestas echarían a sus hijos de la escuela de inmediato y para siempre. Intervengo con energía en su nombre. ¡No me lo necesitan pedir!

—Están proponiendo una aberración. ¡Esta no es una escuela negocio! Estoy casi seguro, con el aumento solicitado saldremos adelante. De no ser así, los convoco y en este mismo lugar nos reuniremos a discutir y decidir qué hacer.

Mientras estuve encargado de estos menesteres, no hubo necesidad de una segunda reunión. ¡Nunca me fallaron los cálculos!

Como jefe de familia numerosa que fui, puedo hablar acerca de la economía familiar. No es lo mismo tener un hijo que tres. Quien tiene un hijo, tiene un plato a la mesa por servir. Quien tiene dos o más hijos, requiere mucho más. Lo mismo pasa con el vestido, el calzado, la habitación, los útiles escolares...

En nuestra escuela existen diferencias en el monto de las colegiaturas a cubrirse. Lo hacemos en beneficio de la economía de las familias. Tal vez para algunos las diferencias sean pequeñas y hasta simbólicas. Para otros no. En estos últimos es en quienes se piensa.

La familia que tiene un solo hijo en la escuela paga una determinada cantidad mensual. Si los hijos son dos, la cantidad a pagar es menor. Si son tres, la cantidad disminuye todavía más. A partir del cuarto hijo que estudia simultáneamente con nosotros, no nos atrevemos a pedir más de media colegiatura por él.

Es rara la familia que tiene a la vez cuatro o más hijos en la escuela, pero las llega a haber. ¡Quién no recuerda a los "innumerables" Landa; casi un hijo en cada grado de primaria al mismo tiempo!

Esta medida de las cuotas decrecientes me la criticó mucho un amigo. Era un maestro español quien también puso su escuela en México. Con cierto sarcasmo me dijo:

—Ya veo, en tu escuela vendes servicios al por mayor y al por menor.

—¡Eso dirás tú! —repuse enfurecido. Trato de hacer algo propio de un hombre justo y honrado. No me intereso por la escuela como negocio; y además he experimentado la gran responsabilidad de tener muchos hijos.

Ante todo, un buen compás

En mi clase de geometría no puedo prescindir de instrumentos de trabajo adecuados. Utilizo compás, escuadra, cartabón, transportador y regla de madera. Me auxilio con gises de color para ir distinguiendo con claridad los trazos.

Los niños también requieren instrumental adecuado para trabajar la geometría. Cada chico ejercita la geometría en un cuaderno especial. Se ayuda con su juego completo de instrumentos de plástico. Requiere, ante todo, un buen compás y muchas ganas de trabajar.

Una de mis principales exigencias escolares ha consistido siempre en solicitar a mis alumnos un buen compás. Adquirirlo es costoso, lo sé. Pero no es un capricho personal, tiene su razón de ser. Si a un carpintero lo pongo a trabajar con un mal cepillo, no me dará una sola tabla lisa. Si a un alumno lo pongo a trabajar con un mal compás, no podrá trazar ninguna circunferencia. ¡No avanzará en geometría!

Un compás, al no obedecer al crío en los trazos, no sirve para nada. Un compás que se abre y se cierra a su antojo, que se dobla y se desajusta, naturalmente provoca irritación y cansancio en el niño, quien no consigue hacer un buen trazo. Y un niño irritado y cansado no logra interesarse por la geometría.

Junto al razonamiento y la práctica, un buen compás constituye la base del éxito en el trabajo geométrico. Me interesa el avance de las criaturas. Me importa mucho le tomen gusto a la geometría. Por eso les exijo un compás de calidad.

Esta medida a veces no es comprendida por algunos padres de familia. Pretextan que el chico de primero es muy pequeño y el instrumento solicitado muy costoso. Que jugará con él y acabará descomponiéndolo, si no es que lo pierde antes.

A esos padres los invito a presenciar la clase. Se dan cuenta de la alegría e interés con los cuales sus hijos trabajan la geometría. Quedan convencidos de la gran inversión hecha al adquirir el compás.

Qué satisfacción cuando algunos niños de sexto, los más cuidadosos, trabajan con el compás que les compraron en primero. El caso de Argel es único. Usaba el compás que su madre había utilizado cuando fue nuestra alumna.

Por alcanzar un lugar

A partir de 1967 jamás hemos tenido vacante una plaza o en espera de la llegada de un padre de familia a solicitarla para su hijo. Cuando por algún motivo sale un chico de la escuela, más tarda en salir que en ocuparse el lugar que deja.

Para el ingreso de un niño, del segundo de ambientación al sexto de primaria, sus padres necesitan estar muy pendientes por si se desocupa un lugar en el grado requerido. Han de interesarse por la escuela, visitarla periódicamente y estar en frecuente contacto.

Para ingresar a primero de ambientación las reglas del juego son muy precisas. Tienen preferencia y entrada asegurada los chicos cuyos hermanos estudian o han terminado en la escuela. Lo mismo sucede con los hijos de exalumnos nuestros. Esta regla es de elemental justicia. Su porcentaje, que varía cada año, no deja de ser considerable.

Los restantes lugares se ocupan con los primeros niños para quienes se recogió la ficha de inscripción. Esto último tiene lugar a las seis de la mañana de un día de abril. Cada año se determina y da a conocer oportunamente la fecha. Cuando comenzó esto de la repartición de fichas, los padres interesados llegaban a la escuela poco antes de la hora convenida y, sin más dificultad, recogían la ficha para regresar más tarde a la oficina a formalizar la inscripción de su hijo. La práctica era muy sencilla, todo era cuestión de levantarse temprano y listo.

Con el paso de los años se ha formado una pésima costumbre. No me gusta nada. No la hemos podido evitar. Al contrario, se acentúa. ¡Cada año me pone a correr!

En la práctica, los padres de familia han optado por quedarse en la puerta de la escuela durante toda la noche para recoger, al amanecer, la ficha de inscripción. Cada año la hora de espera se adelanta. Ha habido casos dramáticos como, por ejemplo, cuando se guardó el lugar con dos días de anticipación al de la entrega de las fichas.

Como la escuela informa oportunamente a los interesados el número de plazas vacantes, es relativamente fácil organizar la espera. ¡Algo positivo tenía que haber! El primero en llegar abre una lista con los datos del niño a quien desea inscribir. En el documento se anexan los datos de los demás solicitantes, conforme al riguroso orden de llegada. Cuando el número de plazas está cubierto, los mismos padres lo comunican a quienes arriban más tarde, para que no esperen en vano por un lugar que no habrá.

En estas largas esperas han pasado cosas muy chuscas. En cierta ocasión una señora fue la primera en llegar por la ficha. Estacionó su auto en la

puerta de la escuela y, como era de noche, se dispuso a esperar el amanecer dentro del vehículo. No tuvo cuidado para avisarle a alguien de su presencia. Antes de la llegada de los demás padres se quedó profundamente dormida. Cuando despertó fue muy tarde, todas las fichas se habían repartido ya. Alegó y alegó pero no encontró lugar para inscribir a su hijo. Eso le sucedió por no ser previsora. Si hubiera iniciado una lista y esperado en vigilia, cuando menos a los segundos en llegar, habría podido dormir después como lo hizo, pero con la gran seguridad de ser la primera en recibir la ficha.

Otra madrugada, mientras los padres esperaban la entrega, pasó frente a la escuela una patrulla y se detuvo. Los policías vieron a varias parejas jóvenes y les pareció sospechoso. Primero alumbraron al interior de un auto y ¡oh, sorpresa!, se equivocaron. Encontraron a un señor abandonado al sueño. Después, atravesaron el parque porque ahí estaban sentadas varias parejas charlando e ingiriendo algunos alimentos. Las sospechas de los oficiales se convirtieron en extrañeza. Prefirieron indagar:

—Oigan, ¿qué sucede aquí? ¿Qué hacen a estas horas reunidos en el parque?

—No se preocupen, no pasa nada grave —contestó alguno de la concurrencia. Estamos en espera. En cuanto den las seis de la mañana recogeremos la ficha de inscripción escolar para nuestros hijos.

—Nunca había visto algo así en una escuela particular —dijo uno de los uniformados antes de emprender la retirada.

El origen de las fichas de inscripción, como todo, tiene su historia. Antes había en la administración de la escuela una lista de espera. Ahí se anotaban los datos de los interesados en inscribir a un niño. Con el tiempo, esas preinscripciones se realizaban con mucha anticipación. Era frecuente la visita de parejas que esperaban un crío.

—Aunque todavía falta mucho, venimos a apartar lugar.

Por supuesto, en la lista únicamente se escribían los apellidos, quedando abierto el espacio para anotar el nombre que pondrían al crío, según el sexo. Juan Manuel, un padre de familia, solía decir con bastante sentido del humor:

—El lema de la escuela es "inscríbalos ahora, encárguelos después".

Comenzó un curso. Pasaron varios días. No se presentaba un chico inscrito desde antes de nacer. Con cierta impaciencia marqué el número telefónico proporcionado por los padres. Contestó la señora.

—Habla el maestro Tapia —le dije—. ¿Qué pasa con su hijo? Lo estamos esperando. ¿Qué, no recuerdan haber reservado un lugar para él en la escuela...?

Me interrumpió un sollozo que se transformó en llanto. Alcancé a oír que la madre me decía, con la voz entrecortada:

—Maestro, es que el niño murió.

—Lo siento, señora, no fue mi intención molestarla —afirmé con gran dolor.

A partir de entonces, se acabaron las listas de espera. Ese es el origen del porqué los padres de familia necesitan realizar un gran esfuerzo para alcanzar un lugar en la escuela.

Hay de vacas a bacas

Suplí a la maestra de cuarto año. Trabajé con el grupo e hice un dictado. Los chicos tenían preparados su pluma y su cuaderno. Faltaba elegir el tema. Consulté a los niños.

—¿Sobre qué tema les gustaría el dictado de hoy?

—La primavera —dijo un crío. El alpinismo —afirmó otro. Los animales de la granja —propuso una chica.

En cuanto sugirieron los temas, yo los anoté en el pizarrón. Inmediatamente pasamos a la votación para ver por cuál tema se inclinaba la mayoría. Estaban veintiocho niños presentes en el salón. Seis votaron por la primavera, nueve lo hicieron por el alpinismo y los trece restantes votaron porque el dictado versara acerca de los animales de la granja. El resultado era previsible. En días venideros visitarían una granja y harían una investigación. Se estaban preparando. El dictado podría serles de utilidad. ¡Qué mejor!

Borré los dos temas eliminados. En el pizarrón quedó escrito el título con el cual los niños encabezarían el dictado en sus cuadernos: "Los animales de la granja". Inmediatamente procedí a improvisar el dictado hasta completar una plana. Una parte del texto quedó así:

> La vaca produce muchos alimentos que son fundamentales al hombre...

Terminado el dictado, pasamos a su análisis ortográfico y gramatical. Fuimos analizando las palabras y las oraciones. Nos encontramos ante la presencia de artículos, sustantivos, adjetivos, verbos, adverbios, sujetos, complementos... Hicimos en el pizarrón una lista con las palabras nuevas, complicadas, con varios significados... con la finalidad de aclararlas. Cada alumno pasaba y escribía una palabra. Al llegar al párrafo del texto referido, le pedí a una pequeña pasara a anotar la palabra vaca. Lo hizo así: "baca".

En el grupo hubo un ligero murmullo. Varios niños detectaron el error. Levantaron la mano para aclararlo. No les di la palabra. Lo más fácil y

antipedagógico hubiera sido decir a la chica cómo escribirla, pues había una falta de ortografía. Mejor le hice una propuesta:

—Consulta la palabra en tu diccionario. Búscala como la tienes escrita.

—"Baca. Sitio en la parte superior de las diligencias y otros vehículos de camino donde se colocan equipajes protegidos por alguna cubierta" —nos leyó.

En el mismo momento, mientras avanzaba en la lectura, su expresión era muy indicativa. Comprendió de inmediato cómo la baca no tenía nada que ver con la producción de alimentos para el hombre. Entonces, con timidez dijo:

—Está mal escrita.

—Bien. ¿Y entonces? ¡Anda, auxíliate de tu diccionario! —fue mi comentario.

Pasó las hojas de su volumen con bastante agilidad. Pronto estaba leyéndonos lo siguiente:

—"Vaca. Mamífero. Hembra del toro. Su carne y su leche son muy aprovechadas en la alimentación del hombre". ¡Esto sí es correcto, se escribe con "v"! —nos dijo muy satisfecha.

Observé cómo, a la vez que nos decía esto último, muy decidida cerraría el diccionario. La interrumpí.

—Espera, espera. ¿No dice algo más el diccionario ahí?

Prosiguió la lectura y se encontró con otra sorpresa. En voz alta continuó:

—"Vaca: Dinero que acumulan en común dos o más personas para después aprovecharlo en alguna forma".

—Está bien —la felicité y le pedí hacer la corrección en el pizarrón— y, por supuesto, en su cuaderno.

La criatura hizo la anotación y regresó a su lugar muy contenta y ufana. Con este ejercicio los niños del grupo comprendieron cómo en el contexto del dictado la palabra baca no tenía sentido y estaba mal escrita; pero que en otro contexto la única forma de escribir la palabra correctamente era iniciándola con "b". El error inicial de la compañerita sirvió para que trabajáramos los homófonos en el español.

Esta lección nunca se les olvidará a esos chicos. ¡Mucho menos a la niña encargada de trabajar con la palabra! ¡Nadie tuvo que repetir diez, ni cien veces la palabra mal utilizada! La repetición mecánica, para corregir la ortografía, no conduce a nada positivo. ¡La ortografía se mejora con la lectura, con la redacción, con la consulta del diccionario!

Con gran frecuencia se comete un error tremendo. Se les dice a los niños: "tal palabra se escribe con "v" de vaca y tal otra con "b" de burro". Una afirmación de este tipo, fuera de contexto, resulta muy engañosa. Si yo hubiera procedido con tal simpleza, la niña me hubiera podido cuestionar. Bastaba si me dijera:

—Pepe, recuerda que hay de vacas a bacas.

De un maquinazo

En Córdoba, España, nací. En Córdoba, Veracruz, radiqué. Después de haber vivido la Guerra Civil Española, la Segunda Guerra Mundial y la Posguerra, llegar a México fue como salir de la tumba para vivir en un país en el cual, desde el primer momento, me sentí como en mi propia casa.

A México le debo mucho, le debo muchísimo. De no haber sido por México, difícilmente hubiera podido sumergirme, de nueva cuenta, a bucear en la escuela primaria. En los cuarenta años que llevo de vivir en México he sido muy bien, pero muy bien tratado.

Al llegar a México mi documentación se encontraba correctamente formulada. Estaba claramente asentado mi lugar de origen. En 1977 vi cumplido un anhelo por el cual estaba luchando. Obtuve la nacionalización mexicana por disposición oficial. Fue el Año Internacional de la Mujer y, por el hecho de estar casado con Chela, me convertí en mexicano.

Con mi carta de naturalización y otros documentos en la mano, acudí a la oficina expedidora de pasaportes. Ansiaba tener pasaporte de mexicano para viajar en calidad de tal y bien casado, rumbo a España.

Al terminar de hacer el trámite aquél, pude percatarme de algo. Un despistado cometió un curioso error. En ese pasaporte quedó asentado: "José de Tapia Bujalance, originario de Córdoba, Veracruz". De un maquinazo me hicieron jarocho. ¡Bah! Menos mal, no me quitaron lo de cordobés.

Un cuadrito chiquitito

Hay padres de nuestros chicos muy colaboradores. Sus hijos se sienten muy satisfechos cuando ven a papá o a mamá dar una conferencia en la escuela. Tal fue el caso de Sergio y Eduardo cuando su padre, Premio Nacional en Ciencias, dio una interesante conferencia. Trabajó con los grupos de cuarto, quinto y sexto reunidos en el salón de actos.

Sergio papá, habló con los niños acerca de una investigación en proceso de realización. Su objetivo era injertar cloroplastos en células animales.

Antes de entrar a tratar su tema tomó una sabia precaución. Decidió tener una idea de los conocimientos previos de los niños. Les hizo un interrogatorio muy completo, que había que ver. Les preguntó de los seres vivos, de la célula, de la evolución, de la fotosíntesis, del cloroplasto, de los injertos, de los trasplantes, de la mutación de las especies...

¡Vamos!, en la primera parte de su amena conferencia se la pasó preguntando y preguntando, y los chicos contestando y contestando. Sergio formulaba preguntas muy vivas e ingeniosas y los muchachos la respondían con la misma viveza e idéntico ingenio.

Cualquier extraño, si se adentrara al salón, podría pensar que se aplicaba un examen a los chicos. Pero no, en nuestra escuela no se examina a nadie. Simplemente se trabajaba de forma muy, pero muy viva.

Ya avanzada la charla, Sergio se dispuso a adentrarse en el tema. Empezó a platicar sobre cierto experimento científico. En el laboratorio se estudiaba con ratones, los había de piel blanca y también negra. A los ratones blancos les injertaban un pedacito de piel de los negros, pero los resultados eran muy pobres. A los pocos días del trasplante, la piel injertada se iba deteriorando, se secaba y finalmente se caía. Los animalitos reponían su piel completamente blanca. Los ratoncitos blancos rechazaban la piel oscura.

El conferencista aprovechó este momento para hacer más preguntas a los muchachos. Les pidió su opinión al respecto.

—¿Qué se les ocurre que se debió haber hecho para que la piel injertada no se cayera?,—preguntó.

—Tal vez si se hiciera con ratones más jovencitos —dijo una criatura.

—Muy bien —alentó al grupo— así se procedió, pero desgraciadamente los resultados no fueron del todo satisfactorios. Duraba más tiempo la piel trasplantada, pero finalmente acababa por secarse.

Benjamín, un alumno de sexto, estaba totalmente compenetrado en la charla. Pidió la palabra y comentó:

—¿Y qué hubiera pasado si para hacer el trasplante no se esperaran a que nacieran los ratoncitos, sino que en el vientre de la rata les hubieran hecho el injerto de un cuadrito chiquitito de piel negra para que ya la tuvieran desde antes de nacer?

Entonces Sergio, muy asombrado, pero sobre todo gozoso, le dijo a Benjamín:

—Tienes toda la razón. Precisamente hicieron eso. Lo que se te acaba de ocurrir a ti, lo pensó el investigador. Has de saber que él utilizó, para el trasplante, la forma que tú aquí nos propones, dentro de una investigación mayor, y le dieron el Premio Nobel de Ciencias.

Apenas acabó de decir ésto, cuando todo el auditorio al unísono exclamó: ¡Aaah...! Por supuesto, Benjamín se sintió muy halagado por su capacidad pensante y reflexiva.

Aquella interesante conferencia duró unas dos horas y media. Desde la entrada hasta la hora de recreo. Y todavía durante el recreo, en el patio, los niños seguían asediando al conferencista con dudas y más comentarios.

Boquitas coloradas

Siempre me ha ilusionado el trabajo de la parcela escolar, aunque los resultados han sido muy variados. Cuando no falla la semilla, falta el abono, la tierra, el agua o el sol. Lo fundamental son las vivencias de este hermoso trabajo al aire libre.

Lo que más me gusta es ver las parcelas de los más pequeñitos y escuchar sus comentarios. Recuerdo a una pequeña cuando llevó cascarón de huevo para ponerlo en la parcela.

—Porque el calcio es buen abono, dijo.

En otra ocasión una niña se encargó de llevar abono del que había en su casa y, al hacer entrega de él, insistía mucho:

—Hay que poner poquito para que las plantas no se quemen.

La verdad, la gran satisfacción es ver a los críos con las boquitas coloradas cuando, después de cultivar betabeles, llega el día feliz cuando los cosechan, los hierven y se los comen.

La más entusiasta de las maestras, para la parcela, siempre ha sido Meche. ¡Qué triste estaba cuando los pájaros se comieron las semillas de amaranto de sus niños, pero qué contenta y ufana cuando pudo mostrar, en la exposición de fin de año, las ristras de ajos trenzados, cultivados con sus muchachos!

A la vuelta de los años

En el verano de 1977, viajé, con mi familia de México rumbo a España. Visitamos Madrid, Toledo, Córdoba, Granada, Sevilla, Lérida y Barcelona. Después pasamos a Francia a encontrarnos con los hijos que tuve con Cata. Franco, el dictador, había muerto y pude pisar nuevamente España con toda libertad.

Desde que salí de México llevé un especial interés por volver a Montolíu de Lérida. Ese pueblo de hortalizas en minifundio que dejé, en donde cada familia trabajaba su pedacito de tierra para el consumo doméstico.

En cuanto llegué lo encontré sumamente cambiado. No en vano habían transcurrido más de cuarenta años. Fue muy grato hallar cómo el espíritu cooperativista sembrado entre mis alumnos había florecido maravillosamente. Me topé con un pueblo muy unido. La marcada división que había conocido, entre católicos y republicanos, estaba totalmente superada. La población quedó estrechamente unida por una estupenda cooperativa de producción frutícula, la cual exporta a otras regiones de Europa. La cooperativa cuenta con un buen capital y permite a los habitantes de Montolíu tener un alto nivel de vida.

Curiosamente, me tropecé con que en el poblado había un solo habitante quien no participaba de la cooperativa. Sembraba, cosechaba, empacaba y vendía por su propia cuenta. Pude recordar cómo ese hombre desde niño fue así. Se trataba de un muchacho muy díscolo, el único de mis alumnos quien no participó de la cooperativa escolar.

Cuando salí de Montoliú en 1934, obsequié la cama de mi padre. Se la di a Maria, una buena muchacha quien ayudaba a mi esposa con el trabajo de la casa. Cuando se enteró de mi visita me invitó a pasar a su casa:

—Venga, venga señor Tapia.

Cuál no sería mi sorpresa al ver cómo conservaba la cabecera y la piesera de la cama protegidas por una sábana.

Extrañé el camino de terracería, todo estaba pavimentado. Los tractores sustituyeron a los asnos y a los bueyes en el trabajo del campo. El pueblo que dejé con quinientos habitantes, lo encontré con tan sólo cuatrocientos cuarenta. Es costumbre que los hijos de esas familias, en edad de realizar estudios superiores, se marchen de Montoliú a lugares en donde hay universidades. Algunos regresan después, pero otros ya no.

La escuela de Montolíu estaba cerrada pues era época de las vacaciones veraniegas. No intenté visitarla. Una escuela sin niños no me dice absolutamente nada. Me informaron que funcionaba bien aunque el maestro no vivía en el pueblo. ¡Lástima por este último hecho! Encontré las construcciones escolares de mi época en donde trabajé como maestro de los niños de esa localidad. Deterioradas, estaban abandonadas. La nueva escuela se levantó a la entrada del pueblo, muy cerca del Ayuntamiento y de las instalaciones de la Cooperativa.

En Montoliú me reencontré con hombres de entre cincuenta y sesenta años, quienes de pequeños habían sido mis alumnos. En cuanto llegué, todo el pueblo estuvo conmigo. Casi no podía dar un paso sin que me detuvieran para saludarme y charlar un rato. Cada quien tenía algo significativo para recordar.

Vi a Sebastián, a quien de chico no lo dejaron preparse para ser maestro. Estuve con un hombre, el chico aquel quien fue retirado de la escuela porque yo no le daba un trato preferente por los regalos frecuentes que me enviaba su madre. En un paseo por las huertas me encontré con otro quien no pudo evitar hacerme un pícaro comentario cuando le presenté a Chela como mi mujer.

También tuve un momento de intenso dolor. Fue muy impactante. Me topé con un viejo alumno quien perdió las piernas durante la guerra. Se las llevó una bala de cañón. Apareció en la calle, sostenido por sus muñones

recubiertos por un aparato de cuero. Intentó acercárseme. Se encontraba en el otro lado de la acera. Conmovido por su presencia y por su esfuerzo, me atravesé y le di un fraternal abrazo.

La semana que pasamos en Montolíu fue muy emotiva y llena de pláticas y recuerdos. Todos los días fuimos invitados a comer y cenar por mis antiguos alumnos. ¡Cómo me satisfizo entrar a sus casas! Se sentía el bienestar y el progreso. Las fachadas eran las mismas, pero adentro las casas habían sido remozadas, arregladas muy confortablemente con espaciosos y elegantes cuartos de baño.

Después de la última vez que cenamos en casa de uno de ellos, Chela me dijo:

—Si volvemos a cenar así, reviento.

Comentaban entre sí lo que nos habían ofrecido unos, para brindarnos algo más y mejor los otros. El menú de esa última vez fue algo serio. De entremés, nos dieron la butifarra catalana con ensalada de lechuga y tomate, luego sirvieron la sopa, enseguida judías verdes y pimientos asados aderezados con aceite de oliva, después un guiso y finalmente, conejo frito. Todo acompañado de magníficos vinos. Más tarde sirvieron el postre, los exquisitos melocotones del pueblo preparados en almíbar y, con ellos, el champagne, para después tomar café y por último, picotear algunas almendras saladas y tostadas, también preparadas por ellos, acompañadas de cognac u otro fino licor.

Un buen razonamiento

Los niños razonan de manera marvillosa. ¡Con una capacidad sorprendente! Basta que no se les estorbe. Si se les ayuda, tanto mejor. La curiosidad y la creatividad de los chicos es inagotable. En nuestra escuela los alumnos razonan, que hay qué ver... El razonamiento comienza en ambientación y se prolonga durante la primaria. De lo sencillo se pasa a lo complejo.

La memoria es un atributo esencial del ser humano. ¡Hay que saberla aprovechar! Ningún hombre podría vivir tranquilo si no fuese capaz de retener de memoria cierta información. Pero hay una gran, pero gran distancia entre saber sacarle jugo a la memoria y querer explotar al niño para que, de memoria, se aprenda todo en la escuela.

Un razonamiento correcto en el aprendizaje hace que los conocimientos jamás se olviden. Un aprendizaje puramente memorista se olvida fácilmente con el devenir muy corto del tiempo. A un buen razonamiento la memoria se añade con cierta facilidad.

Esto del razonamiento y la memoria es aplicable a todas las materias de la escuela y a todos los conocimientos de la vida. En el manejo de los números, el razonamiento es insustituible. La memorización es puramente accesoria.

La experiencia de viejo maestro me permite afirmar cómo las matemáticas razonadas son para los escolares una alegría y a veces, hasta una diversión. Cuando el razonamiento es utilizado por los críos, los números se tornan sencillos, hasta se disfrutan.

En ambientación, nuestros pequeños hacen ejercicios sencillos con números. Aprenden a contar. No lo hacen de memoria. Es importante que visualicen, que comprendan cuanto realizan. No apreden en abstracto, lo hacen con los objetos y utensilios que hay en el salón. Se usan lápices, cuadernos, palitos, crayolas, dados, estampas o cualquier cacharro que se tenga a la mano.

Los objetos se les entregan a los pequeños para que los palpen, para que los cuenten al pasarlos de una mano a la otra, de un lugar a otro, de un puñado a otro. En cuanto los niños cuentan, pueden pasar espontáneamente al manejo de las cuatro operaciones fundamentales.

Comienzan con la suma. Agregan tres lápices a los cuatro que ya tienen y, como resultado, pues ven siete lápices juntos. Visualizan el crecimiento del manojo. No necesitan memorizar ninguna tabla de sumar ni nada por el estilo.

También ejercitan la resta. Quitan una crayola a las nueve en su haber. Después otras cinco. Ven cómo decrece el puñado y tan sólo les quedan tres. Así de simple aprenden el significado del más y del menos, de agregar y de quitar.

Se inician en la multiplicación. Juntan tres paquetes de cuatro cuadernos cada uno. Los cuentan todos y se percatan de cómo tienen un total de doce. Espontáneamente están multiplicando sin necesidad de que alguien les pida hacerlo

A un chico se le encomienda repartir un manojo de palitos entre tres compañeritos, de modo que a todos les toque la misma cantidad. Al hacerlo, estará dividiendo. Si la repartición es exacta, sencillo. Si sobran uno o dos palitos, aparece la noción del residuo o, más simple, de un sobrante. Se presenta un dilema: ¿Qué hacer con un palito restante para que la repartición sea igual? No falta la imaginación y el tino. Alguien en el salón propone:

—Pepe, hay que partirlo en tres y darle a cada quien un pedazo.

Así se procede y, sin memorizar ni conceptualizar, surge la noción de fracción.

A través de un juego muy sencillo de toma y daca de objetos, de una serie de preguntas y respuestas, los niños de ambientación se familiarizan, poco a

poco, con las operaciones numéricas. Las razonan y razonan. Entre más avanzan, más se emocionan. Quieren más. Descubren cuestiones muy sencillas en su vida, pero profundas en el mundo de los números.

Al entrar a primaria, el razonamiento continúa. De lo contrario, lo anteriormente aprendido no tendría ningún sentido. En la primaria me encargué de enseñar las seis operaciones fundamentales de composición y descomposición, las cuales están estrechamente relacionadas: suma, resta, multiplicación, división, elevación a potencias y extracción de raíces.

Es ridículo y muy estéril el aprendizaje memorístico de los números. Tal es el caso de las tablas de sumar y multiplicar. Me horroriza pensar que todavía hay maestros con quienes los niños canturrean:

—Seis por una seis, seis por dos, doce, seis por tres dieciocho...

Esta memorización, carente de todo razonamiento, me pone a correr. Para el manejo de las tablas de multiplicar, se necesita un mínimo razonamiento. Si de repente se pregunta:

—Siete por ocho.

Nuestros niños, de no saber la respuesta, a veces nos dicen:

—Siete veces ocho.

A esto es a lo que llamo un buen razonamiento. Otros niños, quienes sólo han memorizado las tablas sin razonar la multiplicación, para poder responder tienen que repasar mentalmente desde el siete por uno hasta llegar al siete por ocho para, en el mejor de los casos, decir la respuesta correcta. ¡Esto es un atentado a las matemáticas!

En relación con el siete por ocho, a lo largo de mi vida magisterial, me he percatado de cómo, dentro de las tablas de multiplicar, constituye la operación más trabajosa para los chicos, aún después del razonamiento. Este curioso fenómeno lo he podido experimentar en todas las escuelas por las cuales he pasado. Desconozco a qué pueda deberse esta especie de bloqueo mental.

Pantalones

Simón, el jardinero, me dijo, preocupado, un jueves por la tarde:

—Maestro Pepe, a mediodía me pegué un buen susto. Algunas personas saltaron por la alambrada que da a la calle. Como vi que no faltaba nada, pues no le avisé. Poco antes de la salida de talleres me metieron otro susto. Por la misma alambrada entraron a la escuela cuatro personas. Como me escondí pude observar. Se trataba de niños de la escuela. Se lo digo para que lo sepa.

Por su puesto que ni él ni yo sabíamos de quienes se trataba. Al día siguiente, durante la asamblea, pedí un punto en el orden del día. Al llegar mi turno, simplemente dije:

—Quienes se escaparon ayer de la escuela, pasen al frente. Mejor vienen, no quiero ir yo por ustedes. Por si no lo saben Simón los vio.

Pasaron tres segundos y cuatro de sexto año se pusieron de pie y bajaron de la galería. ¡Cuál sería mi sopresa cuando vi que los que se escaparon eran "las"...! ¡Cuatro niñas se fueron de pinta al parque a la hora de clubes! Les dije algo parecido a esto:

—Han abusado de la libertad que les da el pantalón, ¿no es verdad? Pues pasarán el resto del año, y todavía le cuelga, viniendo de falda a la escuela. A ver si con las faldas puestas se atreven a saltar nuevamente la barda.

¡Y vaya si resultó castigo para cuatro pequeñas de doce años no poder usar pantalones!

Hasta su muerte

En 1982, el Fondo de Cultura Económica editó una importante obra acerca del exilio español en México. Junto con Chela utilicé la primera oportunidad para ir a una librería en busca del texto. Teníamos buenas referencias de él.

Lo comenzamos a hojear en presencia de la empleada quien nos lo mostró. Sabíamos que, en su parte final, el libro contiene un índice bibliográfico de los exiliados españoles en México. Resulta que estoy incluido en ese índice no obstante no haber llegado a México en calidad de exiliado.

Chela inició la lectura de mi biografía anotada en el volumen aquél. Yo la escuché detenidamente. Cada que pasaba de una etapa de mi vida a otra, asentía ante mi mujer. Simplemente le decía:

—Bien... bien...

Todo marchaba sobre ruedas hasta cuando llegamos a la parte final. Mi biografía, en ese libro, concluye con una referencia que textualmente dice: "...funda la escuela 'Manuel Bartolomé Cossío' la que dirigió hasta su muerte".

Chela y yo, de plano, soltamos la carcajada en cuanto ella acabó de leer la nota. A la empleada le pareció raro nuestro comportamiento. Percibí cómo francamente no le gustó. Es más, así lo manifestó cuando decidió intervenir y reclamar:

—No entiendo por qué se ríen de que una persona se haya muerto.

—No, señorita —aclaré— no nos estamos burlando de nadie. Lo que sucede es que los datos que usted acaba de escuchar son los míos. Resulta

que me dan por muerto y aquí estoy en la librería en plena charla con usted. ¿Qué le parece?

La muchacha contestó con una sonrisa y, como decidimos comprarlo, me dijo:

—Le voy a hacer el mayor descuento que puedo. Estoy segura de que nunca más tendré la oportunidad de venderle un libro a otro "muerto".

El burro no es como lo pintan

—¡No le digas así, papá! Ese muchacho es muy tonto —afirmó el niño.

—No seas burro— había dicho el señor a un muchacho quien, en forma atrabancada, se le atravesó.

Su hijo sintió que aquella expresión era ofensiva para el pollino. Fernando explicó a su padre:

—Pepe nos explicó en la clase de ciencias naturales cómo los burros son animales muy inteligentes. Nos lo leyó en un libro durante la clase.

El padre se quedó con la boca abierta. Su hijo de cinco años le dio una gran lección. Así de atentos reaccionan muchos chicos a lo que explico en clase.

Y efectivamente, unos días antes habíamos hecho la lectura comentada de un interesante texto en el cual se pone en evidencia cómo el hombre calumnia al burro dándole el trato de estúpido, siendo que le es un animal muy útil además de ser sumamente listo, quizá más que el propio caballo.

En esa clase aprendimos todos que el asno es fuerte para la carga, incluso en pendientes pesadas; astuto y precavido para esconderse de los leopardos y defenderse de las hienas; sabio para advertir a tiempo la presencia de arenas movedizas, en las cuales el hombre se hundiría irremisiblemente en poco tiempo y sin posibilidades de salvación.

Es por todo lo anterior que el autor de ese texto concluye, con gran tino, "que no hay nada más tonto que llamar tonto al burro" o, lo que es lo mismo, que el burro no es como lo pintan.

Por pura casualidad

Hay padres de familia que tuvieron o tienen a sus muchachos con nosotros porque conocen bien la escuela. Se han empapado de nuestro proyecto educativo y están al tanto de nuestro diario acontecer. Se trata de gente muy colaboradora y participativa. Cuando se les necesita, ahí están, no hay necesidad de llamarlos. Ya tenemos formándose, entre nosotros, a hijos de nuestros exalumnos. ¡Algo le reconocerán a su primera escuela para encomendarnos a sus críos!

Existen otros padres de familia quienes simplemente han llegado porque han oído hablar bien de la escuela o por pura casualidad. Hay un caso digno de mención. Una señora acababa de llegar a vivir a Tlalpan. Necesitaba localizar una primaria que le habían recomendado mucho para sus hijos, pero no tenía la dirección. De repente vio a un chico caminando y le preguntó:

—Oye niño, ¿sabes dónde queda una escuela primaria que se llama... —le dio el nombre.

—No señora, pero mejor vaya a la primaria a donde yo voy. Es muy buena, mire, los viernes hay asambleas y los niños dan sus conferencias. Ahí todos se llevan como amigos y cooperadores, los maestros son muy buenos y enseñan muy bien, tenemos una imprenta y hacemos muchos textos, las clases de geometría y de ciencias naturales son muy suaves...

Lo anterior lo supe por boca de la propia señora quien subió a mi despacho con la sonrisa en los labios.

—Cuando me di cuenta —continuó— el chico ya me había traído hasta aquí. ¡Tiene que ser muy buena una escuela que los alumnos quieren tanto!

Pero no tuvimos lugar para sus hijos, ¡qué lástima!

A los pocos días me enteré que el muchacho quien la había llevado hasta la escuela era Adrián.

Contenedora de amplia información

Un día acudió a la escuela una estudiante de pedagogía, quien tenía ciertas bases y conocimientos de la educación Freinet. Visitó los grupos, vio cómo trabajaban sus textos libres desde el inicio hasta su impresión, asistió a alguna asamblea, presenció mi clase de ciencias naturales, observó el funcionamiento de la cooperativa, visitó el museo...

La joven se pasó un buen tiempo en la escuela. Uno de esos días, mientras tomábamos café y charlábamos amenamente en la mesa ubicada en la biblioteca, a la estudiante le brincó una inquietud e imtempestivamente me interrogó:

—Bien, maestro, y ¿dónde están los ficheros escolares?

—Señorita, ¿pero cómo me hace usted esa pregunta cuando está rodeada por ellos?

Volteó para todos lados y al parecer no los ubicó. Yo comprendí no haber logrado explicarme correctamente, por lo cual decidí ampliarle mi aclaración. Entonces le dije:

—En nuestra escuela, las fichas escolares ideadas por Freinet han sido sustituidas por la biblioteca contenedora de amplia información. Contamos con la gran riqueza de esta biblioteca aunada a las bibliotecas que cada grado posee en sus respectivos salones de clase. Seguramente usted habrá podido observarlas durante su visita.

La duda se despejó. Me lo indicó su semblante. Al fin comprendió el significado de mi afirmación: estábamos rodeados de información en la biblioteca en la cual nos hallábamos instalados.

En nuestra escuela la biblioteca siempre ha sido fundamental. Tan es así que los propios niños se han ocupado por conservarla y también por incrementarla. Ya desde los primeros años, Samuel, uno de nuestros alumnos más antiguos, sugirió a la asamblea que entre todos formáramos la biblioteca de la escuela. Desde luego, su propuesta fue aceptada. Entre los muchachos hubo quienes prestaron libros de su casa. Otros alumnos pudieron regalarlos. La escuela también puso de su parte y poco a poco fue comprando algunas obras. En una asamblea los niños habían sido avisados de los riesgos que corrían al prestar sus libros a la biblioteca. No obstante, los críos acudían con sus ejemplares para ponerlos al alcance de quienes quisieran consultarlos.

Con anterioridad, Juan Luis había hecho otra propuesta. Allá por 1965, sugirió que en cada salón de clase hubiera un diccionario. Al chico yo le había transmitido la importancia de este libro. Fue así como el diccionario prácticamente se convirtió en el primer volumen con el cual contó cada grupo para iniciar la formación de su biblioteca.

Con el tiempo las bibliotecas fueron y siguen creciendo. Cada una a su propio ritmo, según el impulso y apoyo dados por el maestro y alumnos de cada grado. Las bibliotecas de grado cuentan con dicccionarios, enciclopedias y libros de géneros muy variados. En ambientación también hay libreros con cuentos y libros adecuados para esa pequeña edad.

Hay niños y familias enteras quienes se preocupan constantemente por las bibliotecas de la escuela. En cuanto tienen oportunidad, la aprovechan para enriquecer nuestros acervos.

También contamos con una bibliotecaria quien orienta y presta libros a los chicos para disipar sus dudas y obtener rica información. Por supuesto, se prestan los libros a domicilio y los niños los tratan muy bien.

Me gusta muchísimo ver como los críos acuden a la biblioteca a consultar libros o a sacarlos para llevárselos a sus casas y pasar momentos muy enriquecedores y agradables.

¡No me detendría!

A los pocos días de iniciado uno de tantos cursos, tuvimos la tradicional reunión de padres de familia. Fue en el salón de actos y se renovó la mesa directiva del Patronato, que también lo es de la Sociedad de Padres de Familia. Como se puede ver, en nuestra escuela los padres de los críos también son muy discutidores y participan democráticamente en la toma de decisiones.

En esa ocasión, la reunión se prolongó por más tiempo del habitual. El motivo fue la proyección y discusión de una película sobre aspectos educativos.

Eran como las diez de la noche, cuando se intercambiaban los comentarios y, poco a poco, vi como, en forma escalonada, abandonaban el salón varios padres de familia. Aunque comprendí que pudieran estar cansados, aquello me pareció fatal. Así que pedí la palabra y hablé tan fuerte como pude en medio de un gran silencio.

—Les voy a pedir algo. Ya nadie se salga hasta cuando terminemos. Estimo que no será mucho tiempo. Me da pena ver que los padres de familia que ya se han ido —y lástima que no me escuchen— no puedan destinar un poco de tiempo a la educación de sus hijos, por quienes se ha proyectado la película. Los niños no son mis hijos pero sí mis alumnos. Les aseguro, si tuviera necesidad de quedarme toda la noche aquí por su educación, lo haría, ¡no me detendría! Con mayor razón ustedes deben atender la educación de sus hijos.

Por supuesto, a partir de aquel momento, nadie intentó salirse. ¡Nada más eso hubiera faltado! Así como soy exigente conmigo, con los maestros y con los alumnos, me siento con todo derecho de exigir a los padres de familia para que se ocupen de la educación de sus hijos. Si no, ¿para qué son padres?

Canas

Existe una falsa creencia en ciertos padres de familia de la escuela. A lo largo de los años me he dado cuenta de que se quejan porque en la escuela trabajan maestras de edad avanzada. ¡Qué no dirán esos padres de este viejo maestro Pepe! Afortunadamente son los menos, lo sé. ¿Acaso hay que echar a la gente cuando envejece?

A estos padres hay que pedirles que abran bien los ojos y no desprecien las canas. Hay que recordarles varias cosas. Que cualquier profesional, como la mayoría de ellos, al igual que el maestro, se forjan en la práctica. Que el

maestro no se hace en la Normal, aunque ahí comienza su formación y muchas veces su perdición. Que el maestro se forja en la escuela con el trabajo realizado con y para los niños. También hay que recordarles cómo el tiempo, por sí solo, no basta. El buen maestro necesita convicción, disciplina, trabajo, alegría, ejemplo, cariño y dedicación.

¡Qué me perdonen esos padres!, pero confío más en la experiencia de un viejo maestro, aunque haya perdido ciertas facultades físicas, que en un maestro recién salido de la Normal quien tiene mucho, pero mucho, por andar.

Cuántas jóvenes quisieran poseer la alegría, el cariño y el entusiasmo con los cuales, año tras año, fue a la escuela la inolvidable Toya. La recuerdo siempre con la sonrisa o con la risa en los labios, cuando no cantando en nuestras reuniones.

Cuántas otras desearían tener el temple, la dedicación y el interés con que Meche pone en contacto a sus críos con el diccionario curso tras curso. Junto con ellos siempre siguió muy de cerca, al pie de la letra, mis clases de geometría como si fuera una alumna más.

En nuestra escuela el equipo de maestros ha sido combinado. Al lado de maestras jubiladas laboran maestras muy jóvenes quienes tienen mucho por aprender. Entre ambos grupos hemos contado con muy buenos maestros en su etapa de plena madurez.

Con la música por dentro

Para nuestros alumnos y sus maestros de música, el aprendizaje de este arte es arduo pero muy gratificante. En verdad, hay que tener constancia para lograr armonía.

Desde ambientación nuestros niños cantan. Ya en primaria, al son de la música, los chicos realizan primorosos ejercicios rítmicos y de expresión corporal. Brincan, cantan, bailan y tocan instrumentos de percusión y flauta. A partir de cuarto, trabajan improvisación y composición de sonidos musicales. Desde este grado pueden incorporarse al coro de la escuela. ¡Les encanta! El único requisito es tener buena voz.

En la clase de música de nuestra escuela todo es melodía. En este espacio los chicos, con mucha espotaneidad y de manera muy creativa, sacan la música porque la traen dentro.

En los primeros años de vida de la escuela tuvimos una costumbre. En la ceremonia de fin de curso los muchachos ejecutaban diversos números musicales. Muchas veces el sonido se perdía en el espacio abierto de los patios por los que transitó la escuela. En nuestras instalaciones no hemos contado con

auditorio adecuado para que los niños interpreten su música frente a los padres de familia. En los primeros años era muy difícil que los señores padres apreciaran bien el trabajo artístico de sus chicos.

Tal fue la razón que nos condujo al célebre concierto anual preparado con gran esmero y cariño por los chicos, auxiliados por Cristi y Mario, sus maestros.

Primero alquilábamos el auditorio de una Normal, cerca de la escuela, en Tlalpan. Pero ¡caramba!, el espacio nos resultó reducido. Por eso los últimos años el concierto, con todo y programa impreso, se ha verificado en la Sala Ollin Yoliztli. El alquiler lo pagamos con la venta del boletaje. A veces acuden extraños en busca de conocernos. ¡Bienvenidos!

La tarde anterior al concierto realizamos en la sala un ensayo general de las piezas. Es casi seguro que aquello sea un caos. Quienquiera que lo presencie podrá decir tranquilamente: "el concierto será un fiasco".

Pero afortunadamente no, ¡qué va! Durante el concierto, como por arte de magia, los chicos tocan y cantan que da gusto. Siempre he pensado que la presencia de sus padres les impone, estimula y también los desafía. Ponen de su parte lo mejor para el concierto. A pesar de su pequeña edad, los muchachos se comportan como verdaderos profesionales de la música.

Al final de la función, uno sale profundamente emocionado. Los padres se sienten orgullosos de sus pequeños críos. Cristi y Mario quedan satisfechos por el trabajo de sus chicos ejecutantes. Estos últimos, como es natural, terminan muy contentos al sentirse queridos, reconocidos y aplaudidos por su esfuerzo musical. Nuestro concierto es precisamente un indicador del valor que en la escuela le damos al arte.

¡Fuera formalidades!

—Buenos días, don Simón —así saludó al jardinero de la escuela Lili, una chiquita de primero de ambientación.

Continuó su camino y atravesó el patio acompañada por su madre. Al verme por ahí, también me saludó.

—Hola, Pepe.

Un padre de familia, quien había presenciado lo anterior, expresó:

—Pepe, si no te conociera a tí y a tu escuela, diría que las cosas para esa pequeña están invertidas.

—¡Oh, no! Afortunadamente las cosas son como son.

En la escuela niños y maestros nos tuteamos. Incluso hay muchos padres de familia con quienes hablamos de tú a tú. Indiscutiblemente que hay

quienes prefieren usar el usted. Los respetamos. A nadie se le impone la forma de hablar.

No estamos acostumbrados a convencionalismos. No existe el señor o la señora directores. Para los niños, sus padres y maestros, simple y sencillamente somos Pepe y Chela.

—Pepe, te quiero consultar esto... —me dice un niño al llegar a mi despacho.

—Chela, tengo un problema, ¿puedo hablar contigo? —le expresa una criatura.

—Pepe, traje este animalito para que lo estudiemos en la clase de ciencias naturales —me aborda otro chico en el patio.

—Chela, tenemos una duda, ¿puedes ir al salón? —le sugiere un pequeñín.

Con la misma espontaneidad que los niños, lo hacen los maestros y, cuando quieren, también los padres de familia.

A los maestros se les habla de tú y por su nombre. Los chicos, a su vez, son conocidos por su nombre de pila o por algún diminutivo cariñoso que los identifica de los demás.

Para hablar con Chela o conmigo nadie tiene que hacer cita. Mucho menos antesala. ¡Fuera formalidades! Basta con que no estemos con algún grupo, en pleno trabajo, y quien quiera platicar con nosotros puede hacerlo. Siempre tenemos espíritu y café para compartirlo mientras conversamos.

Y respecto a las informalidades en el trato, durante un tiempo trabajó en uno de los grupos de ambientación una maestra joven y guapa, muy simpática y muy querida por todos. Un día la llamé como de costumbre.

—Vida, ven para acá.

Un padre de familia vio y escuchó aquello. En cuanto me quedé solo, se acercó y con gran confianza me dijo:

—Oiga, maestro, ¿que así se lleva con todas las maestras, como con la que acaba de irse?

Comprendí su intención, me eché a reir y le expliqué:

—No hombre, cómo cree. Lo que sucede es que la maestra se llama así: Vida.

A cualquier hora

No nos conformamos con trabajar y guardar los resultados. Nos encanta darlos a conocer. La escuela está abierta a cualquier hora de trabajo para que la visite quien quiera. Siempre tuve la costumbre de atender personalmente a los visitantes y sugerirles que vieran a los niños trabajar en clase. Los chicos están muy acostumbrados a recibir visitas. Laboran con toda naturalidad como si nadie los observara.

A cualquier hora, también, se puede consultar el periódico mural; está a la entrada de la escuela. Es otra técnica empleada para dar a conocer el quehacer de las criaturas.

En el periódico mural se realiza un trabajo muy lindo. Ahí se refleja, con gran nitidez, la creatividad y la espontaneidad de los niños en la redacción, el dibujo, la indagación...

El periódico mural se renueva constantemente. Semana con semana, los nueve grupos de la escuela se van rotando en esta actividad. El contenido del periódico es muy variado. Las circunstancias de cada momento marcan su temática. A veces todos los niños del grupo expositor trabajan el mismo tema. En otras ocasiones el periódico es misceláneo y cada crío presenta lo que prefiere. El periódico se arma con textos, dibujos, recortes, chistes, adivinanzas...

Es interesante ver en el periódico mural cómo los niños de primero de ambientación dibujan a su mamá o a su papá. No ha faltado alguna ocasión, próxima al día del maestro, en que los alumnos expresen gráficamente cómo contemplan a sus maestros.

Hace algunos años caí en cama, e incluso fui a dar al hospital. Falté a la escuela poco más de una semana. Me conmoví cuando alguien, en el hospital, me contó que el periódico mural expuesto estaba dedicado a mí. Pero más me enternecí cuando después, ya quitado el periódico, conocí algunos de los trabajos exhibidos en él durante mi ausencia.

En los dibujos me representaban dando mi clase de geometría o muy acostado en cama con sueros y mil atenciones. Las ilustraciones eran acompañadas de textos con muy buenos deseos. Algunos de ellos más o menos decían: "Pepe, te extrañamos en la clase de geometría". "Aunque estés muy viejito, no me gusta que te enfermes". "Ya, alíviate, y ven a trabajar con nosotros". "Cuídate para que puedas venir pronto a la escuela"...

El periódico mural surgió allá, cuando la escuela estaba en Rébsamen. En aquel entonces, los chicos en asamblea decidieron identificarlo con un nombre. El primer año, por mayoría de votos, lo llamaron "Nuestros Pininos" y al año siguiente, también por votación, lo rebautizaron como Telpochcalli en recuerdo de las escuelas destinadas a los hijos de los aztecas plebeyos.

Con el paso del tiempo, el periódico mural perdió su nombre. Ya en Tlalpan, un buen día sucedió algo curioso. Mi nieta Nevada era la maestra de segundo de ambientación y, por supuesto, había sido alumna de la escuela. Llevó a la asamblea una propuesta, más o menos, en los siguientes términos:

—Cuando yo era alumna el periódico mural se llamaba Telpochcalli. Ahora cuando regreso como maestra, encuentro que perdió su nombre. Cada vez que mi grupo se encargaba del periódico, a mí me encantaba —pues me

entretenía mucho— hacer y recortar las letras para formar la palabra Telpochcalli. Les sugiero que le pongamos otra vez nombre al periódico.

La propuesta fue escuchada con atención, se sometió a votación y fue aprobada con gran interés y júbilo. Los chicos sugirieron posibles nombres y se formó una lista. Al final, la mayoría decidió que se llamara Calpulli, tal como se nominaba a la porción de tierra comunal más pequeña y humilde que pertenecía a los barrios populares de los aztecas.

Desde entonces, todas las semanas, el Calpulli está presente a la entrada de la escuela.

Deuda saldada

Pancho fue un alumno muy inquieto y travieso. Sus trastadas me recordaban las mías cuando de niño me decían "El Gato".

Un día, cuando estaba en tercero de primaria, se presentó en mi despacho y, para no variar, me dijo:

—Pepe, me mandaron a la dirección.

—Y ¿qué has hecho ahora? —le pregunté.

—Pues nada, que me comí mi lunch de nueva cuenta a la hora de clase.

—¿Otra vez? ¿Acaso no te ha llamado tu maestra la atención por lo mismo más de veinte veces?

—Sí, Pepe, pero es que ya tomé el tiempo que pierdo mientras como el lunch y no me parece justo quitarlo al juego del recreo —fue su contestación.

Debo confesarlo, el razonamiento del chico me pareció muy lógico, salvo que afectaba la libertad de sus compañeros y maestra. Se lo hice saber y le pedí que no se repitiera el incidente. Al parecer me hizo caso.

Entre las diabluras de Pancho hay otra digna de contarse. Llegó el muchacho a la dirección con un "me manda la maestra" en la boca.

—¿Y ahora por qué te ha enviado? Anda, dímelo.

El chico, con una seguridad sorprendente, me exlicó lo que sigue:

—Mira, es que escondí treinta y tres zapatos. Uno de cada uno de mis compañeros del grupo.

—¡Pero qué desfachatez! ¿Cómo has podido hacer eso? —enojado pronuncié.

—No fue muy difícil, Pepe. Estábamos en clase de educación física haciendo ejercicios en los colchones, sin zapatos, como siempre. Aproveché un momento en el cual nadie me veía, tomé los zapatos, me los llevé y los escondí atrás del salón, en donde están las parcelas.

—¿Y por qué lo hiciste? —seguí interrogando.

—Pepe, es que... pues sí, ya van tres veces que a mí me esconden los míos y nunca he conseguido saber quién fue. Por eso decidí esconder los zapatos de todos —explicó esta vez.

—Sea lo que sea, has obrado irresponsablemente. Pudiste venir a decirme lo de tus zapatos desde la primera vez y hubieras visto cómo lo aclaraba yo. Pero no, has optado por desquitarte con una trastada. Eso está muy mal. Ahora mismo te vas a tu grupo y pides a tus compañeros y a tu maestra que te disculpen. Y eso sí, espero que no se repita.

Pero no, ¡que va!, pasaban unos días y el célebre Pancho regresaba nuevamente a la dirección por haber hecho otra travesura. A tal grado me identifiqué con ese crío que un día, cuando ya estaba en sexto le dije a su madre:

—Tú tienes una deuda conmigo.

—¿De qué se trata? —preguntó preocupada.

—Quiero pedirte —le dije— que antes de que tu hijo se vaya de la escuela me regalen una foto de él. Sabes bien cómo me identifico con Pancho.

La madre aceptó gustosa y pronto tuve la foto. El mismo chico me la entregó el día de la clausura de ese curso. Así quedó la deuda saldada.

Prematura vejez

A mis clases de ciencias naturales les saqué grandes enseñanzas. Junto con los niños reflexionaba la importancia del aprovechamiento racional de la naturaleza. Siempre puse mucho interés en que se dieran cuenta de que la naturaleza es muy noble y sabia con el hombre que la sabe cuidar, pero que la naturaleza respode mal cuando no la sabemos tratar y abusamos de ella.

Los últimos años que enseñé ciencias naturales lo hice los lunes en tres sesiones consecutivas efectuadas en el salón de actos. Montaba lo necesario y me ponía a trabajar con los críos. Primero lo hacía con los tres grupos de ambientación. Después pasaban los tres primeros grados de primaria. La última sesión la dedicaba a los mayorcitos, del cuarto en adelante.

Tenía la costumbre de trabajar con toda la escuela el mismo tema cada lunes. Lo que variaba era la profundización, que iba en aumento conforme las edades de los chicos.

En las clases de ciencias naturales siempre me auxilié de material didáctico: libros, transparencias, películas y, sobre todo, instrumental y aparatos de laboratorio de los que la escuela se hizo poco a poco y con grandes esfuerzos, con el apoyo del Patronato de la escuela. Me vienen a la memoria los estupendos estuches de óptica, electricidad, calor y magnetismo, así como los

juegos de poleas y los microscopios con los cuales trabajé incansablemente con los muchachos.

En los primeros meses de 1986, con mis noventa años a cuestas, tuve que dejar las clases de ciencias naturales. La razón, muy poderosa a la vez que triste. Yo ya no tenía fuerzas suficientes para atender a los niños.

Como consecuencia de lo anterior, un grupo reducido de padres de chicos de ambientación de aquellos tiempos, se quejaron entre sí, molestos.

—El maestro Pepe ya no cumple con su obligación de enseñar a nuestros hijos las ciencias naturales.

¡Lástima, no hablaron claro! Qué pena, hicieron llegar su queja a la dirección a través del anonimato. ¡Infames! Si siquiera se imaginaran cómo me duele no poder trabajar con los chicos. Irónicamente les di respuesta en septiembre de ese mismo año. Lo hice en una asamblea de padres de familia.

—Les pido me disculpen —dije— pero mi prematura vejez me impide dar a sus hijos la clase de ciencias naturales.

De este tipo son las tonterías, de ciertos padres de familia, que a veces he tenido que enfrentar en la escuela.

Nudos en la garganta

Cuando finaliza un curso, tenemos en el patio la ceremonia de clausura. Los chicos ejecutan ejercicios practicados en su clase de educación física. Los pequeñitos de ambientación presentan algún numerito musical preparado con Mario. De repente, hay representaciones de expresión corporal, mímica o teatro, preparadas de "pi a pa" por los chicos en sus talleres. En fin, cada año hay actividades diferentes que reflejan el trabajo de los niños.

Lo que nunca falta es la despedida de los sexto, quienes se nos van. Primero les habla Tere como maestra del grado. Les da un cordial hasta luego... Sigue lo más importante. Los niños salientes, si lo desean, toman la palabra y dicen, con palabras muchas veces entrecortadas, lo que les dicta el corazón. Más de una criatura no acaba de decir lo que siente. De repente se les hacen nudos en la garganta. Terminan llorando con emoción. Contagian a sus compañeros y papás. Son momentos de profundo sentimiento.

Cierta vez, un niño, dijo:

—Me gustaría poder repetir sexto año para permanecer más tiempo en la escuela. Pero ni modo. La voy a extrañar mucho.

Federico nos hizo sonreír cuando, al enumerar las cosas de la escuela que le gustaban, afirmó:

—... Y los maestros casi no amenazan.

Expresiones como las anteriores no faltan y me dicen todo.

Una vez que terminan de hablar, tomo la palabra. No puedo dejar de hacerlo. Como en cualquiera de mis intervenciones escolares, hablo en voz alta sin necesidad de usar el micrófono. A la vez que lo hago, camino por todo el patio de un lado para otro. Lo que digo, lo improviso a lo largo de la ceremonia. Cada año es muy distinto. En especial me dirijo a los chicos de sexto, pero sin olvidarme de los que se quedan y del resto de la concurrencia. Trato de llegar al fondo de los niños que se irán a la secundaria. En más de una ocasión he aprovechado ese momento para dar la despedida a algún maestro —Toya, Carlos...— cuando se retira de la escuela.

¡Si supieran cómo los extraño!

El último jueves de febrero de 1986, fue mi cumpleaños número noventa. Pedí que la asamblea de esa semana se adelantara un día. Lo consideré totalmente justificado. Alcanzar esa edad trabajando en la escuela, me pareció importante. En esa asamblea, así lo manifesté. Decidí despedir a esos "noventa señores" en compañía de los niños quienes durante toda mi existencia me han hecho vibrar, vivir, amar, desear...

Por aquellos días todavía daba geometría a los grupos de primaria. A cada grado le tocaba la clase dos veces por semana. Como maestro, fue uno de mis últimos goces poder trabajar doce horas semanales en los salones de clase. Enseñar la geometría ha sido una de mis más grandes pasiones y satisfacciones escolares.

Aquel jueves la clase de geometría con los niños de segundo año fue muy especial. Trabajaron estupendo. Parecía que Meche les hubiese pedido que, por ser mi cumpleaños, se desempeñaran mejor que nunca. Los pequeñines me dieron una gran lección. Fui profundizando en el tema y los niños y su maestra lo hicieron conmigo. Los chicos estuvieron muy atentos, contestaron y opinaron de una manera muy participativa. Prácticamente se disputaban las respuestas. Hice saber lo anterior a la asamblea, ¡no era para menos!

—Ese es el cariño y esas son las gracias —dije— que un maestro puede recibir de sus alumnos.

El gusto de enseñar la geometría, a partir de ese momento, me duró bien poco. Tan sólo un año más. Lo hice hasta cuando las fuerzas me lo permitieron. Por ahí en marzo de 1987 hube de desprenderme definitivamente de esas clases. ¡Qué sensación tan dolorosa!

Para los niños no fue fácil acostumbrarse a mi ausencia. Cuantas veces podían, me llamaban a trabajar la geometría con ellos. Tenía que inventarles

pretextos para justificar mi ausencia. Que la elaboración de la nómina... que estaba un poco indispuesto... ¡Pero qué va, nada, absolutamente nada de eso! La pura verdad es que aunque mi corazón y mi cerebro funcionan todavía perfectamente, en aquel entonces mis piernas ya no me respondían. Los noventa y un años que llevaba a cuestas pesaban, sí, y mucho.

¡Ay de mí y de los niños! ¡si supieran cómo los extraño!

A todos ellos

En el transcurso de mi larga vida he afianzado el siguiente criterio: no se deben, ni tienen por qué rendirse homenajes a personas que aún viven. Esto independientemente de su valía. En el momento menos pensado, el homenajeado puede desviar su conducta y el reconocimiento pierde todo su sentido.

En 1986, lo anterior fue lo primero que me vino a la cabeza cuando supe que, la Inspección Escolar de la Zona y la Delegación de Tlalpan, habían acordado develar una placa en mi honor. Lo harían y lo hicieron en el parque que está ubicado frente a la escuela.

No me gustó la idea. Francamente sufrí. No hubo nada que detuviera la decisión. Aproveché el motivo para agradecer el cariño tan grande que tuvo hacia mí la maestra Nina quien entonces era la Inspectora Escolar.

El jueves 26 de junio de ese mismo año fue el homenaje. Primero estuvimos en el patio de la escuela. Hubo un pequeño festival y se pronunciaron varios discursos. Asistieron nuestros chicos, sus padres y maestros, así como alumnos quienes representaban a cada una de las escuelas de la zona. Fueron momentos muy emotivos.

Después nos trasladamos al parque y se develó la placa. Tuve la gran oportunidad de sembrar un arbolito muy cerquita de ella. Por último, con toda mi alma, con todo mi corazón, con todo mi sentir, dije:

—No acepto este homenaje a mi persona. Lo acepto en nombre de miles de maestros mexicanos —sobre todo del campo, pero también de las ciudades— ignorados, despreciados, desconocidos, mal tratados, mal pagados y peor enjuiciados por los diversos grupos sociales. A nombre de todos aquellos maestros, quienes se han entregado de lleno a la niñez mexicana, recibo este homenaje. A todos ellos, y no a mí, corresponde la placa develada.

Pero no pisotearla, ¡eh!

Me formé maestro normalista y estoy orgulloso de serlo. Ese hecho singular no ha sido un impedimento y en varias ocasiones me han llamado a charlas con estudiantes de nivel profesional, en sus propios centros de formación.

Recuerdo muy bien dos de esas espontáneas invitaciones. La primera fue a principios de 1984. Visitaron la escuela, conocieron la forma como razonaba la geometría con los chicos... No lo podían creer. Les gustó mi manera de trabajar y me invitaron a conversar con los alumnos de la Universidad Pedagógica. Juntos razonamos la importancia del triángulo.

La segunda ocasión, fui, en 1986, a la Universidad Nacional. Tuve un encuentro matutino, muy tempranito, con estudiantes de la carrera de Pedagogía, allá en la Ciudad Universitaria.

Sostuvimos una conversación muy sencilla, profunda y amena. Les hablé del origen de las universidades. Les expliqué cómo la Córdoba que me vio nacer, siendo musulmana, se inundó de sabios, de conocimientos y de bibliotecas, sin importar las distintas ideologías y lenguas. La intención de referirme a este tema fue muy clara. Que se dieran cuenta del compromiso de los universitarios. Les invité a estudiar la pedagogía con conciencia y con pasión.

A partir de ahí me dediqué a preguntarles y preguntarles. No esperaban tal manera de proceder. Conforme constestaban, había nuevo material para proseguir el diálogo. Hablamos de Freinet, de nuestra escuela, de la familia, de los niños, de los maestros...

Reflexionamos en torno a aspectos importantes tales como que el maestro, antes que nada, debe conocer al niño y procurarle cariño para granjearse su confianza.

—Pobre madre, pobre padre, indigno maestro —aseguré— cuando en su boca no hay más que palabras de reprimenda hacia el niño. Bendita madre, bendito padre, digno maestro quienes saben darle cariño. ¡Ya lo tienen todo! Lo que siembran cosecharán.

También nos detuvimos a pensar, en voz alta, acerca de cómo el maestro, en la sociedad y en la escuela, generalmente tiene que nadar en contra de la corriente. En torno a este particular cavilamos en la importancia que reviste el que un maestro sea crítico y consciente. Porque el verdadero maestro tiene que desbrozar, destruir, desmontar... todo cuanto el hombre ha construido mal a lo largo de la historia. Por cierto, es mucho. Y todo para tratar de instaurar un mundo diferente al que nos asfixia.

Hicimos referencia al valor que ha de tener cualquier maestro para atreverse a responder a sus alumnos: "No lo sé, pero lo indagaremos.

¿Qué les parece?". También tocamos el espíritu de justicia tan grande que tienen los críos.

De nuestro diálogo, brincaron muchos otros temas: el amor a la humanidad, la filantropía, el divorcio, el amor como un toma y daca, la agresividad del hombre aun en contra de los contrincantes que ya se han vencido, el razonamiento en el estudio a cualquier nivel y en cualquier tema...

Creo haber logrado incrementar cierta motivación que ya tenían en su curso de sociología de la educación. Para finalizar, los invité a visitar y conocer nuestra escuela. Les di el nombre y la dirección a la vez que comenté:

—La escuela está abierta, de par en par, a partir de que iniciemos los cursos para quien, de ustedes, quiera pisarla, pero no pisotearla, ¡eh! Con toda alegría y con todo mi corazón les espero allá. A ver quién se anima.

Tiempo después recibimos varias visitas.

No le faltó detalle

Un lugar muy especial dentro de la escuela, en donde exhibimos nuestro trabajo, es el museo. Hasta hace no mucho tiempo podía catalogarse como fijo. Poco a poco fue armado y enriquecido por los críos. Cuando un chico se hacía por algún motivo de una pieza extraña digna de mostrarse, la llevaba al museo y se colocaba en algún exhibidor. A veces la obsequiaba y en ocasiones nada más la prestaba por determinado tiempo. Desde el principio tuvimos una costumbre en la escuela: fomentar que con periodicidad los niños acudieran al museo. También, de cuando en cuando, recibíamos visitas de algunas escuelas amigas quienes acudían a conocerlo.

Entre 1973 y 1974 entramos en contacto con el Programa de Museos Locales y Escolares del Instituto Nacional de Antropología e Historia en el Estado de México. Por las características de nuestra escuela fuimos aceptados en el programa, no obstante ser una escuela particular.

Tuvimos necesidad de ajustarnos a los estatutos del Programa. Hubo de ponérsele nombre al museo y la decisión la tomó la asamblea. Los niños propusieron que el museo llevara mi nombre. Se requirió una amplia intervención, tanto mía como de Chela, para explicarles a los críos que no sería correcto si el museo llevaba mi nombre por el simple hecho de estar vivo.

Los niños de cuarto para arriba se desalentaron un poco y, aunque no muy convencidos, propusieron otros nombres. Los pequeños, en cambio, no desistieron en su empeño, sostuvieron su propuesta y por mayoría de votos quedó para el museo el nombre de José de Tapia.

Con el tiempo su organización cambió. Llegó a la escuela Lucina, madre de familia y museógrafa de profesión. Visitó y conoció el museo y nos hizo un proyecto de reorganización. Chela tomó interés en el asunto y aceptó que la museógrafa nos asesora para darle versatilidad a ese pequeño salón.

Para quienes pregunten, con justa razón, qué fue de todas las piezas que contenía el museo en su etapa anterior, podemos contestarles que pierdan cuidado. Las piezas están a salvo y clasificadas. Para guardarlas se construyó, en la parte alta del cuarto, una epecie de desván en donde se guarda tan valioso material. Más adelante se podrá exhibir de nueva cuenta ese material conforme a los actuales criterios acordados.

El museo, en los últimos años, ha servido para presentar unas tres exposiciones diferentes al año sobre temas sugestivos que mucho aportan a la formación de los niños. Recuerdo la exposición del juguete mexicano con sus carritos de madera, sus muñecas de trapo, sus camiones de hojalata, sus trompos, sus marionetas y muchos otros más. También tengo muy presentes la exposición acerca de las tradiciones navideñas y la muy ilustrativa del maíz.

Por supuesto, no se me puede olvidar el extraordinario altar de muertos que, en noviembre de 1986, se montó y exhibió en recuerdo de mi gran compañero educador Patricio Redondo. Elsa, la maestra de cuarto, puso mucho empeño en ese montaje. Cada grupo aportó algo para hacerlo realidad.

Al altar no le faltó detalle. Fue una chulada. En la parte alta, al centro, colocaron la foto de Patricio. En torno a ella artísticamente acomodaron frutas e incienso, calaveritas de azúcar y de chocolate, candelabros y esqueletos, calabazas enteras y en dulce, veladoras y pan de muerto, mole, arroz y comida en general, ataúdes y todo lo demás. Por todas partes se podía ver papel de china picado por los niños que daba un gran colorido. Por supuesto, no faltaba la célebre flor de cempasúchil. Tampoco las tradicionales calaveras escritas por los niños, dedicadas a sus compañeros y maestros.

Al fin, ya tengo la receta

En la escuela ponemos atención en brindar a nuestros niños actividades manuales, de expresión corporal y de desarrollo intelectual. Para contribuir a eso están pensados los talleres; a ellos acuden los chicos los martes y los jueves, después de comer.

Aprenden a trabajar el barro y la madera, a jugar ajedrez y a pintar, a hacer representaciones de teatro y armar muñecos de trapo, a cocinar y a trabajar el teatro guiñol...

Durante muchos años fui el maestro del taller de carpintería. Cuando estuvo listo el espacio para la biblioteca, en Tlalpan, no había libreros. Entonces consulté qué hacer, a los niños.

—Ustedes deciden —les dije— los mandamos a hacer con un carpintero o los construimos entre todos en el taller.

De antemano ya sabía cuál iba a ser la respuesta. A grito pelado los muchachos manifestaron su interés por hacer ellos mismos los libreros de su escuela. Así se procedió.

Resulta muy interesante ver los martes y los jueves cómo una niña corta con el serrucho, clavetea con el martillo, rebaja con el formón y cuando se da cuenta, ya ha construido un macetero de madera.

Igual de formativo es ver a un varoncito muy atento en el taller de cocina, mientras copia las recetas, unta la mantequilla, lava los trastos y cuida el calor del horno para que no se queme el guiso.

Tal fue el caso de Fabián, un pequeñito quien a los seis años escogió como su primer taller precisamente el de cocina. Había que ver cómo se esmeraba. Me contaron que un jueves llegó con un delicioso trozo de pastel de chocolate a su casa y, como ya sabía que su padre es un aficionado a los postres, le dijo sin tardarse:

—Papá, ten; te lo regalo. Al fin, ya tengo la receta.

Deseo cumplido

En noviembre de 1987 recibí en la escuela una agradable visita. Tere Garduño llevó a algunos de los chicos de su Escuela, la Activa Paidos. Desde los congresos de escuelas activas en México nos seguimos la pista pues compartimos muchas ideas e inquietudes educativas. Tere es una de las pocas personas, de quienes conozco, que merece ser llamada maestra. Con mi experiencia de viejo maestro, me inclino ante ella para reconocer su trabajo.

En realidad, más que a visitar la escuela, fueron a conocer las novedades de nuestro museo escolar. Estaba expuesto el tradicional altar de muertos. Acabada la visita al museo, los chicos y su maestra subieron a la biblioteca. Les obsequié galletas. Consultaron los libros que quisieron y, de pasada, les enseñé mi despacho. Pasé con ellos momentos muy agradables. ¡Todo era algarabía!

A las pocas semanas, ¡oh grata sorpresa! En la escuela recibí por correo un sobre grande de papel manila. Lo abrí junto con Chela y dentro encontramos tantas cartitas como niños habían visitado el museo.

La redacción de las cartas era sencilla, pero su contenido profundo. Estaban impregnadas de amistad, cariño y agradecimiento. Como desde tiempo atrás la vista no me ayuda del todo, le tocó leerlas en voz alta a mi mujer. Conforme la escuchaba comprendía que aquel hermoso gesto no podía quedarse en el aire. Había que dar una respuesta oportuna.

Los pequeños me agradecían las galletas y la atención que les di. Se referían al museo, a la escuela y a mi despacho, como algo que les había gustado. Manifestaban su deseo de regresar a visitarnos de nuevo en alguna otra ocasión. Invariablemente los niños insistían en que fuera a visitarlos a su escuela. ¡Fue un compromiso que no pude eludir!

Algo que me llamó mucho la atención de sus cartas fue la manera cariñosa y sentida en que se expresaban de su maestra. Del conjunto de las cartas se desprende el decir de los chicos:

—Tere es muy buena maestra y directora, y usted la enseñó... Nunca esperé ni imaginé ver y conocer al maestro de mi maestra... Usted es como el abuelito de todos los que somos o fueron alumnos de Tere, ya que ella es como nuestra segunda madre. Así que usted ya se puede considerar como el abuelo de otra escuela más... Todos sus nietos y nietas lo respetaremos y querremos siempre...

Ante tan emotiva acción, pateando los noventa y dos años, decidí trasladarme a la Escuela Paidos. Fue a principios de diciembre del mismo año. Visité a los chicos y les di las gracias por sus cartas. Me acompañó un buen amigo. De entrada les dije:

—Corazones, deseo cumplido, aquí me tienen. Aunque físicamente me he debilitado mucho, todavía trabaja en mí lo mejor que tiene el hombre. Trabajan mi cerebro y mi corazón, y me obedecen. El cerebro y el corazón de Pepe, el viejo maestro Pepe, están aquí muy contentos y agradecidos por sus pensamientos y por la invitación que me hicieron para venir a visitar su escuela. Estoy profundamente emocionado por sus cartas y he venido a contestarlas, de viva voz, una a una.

Enseguida mi acompañante les dio lectura y yo les daba respuesta inmediata. Entre otras cosas expresé:

—No pude fallar a su cariño de niños. Es de lo único que puedo vivir y viviré hasta cuando muera... Seguramente con esta visita va a darse la última ocasión o una de las últimas oportunidades en que me encaro con niños y maestros de otras escuelas... Yo nunca fui maestro de Tere. Ella ha dado lecciones a este viejo maestro porque se ha pasado la vida entera averiguando qué hay detrás de la educación para formar y preparar a los hombres y mujeres del futuro, quienes se encargarán de forjar un mundo nuevo sin odios, rencores ni angustias. Tere sabe lo que tiene entre las manos cuando

trabaja con ustedes: el tesoro de la humanidad, el tesoro del porvenir del mundo... No tienen que darme las gracias de nada, soy yo el que debe darlas a ustedes... Como a los hijos y a los nietos se les quiere mucho, hoy queda aquí mi corazón.

¡Este es un asalto!

Trabajaba tranquilo en mi despacho a pricipios de 1988. Cuando me di cuenta, tenía frente a mí a un hombre joven apuntándome con una pistola.

El individuo había penetrado a la escuela en compañía de otros dos malhechores. Los tres iban armados. Se acercaba la hora del recreo. Engañaron a la portera, se metieron a la fuerza y, ya dentro, se posesionaron de puntos estratégicos para consumar el atraco. Uno, según me dijeron luego, se apostó en la escalera para impedir el paso a la dirección, lugar del incidente. El segundo, a quien tampoco vi, se quedó en el área secretarial para controlar desde ahí toda la escuela.

El fulano quien entró hasta donde yo estaba, se puso frente al escritorio e, imbécilmente, me encaró:

—¡Este es un asalto! ¡Cuidado con cualquier movimiento! Entrégueme todo el dinero que tenga.

Instintivamente me puse de pie, le detuve la pistola por el cañón y sin miramientos le reprendí:

—Oiga, ¿acaso no se ha dado cuenta? Estamos en una escuela. Aquí se enseña y practica el pacifismo, ¡jamás la violencia! ¡Baje la pistola ahora mismo, no sea niño! Hágalo y tendrá el dinero. ¡Ande, deje la pistola y listo!

Fue un momento muy difícil. El sostenía la pistola por la cacha y yo por el cañón. Hubo un suave forcejeo. Estaba consciente de cómo el tipo podría disparar el gatillo en cualquier instante. Sin embargo, algo me indicó que era un inexperto, un aprendiz de asaltante que no iba dispuesto a disparar, cuando menos contra mí. Seguramente le impuso mi persona, mi seguridad, mi edad... Me miraba y escuchaba con algo más que asombro. Hubo un momento, incluso, en el cual estuvo a punto de dejar la pistola sobre el escritorio. ¡Poco faltó para ello!

¡Oh no! ¡Qué va! pasó algo totalmente inesperado y falló mi táctica. Guillermo, el marido de Tere, estaba en ese momento en la biblioteca de la escuela. Ahí se hubiera quedado, pero no. Decidió tranquilamente entrar a verme. No se había dado cuenta del asalto. Nadie lo puso al tanto. Se había percatado de algo extraño, pero a ciencia cierta no sabía qué. Ni mi personal,

ni el cómplice del atraco, quien esperaba afuera, impidieron el paso de Guillermo. ¡Qué desgracia! Le tocó pagar el pato.

Al entrar en el despacho llevaba las manos en los bolsillos. El asaltante lo vio llegar, seguramente pensó que iba en mi auxilio. Fue entonces cuando se puso muy nervioso y decidió atacar a Guillermo. Le golpeó la cara con la pistola causándole serios daños.

Al ver sangrar a mi amigo, me irrité bastante y perdí los estribos. Ya no había condiciones para dialogar. No me quedó otro remedio, tomé la caja, la abrí, la vacié sobre el escritorio.

—¡Ande —le dije— llévese lo que le dé la gana y váyase inmediatamente!

El asaltante tomó todo el dinero y registró algunos bolsos, de nuestro personal, a su alcance. También sacó la billetera del pantalón de Guillermo. A mí, en cambio, no se atrevió a tocarme. Finalmente se retiró con sus compinches. ¡Menuda contrariedad nos pegó!

Dos aficiones

A lo largo de mi vida tuve, entre otras, dos grandes aficiones: caminé incansablemente y leí horrores.

En Montolíu de Lérida hice largas travesías al frente de mis alumnos para acudir a las visitas interescolares. En Barcelona paseaba mucho del brazo de Cata, rodeados por los hijos. Durante la Guerra Civil caminé muchísimo. No se diga durante el exilio y la resistencia.

En México continué con el gusto por la caminata. En San Andrés, cuando no paseaba a caballo lo hacía a pie en compañía de mi mujer o de algún amigo. Mi trabajo en el Indigenista fue de mucho caminar en el campo.

En nuestra escuela los paseos y visitas siempre han sido acompañados de buenas caminatas. En el intercambio a San Andrés, mientras las piernas me respondieron, y aun ya con bastón, el día lo iniciaba con un fresco paseo a pie. A las seis de la mañana salía del hotel rumbo al mercado para desayunar ahí y luego ir a la escuela, cuando todavía estaba vacía, para esperar la llegada de los niños.

Durante los últimos diecisiete años hemos vivido en una casita en Contreras, al lado de la parte más alta de la Unidad Independencia. Con cierta periodicidad hacía un paseo, el cual me llevaba toda la tarde. Terminaba de comer y me iba caminando a visitar a una de mis nietas quien trabajaba allá por la Colonia del Valle. Mi retorno, como ya estaba cansado, era en camión.

Mis últimas buenas caminatas las emprendí para hacer compras y tomarme un café. Iba a un centro comercial cercano. La ida era pura bajada y, como

consecuencia, el retorno me tomaba de subida. Necesitaba atravesar por la Unidad y subir, poco a poco, alrededor de ciento treinta escalones distribuidos a lo largo del camino.

Desde muy joven comencé a formar mi propia biblioteca. Cuando terminé de estudiar en la Normal, recibí un agradable obsequio de mi padre. Un día me dijo:

—Pepe, hijo, mi biblioteca la he formado con mucho esfuerzo y cariño y desde ahora es tuya. De mis hijos eres quien tiene interés por la lectura. Estoy seguro de que te servirá en la vida. ¡Cuídala!

Y por supuesto, la cuide y la quise mucho. Contaba con un buen número de volúmenes. Había uno que no sé por qué, pero lo consulté con mucha frecuencia. Versaba sobre la historia de las sociedades secretas en el mundo.

La biblioteca regalada por mi padre, junto con los libros que yo tenía, fue creciendo con el tiempo. ¡No podría ser de otra manera! Mis pasiones libertaria y pedagógica necesitaban nutrirse en las letras. Quien no lea y se actualice, jamás podrá llamarse maestro. Un hombre al luchar contra las injusticias sociales requiere tener contacto con los libros, con las ideas.

Cuando la Guerra Civil, me dolió mucho quedarme sin la biblioteca. En cuanto llegué a México renové la sana costumbre. Conforme pude, me hice de algunos libros. De todos los temas un poco. Mis preferidos, los pedagógicos, los sociales, los históricos, los filosóficos. Las obras literarias y anarquistas jamás las descuidé.

En España leí mucho. Durante el exilio y la resistencia leí cuanto pude. En México la lectura siguió siendo una de mis actividades y pasatiempos preferidos. En tiempo de clases leía dos y hasta tres libros por semana, pero en las vacaciones de fin de curso era cuando prácticamente devoraba libros y más libros.

En la escuela, los niños y sus padres supieron lo mucho que me gustaba la lectura. No faltaba quien me obsequiara algún libro. Cualquier pretexto era bueno. De repente llegaba uno de nuestros pequeños con un tomo en la mano y lo tendía a la vez que me decía:

—Ten Pepe, a ver si te sirve para las clases de geometría.

En cierta ocasión Manuel, un padre de familia, me obsequió un ejemplar muy interesante acerca de la educación en la España revolucionaria. Como me conocía por eso me lo regaló. El libro hablaba algo de mí. Me hizo recordar aquella época. Me entusiasmé mucho y lo leí en un par de días. El hombre, quien me lo regaló, se llevó una sorpresa. A mis ochenta años me encontró muy sentado en las afueras de la escuela, en los escalones que dan a la acera. Leía el libro cuando él llegó a recoger a sus hijos. Yo esperaba a Chela para irnos a casa. ¡Aprovechaba cualquier momento para leer! Sobre todo, un libro como ése.

El último libro que leí, "Aportaciones indias a la educación", tiene su historia. Me lo obsequiaron cuando ya veía muy poco, a causa de las cataratas. Comencé a hojearlo. Poco a poco me fui interesando y acabé leyéndolo de cabo a rabo. Lo hice con grandes esfuerzos y con el auxilio permanente de una buena lupa. ¡Pero sobre todo con un gran amor por el indígena mexicano!

Desde Buenos Aires

María, una exalumna de la escuela, me envió desde Buenos Aires una hermosa carta fechada el 5 de agosto de 1988. El documento no requiere comentarios, habla por sí mismo:

> Seguramente usted no se acordará más de mí. Hace ya tantos años que dejé la escuela... seis. Quizá para usted seis años no sean tanto, pero a los dieciocho es un montón.
>
> ...Soy una de los muchos exiliaditos a los que usted les dio cobijo en la "Bartolomé".
>
> El motivo de mi carta... realmente no es trascendental pero ¡qué sé yo!, uno a veces sólo quiere decir "gracias", o "ahora entiendo", o "admiro" o, simplemente, "lo quiero". Porque tantas cosas lindas, y bueno... uno crece, uno aprende y luego a veces mira para atrás y entonces comprende, y quiere en retrospectiva, y hasta llega a extrañar.
>
> Al salir de la escuela (más bien, al terminar el ciclo escolar) estuve tres años (casi toda la secundaria) en el Centro Escolar Hermanos Revueltas. En diciembre de 1984 regresé a la patria.
>
> Patria, ¿qué significa patria? Tal vez (seguramente) usted lo sepa mejor que yo. ¿Es patria de donde uno huye? ¿O es patria donde a uno lo cobijan? ¿O son los dos lugares? Tal vez la respuesta sea esta última: los dos lugares, México y Argentina.
>
> Se dice que uno desea lo que no tiene o que aprecia lo que tuvo cuando esto ya se fue. Quién sabe. Pero ahora, seis años después..., en la universidad recuerdo la escuela primaria, y recuerdo ciertas cosas de la escuela primaria: la democracia de los viernes... en la "asamblea", el cooperativismo en la "cooperativa" (valga la redundancia)... las clases de ciencias naturales, las conferencias, las visitas a fábricas, los viajes al interior del país, y tantas cosas más..., y pienso en lo afortunada que fui.

Transcribo un "dictado" de usted en el último día de clases de sexto año:

"Mi última clase:" (17—junio—1982).

Fin del año escolar. Ultima clase. Ultimo día de convivencia realmente escolar. Mañana expondréis vuestros trabajos al juicio de parientes y extraños. Unos y otros podrán formar juicio de vuestro trabajo y de nuestro trabajo.

Hemos vivido en contacto unos con otros. Creo haber dado ejemplo de responsabilidad y de trabajo. Estoy tranquilo.

Los MAESTROS tratamos de que vuestra personalidad espiritual crezca y se desarrolle paralelemente a vuestra personalidad socioética.

Sois hijos de vuestros padres, pero también lo sois nuestros... en vuestra formación interviene, asímismo, la calle, el cine, la televisión, la sociedad.

Nosotros, PADRES Y MAESTROS adultos, hemos procurado preparar un mundo más humano, más moral, más amoroso para vosotros. Desgraciadamente no lo hemos logrado.

Sois vosotros los que que tendréis que hacer grandes esfuerzos para mejorar las relaciones humanas, para preparar a vuestros propios hijos un mundo mejor que odie los armamentos y las guerras.

Yo, como hombre y como maestro, estoy tremendamente entristecido al contemplar la tragedia mundial que nos rodea.

Ojalá que sepáis crear un mundo mejor que el forjado por nosotros; ojalá logréis inundar al mundo de amor, de confianza, de cooperación —haciendo imposible las desagradables posiciones de desconfianza— de ennoblecer vuestras mentes con pensamientos que no hagan imposible el logro de una verdadera humanidad.

Pepe.

Mi intención, al transcribir lo anterior, era responderle, pero... ¿qué puedo contestar? Sólo algunas cositas:

Que considero que logró, en mi caso al menos, el propósito de prepararme un mundo más humano, moral y amoroso. Tal vez no logró modelar el mundo o la sociedad para lograr justicia social, paz, respeto... pero, logró poner ejemplo. Y así, con la cantidad enorme de hijos que usted tiene en sus alumnos, exalumnos y próximos pupilos, logró que cada vez haya más gente, en el mundo, que piense como usted y luche por la igualdad, la paz, el amor.

Ojalá se pueda cumplir todo lo que usted quiso para nosotros. Ojalá sus "hijos de salón" podamos seguir su camino, su ejemplo,

y sepamos crear un mundo mejor. O aunque sea, un mundo *un poquito mejor*. Pero la lucha es larga y dura. "Lucha" no significa armar, ni muerte. Significa paz. Es paradógico "luchar por la paz", pero se puede y, tal vez al final algo se logre. Pero bueno... me estoy extendiendo... y estoy entrando en terreno de gente que sabe y de poetas (entre los que no me encuentro).

Le mando un gran beso y saludos para Chela.

Decisión muy pensada

De la misma manera que todo principia, todo llega a su fin. En septiembre de 1988 cumplí setenta y cinco años de labor magisterial. El viernes 2 de septiembre de ese mismo año, tuve mi última actuación en la escuela. Aunque ya había decidido retirarme desde unos meses antes, se requirió mi presencia en el salón de actos para inaugurar los cursos.

La determinación de retirarme de la escuela, fue una decisión muy pensada. Desde 1986 me vi obligado a dejar, con gran dolor, mis clases de ciencias naturales, mis clases de la vida. En 1987, también con profundo pesar, necesité hacer lo mismo, pero con la geometría. Me quedé con la pura contabilidad y, por cierto, no por mucho tiempo. Acabé también por dejarla en los primeros meses de 1988.

En 1988 todavía encabecé el viaje de intercambio a San Andrés y estuve presente en el concierto y en la ceremonia de clausura de los cursos. Más tarde, en diciembre, consumé cuarenta años de vida en México.

En febrero, de este último año citado, cumplí noventa y dos años. Aunque mi aniversario cayó en sábado, en la asamblea escolar me adelantaron el festejo un día. En esa asamblea me despedí por primera vez, con gran naturalidad, de los niños. Más o menos les dije esto:

—Todos los años despedimos a los compañeros de sexto que pasan a la secundaria, mientras este viejo maestro ha permanecido en la escuela primaria setenta y cinco años. Ya es tiempo de que me despida y me vaya a descansar.

Algunos meses después, a fines de junio, pronuncié mis tradicionales palabras en la ceremonia de fin de año. Hablé a los chicos, a sus padres, y a los maestros. De todos me despedí.

Responsabilidad.. responsabilidad...

En febrero de 1989 nuestra escuela cumplió veinticinco años de trabajo continuo. El viernes tres los chicos tuvieron su asamblea para conmemorar el acontecimiento. Con sus maestros y padres cortaron un gran pastel. Por la noche hubo una cena con alumnos de sexto, ex-alumnos, padres de alumnos y ex-alumnos, maestros, ex-maestros y compañeros de escuelas amigas. Todo fue cordialidad.

Para mí esa cena significó la despedida definitiva. La asistencia fue muy concurrida y no hubo tiempo para discursos. Sin embargo, en un momento dado, un grupito de ex-alumnos muy animado comenzó a cantar y a recordarnos algunas cosas. Fue así como comenzaron a gritar, imitándome:

—Responsabilidad... responsabilidad... responsabilidad...

Entonces no pude quedar callado. Espontáneamente tomé la palabra y, aunque me escucharon muy pocos, dije:

—Precisamente porque no hay responsabilidad está el mundo como está. Llevo veinticinco años diciéndolo.

Aferrado a la vida

Bien explican algunos autores cómo en el hombre se da una cruenta lucha intestina entre el *eros* y el *tanatos*, entre la vida y la muerte. En lo personal he estado muy cerca de la muerte, pero tengo un gran amor por la vida y ha podido más. Efectivamente, estoy aferrado a la vida aunque sé muy bien que pronto, muy pronto, moriré.

A los nueve o diez años, después de caminar y brincar como diez horas seguidas, por poco me quedo reventado como un caballo al regreso de la cacería a la cual me invitó mi tío, pero no reventé.

Cuando tenía dieciséis años, me dispararon con un arma de fuego. A una distancia de cuatro metros, apuntaron a mi cabeza. El fulano erró el tiro y yo me eché encima de él hasta lograr desarmarlo.

Muy joven, cuando ya era padre de familia, regresaba de la fiesta de un pueblo en compañía de mi pequeña hija. Necesitaba cruzar el río en un lanchón, una especie de panga. Muchísima gente retornaba de la fiesta rumbo a casa. Me trepé al lanchón con toda la gente. Mi Elisa, la de España, a quien llevaba en brazos, se puso a llorar. Al verla inquieta preferí saltar al agua, que ya me cubría las rodillas. A los cinco o diez minutos se escucharon gritos y alaridos. Fui testigo de cómo, aquel lanchón excesivamente cargado, del cual me había bajado con mi hija se hundió, ahogándose mucha gente.

En Huautla de Jiménez viajaba en jeep con un amigo quien conducía. Cuando nos dimos cuenta teníamos encima un camión. Se había desbordado, a toda velocidad, por el angosto camino. Nos dio un fuerte golpe y nos echó hacia el precipicio. Mi amigo frenó y accionó el volante. El jeep fue a parar a unos diez centímetros del borde del precipicio aquel en el cual, seguramente, me habría matado.

En San Andrés Tuxtla, a causa del olvido de mis binoculares, me bajé del camión que, minutos después, sufrió un severo accidente al volcarse en una cuneta muy profunda. Prefiero no imaginar cómo hubiera salido del percance.

En un paseo escolar por Valle de Bravo, un individuo muy insolente conducía su auto sin mayor precaución por donde estaban los chicos. Le reclamé y, como respuesta, obtuve que me echara el coche encima. No sé ni cómo, pero instintivamente me aventé tan lejos como pude para no ser atropellado.

Poco tiempo antes de cumplir noventa y un años, me caí desde un tercer escalón, y el revés pudo haberme costado la vida. Sin embargo, nuevamente, el instinto de supervivencia ganó. Supe defenderme. Metí las manos y amortigüé el golpe, aunque me llevé, eso sí, algunas raspaduras y moretones. Sin embargo pude levantarme y regresar a casa por mi propio pie.

Por si todo lo anterior fuera poco, unas cuantas semanas antes de cumplir mis noventa y tres años, aconteció algo inusitado. Tuve cierta molestia bucal y la atribuí a mi dentadura postiza porque estaba totalmente desdentado. El dentista detectó cómo, en el maxilar inferior derecho, me había brotado una muela, probablemente la del juicio. El mismo no lo podía creer.

Aunque al final moriré y no tengo miedo, amo mucho a la vida, es algo que no puedo evitar. Tal vez por eso, cada que tengo oportunidad, hago referencia al siguiente refrán del pueblo español:

> La vida es un fandango, el que no la baila es un tonto, lo llevan
> al campo santo y le cantan un responso.

Profundamente esperanzado

Desde que inicié mi carrera como maestro, soñé, sueño y soñaré con un mundo diferente, mejor para todos, y especialmente para los niños quienes son el futuro del mundo.

Los adultos hemos estropeado el mundo y lo hemos heredado a la niñez maltrecho, corrupto, vicioso, tormentoso, guerrero... Sin embargo estoy profundamente esperanzado en la construcción de un mundo nuevo. Esa edifi-

cación le corresponderá hacerla a las nuevas generaciones. De ahí la importancia revestida por la educación.

Comparo la sociedad actual con una oruga la cual tendrá que transformarse en una mariposa muy chula. ¡Preparémonos y demos vida a esa nueva sociedad! ¡Hagamos uso de la escuela para darle el advenimiento!

Se acerca mi fin. Está próximo, es algo inminente. Es más, lo espero. Cada día siento a mi organismo más débil. ¡Mi espíritu está fuerte! Me duele intensamente no poder ya trabajar con las criaturas en la escuela. ¡Vivir así, es como no vivir!

De repente me pregunto qué será de nuestra escuela cuando yo falte. A veces tengo sobresaltos. Un mal presagio atraviesa por mi cabeza. Me sosiego. Hago historia. Sopeso las cosas. Tengo confianza. De nuevo estoy esperanzado: Chela y Tere continuarán al frente de la escuela. ¿Acaso no fueron ellas dos quienes la originaron? ¿Acaso no insistieron en que yo trabajara a su lado en esa importante empresa? Mi misión está cumplida. Si ellas se lo proponen, nuestra escuela podrá continuar siendo la misma y hasta mejorar.

¡Eso sí! Cuando parta de este mundo, que será pronto, mi espíritu permanecerá por siempre en la escuela, en sus salones, en sus parcelas, en la biblioteca, en el despacho, en el patio... Mi corazón, el corazón de Pepe, siempre ha sido de los pequeños. Cuando yo muera seguirá siendo de ellos pues han sido, son y serán la profunda razón de mi existir tanto en México como en España.

Testamento espiritual

Soy un hombre lleno de amor porque así me educaron. Por eso creo en la educación de la niñez a quien he entregado mi larga vida.

Criaturas de hoy que serán los hombres y mujeres del mañana, busquen incansablemente un mundo lleno de amor, de igualdad, de unidad, de dignidad... en donde el hombre ya no explote al hombre, en donde las riquezas estén bien repartidas, en donde el trabajo dignifique al hombre, en donde el hombre sea completamente libre y responsable de su libertad.

Padres y maestros, sean consecuentes entre cuanto dicen y practican. Si creen en algo, háganlo y no sólo pronunciando palabras. Sean auténticos consigo mismos. Dejen hablar a los hechos y guarden la lengua.

Pequeños, no se dejen impresionar por cuanto escuchan. Cuestionen. No se fijen tanto en los dichos del hombre como en sus actos. Si las palabras y la conducta no concuerdan, es un charlatán quien les habla. Sean críticos. Por favor no acepten sin cuestionar cuanto aquí les digo.

Maestros y padres de familia, cultiven en los niños personalidades preparadas para el cambio. Sean sencillos, sinceros, cariñosos y pacientes con sus discípulos e hijos. A la vez sean enérgicos y exigentes. No llenen a los niños de mimos pues los harán fatuos. La amistad y el respeto hacia el niño engendra respeto y cariño en él; la opresión y el castigo, en cambio, provocan miedo y rencor en los pequeños. A ustedes les toca escoger la siembra y levantar la cosecha.

Niños, cuiden la escuela. Les pertenece espiritual y materialmente. Ustedes son la razón de su existencia. La escuela se abrió para que la gocen intensa y responsablemente, para que trabajen en ella con plena libertad.

Padres y maestros, dejen que los niños tengan completa libertad para hablar, discutir y escribir todo cuanto quieran. Así se irán haciendo hombres y mujeres responsables.

Chicos, exprésense libremente. No teman al qué dirán. Suelten su lengua y su lápiz y, con respeto y dignidad, digan y escriban siempre la verdad.

Maestros, preocúpense por su escuela. ¡Escúchenme bien! Para ser maestro no basta con cubrir los horarios. Para cumplir bien, aparte del tiempo destinado, se requiere tener corazón, corazón, corazón.

Padres de familia, no se olviden de la primaria en donde se han forjado sus hijos. Permanezcan como atentos vigilantes. Si observan que las cosas no marchan bien, y hay alguna desviación de nuestro proyecto educativo, no escatimen en dirigirse a las maestras, especialmente a Chela y a Tere. ¡Háblenles directo y con toda honestidad!

Tere, Chela, conserven nuestra escuela como algo muy preciado. No escatimen esfuerzos en hacer todo lo necesario para mejorarla. Escuchen siempre a los niños, a sus padres y a los maestros, cuando necesiten decirles algo.

Niños, tengan respeto hacia todos y háganse respetar. Usen su voluntad y sean constantes hasta terminar todo cuanto comienzan. Lean, estudien y razonen mucho en la vida. Sus conocimientos y sus vivencias son de las poquísimas cosas que nadie les podrá quitar.

Maestros, procuren tratar a todos los muchachos por igual, a pesar de ciertas diferencias, pues seguramente las tendrán. No hagan menos a algún crío. Los chicos razonan y sienten las diferencias mucho más de lo que ustedes se pueden imaginar.

Pequeños, sean creativos y muy espontáneos en el trabajo escolar. No lo olviden, en la vida hay aspectos muy sencillos y profundos a la vez.

Padres de familia, colaboren sinceramente con los maestros de sus hijos. A ellos les han encomendado lo más sagrado de ustedes. Procuren conocer y convivir con los maestros para lograr un mejor entendimiento entre todos. Estén cerca de la escuela.

Niños, padres y maestros, prácticamente no tengo nada material que darles. Por eso les dejo este testamento espiritual. Si a lo largo de sus vidas les resulta útil cuanto les encomiendo, no dejen de recordar a este viejo, pero muy viejo maestro Pepe, quien les entrega sinceramente su corazón.



Pepe y Cata reencuentran a Patricio Redondo en México y comparten los alimentos y la conversación como lo hacían en España.



Pepe (de pie, cuarto de derecha a izquierda) en una reunión de la empresa de radio y televisión en donde llevaba la contabilidad. Ciudad de México. Primera mitad de los años 50. De pie en el extremo izquierdo, Cata, el señor Reider y su esposa

ESPAÑA *y la* PAZ

CONSEJO ESPAÑOL DE LA PAZ

ELEGIDO POR ACLAMACION EN EL CONGRESO

Presidente: DR. D. JOSE GIRAL

MIEMBROS DEL CONSEJO:

Dr. D. Manuel Márquez
D. Wenceslao Roces
D. Honorato de Castro
D. Ramón Ruiz Rebollo
D. León Felipe
Dr. Juan Solares
D. Juan del Campo Jáuregui
Dr. Francisco Comesaña
Dr. Martí Rouret
Prof. José de Tapia
D. Félix Galarza
Sra. Amelia Martín
D. Jesús de la Vallina
D. Crescenciano Aguado
Dr. Joaquín Moré
D. Bernardo Pizarro
D. José Folc i Folc
Dr. Leandro Pérez Urria
D. Moisés Barrio Duque
D. Alfonso Pazos
Gral. Francisco Matz
D. Juan Rejano
D. Tomás Espresate
D. Eligio Rodríguez
D. Eduardo Ugarte
Sra. Claudina García
D. Benjamín Balboa
D. José López Vidarte
D. José Romo
D. Marino Carreras
D. Ignacio Ferretjans
D. Luis Santullano
D. Ernesto Coloma
D. José Renau
D. Ernesto García
D. Joaquín Abella
D. Miguel Prieto
D. Carlos Velo
D. Constancio Bernaldo de Quirós
D. Antonio Rodríguez Luna
Srta. Armonía García Huerta
D. Santiago Rodríguez
D. Agusto Fernández
D. Odón de Buen
D. Fernando Gaos
D. José M. Obregón
Sra. Fidela Prada

De Veracruz: D. José Agiiero y Arq. Enrique Segarra.
De Guadalajara: Lic. Pedro Camacho y D. Carlos Fernández del Real.

El nombre de Pepe (décimo de la columna a al izquierda) en la relación del Consejo Español de la Paz. Periódico *España y la Paz*, 15 de noviembre de 1951, p.16.



Pepe (primero sentado a la mesa de derecha a izquierda) en el Congreso Español de la Paz, verificado en la Ciudad de México, 1951.

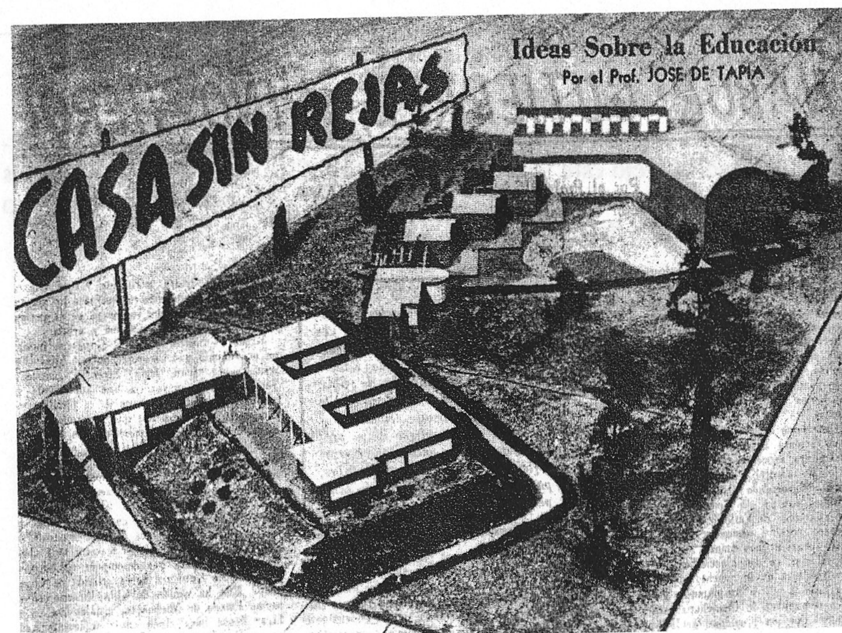
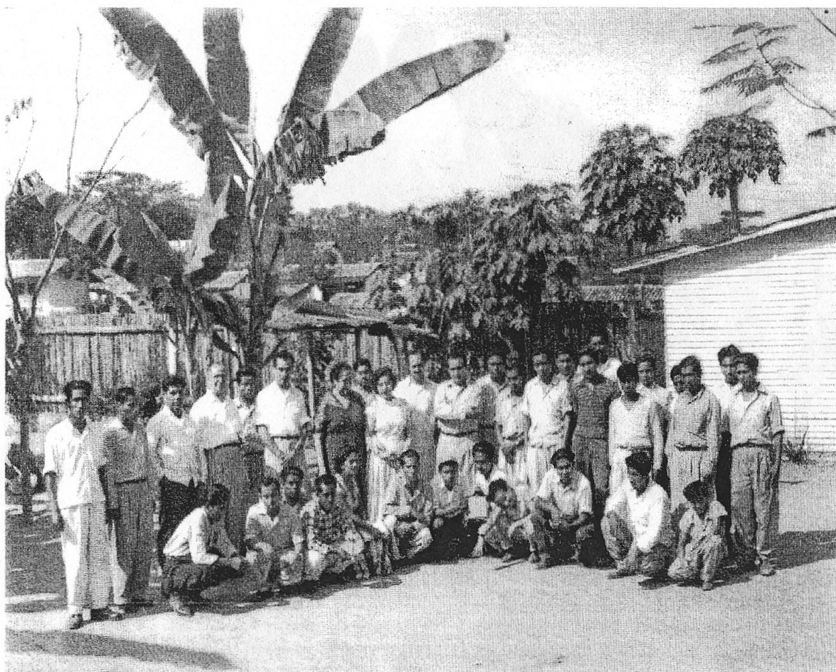


Ilustración de un artículo publicado en la revista *Amenidades e Intimidades*, nº 235, Ciudad de México, 6 de agosto de 1951.



Pepe y Cata poco tiempo antes de que la muerte de ella los separara. México. Década de los años 50.



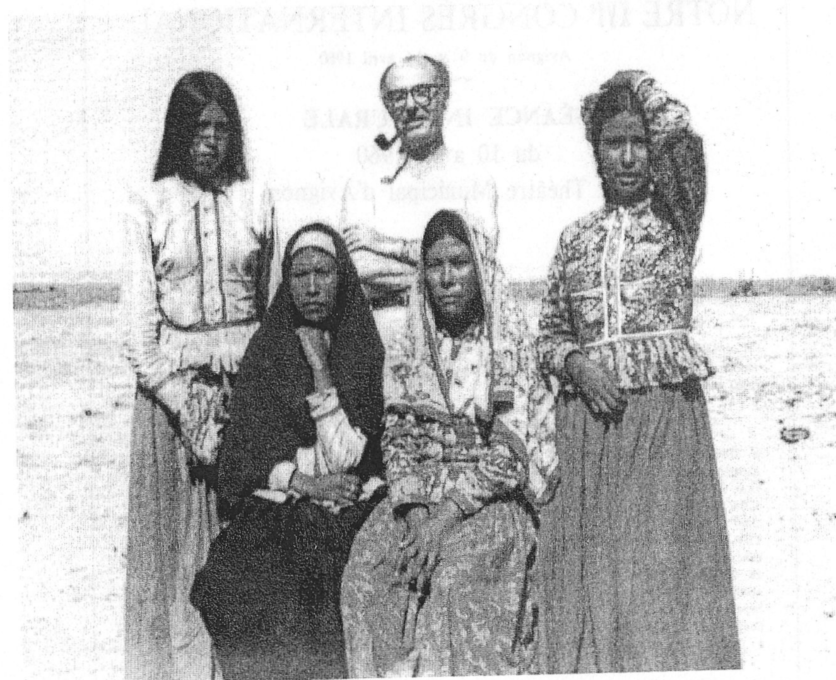
Pepe (cuarto de pie de izquierda a derecha) con los promotores de alfabetización de los mazatecos por medio de la Técnica Freinet de impresión. Temazcal, Cuenca del Papaloapan, Oaxaca, México. Entre 1955 y 1957.



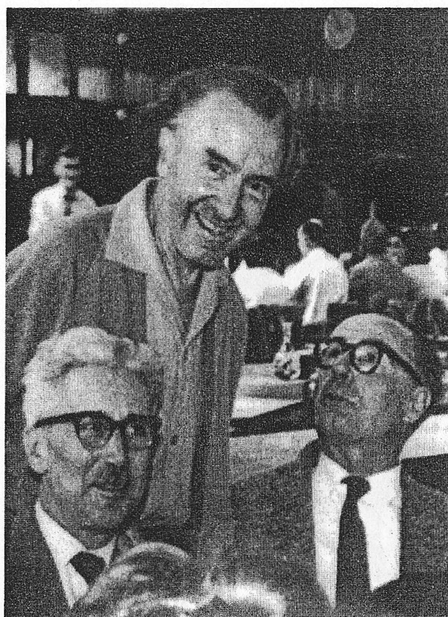
Pepe recibe un pergamino de reconocimiento por parte del Grupo de Promotores de Educación del Centro Coordinador Indigenista del Papaloapan. Nuevo Paso Nacional, Oaxaca, febrero de 1957.



Pepe acompañado de personas vinculadas a la cooperativa pesquera seri. Desemboque, Sonora, 1959.



Pepe acompañado de mujeres seris, 1959.



Pepe sentado del lado derecho, se encuentra por última vez con Célestin Freinet (de pie) en el Congreso de Avignon, Francia, 1960.

NOTRE XVIe CONGRÈS INTERNATIONAL

Avignon du 9 au 14 avril 1960

SÉANCE INAUGURALE

du 10 avril 1960

au Théâtre Municipal d'Avignon



Après la journée du samedi occupée par les réunions préparatoires traditionnelles : C A de la C.E.L. et Assemblée Générale de l'I.C.E.M. avec participation de 50 Délégués Départementaux

la séance inaugurale officielle de ce XVI Congrès placé sous le patronage de M le Ministre de l Education Nationale s ouvrait au Théâtre Municipal le dimanche matin 10 avril 1960 devant 600 congressistes.

A la tribune officielle avaient pris place :

M. BONNET Inspecteur d Académie du Vaucluse qui présidait la séance en l absence de M le Recteur excusé ; M FREINET M. FEVRIER Président du Groupe Vauclusien de l E.M. organisateur du Congrès M. de ST AUBERT Inspecteur d Académie du Pas-de-Calais délégué officiel de l Office Central de la Coopération à l Ecole; M BRET Directeur du Collège technique d Avignon Melle Madeleine PORQUET Inspectrice des Ecoles Maternelles du Finistère ; Melle FORESTIER Inspectrice Maternelle du Vaucluse ; M l Inspecteur BREUSE représentant officiel du Ministre belge de l Education Nationale ; M le Secrétaire Général de la Mairie d Avignon , MM MOLLARD et CESSELIN représentant les parents d élèves de l Ecole Freinet M LOMBARD Président de la Fédération des Oeuvres Laiques, une représentante japonaise Melle NISHIOKA Kasuko un représentant tunisien ; M. le Professeur De Tapia (Mexique) , M VERSLUIS président de la Coopérative hollandaise de l Ecole Moderne deux élèves de l Ecole Freinet deux normaliennes ; et la vieille garde avec ALZIARY FAURE COSTA BOISSIN DANIEL Marg BOUSCARRUT

Pepe entre los asistentes al Congreso Freinet de Avignon, 1960.



Chela, con falda de cuadros y azadón en mano, cultiva la parcela junto con las chicas de la escuela de Santa Carina Yecahuitzotl, Ciudad de México, 1961.



Chela y Pepe en Santa Catarina Yecahuitzotl, 1961.

Maestros a bordo de la carreta tirada por el mulo al salir de la Escuela Rafael Ramírez de Santa Catarina Yecahuitzotl, 1961.





Pepe en la organización y funcionamiento de la cooperativa de cafeticultura. Huautla de Jiménez, Oaxaca, 1962.



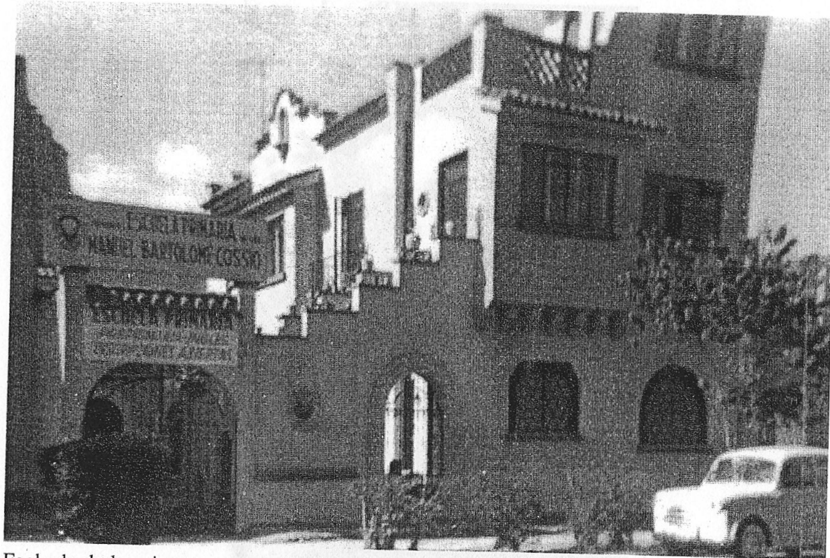
Pepe a caballo (al centro) en algún lugar de Huautla de Jiménez, Oaxaca, 1962.



Manuel Bartolomé Cossío (1857-1935).



Pepe y Chela compañeros de la vida y de un ambicioso proyecto educativo.
(Foto: Jorge Westendarp.)



Fachada de la primera casa en donde quedó albergada la Escuela Manuel Bartolomé Cossío en 1964. Calle Adolfo Prieto nº 825, Colonia del Valle, Ciudad de México.

Diario de las operaciones realizadas en nombre de la Escuela "Manuel Bartolomé Cossío" ubicada en Adolfo Prieto # 825, Colonia del Valle, México 12, D. F.





Clave ...-25-35 I
Incorporada a la S. E. P.
México, D. F.

Primer Libro abarcando las operaciones desde el 7 de octubre de 1964 al 25 de marzo de 1965

Portada del primer Libro Diario de la contabilidad llevada por Pepe en la escuela, 1964-1965.

Caja

Octubre 63	7	Aportación de los Profs. de Tapia	1	624.40	
"	9	" Profa. Teresa Vidal	1	3500.10	
"	"	" Profs. de Tapia	1	1020.88	
"	21	" "	1	1514.41	
"	"	" Profa. Teresa Vidal	1	40.00	
"	26	Inscripciones Sra. Verduzco Barriga	2	225.00	6924.
Noviembre 63	6	" " Servín	2	225.00	
"	10	Recibido Sra. de Tapia por renta local	3	500.00	725.
Diciembre 63	10	" " " "	4	500.00	
"	"	Efectivo diferencia Ch/ 559	4	150.00	
"	12	Aportación Profa. Teresa Vidal	5	20.00	
"	17	Efectivo diferencia Ch/ 561	5	110.15	
"	30	Ch/ 565 por efectivo	6	250.00	1030.

Primeros registros contables anotados por Pepe en el libro de Caja de la escuela, octubre de 1963.

Libreta de actas de la cooperativa

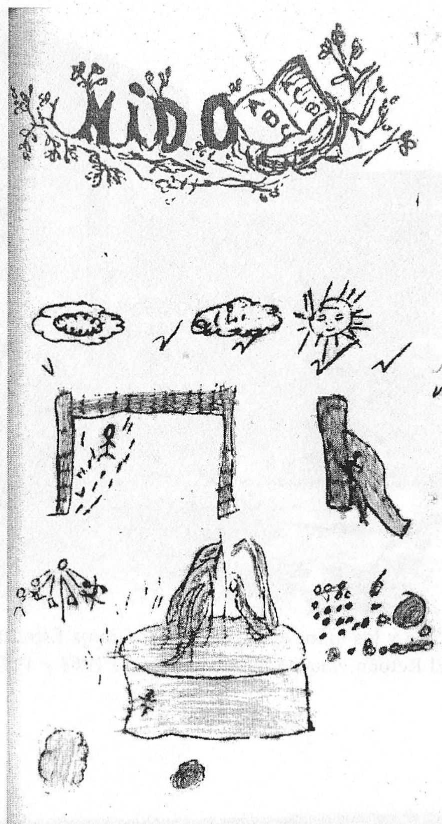


de Ezperanzas

Escuela: "Manuel Bartolomé Cossío"
Adolfo Prieto # 825 Colonia del Valle
México. D. F.
1964 - 1965

Portada de la primera libreta de actas de la Cooperativa Flor de Esperanzas de la Escuela Manuel Bartolomé Cossío, 1964-1965.

Portada del cuaderno de textos libres impresos por los niños de tercero y cuarto grados, Ciudad de México, 1964.



JUEVES 7 DE OCTUBRE DE 1965

El jueves en la noche yo fui a oir la conferencia sobre el Maestro Manuel Bartolomé Cossio, y como a mí me gustó mucho comencé a llorar y eso que el Maestro Pepe nos dijo nunca lo olvidaré.

Que nunca las Madres no falten en las juntas; al fin es cada mes.

A veces los hijos se preocupan para que vayan a las juntas los padres.

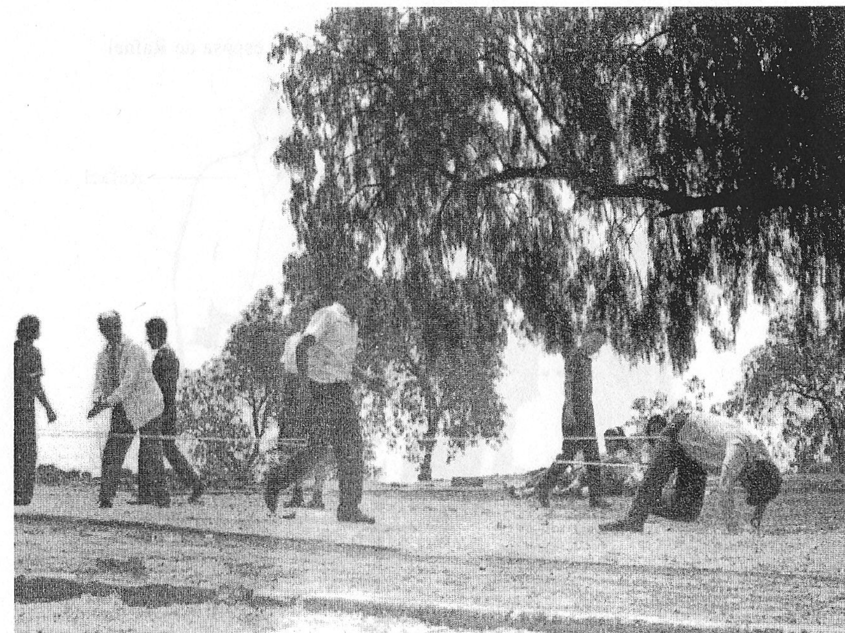
Esa junta no la olvidaré nunca ni las palabras del Maestro.

Yolanda Téllez Vera

Texto libre publicado en el cuaderno *Nido*, durante el breve tiempo en que Pepe se hizo cargo del tercer grado de primaria en la escuela, 1965.



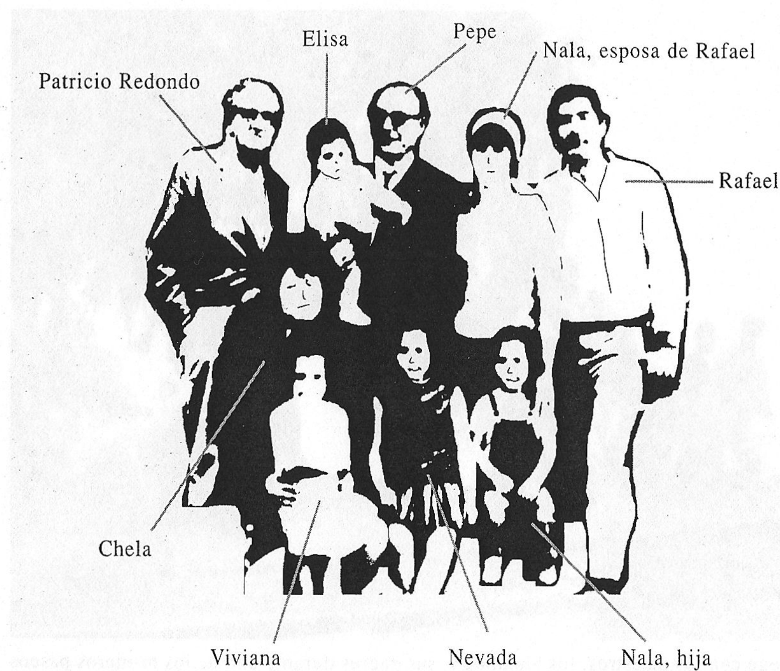
Pepe, Chela y los niños un día de asamblea en la casa de Rébsamen nº 908, Colonia del Valle, Ciudad de México, 11 de septiembre de 1967.



Pepe juega con los maestros, los alumnos y sus padres durante uno de los primeros paseos escolares.



Fotografía familiar en la casa de Rébsamen, 1965.





Pepe y los niños en el patio de la Granja Estrellita, Calle Emilio Carranza nº 436, Colonia El Retoño, Ciudad de México, entre 1968 y 1972. (Foto: Lourdes Grobet.)



Asamblea escolar en la Granja Estrellita. De derecha a izquierda: Pepe (asesor de la mesa); Claudia Bodek (presidente de la mesa); Carlos Vélez (Jefe del departamento de Cooperativas Escolares de la Secretaría de Educación Pública); y Luis Servín (secretario de la mesa), 23 de febrero de 1968.

El cometa
1965-F
Ikeya-Seki

El 19 de octubre de 1965 la Maestra Lucrecia Maupomé vino a dar una conferencia sobre astronomía. El tema era Cometas, refiriéndose especialmente sobre el 1965-F. Su nombre vino a ser los dos apellidos de los astrónomos que lo descubrieron, Ikeya y Seki, ambos japoneses.

Los cometas fueron formados de lo que sobró del Sistema Solar y constan de tres partes:

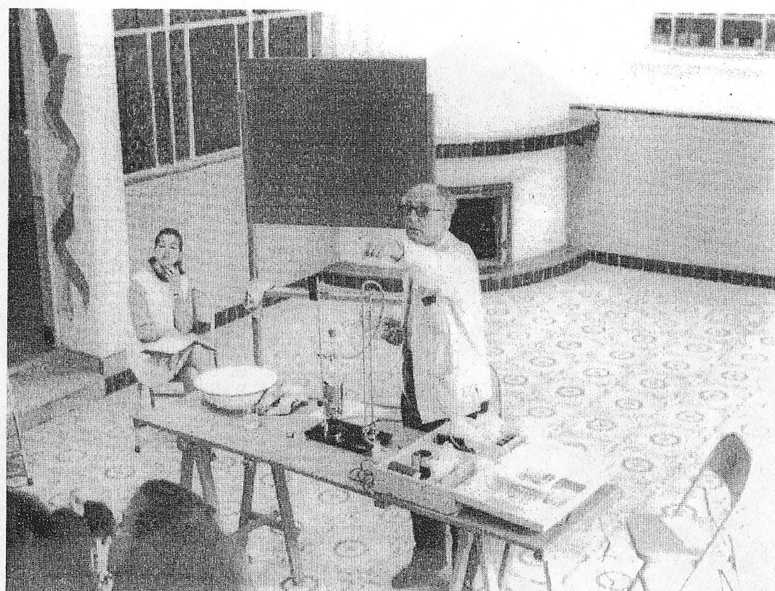
Primero el núcleo o cabeza que está formado de materia congelada y después la coma o cabellera y la cauda o cola que están formadas de diferentes gases ligerísimos cuyas moléculas están muy separados.

Todos hemos visto el Sol y también hemos visto su luz; pero no la hemos sentido. ¡La cauda de un cometa es tan tenue que la luz del Sol siempre la empuja!

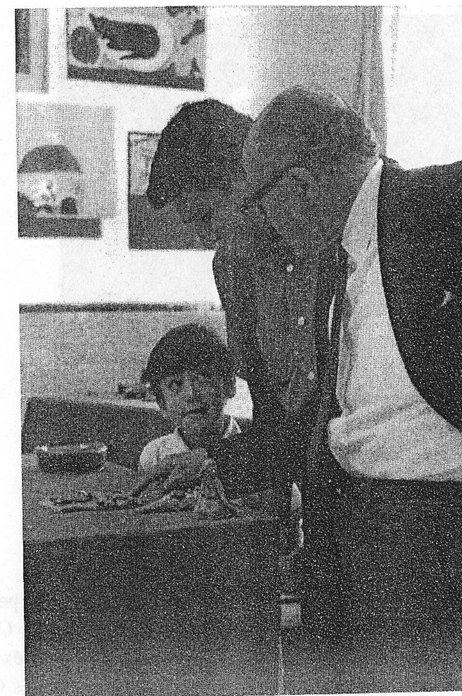
Samuel Holtzman.

A lo que me refiero es a la presión de la luz del Sol.

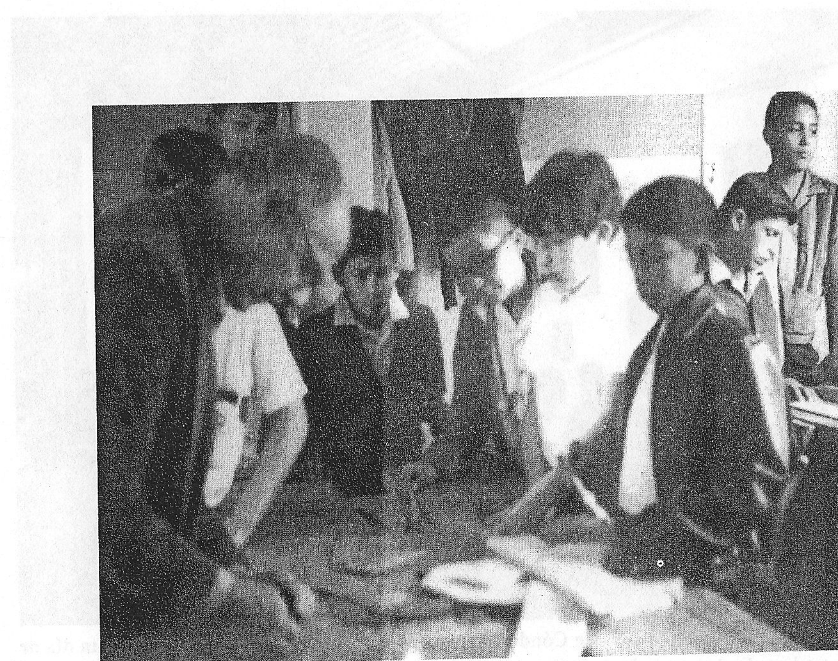
Texto libre publicado en el cuaderno *Nido* nº 2, de tercero y cuarto de primaria, 1965.



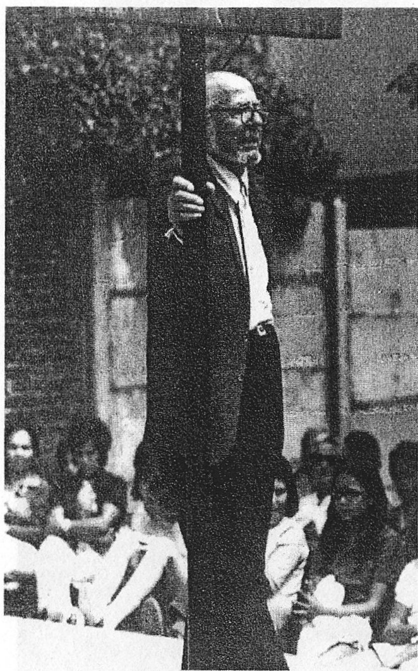
Pepe trabaja con los niños la clase de ciencias naturales en la Granja Estrellita, entre 1968 y 1972.



La exposición escolar en la Granja Estrellita reune a la gran familia de la Escuela Manuel Bartolomé Cossío: niño, papá y maestro, entre 1968 y 1972.



Pepe con los niños en el club de carpintería. Granja Estrellita, entre 1968 y 1972.



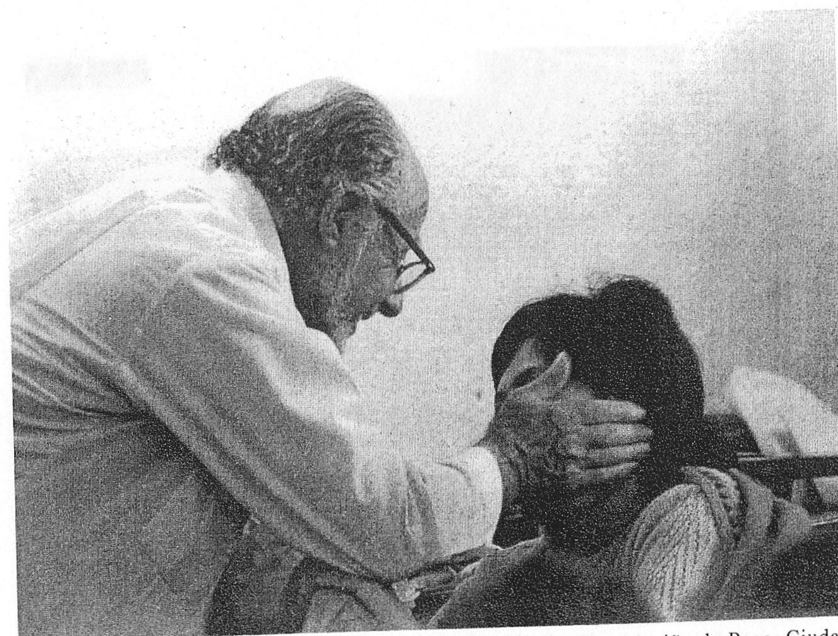
Pepe en la clausura de un curso en la casa de Cóndor nº 303, Las Águilas, Ciudad de México. Entre 1973 y 1975. (Foto: Lourdes Grobet.)



Asamblea escolar en la casa de Cóndor, cuando se trató el tema de la pornografía un día de las madres. En la mesa, de derecha a izquierda, Pepe está acompañado por Ramón Costa Jou y por las personas que fueron a la filmación de la asamblea, entre 1973 y 1975.



Pepe comparte el pan con los niños durante un viaje de estudios realizado a Veracruz y Salina Cruz en 1974. (Foto: Lourdes Grobet.)



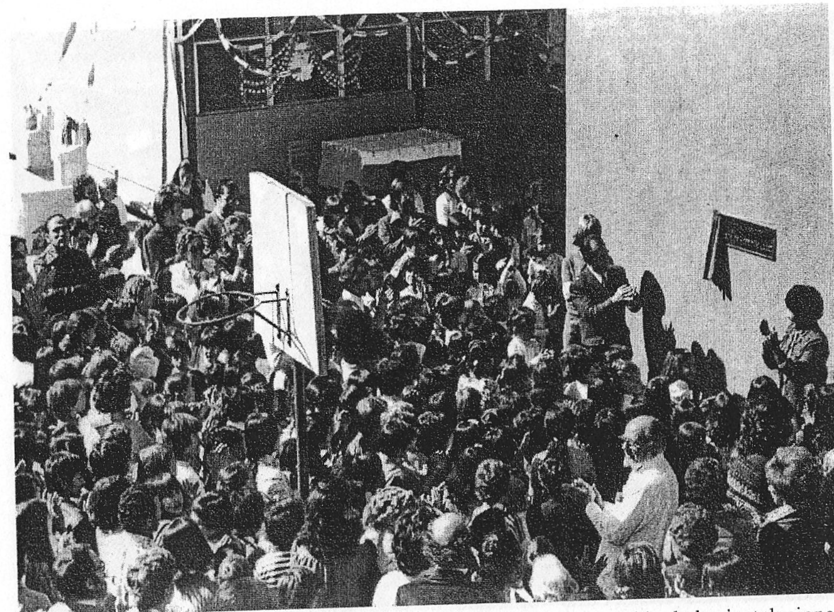
Tere Vidal, después del accidente en San Andrés Tuxtla, recibe el cariño de Pepe. Ciudad de México, 1972. (Foto: Jorge Westendarp)



Así conocieron los *Pillo* el terreno baldío de Coapa nº 90, Colonia Toriello Guerra, Ciudad de México, 1973. Ahí se construyeron las instalaciones propias de la escuela.



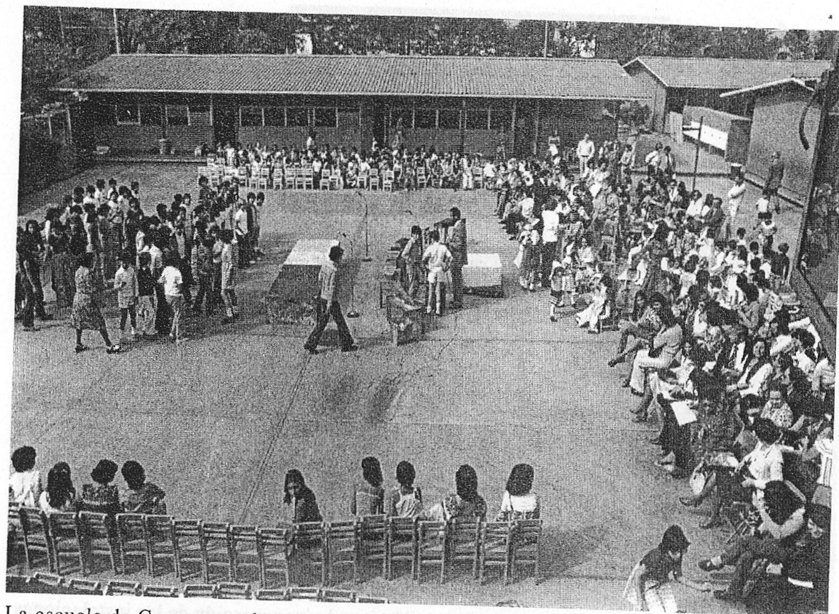
Pepe y los niños reciben de manos de funcionarios de la Secretaría de Educación Pública y del Departamento del Distrito Federal el terreno de Coapa para la construcción de las instalaciones de la nueva escuela. A la derecha, con una carpeta en las manos, aparece Guadalupe Acosta de Romero, *Pillo*. Ciudad de México, 1975.



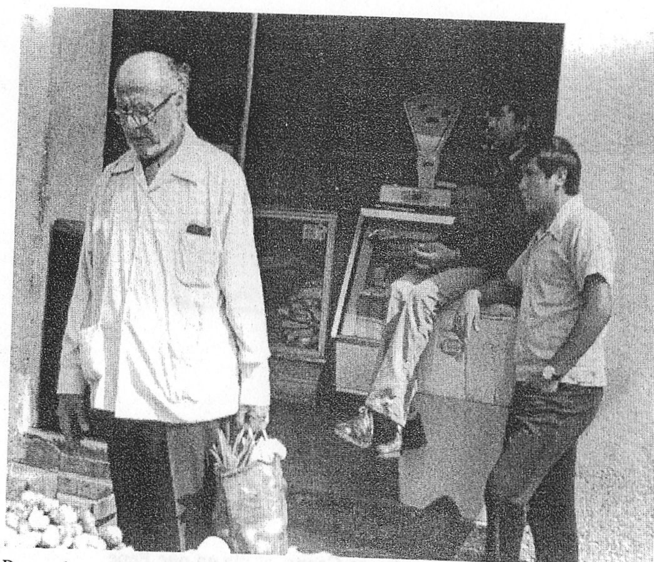
Pepe, vestido con guayabera y rodeado de los niños, en la inauguración de las instalaciones de la escuela Manuel Bartolomé Cossío en Coapa. A la derecha de la placa recién develada aparece *Pillo*, 12 de diciembre de 1975.



Inauguración del museo escolar en Coapa, el día en que Pepe cumplió 79 años en, 1975.



La escuela de Coapa en todo su esplendor en la clausura del curso 1975-1976. (Foto: Lourdes Grobet.)



Pepe, de compras en el mercado, durante algún viaje de estudio realizado con un grupo de la escuela.

escuela ACTIVA

EXPRESION DE LA EXPERIENCIA ACTIVA EN MEXICO



SEGUNDO TRIMESTRE 1974
II EPOCA
VOL. IV No. 2

DIRECTORIO

Consejo Editorial
Guadalupe Bonfil Castro
Ramón Costa Jou
José de Tapia Bujalance
Graciela González de Tapia
Violeta Selem de Vázquez
Enrique Vázquez Herrera

Editor ejecutivo
Gerardo Torres Escobar

Publicidad y suscripciones
579-91-18 y 579-87-70

Diseño
Mario Ortiz

Colaboradores
Amira Ayube Alcalá
Phyllis Arriaga
Norma Pastrana
Rubén Anaya Sarmiento
Ma. Elena T. Vda. de Torres
Alba Guzmán

NUESTRA PORTADA
Rogelio Cuéllar R.

CONTENIDO

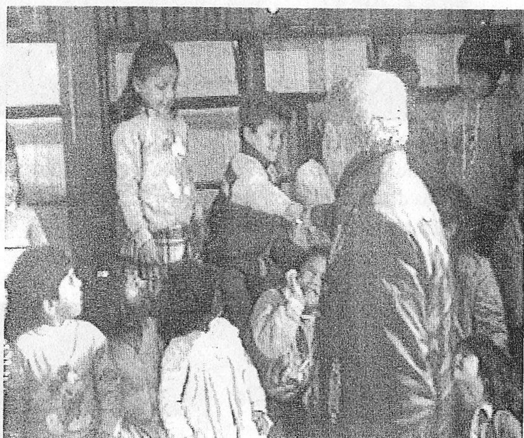
Escuela Activa, revista trimestral editada por Educación Activa, S. A. Calzada de los Leones 180, Col. Las Aguilas, México 20, D. F. Impresa en Imprecolor, S. A. Morelos 438, México 13, D. F. Registro No. 131 de fecha 10 de marzo de 1970.

Intento de agrupar y ampliar la educación activa en México, Ciudad de México 1970-1977.

Pepe, en clase de ciencias naturales, trabaja los imanes con los pequeñitos de ambientación. 14 de febrero de 1983. (Tomas en video: Joaquín Berruecos; digitalización: Raúl Rivero; Videoservicios Profesionales.)



1. Pepe prepara los instrumentos al comenzar.



2. Pepe se ha desplazado a las gradas en donde están los niños. Los desafía para que separen los imanes. Los niños no pueden hacerlo pues Pepe controla la imantación.



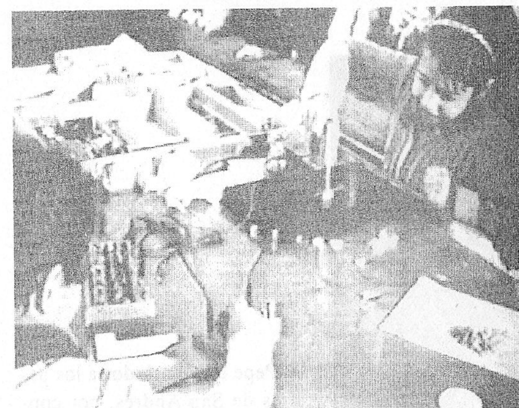
3. Nevada, la maestra de segundo de ambientación, a la vez nieta de Pepe, por más esfuerzos que hace tampoco logra separar los imanes.



4. Pepe nuevamente está ante la caja de instrumentos para proseguir la clase

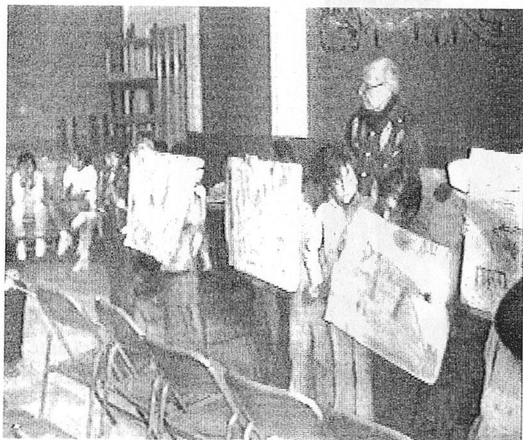


5. Los niños pasan al frente donde Pepe controla con la mano el interruptor de corriente que permite o impide que los imanes se despeguen.

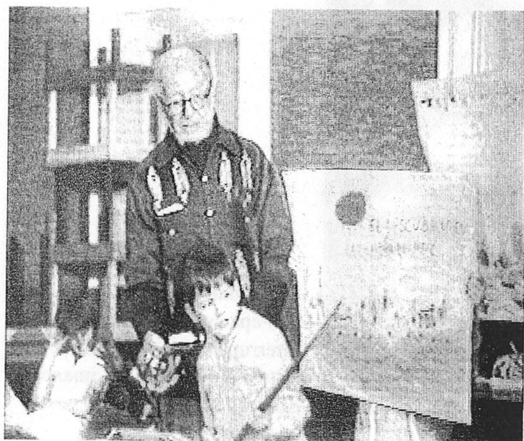


6. En cuanto un niño ha descubierto el truco, pasa a ser él quien controla el interruptor mientras sus compañeros prosiguen en el intento por separar los imanes.

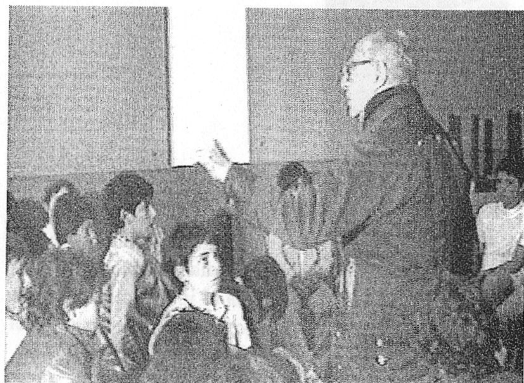
Asamblea del 18 de febrero de 1983. (Tomas en video: Joaquín Berruecos; digitalización: Raúl Rivero; Videoservicios Profesionales)



1. Pepe ayuda a los niños para que organicen la presentación de su conferencia.



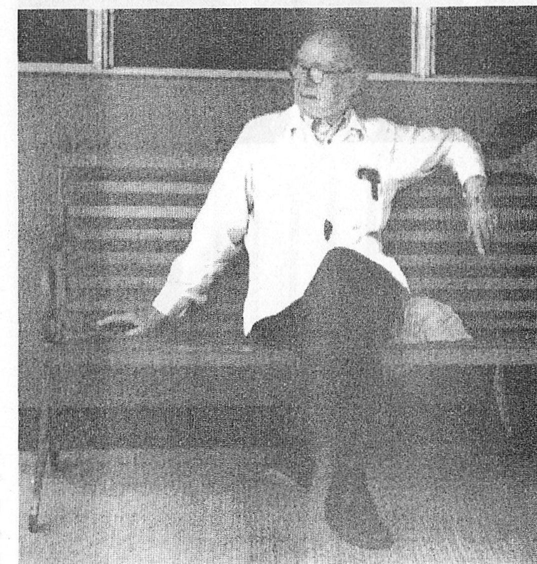
2. Pepe sostiene el micrófono para auxiliar a un pequeño de 1º de primaria quien, con el puntero en la mano, explica su conferencia.



3. Pepe envía saludos a los padres de San Andrés, por conducto de sus hijos.



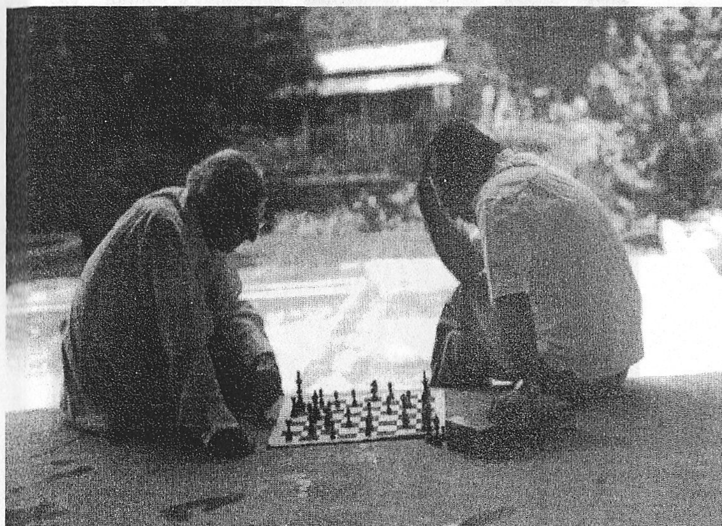
Pepe trabajando en su espacio acogedor en Coapa. Lo acompañan las fotografías de: 1. Herminio Almendros; 2. Célestin Freinet; 3. Francisco Ferrer; 4. Patricio Redondo; 5. Rafael Ramírez; y 6. Manuel Bartolomé Cossío. Arriba de la cabeza de Pepe se puede observar enmarcado el reconocimiento que hizo de su labor escolar el inspector Herminio Almendros en Montolíu de Lérida, 1932.



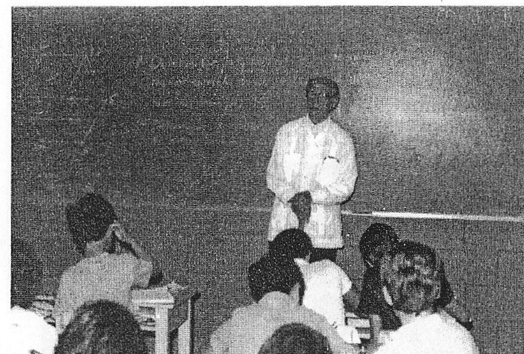
Un momento de descanso en la escuela de Coapa.



Pepe, sorprendido en su despacho por una cámara fotográfica, hace una pausa en sus quehaceres contables.



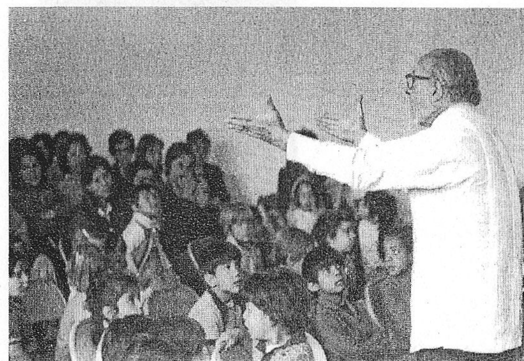
Pepe y mauricio Márquez juegan una partida de ajedrez durante un intercambio en San andrés Tuxtla, Veracruz, 19 de abril de 1986.



Pepe y los niños de 5º en clase de geometría, en Coapa, 1986.



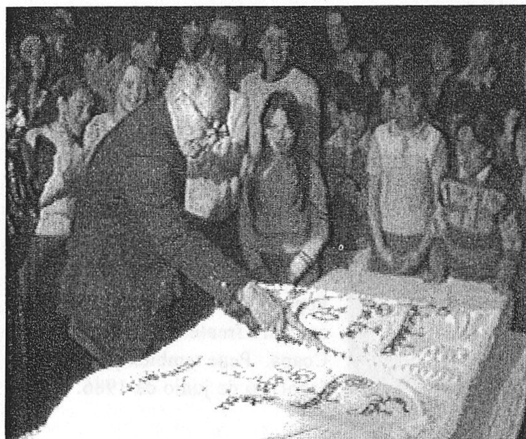
Pepe, acompañado de la maestra Nina (inspectora escolar), en la ceremonia en que se develó la placa que lleva el nombre de Pepe y se localiza en el parque que está frente a la escuela, en Coapa. Pepe también plantó un árbol, 26 de junio de 1986.



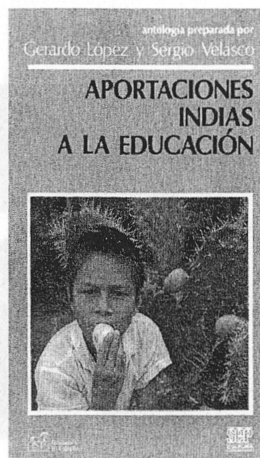
Pepe en uso de la palabra en una asamblea en el audotorio de la escuela de Coapa, después de 1975. (Foto: Jorge Westendarp.)



Al micrófono Elisa, cuñada de Pepe, quien fue una de las fundadoras de la escuela. Lo felicita por sus 90 años en la asamblea del 27 de febrero de 1986. (Toma en video: Joaquín Berruecos; digitalización: Raúl Rivero; Videoservicios Profesionales.)



Pepe corta el pastel por haber cumplido 90 años.



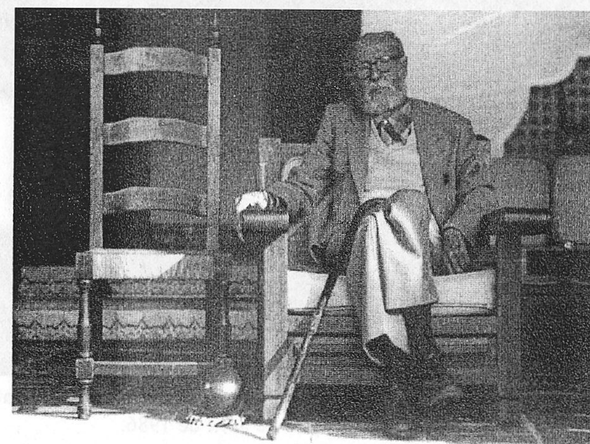
Portada del último libro que leyó Pepe con el auxilio permanente de una lupa. Ciudad de México, 1987.



Pepe con su hija Elisa en Cocoyoc, Morelos, 1979.

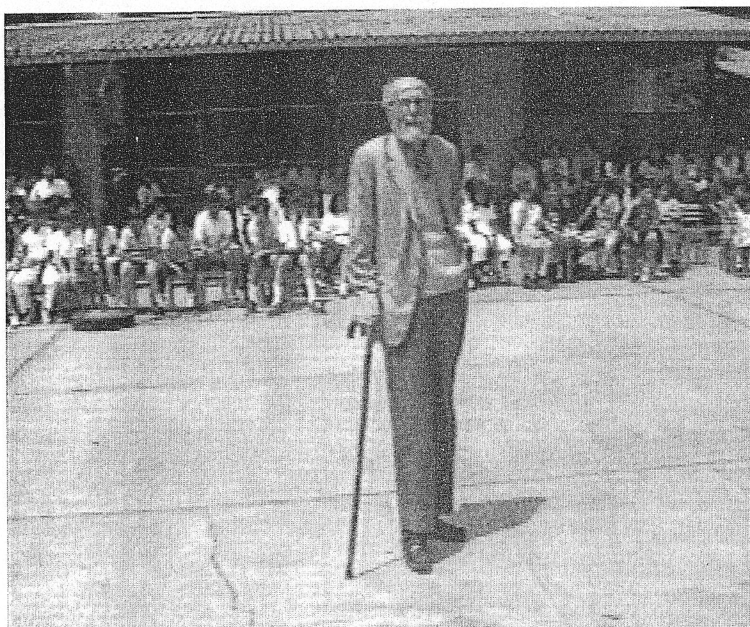


Pepe organizó en su casa una comida para convidar "menudo" a los amigos. En la foto lo acompañan Fernando y Fabián . Verano de 1987.



Pepe en la última convivencia escolar a la que asistió. Tepoztlán, Morelos, 1988. (Foto: Jorge Westendarp.)

Pepe dice adíos a la escuela el 28 de junio de 1988. (Tomas en video: Joaquín Berruecos; digitalización: Raúl Rivero; Videoservicios Profesionales.)



1. Pepe pronuncia su último discurso y se despide de los niños, los maestros y los padres de familia.



2. Pepe alza la mano en señal de despedida.

CONTENIDO

Un maestro singular.
Vida, pensamiento y obra de José Tapia Bujalance,
de Fernando Jiménez Mier y Terán,
se terminó de imprimir en la Ciudad de México
el 27 de febrero de 1996, en los talleres de
Desarrollo Gráfico Editorial.
La edición consta de mil ejemplares
más sobrantes para reposición.